

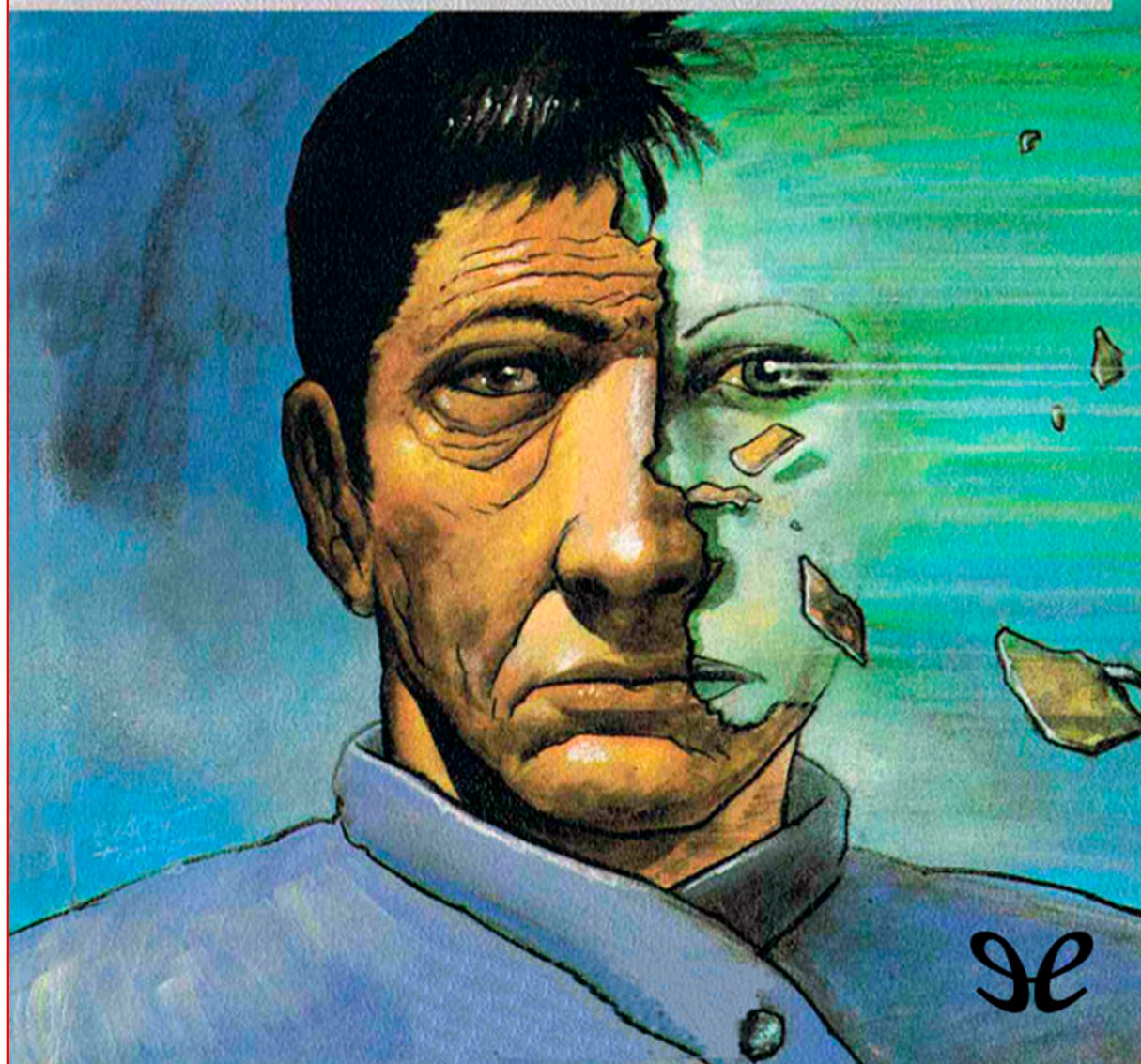
CIENCIA FICCIÓN

Joanna Russ
**EL HOMBRE
HEMBRA**

Premio Nébula

El ejemplo más representativo de la
vanguardia norteamericana.

Una extraordinaria aportación radical.



La historia de cuatro mujeres a través de distintos mundos paralelos. Cada vez que una de ellas intercambia «planos de existencia» con otra, surgen diferentes observaciones acerca del rol de cada género, así como un intercambio de nociones acerca de lo femenino y lo masculino.

Aclamada unánimemente por la crítica especializada como una aportación esencial al género. Aprovecha al máximo la capacidad potencial de la ciencia ficción para presentarnos el contraste entre el mundo real (el tipo de vida actual de muchas mujeres) y un mundo imaginario (la vida que podrían llevar en otras condiciones).



Joanna Russ

El hombre hembra

ePub r1.1
viejo_oso 10.11.13

Título original: *The Female Man* Joanna Russ, 1975 Traducción:
Maribel Martínez Portada: Antoni Garcés

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.0

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera
http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Si Jack logra olvidar algo, no le sirve de nada mientras Jill continúe recordárselo. Tiene que convencerla de que no lo haga. El modo más seguro no sería simplemente obligarla a callarse, sino convencerla de que lo olvidase ella también.

Jack puede influir sobre Jill de muchas maneras. Puede hacer que se sienta culpable por «sacar el asunto a relucir» una y otra vez. Puede *invalidar* su experiencia. Esto se puede hacer de un modo más o menos radical. Podría indicar solamente que se trata de algo intrascendente o trivial, mientras que para ella es importante y significativo. Yendo más lejos, podría alterar la modalidad de su experiencia, convirtiéndola en imaginación en vez de recuerdo: «Eso son imaginaciones tuyas.» Más aún, podría invalidar el *contenido*: «Eso no fue así.» Por último, puede invalidar no sólo el sentido, la modalidad y el contenido, sino incluso su propia capacidad de recordar, y, encima, hacerla sentirse culpable por ello.

Esto no es algo insólito. La gente le hace este tipo de cosas a los demás continuamente. Para que tales invalidaciones interpersonales funcionen, no obstante, es aconsejable recubrirlas con una espesa capa de mistificación. Por ejemplo, negando que uno esté haciendo eso, y anulando cualquier percepción de lo que está ocurriendo con imputaciones como: «¿De dónde sacas semejante cosa?», «Debes de estar paranoica». Y así.

R. D. LAING,
The Politics of Experience,
Penguin Books, 1967, pp. 31-32

PRIMERA PARTE

I

Nací en una granja en Whileaway. Cuando tenía cinco años me enviaron a un colegio del Continente Sur (como a todo el mundo) y cuando cumplí los doce me reuní con mi familia.

Mi madre se llamaba Eva y mi otra madre Alicia; yo soy Janet Evason. A los trece años, aceché y maté un lobo, yo sola, en el Continente Norte por encima del paralelo cuarenta y ocho, utilizando solamente un rifle. Llevé a rastras la cabeza y las patas, luego abandoné la cabeza, y finalmente llegué a casa con una sola pata, prueba suficiente (pensé). He trabajado en las minas, en la cadena de radio, en una vaquería, en una huerta y, durante seis semanas, después de haberme roto la pierna, como bibliotecaria. A los treinta años di a luz a Yuriko Janetson; cuando se la llevaron al colegio cinco años más tarde (y nunca he visto a una niña protestar tanto), decidí tomarme algún tiempo libre para ver si podía encontrar la antigua casa de mi familia, ya que ellas se habían trasladado después de que yo me casara y me instalara cerca de Ciudad Minera, en el Continente Sur. Pero el lugar estaba irreconocible; nuestras zonas rurales cambian constantemente. No pude encontrar más que trípodes de señalización por todas partes, en los campos extrañas cosechas que yo no había visto nunca, y una banda de niñas itinerantes. Se dirigían al Norte para visitar la estación polar, y se ofrecieron a prestarme un saco de dormir para pasar la noche, pero decliné el ofrecimiento y me quedé en casa de la familia residente; a la mañana siguiente emprendí el regreso a casa.

Desde entonces he sido Oficial de Seguridad, es decir SP (Seguridad y Paz), puesto que llevo desempeñando ya seis años. Mi puntuación en el Stanford-Binet (según vuestros términos) es de ciento ochenta y siete, la de mi mujer, doscientos tres y la de mi hija, ciento noventa y tres. Yuki supera todos los récords en las pruebas verbales.

He supervisado la excavación de zanjas cortafuegos, he actuado como comadrona, y he ordeñado más vacas de las que desearía que existiesen. Pero Yuki va loca por los helados. Quiero a mi hija. Quiero a mi familia (somos diecinueve). Quiero a mi mujer (Vittoria). He tenido cuatro duelos. He matado cuatro veces.

II

Jeannine Dadier trabajaba como bibliotecaria en la ciudad de Nueva York tres días a la semana para la APT (Asociación para Proyectos de Trabajo). Trabajaba en la sucursal de Tompinks Square en la sección de jóvenes. A veces se preguntaba si era una suerte que herr Shicklgruber hubiera muerto en 1936 (en la biblioteca había libros sobre esto). El lunes, 3 de marzo de 1969, vio los titulares acerca de Janet Evason, pero no se fijó en ellos; pasó el día estampillando los libros que salían de la sección de jóvenes y observando en un espejo de bolsillo las líneas que se marcaban alrededor de sus ojos (*¡sólo tengo veintinueve años!*). Por dos veces tuvo que subir la falda por encima de las rodillas para trepar por la escalera de mano hasta las estanterías superiores; una vez hubo de pasar la escalera sobre las cabezas de la señora Allison y el nuevo ayudante, que estaban de pie, discutiendo sobriamente la posibilidad de una guerra con Japón. Había un artículo en *The Saturday Evening Post*.

—No lo creo —dijo Jeannine Dadier suavemente.

La señora Allison era negra. Era un día sorprendentemente cálido, brumoso, con algunos toques de verde asomando en el parque: un verde imaginario, quizá, como si el mundo hubiese dado un giro extraño e hiciese rodar a la primavera por alguna calleja mortecina, con nubes de imaginación que envolvían los árboles.

—No lo creo —repitió Jeannine Dadier, sin saber de qué hablaban.

—¡Más vale que lo creas! —dijo la señora Allison, cortante.

Jeannine se balanceó sobre un pie. (Las chicas bien no hacen eso.) Se bajó de la escalera con los libros en la mano y los dejó en la mesa de reserva. A la señora Allison no le gustaban las chicas de la APT. Jeannine vio los titulares en el periódico de la señora Allison:

UNA MUJER APARECE DE LA NADA EN BROADWAY, UN POLICÍA SE ESFUMA

—Yo no... (yo tengo mi gato, tengo mi habitación, tengo mi plato caliente y mi ventana y el ailanto).

Por el rabillo del ojo vio a Cal; estaba paseando fanfarronamente, con el sombrero echado hacia delante; tendría alguna estupidez que decir sobre lo de ser periodista, el rubito de la cara de cuchillo y los graves ojos azules. «Lo haré algún día, nena.» Jeannine se deslizó entre los limeros, ocultándose tras el periódico de la señora Allison: «Una Mujer Aparece de la Nada en Broadway», «Un Policía se Esfuma». Soñó con Comprar fruta en el mercado libre, aunque siempre le sudaban las manos cuando compraba algo fuera del almacén del gobierno, y era incapaz de regatear.

Compraría alimento para gatos y le daría de comer a «Mr. Frosty» en cuanto llegara a su cuarto; él comía en un viejo plato de porcelana. Jeannine imaginó a «Mr. Frosty» frotándose contra sus piernas y moviendo la cola. «Mr. Frosty» tenía manchas blancas y negras por todo el cuerpo. Con los ojos cerrados, Jeannine le vio saltar sobre la repisa de la chimenea y andar por entre sus cosas: sus conchas y sus miniaturas. «No, no, no», dijo. El gato bajó de un salto, volcando una de las muñecas japonesas. Después de cenar le sacó fuera; luego lavó los platos e intentó arreglar algunas de sus ropas viejas. Repasaría las cartillas de racionamiento. Cuando anoheciera encendería la radio para oír el programa nocturno o leería, quizá llamase desde la tienda para enterarse acerca de esa pensión en New Jersey. Puede que llamara a su hermano. Desde luego, plantaría las semillas de naranjo y las regaría. Se imaginó a «Mr. Frosty» caminando majestuosamente con su elegante rabo entre los naranjos enanos; parecería un tigre. Si pudiera conseguir latas vacías en el almacén del gobierno...

—Eh, nena.

Se llevó un susto horrible. Era Cal.

—No —dijo Jeannine apresuradamente—. No tengo tiempo.

—¿Nena?

Él tiraba de su brazo. Ven a tomar un café. Pero ella no podía. Tenía que estudiar griego (el libro estaba sobre la mesa de reserva). Tenía demasiado que hacer. Él fruncía el ceño y suplicaba. Ella podía sentir ya la almohada bajo su espalda, y «Mr. Frosty» paseando alrededor de ellos, mirándola con sus extraños ojos azules y dando vueltas entre los amantes. Era medio siamés; Cal le llamaba Gato Flaco Manchado. Cal siempre quería hacer experimentos con él, dejándole caer desde el respaldo de una silla, poniendo obstáculos en su camino, escondiéndose. «Mr. Frosty» simplemente le despreciaba.

—Más tarde —dijo Jeannine desesperadamente.

Cal se inclinó sobre ella y murmuró en su oído; ella sintió ganas de llorar. Él se balanceó sobre los talones hacia delante y hacia atrás. Luego dijo: «Te esperaré.» Se sentó en la silla de Jeannine, cogió el periódico y añadió:

—La mujer que se esfuma. Esa eres tú.

Ella cerró los ojos y soñó con «Mr. Frosty» hecho una rosca sobre la repisa, plácidamente dormido, toda la felinidad en un círculo. ¡Qué gato tan mimado!

—¿Nena? —dijo Cal.

—Bueno, vale —dijo Jeannine, desalentada—. De acuerdo.

Miraré el ailanto.

III

Janet Evason apareció en Broadway a las dos de la tarde en ropa interior. No perdió la cabeza. Aunque los nervios intentan continuar en la tónica anterior, ella adoptó una postura evasiva un segundo después de llegar (conveniente para ella), con su pelo rubio, sucio ondeando y sus pantalones cortos y camisa kaki manchados de sudor. Cuando un policía trató de cogerla por el brazo, ella le amenazó, pero él se esfumó. Ella pareció contemplar a la multitud que la rodeaba con especial horror. El policía reapareció en el mismo lugar una hora más tarde sin el menor recuerdo de ese intervalo, pero Janet Evason había regresado a su saco de dormir en el Bosque Nuevo sólo unos minutos después de su llegada. Algunas palabras de pan-ruso y desapareció. Las últimas palabras despertaron a su compañera en el Bosque Nuevo.

—Duérmete —dijo la anónima amiga-de-una-noche, una nariz, una frente y un mechón de pelo oscuro a la luz de la luna.

—Pero ¡quién habrá estado hurgando en mi cabeza! —dijo Janet Evason.

IV

Cuando Janet Evason volvió al Bosque Nuevo y los experimentadores de la Estación Polar se tronchaban de risa (porque no era un sueño), yo estaba sentada en un cóctel en Manhattan. Acababa de transformarme en un hombre, yo, Joanna. Quiero decir un hombre hembra, naturalmente; mi cuerpo y mi alma seguían siendo exactamente igual.

V

El primer hombre que puso el pie en Whileaway apareció en un campo de nabos del Continente Norte. Llevaba un traje azul como el de un itinerante y una gorra azul. La gente de la granja había sido advertida. Alguien, al ver la señal en el registrador de infrarrojos del tractor, fue a buscarle; el hombre de azul vio una máquina voladora sin alas, pero con una falda de polvo y aire. El cobertizo para reparaciones de maquinaria agrícola del condado quedaba cerca esa semana, así que la tractorista le llevó allí; no decía nada inteligible. Vio una cúpula translúcida, cuya superficie ondulaba ligeramente. Había un ventilador colocado a un lado. Dentro de la cúpula había una selva de máquinas: muertas, tumbadas, algunas reventadas, con las tripas desparramadas sobre la hierba. De una extensa estructura bajo el techo colgaban manos mecánicas del tamaño de tres hombres. Una de ellas levantó un coche y lo dejó caer. Los lados del coche se desprendieron. Manos más pequeñas surgían de la hierba.

—Eh, eh —dijo la tractorista, golpeando con los nudillos en una pieza sólida encajada en la pared—. Se ha caído. Se ha desmayado.

—Devuélvelo —dijo una operadora saliendo del casco inductor al otro extremo del cobertizo. Otras cuatro se acercaron y rodearon al hombre del traje azul.

—¿Tiene una mente firme?

—No sabemos.

—¿Está enfermo?

—Hipnotízale y devuélvele.

El hombre de azul —si las hubiese visto— las habría encontrado muy extrañas: rostros suaves, pieles suaves, demasiado pequeñas y demasiado gruesas, sus monos abultados en el trasero. Llevaban monos porque no siempre se pueden arreglar las cosas con las manos mecánicas; a veces hay que usar las propias. Una era vieja y tenía el pelo blanco; una era muy joven; otra llevaba el pelo largo que adoptan algunas jóvenes de Whileaway «para pasar el rato»^[1]. Seis pares de ojos fijos y curiosos examinaron al hombre del traje azul.

—Eso, *mes enfants* —dijo la tractorista al fin—, es un hombre.

»Eso es un verdadero hombre de la Tierra.

VI

A veces te inclinas para atarte un zapato, y luego te lo atas o no; puede que te endereces instantáneamente o puede que no. Cada elección crea por lo menos dos mundos de posibilidad, es decir, uno en el que sí y otro en el que no; o probablemente muchos más, uno en que lo haces rápidamente, otro en que lo haces lentamente, uno en el que no, pero vacilas, otro en el que vacilas y frunces el ceño, otro en el que vacilas y estornudas, etc. Si llevamos este argumento más lejos, debe de haber un número infinito de posibles universos (tal es la fecundidad de Dios), porque no hay razón para imaginar que la naturaleza esté prejuiciada en favor de la acción humana. Cada desplazamiento de cada molécula, cada cambio en la órbita de cada electrón, cada cuántum de luz que dé aquí y no allí... todo eso debe de tener en algún lugar su alternativa. Es posible, asimismo, que no exista una línea o tendencia definida de probabilidad, y que vivamos en una especie de trenza retorcida, deslizándonos de un lado a otro sin saberlo siquiera, siempre que nos mantengamos dentro de los límites de un conjunto de variantes que realmente no suponen ninguna diferencia para nosotros. Así la paradoja del viaje en el tiempo deja de existir, porque el Pasado que visitamos no es nunca nuestro propio Pasado sino siempre el de algún otro; o más bien, nuestra visita al Pasado crea instantáneamente otro Presente (en el que la visita ya ha ocurrido) y lo que visitas es el Pasado perteneciente a ese Presente: algo

completamente diferente de tu propio Pasado. Y a cada nueva decisión que tomes (allá atrás en el Pasado) ese nuevo universo probable se bifurca, creando simultáneamente un nuevo Pasado y un nuevo Presente, o, para entendernos, un nuevo universo. Y cuando vuelves a tu propio Presente, sólo tú sabes cómo era el otro Pasado y qué hiciste allí.

Por tanto, es probable que Whileaway —un nombre para la Tierra dentro de diez siglos, pero no *nuestra* Tierra, ya me entiendes— no se verá afectado en absoluto por esta escapada al pasado de algún otro, Y viceversa, por supuesto. Lo mismo podrían ser dos mundos independientes.

Whileaway, quizá ya lo has deducido, está en el futuro.

Pero no *nuestro* futuro.

VII

Vi a Jeannine poco después, en un salón donde yo había ido para ver a Janet Evason en la televisión (yo no tengo televisor). Jeannine parecía muy desplazada; me senté junto a ella y se confió a mí: «Este no es mi sitio.» No me imagino cómo llegó allí, de no ser por accidente. Estaba vestida como para una película de época, sentada en la sombra con su cinta en el pelo y sus zapatos de cuña, una muchacha de miembros largos que parecía un potrillo, enfundada en unas ropas que le quedaban algo pequeñas. La moda (al parecer) tarda en recuperarse después de la Gran Depresión. No aquí y ahora, claro. «Este no es mi sitio», murmuró Jeannine Dadier otra vez, bastante agobiada. Sus manos se movían inquietas. «No me *gustan* estos sitios.» Clavó un dedo en el cuero rojo del asiento.

—¿Qué? —dije.

—Las vacaciones pasadas me fui de excursión a pie —dijo con los ojos muy abiertos—. Eso sí que me gusta. Es sano.

Ya sé que se supone que es conveniente correr saludablemente por los campos de flores, pero a mí me gustan los bares, los hoteles, el aire acondicionado, los restaurantes buenos y el transporte a reacción, y se lo dije.

—¿A reacción? —dijo.

Janet Evason apareció en la televisión. Era sólo una foto fija. Luego nos dieron noticias de Camboya, Laos, Michigan, el lago Canandaigua (polución) y el globo del mundo girando a todo color con sus satélites artificiales dando vueltas a su alrededor. El calor era espantoso. Yo he estado ya en un estudio de televisión la galería que corre por los lados cada centímetro del techo cubierto de laces para que la mujer-niña de la vocecita pueda inclinarse sobre el horno o la pila, poniendo morritos. Entonces salió Janet Evason con ese aire de burbuja que la gente tiene en la pequeña pantalla.

Se movía con cuidado y lo miraba todo con interés. Iba bien vestida (con un traje de chaqueta). El anfitrión, el entrevistador o como se llame, le dio la mano y luego todos le dieron la mano a todos, como en una boda francesa o en una película muda. Alguien la condujo a un asiento y ella sonrió y asintió de esa forma exagerada en que lo hacemos cuando no estamos seguros de estar actuando correctamente. Miró a su alrededor y se protegió los ojos de la luz. Luego habló.

(La primera cosa que dijo el segundo hombre que visitó Whileaway fue: «¿Dónde están todos los hombres?» Janet Evason, al aparecer en el Pentágono, las manos en los bolsillos y los pies plantados muy abiertos, dijo: «¿Dónde diantre están todas las mujeres?»)

El sonido de la televisión falló por un momento y entonces Jeannine Dadier se desvaneció; no es que desapareciera, simplemente ya no estaba allí. Janet Evason se levantó, volvió a dar la mano, miró a su alrededor, hizo gestos de que comprendía, asintió y salió del campo de la cámara. Nunca nos enseñaron la guardia gubernamental.

Yo lo oí en otra ocasión y fue así.

ENTREVISTADOR: ¿Le gusta esto, señorita Evason?

JANET: (mira el estudio, confusa): Hace demasiado calor.

E: Quiero decir que si te gusta... bueno, la Tierra.

J: Pero yo vivo en la Tierra. (Hace un esfuerzo de atención.)

E: Quizá sería mejor que nos explicara eso... quiero decir la existencia de distintas probabilidades y todo eso... usted nos habló de eso antes.

J: Viene en los periódicos.

E: Pero, por favor, señorita Evason, si usted pudiera explicárselo a los telespectadores que estén viendo el programa.

J: Que lo lean. ¿No saben leer?

(Hubo un momento de silencio. Luego el entrevistador habló.)

E: Nuestros expertos en ciencias sociales así como nuestros físicos, nos dicen que han tenido que revisar muchas teorías a la luz de la información proporcionada por nuestra visitante de otro mundo. No ha habido hombres en Whileaway en ocho siglos, por lo menos —no quiero decir seres humanos, naturalmente, sino varones— y esa sociedad regida exclusivamente por mujeres, ha llamado mucho la atención, como es lógico, desde la aparición, la semana pasada, de su representante y primera embajadora, la dama aquí presente. Janet Evason, ¿puede usted decirnos cómo cree que reaccionará la sociedad de Whileaway ante la reaparición de los hombres de la Tierra —quiero decir nuestra Tierra actual claro— después de un aislamiento de ochocientos años?

J (se lanzó a responder, probablemente porque era la primera pregunta que entendía): Novecientos años. ¿Qué hombres?

E: ¿Qué hombres? Seguramente esperarán que los hombres de nuestra sociedad visiten Whileaway.

J: ¿Por qué?

E: Información, comercio, ah... contactos culturales (risas). Temo que me lo está usted poniendo difícil, señorita Evason. Cuando la ah... plaga de la que habló mató a todos los hombres de Whileaway, ¿no los echaron de menos? ¿No quedaron rotas las familias? ¿No cambió todo el modelo de vida?

J (lentamente): Supongo que la gente siempre echa de menos aquello a lo que está acostumbrada. Sí, les echaron de menos. Incluso un conjunto de palabras, como «él», «hombre», etc., han sido desterradas. Luego, la segunda generación las empleaba entre ellas, por rebeldía, y la tercera generación no, por cortesía, y a la cuarta, ¿qué le importaba? ¿Quién se acordaba ya?

E: Pero, seguramente..., es decir...

J: Disculpe, puede que interprete mal lo que usted dice, puesto que este idioma es sólo una afición mía, y no lo domino como quisiera. Lo que nosotros hablamos es un pan-ruso, ni siquiera los rusos lo entenderían; sería como el inglés medieval para ustedes, sólo que al revés.

E: Comprendo. Pero volviendo a la cuestión...

J: Sí.

E (Difícil situación la suya, entre las autoridades y este extraño personaje envuelto en su ignorancia como un jefe salvaje: inexpresiva, atenta, posiblemente civilizada, con un desconocimiento total. Finalmente, dijo): ¿No desea usted que los hombres regresen a Whileaway, señorita Evason?

J: ¿Para qué?

E: Un sexo es solamente la mitad de una especie, señorita Evason. Cito (y repitió las palabras de un famoso antropólogo). ¿Desea usted desterrar el sexo de Whileaway? El sexo, la familia, el amor, la atracción erótica... llámelo como quiera. Todos sabemos que su pueblo está constituido por individuos competentes e inteligentes, pero ¿cree usted que eso es suficiente? Seguramente usted tiene el conocimiento intelectual de la biología de otras especies y sabe de qué estoy hablando.

J: Estoy casada. Tengo dos hijas. ¿Qué diablos quiere usted decir?

E: Yo..., señorita Evason..., nosotros..., bueno, sabemos que ustedes forman lo que llaman matrimonios, que registran a los hijos como descendientes de ambos cónyuges y que incluso forman «tribus»... utilizo el término de Sir; ya sé que la traducción no es perfecta... y sabemos que esos matrimonios o tribus son magníficas instituciones para el mantenimiento económico de los niños y para algún tipo de mezcla genética, aunque confieso que ustedes están muy por delante de nosotros en las ciencias biológicas. Pero, señorita Evason, yo no estoy hablando de instituciones

económicas, ni siquiera de las afectivas. Por supuesto, las madres de Whileaway aman a sus hijos, nadie lo duda. Y, naturalmente, sienten un afecto mutuo, nadie duda eso tampoco. Pero hay más, mucho más... Hablo de amor físico.

J (cae en la cuenta): ¡Oh! Usted quiere decir el coito.

E: Sí.

J: ¿Y dice que nosotras no tenemos eso?

E: Sí.

J: Pero qué tontería. Claro que lo tenemos.

E: ¿Eh? (Está a punto de decir: «No me diga».)

J: Entre nosotras. Deje que le explique.

La cortaron instantáneamente y metieron un anuncio que describía poéticamente las delicias del pan en rebanadas. Se encogieron de hombros (fuera de cámara). Ni siquiera hubieran llegado hasta ahí de no ser porque Janet había insistido en poner un dispositivo de seguridad en el sistema de repetición. Era una transmisión en directo, con un desfase de cuatro segundos. Ella me gustaba cada vez más. Dijo: «Si ustedes esperan que observe sus tabúes, creo que tendrán que precisar más cuáles son exactamente.» En el mundo de Jeannine Dadier, una entrevistadora le preguntó (le habría preguntado):

—¿Cómo se peinan las mujeres de Whileaway?

J: Se cortan el pelo con una concha de almeja.

VIII

«¡La humanidad es antinatural!», exclamó la filósofa Dunyasha Bernadetteson (344-426 d.C.), la cual sufrió toda su vida a consecuencia del fallo de un cirujano genético, por culpa del cual tenía la mandíbula de una madre y los dientes de otra (la ortodoncia casi nunca es necesaria en Whileaway). Los dientes de su hija, sin embargo, eran perfectos. La plaga llegó a Whileaway en 17 a.C. (Antes de la Catástrofe) y terminó en 3 d.C. con la muerte de la mitad de la población; había comenzado tan lentamente que nadie se dio cuenta hasta que era demasiado tarde. Atacó solamente a los hombres. La Tierra se había reformado completamente durante la Edad de Oro (300-180 a.C.) y las condiciones naturales eran considerablemente menos difíciles de lo que podrían haber sido en una catástrofe similar un milenio antes. En la época de La Desesperación (como se la conocía popularmente), Whileaway tenía dos continentes llamados simplemente Norte y Sur, y gran número de bahías o puertos ideales a lo largo de las costas. Las condiciones climáticas extremas no prevalecían por debajo de los 72 grados de latitud Sur y los 68 de latitud Norte. El transporte marítimo convencional, en el tiempo de la Catástrofe, se

empleaba casi exclusivamente para mercancías, ya que para el transporte de pasajeros se utilizaban los aerodeslizadores, más pequeños y flexibles. Las casas eran autosuficientes, con fuentes de energía portátiles: motores de alcohol o células solares que reemplazaban a la antigua energía centralizada. El posterior invento de los prácticos reactores materia-antimateria (K. Ansky, 259 d.C.) provocó gran optimismo durante una década más o menos, pero estos aparatos resultaron ser demasiado voluminosos para el uso doméstico. Katharina Lucison Ansky (201-282 d.C.) fue asimismo la descubridora de los principios que hicieron posible la cirugía genética. (La fusión de los óvulos se venía practicando desde hacía siglo y medio.) La vida animal había llegado a ser tan escasa antes de la Edad de Oro que muchas especies fueron reinventadas por entusiastas del período Ansky; en 280 d.C. hubo una erupción de conejos en Newland (una isla cerca del istmo del Continente Norte), epizootia que no carecía de precedentes históricos. Para el 492 d.C., gracias a la brillante campaña de la gran Betty Bettinason Murano (453-502 d.C.), se habían restablecido las colonias terrícolas en Marte, en Ganimedes y en los asteroides con la colaboración de la Liga Selénica, de acuerdo con el Tratado del Mare Tenebrum (240 d.C.).

Preguntada sobre lo que esperaba encontrar en el espacio, Betty Murano dio su inmortal respuesta: «Nada.» En el tercer siglo después de Cristo la inteligencia era ya un factor hereditario controlable, aunque las aptitudes e intereses continuaban eludiendo a los cirujanos y la inteligencia sólo podía determinarse de modo aproximado. En el siglo quinto la organización de los clanes había alcanzado su complejo estado actual y el reciclaje del fósforo era un éxito casi completo; en el siglo séptimo la minería joviana hizo posible enriquecer una tecnología basada fundamentalmente en el cristal y la cerámica, con algunos metales (que también se reciclaban), y por tercera vez en cuatrocientos años (las modas también son cíclicas a veces) los duelos se convirtieron en un serio problema social. Varios Consejos de Corporaciones locales votaron que una duelista afortunada debía cumplir la misma pena que un homicida accidental y tener un hijo para sustituir la vida suprimida, pero esta solución era demasiado simplista para llegar a hacerse popular. Había que considerar la edad de ambas combatientes, por ejemplo. A principios del siglo noveno, el casco inductor era una posibilidad real, la industria estaba siendo drásticamente transformada, y la Liga Selénica finalmente había superado la producción del Continente Sur en kilos de proteína por persona y año. En 913 d.C. una oscura e inquieta descendiente de Kathy Ansky reunió varios conceptos matemáticos y descubrió —o inventó— la mecánica de probabilidades.

En el tiempo de Jesús de Nazaret, querido lector, no había automóviles. Yo todavía ando algunas veces, sin embargo.

Es decir, un ecólogo prudente logra que las cosas marchen casi tan perfectamente

como lo harían por sí mismas, pero tú conservas una lámpara de petróleo en el granero por si acaso, y una discusión sobre la conveniencia de mantener un caballo suele acabar en la decisión de que no vale la pena, por tanto sueltas al caballo; pero en el Centro de Conservación de La Jolla crían caballos. No les reconoceríamos. El casco inductor hace posible que una obrera tenga no sólo la fuerza bruta, sino la flexibilidad y el control de mil; está revolucionando la industria whileawayana. La mayoría de la gente de Whileaway anda mucho (naturalmente, sus pies son perfectos). A veces se apresuran de una manera rara. En los primeros tiempos bastaba con sobrevivir y sacar a las niñas adelante. Ahora dicen: «Cuando la reindustrialización sea completa», y continúan yendo a pie. Puede que les guste. La mecánica de probabilidades ofrece la posibilidad —al enlazar dentro de otro continuum, elegido con precisión— del teleporte. Chilia Ysayeson Belin vive en unas ruinas italianas (creo que son parte del monumento a Vittorio Emmanuele, pero no tengo idea de cómo llegaron a Newland) y se muestra sentimental al respecto; ¿cómo se pueden instalar discretamente cañerías interiores sin una desproporcionada cantidad de trabajo? Su madre, Ysaye, vive en una cuenca (la Ysaye que elaboró la teoría de la mecánica de probabilidades). Se tarda dos días en comprar una casa prefabricada y prácticamente nada en montarla. Hay dieciocho Belin y veintitrés Moujkis (la familia de Ysaye; yo he vivido con ambas). Whileaway no tiene verdaderas ciudades. Por supuesto, la cola de una cultura va varios siglos por detrás de la cabeza. Whileaway es tan bucólico que a veces una se pregunta si la última sofisticación no nos llevará a una especie de edad prepaleolítica, un jardín sin ningún artefacto excepto lo que llamaríamos milagros. Una Moujki inventó unos envases alimenticios perdurables, en su tiempo libre, en 904 d.C., porque la idea le fascinaba; por menos han matado a la gente.

Mientras tanto, el trabajo doméstico ecológico es enorme.

IX

J: Tuve mi niña a los treinta años, como todas nosotras. Son unas vacaciones de casi cinco años. Los cuartos de las niñas están llenos de gente leyendo, pintando, cantando, o lo que sepan, a las niñas, con las niñas, sobre las niñas... Como la antigua costumbre china de los tres años de luto, un alto en el camino justo en el momento oportuno. Hasta entonces no hemos tenido tiempo para el ocio en absoluto y tendremos muy poco luego; cualquier cosa que haga... entiéndame, quiero decir hacer de verdad... tengo que basarla enteramente en esos cinco años. Una trabaja con una prisa febril... A los sesenta obtendré un puesto sedentario y volveré a tener algo de tiempo para mí.

COMENTARISTA: ¿Y eso se considera suficiente en Whileaway?

J: Dios, no.

X

Jeannine se hace la remolona. Siempre le horroriza levantarse de la cama. Se quedaría de lado mirando el ailanto hasta que le doliera la espalda; entonces se daría la vuelta, oculta en el velo de las hojas, y se dormiría. Cabos sueltos de sueños, sumergida en la cama como en un pozo, hasta que el gato saltase sobre ella. Los días laborables Jeannine se levantaba temprano en una especie de pesadilla despierta sintiéndose fatal, tambaleándose hasta el cuarto de baño de la entrada envuelta en sueño. El café le daba náuseas. No podía sentarse en la butaca, ni dejar caer sus zapatillas, ni inclinarse, ni apoyarse, ni tumbarse. «Mr. Frosty», haciendo equilibrios sobre el alféizar, se paseaba de un lado al otro frente al ailanto: Tigre en la Fronda. El Museo. El Zoo. El autobús a Chinatown. Jeannine se hundió en el árbol airosamente, como una sirena, llevando consigo un cubretetera para dárselo al muchacho que tenía una enorme torta temblorosa sobre el cuello, en el lugar donde hubiera debido estar su cara. Temblorosa de emoción.

El gato habló.

Ella se despertó sobresaltada. *Te daré la comida, «Mr. Frosty».*

Mrrr...

Cal no podía permitirse el lujo de llevarla a ningún sitio realmente. Ella llevaba tanto tiempo viajando en los autobuses urbanos que se conocía todos los trayectos. Bostezando horriblemente, echó agua en la comida de «Mr. Frosty» y puso el plato en el suelo. Él comió con mucha dignidad; ella recordó que cuando lo llevó a casa de su hermano le dieron pescado crudo fresco, recién pescado en el estanque por uno de los chicos, y «Mr. Frosty» se lanzó sobre él devorándolo ávidamente. Realmente les gusta el pescado. Ahora jugaba con el plato, empujándolo de un lado a otro aunque ya era un gato adulto. Los gatos verdaderamente eran más felices cuando tú... cuando... (bostezó). ¡Oh!, era el Día del Festival Chino.

Si tuviera dinero, si pudiera ir a la peluquería.

... El entra en la biblioteca; es un profesor universitario; no, es un playboy. «¿Quién es esa chica?» Habla con la señora Allison, adulándola astutamente. «Es Jeannine.» Ella baja los ojos, llena de seducción femenina. Me hice las uñas hoy. Y la ropa que llevo es buena, tiene gusto, mi propia personalidad, mi estilo. «Hay algo en ella», dice. «¿Quieres salir conmigo?» Luego en la terraza, bebiendo champaña: «Jeannine, quieres...»

«Mr. Frosty», insatisfecho y celoso, le clava las uñas en la pierna. «¡Vale!», dice,

atragantándose con el sonido de su propia voz. *Vístete rápido.*

Sí (pensó Jeannine, mirándose en el espejo de cuerpo entero que inexplicablemente había dejado el anterior inquilino en el interior de la puerta del armario), *me parezco un poco... si pongo la cabeza así. Oh, Cal se va a poner Tan... Furioso...* y corre a la cama, se quita el pijama y coge precipitadamente la ropa interior que siempre deja preparada sobre el escritorio la noche antes. Jeannine, La Ninfa Acuática. *Yo soñé con un hombre en alguna parte.* Ella no cree en las cartas ni en los augurios, es algo completamente imbécil, pero algunas veces se ríe y piensa que sería divertido. *Tengo buen ojo. Usted encontrará un hombre alto, moreno...*

Colocando a «Mr. Frosty» sobre la cama, se pone el jersey y la falda, se cepilla el pelo, contando las veces por lo bajo. Su abrigo está tan viejo. Una pizca de maquillaje, lápiz de labios y polvos. (Se olvidó otra vez y se ha echado polvos en el abrigo.) Si saliera temprano, no tendría que encontrarse a Cal en la habitación; él jugaría con «Mr. Frosty» (a gatas) y luego querría Hacer el Amor; así es mejor. El autobús a Chinatown. Bajó las escaleras tropezando por las prisas, agarrándose al pasamanos. La señorita Spry, la viejecita del piso bajo, abrió la puerta justo a tiempo de coger a la señorita Dadier atravesando el portal como una exhalación. Jeannine vio una carita arrugada y preocupada, un pelo blanco alborotado y un cuerpo como un saco de harina metido dentro de un vestido negro sin forma. Una mano llena de venas y manchas agarrada al borde de la puerta.

—¿Qué tal, Jeannine? ¿Sales?

Doblándose, con un ataque de histeria, la señorita Dadier escapó. *¡Uhh! ¡Ser así!*
Allí estaba Cal, al pasar la estación de autobuses.

XI

Etsuko Belin, extendida en cruz sobre un planeador, trasladó su peso e inició un giro lento, viendo a quinientos metros por debajo de sí el sol naciente de Whileaway reflejado en los lagos glaciares del Monte Strom. Dio la vuelta al planeador y, deslizándose de espaldas, pasó a un halcón.

XII

Hace seis meses, en el Año Nuevo Chino, Jeannine había estado parada, pasando frío, tapándose los oídos con las manos enguantadas para protegerlos del espantoso ruido de los cohetes. Cal, junto a ella, contemplaba al dragón que bailaba por la calle.

XIII

Conocí a Janet Evason en Broadway, de pie en la acera viendo el desfile dado en su honor (estaba yo). Ella se asomó por la ventanilla y me hizo señas de que me acercara. Rodeada de agentes del servicio secreto. «Esa», dijo.

Al final, nos reuniremos todas.

XIV

Jeannine, desplazada, se tapa los oídos con las manos y cierra los ojos, sentada a la mesa, bajo los árboles, en una granja de Whileaway, mientras todo el mundo está comiendo. *No estoy aquí. No estoy aquí.* La hija menor de Chiha Ysayeson se ha encaprichado de la recién llegada; Jeannine ve grandes ojos, grandes senos, grandes hombros, labios gruesos, todo tan basto. Dieciocho Belins están mirando, acariciando y alimentando a «Mr. Frosty». *No estoy aquí.*

XV

J: Evason no es realmente «son» (hijo), sino «Hija». Esa es la traducción que hacen *ustedes*.

XVI

Y aquí estamos.

SEGUNDA PARTE

I

¿Quién soy yo?

Yo sé quién soy, pero ¿cuál es mi marca de fábrica?

Yo, con una nueva cara, una máscara tumefacta. Colocada sobre la antigua en tiras de plástico, una careta de vampiro rubio encima de un uniforme de las SS. Yo era delgada como un palo, exceptuando las manos, que habían recibido un tratamiento similar, y esa impresionante cara. Hice esto una vez por un asunto mío, del cuál hablaré más tarde, y asusté a los idealistas chiquillos que vivían abajo. Sus delicadas pieles enrojecieron de indignado horror. Sus claras voces juveniles se elevaron en una canción (a las tres de la mañana). No soy Jeannine. No soy Janet. No soy Joanna.

No lo hago a menudo (digo yo, la vampira), pero es una espléndida técnica para el ascensor poner el índice contra la nuca de alguien al pasar por el cuarto piso, sabiendo que él nunca se enterará de que no estás por completo allí.

(Perdón, pero cuidado.)

Me conocerás después.

II

Como dije antes, yo (no la yo de arriba, por favor) tuve una experiencia el 7 de febrero de 1969.

Me convertí en hombre.

Ya había sido hombre antes, pero sólo brevemente y en una multitud.

No hubieses notado nada, si hubieras estado allí.

La hombría, niñas, no se alcanza por el valor, ni por el pelo corto o la insensibilidad, ni por estar (como lo estaba yo) en el único hotel rascacielos de Chicago mientras la nieve cae fuera. Yo estaba sentada en un cóctel en Los Angeles, rodeada de horrendos muebles barrocos, después de haberme convertido en hombre. Me vi entre las molduras blancuzcas del espejo y la conclusión era indudable: yo era un hombre. Pero ¿qué es la hombría?

La hombría, niñas..., es la *Hombría*.

III

Janet me llamó por señas desde el coche y yo entré en él. La carretera estaba muy oscura. Cuando ella abrió la portezuela vi su famoso rostro a la luz de la parte delantera del coche; los árboles formaban una masa verde brillante frente a los faros. Así fue como la conocí realmente. Jeannine Dadier era un borroso perfil en el asiento trasero.

—Saludos —dijo Janet Evason—. Hola. *Bonsoir*. Esa es Jeannine. ¿Y tú?

Se lo dije. Jeannine empezó a hablar sobre las cosas tan fantásticas que hacía su gato. Los árboles se balanceaban y saltaban delante de nosotras.

—En las noches de luna llena —dijo Janet— suelo conducir sin luces.

Y reduciendo la velocidad del coche casi a cero, apago los faros; quiero decir que vi desaparecer su luz y el paisaje se fundió, pálido y brumoso, con el horizonte, como en un Watteau mal iluminado. A la luz de la luna siempre tengo la sensación de que mis ojos están mal. El coche —un chisme caro, aunque estaba demasiado oscuro para distinguirlo— suspiró silenciosamente. Jeannine casi se había borrado.

—Les he dado el esquinazo —dijo Janet en su voz normal, que era sorprendentemente alta.

Y volvió a encender las luces.

—Sospecho que eso no está bien —añadió.

—Desde luego que *no* —dijo Jeannine desde el asiento trasero.

Pasamos el anuncio de un motel en un declive de la carretera, un letrero luminoso entre los árboles.

—Lo siento mucho —dijo Janet—. ¿El coche? Robado.

Miró un momento por la ventanilla lateral volviendo la cabeza y apartando la vista de la carretera. Jeannine dio un respingo de indignación. Solamente el conductor puede ver bien en el espejo retrovisor, pero había un coche siguiéndonos. Nos metimos por un camino de tierra —es decir, se metió ella—, cruzamos un bosque con las luces apagadas y salimos a otra carretera, tras de lo cual encontramos una casa particular de lo más bonita, completamente a oscuras.

—Adiós, disculpad —dijo Janet amablemente, saliendo del coche—. Seguid, por favor.

Y se metió en la casa. Llevaba el traje de la televisión. Me quedé sentada allí, desconcertada, con Jeannine agarrada al respaldo del asiento (como hacen los niños). El segundo coche se detuvo detrás de nosotras. Bajaron y me rodearon (era una desventaja estar sentada, con los faros hiriéndote los ojos). El pelo brutalmente corto, y algo desagradable en sus ropas: rectos, cuadrados, limpios pero no robustos. ¿Te imaginas a un hombre vestido de paisano tirándose del pelo? Claro que no. Jeannine estaba escondiéndose o había desaparecido de algún modo. Justo antes de que Janet

apareciera en el porche de la casa particular acompañada de una familia radiante: padre, madre, hija adolescente y perro (todos encantados de ser famosos), me comprometí estúpidamente al exclamar con calor:

—¿A quién buscan? Aquí no hay nadie. Sólo estoy yo.

IV

¿Estaba ella intentando huir? ¿O solamente elegir gente al azar?

V

¿Por qué me enviaron a mí? Porque podían prescindir de mí. Etsuko Belin me ató. «Ah, Janet», dijo. (Ah, tú.) En una habitación desnuda. La jaula en la que yo estaba echada entra y sale de la existencia cuarenta mil veces por segundo; por eso no vino conmigo. En contra de lo que se podría esperar, yo no tuve náuseas ni frío, ni me sentí caer por un interminable lo-que-sea. El problema es que tu cerebro continúa respondiendo a los estímulos anteriores cuando está ya recibiendo los nuevos; traté de *construir* la pared nueva dentro de la vieja. Donde antes estaba el enrejado de la jaula había un rostro humano.

Späsibo.

Perdón.

Déjeme explicarle.

Estaba tan aturdida que no capté de golpe que estaba tumbada sobre su mesa de despacho, según supe luego, y algo aún peor. Aparecí atravesada allí, de repente (a la vista de otras cinco personas). Habíamos experimentado con otras distancias; ahora me recogieron, para asegurarse, y me volvieron a mandar, y allí estaba yo de nuevo sobre su mesa.

Qué mujer más rara; delgada y seca, de recias espaldas, con un bigotillo de vieja. Cómo puede marchitar una vida de trabajo constante.

¡Ajá! Un hombre.

¿Debo decir que me estremecí? No es muy halagador para mí, pero así fue. Esto debe de ser un hombre. Me bajé de su mesa. Quizá iba a hacer un trabajo manual, porque vestíamos de forma parecida; sólo que él tenía unas tiras de color codificadas sobre el bolsillo, un práctico invento para que una máquina pudiera leerlo o algo así. En perfecto inglés dije:

—¿Cómo están? Debo explicarles mi súbita aparición. Soy de otro tiempo.

(Habíamos rechazado *probabilidades continuum* por ininteligible.) Nadie se

movió.

—¿Cómo están? Debo explicarles mi súbita aparición. Soy de otro tiempo.

¿Qué iba a hacer, insultarles? No se movieron. Me senté sobre la mesa y uno de ellos cerró de golpe una parte de la pared; así que tienen puertas, como nosotras. Lo importante en una situación nueva es no atemorizar, y en mi bolsillo tenía justamente lo que necesitaba para esta emergencia. Saqué un pedazo de cordel y me puse a jugar a la cunita.

—¿Quién es usted? —preguntó uno de ellos.

Todos llevaban esas tiritas sobre el bolsillo.

—Soy de otro tiempo, del futuro —dije, y le tendí las manos con la cunita.

Esto no sólo es un símbolo universal de paz, sino un juego que está bien. Esta era la posición más simple. Uno de ellos se rió; otro se tapó los ojos con las manos; el dueño de la mesa se echó hacia atrás; un cuarto dijo:

—¿Es una broma?

—Soy del futuro.

Quédate ahí lo suficiente y la verdad penetrará.

—¿Qué? —dijo el número uno.

—¿Cómo, si no, cree usted que he salido del aire? La gente no puede pasar por las paredes, ¿verdad?

La respuesta fue que Tres sacó un pequeño revólver, y esto me sorprendió; porque todo el mundo sabe que la ira es más intensa hacia quienes se conoce: son los amantes y los vecinos los que se matan. No tiene sentido, después de todo, portarse de este modo con un perfecto desconocido. ¿Dónde está la satisfacción? Si no hay amor, no hay necesidad; sin necesidad, no hay frustración; sin frustración, no hay odio. ¿No es cierto? Debía de ser miedo. La puerta se abrió en ese momento y entró una mujer joven, de unos treinta años, llamativamente pintada y vestida. Sé que no debería haber supuesto nada, pero una trabaja con lo que tiene; y yo supuse que su vestido indicaba que era madre. Es decir, alguien de vacaciones, alguien con tiempo libre, alguien próxima a la red de información y llena de curiosidad intelectual. Si hay una clase superior (me dije), es ésta. Yo no quería apartar a nadie de un trabajo manual necesario. Y pensé, ya sabes, en gastar una bromita. Así que le dije:

—Llévame a ver a tu jefe.

VI

... Una mujer alta y rubia que apareció de pie sobre la mesa del coronel Q, como saliendo de la nada. Sacó lo que parecía ser un arma... No respondía a nuestras preguntas. El coronel guarda un pequeño revólver en el cajón superior de su mesa

desde las revueltas del verano. Lo empuñó. Ella no contestaba a nuestras preguntas. Creo que en ese momento la señorita X, la secretaria del coronel, entró en la habitación, sin saber lo que ocurría. Afortunadamente, Y, Z, Q, R y yo, no perdimos la cabeza. Entonces ella dijo: «Soy del futuro.»

INTERROGADOR: ¿La señorita X dijo eso?

RESPUESTA: No, no la señorita X. La..., la extraña.

INTERROGADOR: ¿Está usted seguro de que apareció *de pie* sobre la mesa del coronel?

RESPUESTA: No, no estoy seguro. Espere. Estaba sentada en ella.

VII

ENTREVISTADOR: A todos nos parece raro, señorita Evason, que al aventurarse en tan... bueno, en un territorio totalmente desconocido, que viniera usted desarmada, exceptuando un pedazo de cordel ¿Esperaba usted que fuésemos pacíficos?

J: No. Nadie lo es por completo.

E: Entonces debería haberse armado.

J: Nunca.

E: Pero una persona armada, señorita Evason, impresiona más que una indefensa. Una persona armada inspira temor más fácilmente.

J: Exactamente.

VIII

Esa mujer vivió conmigo durante un mes. No quiero decir en mi casa. Janet Evason, en la radio, las charlas, los periódicos, los noticiarios, las revistas, e incluso en los anuncios. Alguien que sospecho era la señorita Dadier apareció una noche en mi dormitorio, ya tarde.

—Estoy perdida.

Lo que quería decir era: ¿qué mundo es éste?

—Por amor de Dios, sal al recibidor, ¿quieres?

Pero ella se fundió con el grabado chino de la pared y se desvaneció en el oscuro y alfombrado pasillo de las tres de la mañana, presumiblemente. Hay gente que nunca se queda. En mi sueño alguien quería saber dónde estaba la señorita Dadier. Me desperté a eso de las cuatro y fui al cuarto de baño por un vaso de agua; allí estaba ella, al otro lado del espejo del lavabo, con los ojos muy abiertos miraba desesperadamente hacia el cuarto, ambos puños apretados contra el cristal.

—Él no está aquí —dije—. Vete.

Ella silabeó algo ininteligible. La habitación cantó:

Tú has conducido al cauti-i-ve-rio.

¡Cau-u-tivo!

Tú has conducido al cauti-i-ve-rio.

¡Cau-u-tivo!

Mojé una toalla y la pasé por el espejo. Ella parpadeó. Apaga la luz, dijo mi más fino instinto, así que apagué la luz. Ella permaneció iluminada. Desechando el asunto como una aberración del mundo y no mía, me volví a la cama.

—¿Janet? —dijo ella.

IX

Janet abordó a Jeannine en el Nuevo Festival Chino. La señorita Dadier nunca permitía que nadie la abordase, pero una mujer era distinto, después de todo; no era lo mismo. Janet llevaba un impermeable color canela. Cal había ido a la vuelta de la esquina a comprar unos bollos calientes en un restaurante chino, y la señorita Evason le preguntó qué significaba un banderín que pasaba.

—Feliz perseverancia, madame Chiang —contestó Jeannine.

Luego charlaron sobre el tiempo.

—Oh, yo no podría —dijo Jeannine de pronto. (Se puso las manos sobre las orejas e hizo una mueca)—. Pero eso es distinto —añadió.

Janet Evason hizo otra sugerencia. Jeannine parecía interesada y deseosa de entender, aunque un poco aturdida.

—Cal está ahí dentro —dijo con altanería—. Yo no podría estar *ahí*.

Extendió los dedos ante sí como dos abanicos. Era más guapa que la señorita Evason y estaba satisfecha de ello; Janet parecía un *boy scout* crecido, con el pelo revuelto.

—¿Es usted francesa?

—Ajá —dijo Janet, asintiendo.

—Nunca he estado en Francia —dijo Jeannine lánguidamente—. He pensado muchas veces que... bueno, simplemente, no he ido.

No *me mires así*. Se puso cabizbaja y entrecerró los ojos. Deseaba llevarse una mano a la frente afectando proteger su vista; deseaba gritar: «¡Mira! Ahí está Cal, mi novio», pero no había ni rastro de él, y si se volvía hacia el escaparate de la tienda de comestibles estaría lleno de tripas de pescado y rodajas de pescado seco; lo sabía.

¡Le... daría... náuseas! (Miró fijamente una carpa con las tripas fuera). *Estoy temblando de arriba abajo.*

—¿Quién te arregló el pelo? —le preguntó a Janet, y como ésta no la entendía—: ¿Quién te hizo esas mechas tan bonitas?

—El tiempo.

Janet rió y Jeannine la coreó. Esta se reía de un modo hermoso, gloriosamente, echando la cabeza hacia atrás; todo el mundo admiraba la garganta de Jeannine. Los ojos se volvieron hacia ella. *Un bello cuerpo y una bella personalidad que quemar.*

—Me es imposible ir contigo —dijo Jeannine Dadier altivamente—. Está Cal, está Nueva York, mi trabajo; Nueva York en primavera... no puedo marcharme, mi vida está aquí.

El viento primaveral jugó con su pelo. La loca de Jeannine asintió con la cabeza, petrificada.

—Bien —dijo Janet Evason—. Te conseguiremos un permiso.

Silbó y por detrás de la esquina salieron corriendo dos policías de paisano con impermeables color canela: hombres decididos, enormes, de mandíbula y cuello poderosos, que continuarán corriendo —a toda mecha— durante el resto de este relato. Pero no les advertiremos. Jeannine miró, asombrada, sus impermeables y el impermeable de Janet Evason. No aprobaba *en absoluto*.

—Así que por eso no te sienta bien —dijo.

Janet señaló a Jeannine a los polis.

—Chicos, ya tengo una.

X

El Nuevo Festival Chino se inventó para celebrar la liberación de Hong-Kong de los japoneses. Chiang Kai-shek murió de un ataque al corazón en 1951 y madame Chiang es la primer ministro de la nueva China. Japón, que controla el territorio continental, permanece bastante tranquilo, ya que carece del respaldo de, por ejemplo, una renacida Alemania, y si llega a haber una guerra, será entre el Divino Imperio Japonés y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (hay doce). Los americanos no se preocupan mucho. Alemania disputa de vez en cuando con Italia o Inglaterra; Francia (perjudicada por el golpe abortado del 42) está empezando a tener problemas con sus posesiones coloniales. Inglaterra, más sabia, concedió a la India el autogobierno provisional en 1966.

La depresión sigue siendo mundial.

(Pero piensa lo que podría haber sucedido si el mundo no hubiera reducido, afortunadamente, su ritmo de crecimiento, si se hubiera producido una guerra

verdaderamente universal, porque las guerras son invernaderos para las ciencias, la economía, la política; piensa lo que podría haber ocurrido, y lo que podría no haber ocurrido; éste es un mundo afortunado. Jeannine tiene suerte de vivir en él. Aunque ella no lo crea así.)

XI

(Cal, que salió del restaurante chino justo a tiempo de ver a su novia marcharse con otras tres personas, no tiró los bollos calientes al suelo en un ataque de rabia ni los pisoteó. Sus antepasados polacos miraban por él. Estaba tan delgado que sus ambiciones se transparentaban: lo haré algún día, nena. Seré el mejor. Se sentó en una boca de incendios y se puso a comerse los bollos. *Tendrá que volver para dar de comer al gato.*)

TERCERA PARTE

I

Esta es la conferencia. Si no te gusta, puedes saltártela y pasar al capítulo siguiente. Antes de que Janet llegara a este planeta yo estaba de mal humor, inquieta, desdichada e insoportable. No disfrutaba de mi desayuno. Me pasaba todo el día peinándome y maquillándome. Otras chicas practicaban el lanzamiento de peso y comparaban sus puntuaciones en el tiro con arco, pero yo —indiferente a la jabalina y detestando la horticultura y el hockey sobre hielo— lo único que hacía era

vestirme para el Hombre
sonreír al Hombre
conversar ingeniosamente con el Hombre
compadecerme del Hombre
halagar al Hombre
comprender al Hombre
someterme al Hombre
entretener al Hombre
conservar al Hombre
vivir para el Hombre.

Entonces un nuevo interés apareció en mi vida. Después de llamar a Janet, o de que ella me llamase a mí (no leas entre líneas, no hay ningún significado oculto) empecé a ganar peso, mi apetito mejoró, mis amigos comentaban mi renovada ansia de vivir, y una molesta escoliosis en el tobillo, que me había torturado desde hacía años, simplemente desapareció de la noche a la mañana. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que tuve que ir al acuario y ahogar mis sollozos contemplando los tiburones. Me trasladaba en coche con Janet para hacer apariciones en televisión del tipo de la que viste en el capítulo anterior; contestaba a sus preguntas; le compré un diccionario de bolsillo; la llevé al zoo; le mostré el perfil de Nueva York en la noche como si me perteneciera.

Oh, yo inventé a esa mujer; créeme.

Ahora bien, en el libreto de ópera que gobierna nuestras vidas, Janet habría ido a una fiesta y allí habría conocido a un hombre y habría encontrado algo en ese

hombre; no le habría parecido como los demás hombres que había conocido antes. Después él le hubiese dicho un cumplido sobre sus ojos y ella se hubiese ruborizado de placer; hubiera sentido que el cumplido era distinto de otros cumplidos que había recibido porque provenía de ese hombre; hubiera deseado agradecer a ese hombre y, al mismo tiempo, hubiera sentido que ese cumplido calaba hasta sus huesos; hubiera salido a comprar maquillaje para los ojos que habían sido alabados por ese hombre. Y luego habrían salido de paseo, y más tarde a cenar; y las cenas mano a mano con ese hombre no hubiesen tenido comparación con ninguna otra cena; y mientras tomaban café y coñac él le hubiese cogido la mano; y más tarde aún Janet se hubiera hundido en el sofá de cuero negro del apartamento de él, extendiendo el brazo hacia la mesa baja (que sería de elegante madera de teca) para dejar su vaso de carísimo whisky escocés y se habría desvanecido; simplemente se habría desvanecido. Habría dicho: Estoy Enamorada de Ese Hombre. Ese Es El Sentido De Mi Vida. Y entonces, naturalmente, ya sabes lo que habría ocurrido.

Yo la inventé. Hice todo por ella, excepto encontrarle una familia típica; como recordarás, la encontró ella misma. Pero le enseñé a usar una bañera y corregí su inglés (tranquilo, lento, levemente sibilante, cautelosamente irónico). Le quité su ropa de obrera y murmuré (mientras le enjabonaba el pelo) fragmentos de frases que por algún motivo nunca pude terminar: «Janet, debes... Janet, nosotras no... pero siempre se...»

Eso es distinto, dije, eso es distinto.

Yo no podría, dije, oh, no podría.

Lo que quiero decir es que lo intenté; soy buena; lo haré si tú me enseñas.

Pero ¿qué puedes hacer cuando esta mujer atraviesa la pared de un puñetazo? (El tabique de escayola que separa la cocinita del cuarto de estar.)

Janet, siéntate.

Janet, no hagas eso.

Janet, no des patadas a Jeannine.

¡Janet!

¡Janet, no!

Me la imagino: educada, reservada, impenetrablemente convencional. Conservó sus correctos modales durante meses. Luego, creo yo, decidió que no pasaba nada si abandonaba sus modales; o más bien, que no merecíamos los que tenía, así que ¿por qué no? Debía de ser una novedad para alguien de Whileaway, la tolerancia oficial ante todo lo que ella hacía o trataba de hacer, el ocio, la atención rayana en la adulación. Tengo la impresión de que cualquiera de ellas puede reaccionar así (y menos mal que no lo hace, ¿verdad?) con la suave red familiar de su hogar a siglos de distancia, rodeada de bárbaros, célibe durante meses, luchando con una cultura y un idioma que, creo yo, en el fondo despreciaba.

Yo viví con ella durante seis meses y medio en la *suite* de un hotel habitualmente utilizada para alojar a los diplomáticos. *Yo calcé los pies de esa mujer*. Había realizado uno de mis sueños —enseñarle Manhattan a un extranjero— y esperé a que Janet fuese a una fiesta y conociese a ese hombre; esperé y esperé. Ella se paseaba desnuda por la *suite*. Tenía un culo tremendo. Solía hacer yoga sobre la alfombra blanca del cuarto de estar, y los callos de sus pies se enganchaban en la lana, aunque no lo creas. Yo le ponía lápiz de labios a Janet y a los diez minutos ya había desaparecido; la vestía y ella se desnudaba como una cría de tres años: cortés, amable, irreprochablemente correcta; yo me escandalizaba de sus chistes atroces y ella los hacía aún peor.

Ella nunca comunicaba con su hogar, que yo sepa.

Ella quería ver un hombre desnudo (conseguimos fotos).

Ella quería ver un niño recién nacido desnudo (conseguimos al sobrino de alguien).

Quería periódicos, novelas, historias, gente que entrevistar, programas de televisión, estadísticas sobre la producción de clavo en las Indias Occidentales, libros de texto sobre el cultivo del trigo, visitar un puente (lo hicimos). Quería papel de copia (lo compramos).

Era ordenada pero perezosa; nunca la cogía haciendo nada.

Sostuvo al niño como una experta, arrullándolo y meciéndolo hasta que dejó de chillar y la miró fijamente a la barbilla como hacen los bebés. Ella le destapó. «Uf, Dios mío.» Estaba asombrada.

Ella me frotaba la espalda y me pedía que se la frotase yo; cogía el lápiz de labios que yo le di y dibujaba con él sobre el damasco amarillo de las paredes. («¿Quieres decir que no es lavable?») Le compré revistas femeninas y dijo que no entendía una palabra; le dije, «Janet, no bromees», y ella se quedó sorprendida; no era ésa su intención. Quería un diccionario de argot. Un día la pillé gastando bromas con el Servicio de Habitaciones del hotel; llamaba a los distintos números y les daba órdenes contradictorias. Marcaba los números con el pie. Lancé el teléfono sobre una de las camas de matrimonio.

—Joanna —dijo—, no te entiendo. ¿Por qué no jugar? No vas a perjudicar a nadie y nadie te va a echar la culpa. ¿Por qué no aprovecharse?

—¡Fraude! —exclamé—. ¡Eres un fraude, un miserable fraude!

Por alguna razón, fue lo único que se me ocurrió decir. Ella intentó parecer ofendida y no lo logró —sólo parecía artificiosa—, así que borró toda expresión de su rostro y empezó de nuevo:

—Quizá si hacemos una suposición hipotética...

—¡Vete a la mierda! —dije—. Vístete.

—Quizá tú podrías explicarme este asunto del sexo —dijo—. ¿Por qué esta

hipotética suposición...?

—¿Por qué diablos andas siempre desnuda?

—Chiquilla —dijo suavemente—, debes entenderlo. Estoy lejos de casa, quiero conservar mi alegría, ¿eh? Y respecto a los hombres, debes recordar que para mí son una especie particularmente extraña; una puede hacer el amor con un perro, ¿no?, pero no con alguien tan desdichadamente próximo a una misma. ¿Entiendes por qué me siento así?

Mi dignidad ofendida. Ella se sometió a pintarse los labios otra vez. La vestí. Tenía buen aspecto exceptuando su desdichada costumbre de girar sobre sí misma con una mueca en la cara y las manos en posición de judo. Bueno, bueno, conseguí que Janet Evason se pusiera unos zapatos razonablemente decentes. Ella sonrió. Me rodeó con un brazo.

¡Oh, yo no podría...!

?

Eso es diferente.

(Oirás estas dos frases muchas veces en la vida, si prestas atención. Veo a Janet Evason vistiéndose por fin, un estudio del más puro horror al levantar frente a la luz, una tras otra, prendas de nilón y encaje semitransparente, leves telas de araña, *pantys* elásticos rosados —«Oh, oh, Dios mío»— y finalmente, completamente atónita, se envuelve la cabeza con uno de ellos.)

Se inclinó para besarme, con expresión amable y perpleja, y yo le di una patada.

Entonces fue cuando atravesó el tabique de un puñetazo.

II

Fuimos a una fiesta en Riverside Drive —incógnita— con Janet siempre un poco detrás de mí. En la puerta, algo detrás de mí. La nieve de febrero caía fuera. En el piso cuarenta salimos del ascensor y yo estudié mi aspecto en el espejo del vestíbulo: mi peinado parecía estar deshaciéndose, mi maquillaje era excesivo, todo estaba descolocado, desde los *pantys* hasta el sujetador, que se me había subido, y la piedra de la sortija ladeada. Y ni siquiera llevaba pestañas postizas. Janet, asombrosamente fresca, mostraba su habitual truco de la desaparición del lápiz de labios. Tarareaba suavemente. Loca de Joanna. Hay policías apostados por todo el edificio, policías en la calle, policías en el ascensor. Nadie quiere que le pase nada a ella. Ella lanza un grito de excitación y placer: su primer contacto incontrolado con los salvajes.

—Tú me dirás lo que tengo que hacer, ¿verdad? —dice—. Ja, ja. Je, je. Jo, jo. ¡Qué divertido! —Se pone a dar saltos.

—¿Por qué no enviaron a alguno que supiera lo que tenía que hacer? —murmuro.

—A alguna —dice despreocupadamente, cambiando de actitud en un momento—. Verás, en condiciones de trabajo de campo nadie puede dominar todas las eventualidades. No somos sobrehumanas, ninguna de nosotras, *nicht wahr?* Así que coges a alguien de quien puedas prescindir. Por eso...

Abrí la puerta, con Janet un poco detrás de mí.

Yo conocía a la mayoría de las mujeres que estaban allí: Esposissa, divorciada tres veces; Eglantissa, que sólo piensa en ropa; Afrodissa, que no puede mantener los ojos abiertos a causa de las pestañas postizas; Clarissa, que se suicidará; Lucrissa, cuya tensa frente demuestra que está ganando más dinero que su marido; Wailissa, dedicada al juego de no-es-espantoso con Lamentissa; Travailissa, que generalmente no hace más que trabajar, pero que ahora está sentada en el sofá muy quieta, para que no se le estropee la sonrisa; y la traviesa Sacarissa, que está jugando una partida de Tu Niñita con el anfitrión, en el bar. Sacarissa tiene cuarenta y cinco años. Los mismos que tiene Amicissa, la Buena Deportista. Busqué a Ludicrissa, pero es demasiado vulgar para ser invitada a una fiesta como ésta, y, por supuesto, nunca invitamos a Anfibissa, por razones evidentes.

Entramos, Janet y yo, la derecha y la izquierda de una bomba. En realidad se diría que todos se estaban divirtiendo. La presenté a todo el mundo. Mi prima sueca. (¿Dónde está Damicissa, que nunca abre la boca en público? ¿Y Dulcissa, cuya habitual frase, «Oh, eres tan maravilloso», se echa de menos esta noche?)

Eclipsé a Janet.

Jugué con mi sortija.

Esperé el comentario que decía: «Las mujeres...», «Las mujeres no pueden...» o «¿Por qué las mujeres...?», y mantuve una conversación insustancial con alguien a mi derecha. A mi izquierda, Janet estaba de pie, muy erguida, los ojos brillantes, volviendo la cabeza rápidamente una y otra vez para seguir los acontecimientos de la fiesta. En momentos como éste, cuando estoy baja de forma, cuando estoy preocupada, la atención de Janet me parece una parodia y su tremenda energía, insoportable. Temí que se echara a reír a carcajadas. Alguien (hombre) me trajo una bebida.

UNA PARTIDA DE «TU NIÑITA».

SACARISSA: Soy tu niñita.

ANFITRIÓN (zalamero): ¿De verdad?

SACARISSA (complaciente): Sí, lo soy.

ANFITRIÓN: Entonces tú también debes de ser estúpida.

UNA PARTIDA SIMULTÁNEA DE NO-ES-ESPANTOSO.

LAMENTISSA: Cuando encero el suelo, él vuelve a casa y no dice que está precioso.

WAILISSA: Bueno, querida, no podemos vivir sin él, ¿verdad? Tendrás que hacerlo mejor.

LAMENTISSA (ansiosamente): Apuesto a que tú lo haces mejor.

WAILISSA: Yo encero los suelos mejor que nadie.

LAMENTISSA (excitada): ¿Y te dice alguna vez que está precioso?

WAILISSA (desmoronándose): El nunca dice nada.

(Y a continuación viene el coro que da nombre a este juego. Un hombre, al pasar, oye esta conversación, y comenta: «Vosotras las mujeres tenéis suerte porque no tenéis que salir a trabajar.»)

Alguien a quien yo no conocía se acercó a nosotras: delgado, semicalvo, con dos puntos de luz reflejados en sus gafas. Un hombre alto, enjuto, con aire profesional, más o menos joven.

—¿Queréis algo de beber?

Janet dijo «Aaaah» con exagerado optimismo. Dios mío, que no se ponga en evidencia.

—Beber ¿qué? —dije prontamente. Le presenté a mi prima sueca.

—Whisky, ponche, cubalibre, ginebra, cerveza...

—¿Qué es eso?

Supongo que, hablando críticamente, ella no tenía mal aspecto.

—Quiero decir —dijo, corrigiéndose—, ¿qué clase de droga es ésa? Perdona. Mi inglés no es muy bueno.

Ella espera, encantada de todo. El sonrío.

—Alcohol —dice.

—¿Alcohol *etílico*? —Se pone una mano sobre el corazón en una parodia inconsciente—. Se hace con cereales, ¿verdad? ¿Comida? ¿Patatas? ¡Dios mío. Dios mío! ¡Qué desperdicio!

—¿Por qué dices eso? —pregunta el joven riendo.

—Porque —responde mi Janet— utilizar alimentos para la fermentación es un desperdicio, ¿no? ¡Yo creo que sí! Significa cultivo, fertilizantes, riego, cosechas, etc. Luego perdéis una buena cantidad de los carbohidratos en el proceso. Yo creo que sería mejor cultivar cannabis, que, según mi amiga, la tenéis, y dar los cereales a toda esa gente hambrienta.

—¿Sabes?, eres encantadora —dice él.

—¿Eh? —dice Janet.

Para impedir el desastre, me interpuse entre ellos y le indiqué con la mirada que sí, que ella era encantadora, y además, realmente nos apetecía una copa.

—Pero tú me dijiste que teníais cannabis —dice Janet un poco irritada.

—No está bien curado; te haría toser —digo.

Ella asiente, pensativa. Yo sé, sin preguntarlo, lo que está pasando por su mente: los cuidados campos de *Whileaway*, las seculares mutaciones e hibridaciones de la *cannabis sativa*, los pequeños huertos de marihuana atendidos (por lo que yo sé) por

niñas de siete años. De hecho ella probó un poco de cannabis unas semanas antes. Le hizo toser horriblemente.

El joven vuelve con nuestras copas y mientras yo le hago señas de quédate, ella es inofensiva, es inocente, Janet arruga la cara e intenta beber el líquido de un trago. Entonces comprendí que su sentido del humor se estaba agotando. Ella se puso roja. Tosió estruendosamente.

—¡Es horrible!

—Bébelo *poco a poco* —dijo él, divertidísimo.

—No lo quiero.

—Te diré lo que vamos a hacer —propuso amablemente—. Te prepararé una copa que sí te gustará.

(A continuación se produce un pequeño intervalo de nosotras dos dándonos codazos y susurrando vehementemente: Janet, si...)

—Pero no me gusta —dice ella sencillamente.

Eso no se hace. En *Whileaway*, quizá, pero aquí no.

—Pruébalo —insistió él.

—Ya lo hice —dijo ella serenamente—; lo siento, esperaré a los porros.

El coge su mano y cierra sus dedos alrededor del vaso, sacudiendo el índice ante ella juguetonamente.

—Venga, no puedo creerlo, me hiciste preparártelo...

Y como nuestros métodos de galantería parecen desconcertarla, yo le guiño un ojo a él, y me la llevo hacia un rincón del apartamento donde el humo de la *cannabis sativa* impregna el ambiente. Ella la prueba y tiene un ataque de tos. Se vuelve al bar, deprimida.

UN FABRICANTE DE COCHES DE LEEDS (con elegancia): He oído hablar mucho acerca del Nuevo Feminismo aquí en América. Seguramente no es necesario, ¿verdad? (Resplandece con el aire satisfecho de alguien que está entreteniéndolo a todas las personas presentes.)

ESPOSISSA, EGLANTISSA, AFRODISSA, CLARISSA, LUCRISSA, WAILISSA, LAMENTISSA, TRAVAILISSA (Dios mío, cuántas hay), SACARISSA, LUDICRISSA (llegó tarde). ¡Oh, no, no! (Todas se ríen.)

Cuando volví al bar, Clarissa estaba entrando tenebrosamente en su último disgusto amoroso. Vi a Janet, con los pies separados —una hija de *Whileaway* nunca desfallece—, intentando tragarse más de medio litro de ron ruso. Supongo que uno se olvida del primer sabor. Estaba ruborizada y triunfante.

Yo: No estás acostumbrada a beber eso, Janet.

Janet: *Okay*, lo dejaré.

(Como a todos los extranjeros, le fascina la palabra *okay*, y ha estado usándola en todas las ocasiones posibles durante las últimas cuatro semanas.)

—Resulta muy duro sin beber nada —dice seriamente—; supongo, querida, que no te estoy descubriendo nada si te digo que no me gustan tus amigos.

—No son mis amigos, por Dios santo. Yo vengo aquí a conocer gente.

?

—Vengo aquí a conocer hombres —dije—. Janet, siéntate.

Esta vez el que apareció tenía un bigote pelirrojo. Joven. Agradable. Llamativo. Chaleco floreado.

Carcajadas provenientes del rincón donde el último amor de Eglantissa está ondeando una cadena hecha de clips. Wailissa intenta quitársela torpemente. Eglantissa, con un aspecto cada vez más cadavérico, está sentada en una elegante butaca de brocado, sosteniendo el vaso rígidamente. El humo azul envuelve su cabeza.

—Hola —dice Bigote Pelirrojo. Sincero. Joven.

—Oh. ¿Cómo estás? —dice Janet.

Ella ha recuperado sus modales. Bigote Pelirrojo lanza una sonrisa y saca una cajetilla de tabaco.

—¿Marihuana? —dice Janet, esperanzada.

Él se ríe.

—No. ¿Quieres una copa?

Ella parece mustia.

—De acuerdo, no tomes una copa. Tú eres...

Presento a mi prima de Suecia.

—¿Por qué catabolizáis los alimentos de esta manera?

Al parecer, la idea no ha abandonado su mente. Yo doy explicaciones.

—Es una enfermedad —dice él—. Yo no tengo cabeza para beber, ése no es mi vicio. Estoy de acuerdo contigo. Preferiría ver a la gente comer esos cereales.

(Amicissa sueña: quizá él no tenga la insaciable vanidad, la inquieta agresividad, la susceptibilidad para ofenderse ante el más ligero o imaginario descuido. Quizá él no quiera ser el mejor todo el tiempo. Y quizá no tenga novia. Ni esté casado, ni sea homosexual, ni tenga hijos. Ni tenga sesenta años.)

—Aaah —dice Janet dejando escapar un largo suspiro—. Sí.

Les dejé por un rato. Pendiente de cualquier oportunidad. Moviéndome con gracia, sonriendo.

El sujetador me molestaba.

Cuando volví, habían llegado a la etapa de discutir el trabajo de él. Enseñaba en un instituto, pero le iban a despedir. Por sus corbatas, creo. Janet estaba muy interesada. Mencionó las... eej... guarderías diurnas en... bueno, en Suecia, y citó:

—Tenemos un dicho: cuando el niño va al colegio, tanto la madre como el niño aúllan; el niño porque le separan de su madre y ella porque tiene que volver al

trabajo.

—El lazo entre madre e hijo es muy importante —dijo Bigote Pelirrojo, con tono de desaprobación.

(«Perdona, deja que te ponga este cojín en la espalda.»)

—Estoy seguro de que las madres suecas se preocupan mucho de sus hijos, naturalmente —añadió él.

—¿Eh? —dijo mi Janet.

(Él lo interpretó como una ignorancia del idioma y cambió de tono.)

—Oye —dijo—, quiero que conozcas a mi mujer alguna vez. Ya sé que ésta es una mala situación... quiero decir, conocernos aquí, entre la gente artificial, ya sabes... pero *un día* vas a venir a Vermont para conocer a mi mujer. Ese será un momento grande, importante. Tengo seis niños.

—¿Atendéis a seis niños? —preguntó Janet, con considerable respeto.

—Claro —dijo él—. Están en Vermont ahora. Pero en cuanto pase esta crisis laboral, volveré allí ¿Captas?

Quiere decir comprendes, Janet. Ella pensó que era más fácil decir que sí.

—Hey —dijo Bigote Pelirrojo, levantándose ágilmente—. Me alegro mucho de conocerte. Eres una tía estupenda. Quiero decir que eres una *mujer*.

Ella se miró a sí misma.

—¿Qué?

—Perdona el argot; quiero decir que eres una persona estupenda. Es un placer... conocerte.

—No me conoces —se le estaba poniendo una expresión desagradable.

No demasiado desagradable aún, pero frustrada, irritada; repiqueteando con los dedos, oye-un-momento-quiero-una-explicación. Ella está bastante consentida, a su manera.

—Sí, ya sé —dijo él—. ¿Cómo vamos a conocernos en diez minutos? Es una frase hecha. Encantado de conocerte.

Janet se rió.

—¿De acuerdo? —dijo él—. Verás, dame tu nombre y dirección. (Ella le dio mis señas.) Te pondré unas líneas. O sea, te escribiré una carta.

(No es mal chico este Bigote Pelirrojo.) Ella se levantó también; algo tenía que interrumpir este idilio. Sacarissa, Ludicrissa, Afrodissa, Travailissa, Esposissa, Domicissa, toda la panda, incluida la propia Clarissa, habían formado un muro alrededor de la pareja. El aliento contenido. Se hacían apuestas. Joannissa está sentada en el rincón, hecha un ovillo. Bigote Pelirrojo va hacia el recibidor y Janet le sigue, haciéndole preguntas. Es bastante más alta que él. Quiere saberlo todo. O bien no le importa la ausencia de interés sexual o —lo cual es más probable en una extranjera— lo prefiere así. Aunque él está casado. La fuerte luz de la cocina da sobre

el rostro de Janet Evason y allí, en un lado, desde el ojo a la barbilla, hay una extraña y fina línea. ¿Ha tenido un accidente?

—¡Oh, eso! —dice Janet Evason, sonriendo, inclinándose (algo incómoda en su traje de noche), riendo, dando grititos femeninos que recorren toda la escala, roncros y musicales—. ¡Oh, eso!

»Es un recuerdo de mi tercer duelo —dice—. ¿Ves? —y guía la mano de Bigote Pelirrojo (su índice, en realidad) a lo largo de la cicatriz.

—¿Tu qué? —dice Bigote Pelirrojo, momentáneamente convertido en la atractiva estatua de un joven agradable.

—Mi duelo, tonto —dice Janet—. Bueno, no vengo de Suecia realmente. Tienes que haber oído hablar de mí; he salido en televisión. Soy la emisaria de Whileaway.

—Dios mío —dice él.

—Ssh, no se lo digas a nadie. (Está muy satisfecha de sí misma.) Esta cicatriz es de mi tercer duelo; está... prácticamente ha desaparecido... del segundo. No está mal, ¿eh?

—¿Estás segura de que no quieres decir esgrima? —pregunta Bigote Pelirrojo.

—Demonios, no —dice Janet, impaciente—; te lo he dicho, duelo.

Y se cruza la garganta bruscamente con el índice, en un gesto melodramático. Esta cabra loca ya no le parece tan simpática a Bigote. El traga saliva.

—¿Por qué peleáis... por cuestión de mujeres?

—Te burlas de mí —dice Janet—. Peleamos por mal genio. ¿Por qué, si no? Ya no es tan corriente como antes, pero si no puedes aguantarla y ella tampoco te aguanta a ti, ¿qué le vas a hacer?

—Claro —dice Bigote Pelirrojo—. Bueno, adiós.

Janet se arrepiente de pronto.

—Es... bueno, supongo que es bastante salvaje, ¿no? —dice—. Perdona. Pensarás mal de nosotras. Comprende, yo ya he dejado atrás todo eso; soy una persona adulta, tengo una familia. Espero que seamos amigos, ¿sí?

Y le mira desde su altura, gravemente, un poco tímida, dispuesta a recibir una mala contestación. Pero él no tiene el valor de dársela.

—Eres una chica estupenda —dice—. Nos veremos algún día. Pero no tengas un duelo conmigo, ¿eh?

—¿Cómo? —parece sorprendida.

—Sí, ya me contarás de tu vida —continúa Bigote Pelirrojo. Sonríe y reflexiona—. Puedes conocer a los niños.

—Yo tengo una hija —dice Janet—. La pequeña Yuriko.

—Tenemos vino hecho en casa. Una huerta. Sara la cuida. Un sitio estupendo. (Ya se ha puesto el abrigo de piel de camello, después de buscarlo en el armario del recibidor.) Dime, ¿qué haces tú? Digo, ¿cómo te ganas la vida?

—Whileaway no es aquí-y-ahora empieza Janet. Puede que no comprendas. Yo resuelvo peleas familiares, cuido de la gente, es...

—¿Trabajo social? —pregunta Bigote Pelirrojo, extendiendo su mano fina, bien formada, bronceada, una mano de intelectual.

Pero yo he endurecido mi corazón y, asomándome por detrás de Janet, con el divino alivio de mi ironía femenina, y mi lengua femenina, digo:

—Es un poli. Mete a la gente en la cárcel.

Bigote Pelirrojo está alarmado; sabe que está alarmado, se ríe de sí mismo, sacude la cabeza. ¡Qué grande es el abismo entre distintas culturas! Pero nosotros nos entendemos. Nos damos la mano. Él vuelve a la fiesta para buscar a Domicissa y arrastrarla por la muñeca (ella protesta en silencio) hasta el armario del recibidor. «Ponte el maldito abrigo, ¿quieres?». Yo sólo oí murmullos, vehementes y furiosos, y a Domicissa sonarse.

—¡Adiós! ¡Hasta pronto! —gritó él.

Su mujer está en Vermont; Domicissa no es su mujer.

Janet acababa de pedirme que le explique el sistema matrimonial en América.

En ese momento, Sacarissa ha dicho, poniendo morritos:

—¡Pobrecita de mí! Yo sí que necesito ser liberada.

Afrodissa estaba sentada en las rodillas de alguien, con la pestaña izquierda medio caída. Janet se sentía perdida. No debes juzgar. Cierra un ojo. Atisba. Una pareja muy, muy ocupada, besándose y metiéndose mano. Janet retrocedió lentamente hasta el otro extremo de la habitación y allí coincidimos con el enjuto profesor de las gafas; es todo ángulos, nervios y ángulos. Él le dio una copa y ella se la bebió.

—Así que *si* te gusta —dijo, provocador.

—Ciertamente me gustaría —dijo Sacarissa con gran energía—. Ver a todas esas mujeres atletas de las Olimpiadas competir con todos esos hombres atletas; me imagino que ninguna de esas atletas podría ni siquiera *aproximarse* a los hombres.

—Pero las mujeres americanas son tan *increíbles* —dijo el fabricante de Leeds—. Su impulso conquistador, queridas señoras, ¡toda esta eficacia mundial americana! ¿Para qué lo utilizan ustedes, mis queridas señoras?

—¡Pues para conquistar a los hombres! —gritó Sacarissa, casi rebuznando.

—En mi mente infantil —dijo Janet, imitándola bastante bien— está empezando a formarse cierta convicción.

—¿La convicción de que están insultando a alguien? —dijo Gafas Grandes. En realidad, no dijo eso.

—Vámonos —dijo Janet. *Ya sé que no es la fiesta adecuada, pero ¿dónde encontrar la fiesta adecuada?*

—Oh, ¡no querrás irte! —dijo Gafas Grandes enérgicamente. Brusco, también, siempre son demasiado bruscos.

—Pues sí —dijo Janet.

—Claro que no —dijo él—. Estás empezando a divertirte. Ahora es cuando se está animando la fiesta. Aquí (empujándonos sobre el sofá), dejadme que os traiga otra.

Estás en una casa extraña, Janet. Pórtate correctamente.

Él volvió con otra copa y ella se la bebió. Uf, aj. Mantuvimos una conversación trivial hasta que Janet se recuperó. Él se inclinó hacia delante confidencialmente.

—Qué piensas *tú* del nuevo feminismo, ¿eh?

—¿Qué es... (lo intentó de nuevo) qué es...? Mi inglés no es muy bueno. ¿Puedes explicarme?

—Bueno, ¿qué piensas de las mujeres? ¿Crees que pueden competir con los hombres?

—No conozco a ningún hombre.

Está empezando a ponerse furiosa.

—¡Ja, ja! ¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja! —Gafas Grandes se reía así, como a golpes—. Me llamo Ewing. ¿Y tú?

—Janet.

—Bien, Janet, te diré lo que yo pienso del nuevo feminismo. Creo que es un error. Un error tremendo.

—Oh —dijo Janet inexpresivamente. Yo le di una patada, otra, y otra.

—No tengo nada en contra de la inteligencia de las mujeres. Algunas colegas mías son mujeres. No es la inteligencia de las mujeres. Es la psicología de las mujeres, ¿no?

Está tratando de ser gracioso de la única forma que sabe. No le pegues.

—Lo que tenéis que recordar —dijo Ewing con energía, desmenuzando una servilleta de papel— es que la mayoría de las mujeres ya están liberadas. Les gusta lo que están haciendo. Lo hacen porque les gusta.

No, Janet.

—Es más, estáis enfocando mal el asunto.

Estás en una casa ajena, Janet. Sé cortés.

—No podéis desafiar al hombre en su propio terreno. Nadie puede ser más partidario que yo de que las mujeres obtengáis vuestros derechos. ¿Quieres sentarte? Como digo, estoy completamente a favor. Añade un toque decorativo a la oficina, ¿no? ¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja! El salario desigual es una vergüenza. Pero tienes que recordar, Janet, que las mujeres tienen ciertas limitaciones físicas (aquí se quitó las gafas, las limpió con un cuadrado de algodón azul, y se las volvió a poner) y debéis trabajar dentro de vuestras limitaciones físicas.

»Por ejemplo —continuó, confundiendo su silencio con sabiduría (mientras Ludicrissa murmuraba “¡Muy cierto, muy cierto!” acerca de lo que fuera, al fondo de

la habitación)—, hay que tener en cuenta que hay más de dos mil violaciones, sólo en la ciudad de Nueva York, cada año. No digo que eso me parezca bien, naturalmente, pero hay que tenerlo en cuenta. Los hombres son más fuertes físicamente que las mujeres, como sabes.

(Imagínate contra el respaldo del sofá, agarrándome al pelo de Janet como un murciélago y golpeándola en la coronilla hasta que no se atreve a abrir la boca.)

—Por supuesto, Janet —siguió él—, tú no eres una de ésas... ah... extremistas. Esas extremistas no tienen en cuenta todas estas cosas, ¿verdad? ¡Claro que no! Que conste, yo no estoy defendiendo el salario desigual, pero tenemos que tener en cuenta estas cosas. ¿No crees? A propósito, yo gano veinte mil al año. ¡Ja, ja, ja!

Y le dio otro ataque.

Janet intentó decir algo, pero su voz se ahogó, porque yo la estaba estrangulando.

—¿Qué? —dijo él—. ¿Cómo dices?

La miró con ojos miopes. Nuestra lucha sorda debía conferirle una expresión extraordinariamente intensa, porque él pareció muy halagado por lo que vio; volvió la cabeza a un lado, modestamente, echó una ojeada por el rabillo del ojo, y giró la cabeza a su posición normal muy rápidamente. Como si fuera un pájaro.

—Eres una buena conversadora —dijo.

Empezó a transpirar ligeramente. Pasó los pedazos de la servilleta de una mano a otra. Los dejó caer y se sacudió las manos. Ahora se lanzará.

—Janet... ah... Janet, pensaba si tú... —buscando el vaso a tientas—, es decir, si... ah... tú...

Pero nosotras ya estábamos lejos, sacando abrigos del armario del recibidor a velocidades vertiginosas.

¡Es así como hacéis la corte!

—No exactamente —dije—. Verás...

Nena, nena, nena. Es el anfitrión, tan borracho que ya no le importaba estarlo.

Ah, oh. Pórtate como una señorita.

Ella le enseñó los dientes. El vio una sonrisa.

—Eres preciosa, cielo.

—Gracias. Me voy ya. (Bien hecho.)

—¡Noo! —y nos cogió a las dos por la muñeca—. Noo, no os vais.

—Suéltame —dijo Janet.

Dilo más fuerte. Alguien vendrá a rescatarte.

¿No puedo rescatarme yo misma?

NO.

¿Por qué no?

Mientras tanto él estaba frotando la nariz contra su oreja y yo mostraba mi disgusto encogiéndome, aterrada, en una esquina, con un ojo puesto en la fiesta. Todo

el mundo parecía divertido.

—Dadme un beso de despedida —dijo el anfitrión que, en otras circunstancias, podía haber sido atractivo, un gigantesco marino, por así decirlo.

Yo le empujé.

—¿Qué pasa, sois unas ñoñas? —dijo y nos envolvió en sus poderosos brazos, etc.; bueno, tampoco eran tan poderosos, pero quiero transmitirte el espíritu de la escena.

Si gritas, la gente dice que estás melodramatizando; si te sometes, eres masoquista; si le insultas, eres una zorra; pégale y te matará. Lo mejor es sufrir en silencio y anhelar la llegada de un salvador, pero ¿qué pasa si el salvador no aparece?

—Suelta, ————— (alguna palabra rusa que no cogí).

—Ja, ja, oblígame —dijo el anfitrión, estrujando la muñeca de Janet y sacando los labios—. Oblígame —y balanceaba las caderas sugestivamente.

No, no, no, sigue portándose como una señorita.

—¿Es ésta la galantería humana? —gritó Janet—. ¿Es esto amistad? ¿Es esto educación?

Ella tenía una voz extraordinariamente alta. Él se rió y le sacudió el brazo.

—¡Salvajes! —gritó Janet.

Se había hecho un silencio en la fiesta. El anfitrión pasaba diestramente las hojas de un librito de réplicas, pero no encontraba nada. Entonces buscó «salvaje» y se encontró con que estaba marcado en positivo: «Masculino, bruto, viril, poderoso, bueno.» Así que sonrió ampliamente, y se guardó el libro.

—Adelante, chica —digo.

Entonces ella lo derribó. Sucedió como un relámpago, y allí estaba él sobre la alfombra. Hojeando furiosamente las páginas del libro, ¿qué otra cosa se puede hacer en tales circunstancias? (Era un volumen de cuero blando —perdón— encuadernado en azul, que, según creo, distribuyen en los institutos. En la portada, en letras de oro, ponía QUE HACER EN CADA SITUACIÓN.)

—¡Putas! (flip, flip, flip). ¡Ñoña! (flip, flip). ¡Rompecojones! (flip, flip). ¡Maldita castradora cancerosa! (flip). ¡Se creará que lo tiene de oro! (flip).

¡No debías haber hecho eso!

—*Was ist?* —dijo Janet en alemán.

Él le había dado a entender que moriría de cáncer de útero.

Ella rió.

Él le dio a entender también que ella se aprovechaba de sus buenos modales.

Ella se carcajeó.

Para continuar con el tema, él le dijo que si no fuera un caballero le metería sus pestilentes y asquerosos dientes por su asqueroso y pestilente culo.

Ella se encogió de hombros.

Él le dijo que era tan castradora, mierdera, frígida, repulsiva y horrenda que ningún hombre normal podría mantener una erección a medio kilómetro de ella.

Ella pareció desconcertada. («Joanna, esto son insultos, ¿no?»)

Él se levantó. Creo que estaba recobrando la calma. Parecía mucho menos borracho que antes. Subió los hombros para colocar su chaqueta de *sport* en su sitio y se sacudió. Dijo que ella había actuado como una virgen, no sabiendo qué hacer cuando un individuo se sobrepasaba, exactamente como una condenada, asustada y virginal niñita.

La mayoría de nosotras se hubiera conformado con dejarlo así, ¿verdad, señoritas?

Janet le abofeteó.

No para hacerle daño, creo yo; era una gran actuación teatral, un pie para nuevos insultos y nueva pelea, una bofetada despreciativa de venga-ponte-en-guardia, cuya intención era enfurecer, provocar... y vaya si lo consiguió.

EL MARINO DIJO: «¡ESTÚPIDA PUTA, TE VOY A MACHACAR!»

Pobre hombre.

No vi muy bien lo que ocurrió, porque en seguida me metí detrás de la puerta del armario, pero le vi a él acometerla y la vi a ella tirarlo al suelo; él se levantó otra vez y ella volvió a lanzarlo, esta vez contra la pared —creo que estaba preocupada porque no le daba tiempo de mirar a su espalda y el lugar estaba lleno de gente—; entonces él se levantó de nuevo, esta vez tambaleándose, y en ese momento sucedió algo muy complicado: él dejó escapar un chillido y ella estaba detrás de él haciendo algo frío y técnico, con las cejas fruncidas por la concentración.

—No tires de ese modo —le dijo—. Te vas a romper el brazo.

Por lo tanto, él tiró. El librito de cuero blando se le cayó del bolsillo, y yo lo recogí del suelo. Todo estaba en espantoso silencio. El dolor le había atontado, supongo.

—Pero ¿por qué quieres luchar si no sabes hacerlo? —preguntó ella con asombrado buen humor.

Cogí mi abrigo y el de Janet, la saqué de allí y nos metimos en el ascensor. Me cubrí la cara con las manos.

—¿Por qué lo has hecho?

—Me llamó niñita.

El librito azul estaba en mi bolso. Lo saqué y busqué lo último que él había dicho («Estúpida, puta, etc.») Debajo ponía *La chica se asusta, llora, la hombría queda vengada. Bajo* «Verdadera Pelea con Chica», decía *No hacer daño (excepto a las prostitutas)*. Saqué mi propio librito rosa, que todas llevamos, y buscando las instrucciones bajo «Brutalidad» encontré: *El mal genio del hombre es culpa de la mujer. También es responsabilidad de la mujer hacer las paces después.*

Había subrúbricas, una reforzante bajo «Manejo» y otra (excepcional) bajo «Martirio». En mi libro todo empieza con M.

Encajan perfectamente los dos libros.

—Creo que no vas a ser feliz aquí —le dije a Janet.

—Tíralos, querida —contestó.

III

«¿Por qué pretender pelear (dijo ella) cuando no sabes hacerlo?» ¿Por qué pretender nada? Yo estoy entrenada, por supuesto, es mi trabajo; y me pone horriblemente furiosa que alguien me insulte. ¿Por qué insultar? Toda esta inquieta agresividad. Es cierto, en Whileaway nos tiramos del pelo a veces, sí, y más aún, hay el problema temperamental, algunas veces no puedes soportar a otra persona. Pero la cura para eso es la distancia. Yo he sido tonta antes, lo admito. En la madurez una empieza a estabilizarse; Vittoria dice que resulto absurda con mis regañinas cada vez que Yuriko vuelve a casa con un pelo fuera de su sitio. Espero que no. Hay una cosa especial con la hija que has parido tú misma, tu hija corporal. También existe el deseo de ser supercorrecta delante de las niñas, sin embargo, casi nadie se preocupa de eso. ¿Quién tiene tiempo? Y desde que me hice SP, tengo otro punto de vista al respecto: el trabajo es el trabajo y hay que hacerlo, pero no me gusta levantarle la mano a nadie porque sí. Por deporte, sí, *okay*; por odio, no. Hay que separarlos.

Debo añadir que hubo un cuarto duelo en el cual no murió nadie; a mi oponente se le declaró una infección pulmonar y luego una infección espinal —ya sabes, no estábamos muy civilizadas entonces— y la convalecencia fue muy larga y desagradable. Yo la cuidé. El tejido nervioso tenía que regenerarse. Estuvo paralizada durante algún tiempo, ¿sabes? Yo me llevé un susto saludable. Así que ya no peleo con armas, excepto en mi trabajo, claro.

¿Que si lamento haberle hecho daño?

¡Ni hablar!

IV

Las whileawayanas no son ni la mitad de pacíficas de lo que pueden parecer.

V

Has quemado algún sostén últimamente, ja, ja, guiño, guiño. Una chica tan guapa como tú no necesita liberarse, guiño, ja. No hagas caso de esas zorras histéricas, guiño, guiño, guiño. Yo nunca sigo el consejo de una mujer respecto a dos cosas: el amor y los coches, guiño, guiño, ja. Puedo besar tu manita, guiño, guiño, guiño. Ja. Guiño.

VI

En Whileaway tienen un dicho: cuando la madre y la niña se separan, ambas chillan, la niña porque la separan de su madre y la madre porque tiene que volver al trabajo. Las whileawayanas dan a luz alrededor de los treinta años, una sola hija o gemelas según las presiones demográficas. Una de las progenitoras genotípicas de estas niñas es la madre biológica (la «madre corporal»), mientras que la progenitora no gestante aporta el otro óvulo (la «otra madre»). Las pequeñas whileawayanas suponen para sus madres tanto un berrinche como un orgullo, diversión y beneficio, placer y contemplación, un despilfarro, un alto en su vida, una oportunidad de dedicarse a cualquier afición que se hubieran visto obligadas a descuidar antes, y el único tiempo libre que han tenido hasta entonces... o que volverán a tener hasta su vejez. Una familia de treinta personas puede llegar a tener hasta cuatro pares de madre e hija en la guardería común al mismo tiempo. La alimentación, la limpieza y el cobijo no son asunto de la madre; las whileawayanas dicen muy serias que la madre debe estar libre para atender a las «necesidades espirituales» de la niña. Luego, a solas, se mueren de risa. La verdad es que no quieren renunciar al ocio. Finalmente se llega a una dolorosa escena. A los cuatro o cinco años estas chiquillas independientes, rozagantes, mimadas e inteligentísimas son arrancadas de sus treinta parientes, llorando y protestando, y enviadas a la escuela regional, donde pasan semanas resistiendo e intrigando, hasta que se dan por vencidas; se sabe que algunas han construido trampas o fabricado bombas (habilidades que aprendieron de sus progenitoras) para eliminar a sus instructoras. Las niñas son atendidas en grupos de cinco y reciben enseñanza en grupos que varían de número dependiendo de la materia de que se trate. La educación, a este nivel, es básicamente práctica: cómo manejar máquinas, cómo arreglártelas sin ellas, leyes, transportes, teoría física, etc. Aprenden gimnasia y mecánica. Aprenden medicina práctica.

Aprenden a nadar y a disparar. Continúan (ellas solas) bailando, cantando, pintando, jugando; hacen todo lo que hacían con sus mamás. En la pubertad se les concede la Dignidad Media y se las deja en libertad; las niñas tienen derecho a recibir comida y alojamiento donde quiera que vayan, dentro de las posibilidades de la comunidad que las mantenga. No regresan a su casa.

Alguna sí, naturalmente, pero puede que ya ninguna de las dos madres esté allí; la gente está ocupada; la gente viaja; siempre hay trabajo, y las personas mayores, que fueron tan cariñosas con una cría de cuatro años, tienen poco tiempo para una muchacha casi adulta. «Y es todo tan *pequeño*», dijo una chica. Algunas, dominadas por el ansia de explorar, viajan por todo el mundo, generalmente en compañía de otras chicas. Las bandas de niñas que van a visitar esto o aquello, o las bandas de niñas dedicadas a reformar las instalaciones energéticas, constituyen una imagen habitual en Whileaway.

Las más profundas abandonan todas sus posesiones y se van a vivir de la tierra justo por encima o por debajo del paralelo cuarenta y ocho; vuelven con cabezas de animales, cicatrices y visiones.

Algunas van derechas a su vocación y se pasan la pubertad molestando a las actrices aficionadas, fastidiando a las cantantes aficionadas y adulando a las académicas aficionadas.

¡Tontas! (dicen las chicas mayores, que ya han pasado por eso). No tengáis tanta prisa. Ya tendréis tiempo de trabajar.

A los diecisiete, adquieren la Dignidad Tres-Cuartos y se integran en la fuerza de trabajo. Este es probablemente el peor momento en la vida de una whileawayana. Los grupos de amigas se mantienen unidos si sus miembros lo solicitan y si esto es posible, pero, de lo contrario, estas adolescentes van adonde hacen falta, no adonde desean; tampoco pueden acceder al Parlamento geográfico ni al Parlamento profesional hasta que hayan constituido una familia y formado esa red de asociaciones informales entre los que tienen intereses comunes que en Whileaway sustituye a todo lo que no sea la familia.

Proporcionan compañía humana a las vacas whileawayanas, que se entristecen y mueren si no se les habla afectuosamente.

Manejan maquinaria de rutina, salvan a la gente atrapada en un corrimiento de tierra, supervisan las fábricas de alimentos (con el casco inductor en la cabeza, los dedos de sus pies controlan los guisantes; los de sus manos, las tinas y los mandos; los músculos de la espalda, las zanahorias; y los del abdomen, el suministro de agua).

Ponen tuberías (también por inducción).

Ajustan maquinaria.

No se les permite tener nada que ver con averías o fallos «a pie», como dicen las whileawayanas, lo cual significa en persona y con herramientas en sus propias manos, sin el casco inductor que hace posible manejar docenas de aparatos desde cualquier distancia que quieras. Eso es para las veteranas.

No utilizan computadoras ni «a pie» ni por inducción. Eso queda para las *muy* veteranas.

Aprenden que cuando les gusta un sitio pueden recibir órdenes de marcharse a

otro al día siguiente, enviadas a excavar en la costa o a fertilizar campos, bien tratadas por las lugareñas (si las hay) y horriblemente aburridas.

Eso les proporciona algo que esperar.

A los veintidós, alcanzan la Dignidad Plena y pueden empezar a aprender la profesión hasta entonces prohibida o conseguir un certificado oficial de los conocimientos ya adquiridos. Se les autoriza a iniciar aprendizajes. Pueden casarse con un miembro de familias ya existentes o formar la suya propia. Algunas se trenzan el pelo. Para entonces la típica whileawayana es capaz de realizar cualquier trabajo del mundo, excepto las especialidades y las tareas extremadamente peligrosas. A los veinticinco, ya forma parte de una familia y por lo tanto ha elegido su base geográfica (las whileawayanas viajan constantemente). Probablemente su familia la constituyen de veinte a treinta personas de edades comprendidas entre la suya y los cincuenta años. (Las familias tienden a envejecer lo mismo que las personas; así que en la vejez se vuelven a formar nuevos grupos. Aproximadamente una chica de cada cuatro tiene que establecer una nueva familia o unirse a una muy reciente.)

Las relaciones sexuales —que han comenzado en la pubertad— continúan dentro y fuera de la familia, pero sobre todo fuera. Las whileawayanas explican esto de dos maneras: «Los celos», es la primera explicación, y la segunda: «¿Por qué no?»

La psicología whileawayana sitúa la base del carácter en la indulgencia, el placer y el florecimiento de los primeros años, que se ve brutalmente interrumpido por la separación de la madre. Esto (dicen) da a la vida whileawayana su característica independencia, su insatisfacción, su suspicacia y su tendencia a un irritable solipsismo.

—Sin las cuales —dice la citada Dunyasha Bernadetteson— nos convertiríamos todas en holgazanas satisfechas.

Sin embargo, tras esta insatisfacción se oculta un eterno optimismo; las whileawayanas no pueden olvidar ese paraíso primero, y cada rostro, cada nuevo día, cada pitillo, cada baile, les devuelve las posibilidades de la vida. También dormir y comer, el amanecer, el buen tiempo, las estaciones, la maquinaria, el cotilleo y las eternas tentaciones del arte.

Trabajan demasiado. Son increíblemente ordenadas.

No obstante, en el viejo puente de piedra que une Ciudad Nueva, en el Continente Sur, con el pequeño Patio de Varya está escrito:

Nunca sabes qué es suficiente hasta que has tenido más que suficiente.

Si una tiene suerte, encanece pronto; si —como en el antiguo poema chino— una se deja ir, sueña con la vejez. Porque en la vejez, la mujer whileawayana —menos fuerte y elástica que en la juventud— aprende a incorporarse a las calculadoras en un estado que ellas aseguran que no se puede describir, pero es parecido a ese cosquilleo previo al estornudo. Son las ancianas las que tienen los puestos sedentarios, las

ancianas las que pueden pasar sus días trazando mapas, dibujando, pensando, escribiendo, comparando, componiendo. En las bibliotecas, viejas manos salen de los cascos inductores para entregarte las reproducciones de los libros que pides; viejos pies patean bajo los estantes de las computadoras; viejas damas ríen bajito mientras componen *La Cantata Blasfema* (una de las piezas favoritas de Ysaya) o un paisaje urbano con una luna alucinante que resulta ser factible, después de todo; viejos cerebros utilizan una cincuentaava parte de su capacidad para regir una ciudad (dos jóvenes sombrías hacen las comprobaciones), mientras las otras cuarenta y nueve gozan de una libertad que no habían tenido desde la adolescencia.

Las jóvenes son bastante intransigentes respecto a las viejas en Whileaway. Realmente, no cuentan con su aprobación.

Los tabúes de Whileaway son: las relaciones sexuales con cualquiera que sea considerablemente más joven o más vieja, el desperdicio, la ignorancia y ofender a los demás sin intención.

Y, por supuesto, las habituales restricciones legales sobre el asesinato y el robo; siendo ambos delitos muy difíciles de cometer, en realidad. (Verás —dice Chilia—, es asesinato si es un ataque solapado o si ella no quiere luchar. Así que gritas «¡Olaf!» y cuando ella se vuelve, entonces...)

Nadie en Whileaway trabaja más de tres horas seguidas en la misma cosa, excepto en casos de emergencia. Ninguna whileawayana se casa monogámicamente. (Algunas restringen sus relaciones sexuales a una sola persona —al menos mientras esa persona está cerca—, pero no existe una obligación legal.) La psicología whileawayana lo atribuye nuevamente a la desconfianza hacia la madre y a la resistencia a formar un vínculo que implique todos los niveles emocionales, la totalidad de la persona, todo el tiempo. Y a la necesidad de insatisfacciones artificiales.

—Sin las cuales (dice Dunyasha Bernadetteson, op. cit.) seríamos tan felices que nos sentaríamos sobre nuestros gordos y hermosos traseros y pronto nos moriríamos de hambre, *nyet?*

Pero también existe, bajo todo ello, la asombrosa energía explosiva, la alegría de la elevada inteligencia, el sesgo del ingenio, el tipo de mente que convierte las áreas industriales en jardines, que mantiene zonas de la naturaleza salvaje donde nadie vive durante mucho tiempo, que salpica por todo el planeta paisajes, montañas, reservas de planeadores, callejones sin salida, cómicos desnudos escultóricos, artísticas listas de tautologías y pruebas matemáticas circulares (con las cuales los aficionados se conmueven hasta las lágrimas), y las mejores pintadas de este mundo o de cualquier otro.

Las whileawayanas trabajan constantemente. Trabajan. *Y trabajan.*

VII

Dos ancianas en la línea directa computarizada entre la ciudad y la cantera (los particulares han de conformarse con la radio), peleándose a voz en grito mientras cinco novatas esperan cerca, aburridas y mohínas:

¡No puedo arreglármelas con cinco novatas; necesito dos inspectoras «a pie» y equipo protector para una!

Imposible.

Incomp...

?

Ya has oído.

¡Soy yo!

(Falso desdén.)

Si hay una catástrofe...

¡No!

Y así.

VIII

Una tropa de niñas contempla tres aros de plata soldados a un cubo de plata, y se ríen tanto que algunas se tiran sobre las hojas otoñales que cubren la plaza, apretándose el estómago. No es que estén azaradas, ni que tengan una reacción ignorante ante algo nuevo; son verdaderas conocedoras que han caminado durante tres días para ver esto. Sus mochilas están en el suelo, cerca de las fuentes.

Una: «¡Qué bonito!»

IX

Entre dos turnos en la cantera de Newland, Henla Anaisson canta, con su compañera como único público.

X

Una Belin, enloquecida e incapaz de soportar el tedio de su trabajo, huye por encima del paralelo cuarenta y ocho, con la intención de quedarse allí

definitivamente. «No existís» (dice una nota arrogante que deja al marchar), y aunque desde un punto de vista filosófico están de acuerdo con esta afirmación, la SP del condado la sigue; no para hacerla volver y someterla a rehabilitación, prisión o estudio. ¿Qué es lo que hay que rehabilitar o estudiar? Todas lo haríamos si pudiéramos. Y la prisión es pura crueldad.

Lo has adivinado.

XI

«Si no es mí o mío —escribió Dunyasha Bernadetteson en 368 d.C.—. *Okay*».

«Si es mí o mío, horror.»

«Si es nos o nuestro, ¡cuidado!»

XII

Whileaway está dedicada a la reorganización de la industria como consecuencia del descubrimiento del principio inductor.

La semana laboral whileawayana es de dieciséis horas.

CUARTA PARTE

I

Después de seis meses de vivir conmigo en la *suite* del hotel, Janet Evason expresó su deseo de trasladarse a casa de una familia típica. La oí cantar en el cuarto de baño:

Yo sé
Que mi
Rede-entora
Vivió
Y que Ella
Estará
El último di-ía (trémolo)
En la Tierra

«¿Janet?» Ella volvió a cantar (no lo hacía mal) la segunda variación de los versos, en la cual la soprano empieza a adornar la melodía:

Yo sé (alto)
Que-e mi (trémolo)
Rede-e-entora (violín)
Vivió
Y que Ella
Estará (convexo)
Y que Ella
Estará (cóncavo)

—Janet, ¡es un hombre! —grité.

Ella entra en la tercera variación, donde la melodía se licua dentro de sus propios adornos, muy bonita y completamente incorrecta.

Yo sé (alto)
Que mi rede- (aquí, un agudo)

entora
Vi-i-vió (alto, alto)
y que Ella
Estará (esperanzada)
Y que Ella estará (más alto)
El u-u-u-último di-i-ía (trémolo, violín)
E-en la Tierra (fin)

«¡Janet!» Pero no me escuchaba, claro.

II

A las whileawayanas les gustan los culos grandes, así que me alegra informar de que no había nada de ese estilo en la familia con la cual fue a vivir. El padre, la madre, la hija adolescente y el perro estaban encantados de ser famosos. La hija era una estudiante de honor en un instituto local. Cuando Janet se instaló, yo me deslicé dentro de la buhardilla; mi espíritu tomó posesión de la vieja cama con dosel almacenada junto a la chimenea, cerca de los abrigos de pieles y la bolsa llena de muñecas; y poco a poco infecté toda la casa.

III

Laura Rose Wilding, de Anytown, USA.

Tiene un «poodle» negro que gime bajo los árboles del patio trasero y enseña los dientes mientras se revuelca en las hojas muertas. Está estudiando a los existencialistas cristianos para un curso del Instituto. Cruza el aire de octubre, radiante de salud, para estrechar torpemente la mano de Janet Evason. Es patológicamente tímida. Se mete una mano en el bolsillo de los vaqueros, espléndidamente, como lo hacen las personas muy queridas o muy estudiadas, tirando de la cremallera de su chaqueta de cuero masculina con la otra. Tiene el pelo corto y dorado, y pecas. Se dice a sí misma una y otra vez *Non sum, Non sum*, que significa *No existo*, o *No soy eso*, según como se mire; esto es lo que se supone que dijo Martín Lutero durante su arrebató en el coro del monasterio.

—¿Puedo irme ya?

IV

El «poodle» negro, «Samuel», gemía y correteaba por el porche, luego se puso a ladrar históricamente, defendiendo la casa de Dios-sabe-qué.

—Por lo menos es blanca —dijeron todos.

V

Janet, vestida con su conjunto de mezclilla blanca y negra y su cuello de zorros, como una estrella de cine, dio un discurso en el club de mujeres local. No dijo mucho. Alguien le regaló unos crisantemos que ella sostuvo hacia abajo como si se tratara de un bate de béisbol. Un catedrático de la localidad habló sobre otras culturas. Había una habitación entera llena de regalos traídos por las socias: chocolate con nueces, tarta de chocolate, pastel de nata, bollos de miel, empanada de calabaza. No para comerlos, claro, sino sólo para mirarlos, aunque finalmente se los comieran, porque alguien tiene que hacerlo para que parezca real. «Vaya, Mildred. ¡Has encerado el suelo!», y se desmaya de felicidad. Laur, que está estudiando psicología de los existencialistas (eso ya lo he dicho, ¿no?), nos sirve café a las socias, con una camisa de hombre, demasiado grande, que no hay manera de que se quite, y sus viejos vaqueros deformados. Una ceñida mortaja. Es una muchacha brillante. A los trece años, descubrió que se pueden ver viejas películas de Mae West o Marlene Dietrich (es una Vulcana; fíjate en sus cejas) en el UHF después de medianoche, si sabes encontrarlas; a los catorce, descubrió que la «hierba» ayuda, y a los quince, que leer es todavía mejor. Llevando gafas sin montura, descubrió que el mundo está lleno de mujeres inteligentes, atractivas y con talento que se las arreglan para compaginar su profesión con sus responsabilidades esenciales de esposas y madres y cuyos maridos las pegan. Se ha puesto un broche con un círculo de oro en la camisa como concesión a la fiesta del club. Quiere a su padre y con eso basta. *Todo el mundo sabe* que por mucho que las mujeres deseen ser científicos o ingenieros, desean por encima de todo ser compañeras femeninas de los hombres (¿qué?) y cuidadoras de niños; *todo el mundo sabe* que gran parte de la identidad de una mujer reside en el estilo de su atractivo. Laur está soñando despierta. Mira fijamente frente a sí, rubores, sonrisas, y no ve nada. Después de la fiesta saldrá de la habitación con las piernas rígidas y subirá a su cuarto; sentada sobre la cama estilo árabe, leerá a Engels respecto a la familia y escribirá en el margen sus claras y concisas notas. Tiene estanterías y estanterías de obras anotadas. A ella no le va eso de «¡¡Muy cierto!!» O «oiseaux = pájaro». Está rodeada de sirenas, peces, plantas marinas, agitadas frondas. Vagando entre las corrientes afectivas de la habitación están esos extraños artefactos sociales

medio disueltos en la naturaleza y el misterio: *algunas chicas guapas*.

Laur está soñando que es Gengis Khan.

VI

Una hermosa muchacha que nada desnuda y cuyos senos flotan en el agua como flores, una muchacha con una camisa tan adherida al cuerpo como si le hubiese llovido encima, que dice que jode con sus amigos, pero que no le preocupa, eso es lo auténtico.

VII

Y me gusta Anytown; me gusta salir al porche por las noches y contemplar las luces de la ciudad; luciérnagas en el anochecer azul, al otro lado de valle, sobre la colina, casas blancas donde los niños juegan y descansan, donde las mujeres preparan la ensalada de patatas, al volver a casa después de un día buscando leña entre las hojas otoñales con el perro, familias a la luz del fuego, miles y miles de días idénticos y acogedores.

—¿Te gusta vivir aquí? —preguntó Janet a la hora del postre, sin pensar nunca que pueden mentirla.

—¿Cómo? —dijo Laur.

—Nuestra invitada quiere saber si te gusta vivir aquí —dijo la señora Wilding.

—Sí —dijo Laur.

VIII

Hay más grullas en los Estados Unidos que mujeres en el Congreso.

IX

Así que éste es uno de los peores momentos de Laura: una perpetua nevada, el mortecino vestíbulo del piso superior envuelto en algodón, y el Ego contando piedras y conchas en el asiento de la ventana. No se ve nada detrás del cristal, excepto el cielo blanco que cae —ninguna pisada, ningún rostro—, aunque de vez en cuando el

Ego se desliza hasta la ventana, ahogado en la luz de la nieve, y ve (o cree ver) en el remolino petrificado las formas enterradas de dos amantes muertos, inocentes y asexuales, inmortalizados en un banco de nieve.

Apártate, muchacha; aprieta los dientes; sigue leyendo.

X

Janet soñó que estaba patinando hacia atrás, Laura, que una bella desconocida estaba enseñándole a disparar. En los sueños empiezan las responsabilidades. Laura bajó a desayunar cuando todos se habían ido menos Janet. Las whileawayanas practican la interpretación de sueños secretos, según un arbitrario esquema que consideran idiota, pero divertido; Janet estaba viendo hasta qué punto podía hacer que su sueño saliera al contrario, y riéndose hacia adentro mientras comía su tostada con mantequilla. Lanzó una risa boba y salpicó unas migas. Cuando Laura entró en la habitación, Janet se enderezó en la silla y no soltó la carcajada.

—Yo —dijo Laur severamente, víctima de ventrilocuismo— detesto a las mujeres que no saben ser mujeres.

Janet y yo no dijimos nada. Notamos los mechones sedosos de su nuca; en algunos sentidos Laura parece tener trece años en lugar de diecisiete. Hace muecas, por ejemplo. A los sesenta, Janet será canosa y flaca, con asombrados ojos azules: un hermoso ser humano. Janet siempre prefiere a la gente al natural, sin arreglar, y la enorme camisa de Laur le hacía gracia, no digamos sus increíbles pantalones. Le apetecía preguntarle si era una sola camisa o varias. ¿Gritas cuando te ves en el espejo?

Tranquilamente le tendió una tostada con mantequilla y Laur la cogió con una mueca.

—No entiendo —dijo Laur en un tono completamente distinto— dónde diablos se van todos, los sábados por la mañana. Cualquiera diría que intentan alcanzar el sol. Soñé que estaba aprendiendo a usar un rifle —añadió.

Pensamos en confiarle el sistema secreto por el cual las whileawayanas transforman la materia y abarcan las galaxias, pero luego lo pensamos mejor. Janet estaba tratando de recoger disimuladamente las migas que había tirado; las whileawayanas no comen cosas que se desmigajan. Las dejé y floté hasta el retrete, sobre el cual estaban posados dos pájaros de porcelana dándose el pico, un salero de cristal tallado, un pequeño sombrero mexicano de madera y un cenicero de barro en forma de camello. Laur levantó la vista un momento, extraordinariamente dura y dueña de sí. Yo soy un espíritu, recuerda.

—A la mierda —dijo.

—¿Qué? —dijo Janet.

Esta respuesta se considera perfectamente correcta en Whileaway. Yo, la plaga que vibra en el aire entre las dos, pellizqué a Janet, le tiré de las orejas, como la Muerte en el poema. En ninguna parte, ni bajo el mar ni en la Luna, en mis vagabundeos incorpóreos, encontré una más terca inocencia que la empleada por Janet Evason en el manejo de sus asuntos. En su grosera imaginación estaba desabrochando la camisa de Laur y bajándole los pantalones hasta las rodillas. Los tabúes de la sociedad whileawayana se refieren a las diferencias de edad. Janet ya no sonreía.

—Dije a la mierda —repitió la joven agresivamente.

—¿Dijiste...?

(La Laura de su fantasía sonreía por encima del hombro, indefensa y fresca, estremeciéndose ligeramente cuando sus pechos eran acariciados. Lo que más gusta es la expresión de afecto.)

Ella examinó su plato. Trazó un dibujo sobre él con el dedo.

—Nada —dijo—. Quiero enseñarte algo.

—Enséñamelo —dijo Janet.

Apuesto a que tus rodillas se vuelven hacia dentro. Janet no lo creía realmente. Hay todas esas revistas de modas desperdigadas por la casa, porque la señora Wilding las lee, pornografía para los pedantes. Chicas con bañadores de punto mojados y el pelo chorreando, estúpidas chicas ahogadas por los suéteres, chicas serias con trajes de noche sin espalda que apenas cubren los delicados huesos de su estrecho pecho. Todas son jóvenes y esbeltas. Empujando y palpando a la chiquilla al probarle un vestido. Párate ahí, párate ahí. Cómo caen desmayadas una en brazos de otra. Janet, que (al revés que yo) nunca imagina qué es lo que no se puede hacer, se limpió la boca con la servilleta, la dobló, retiró su silla, se levantó y siguió a Laura hasta el cuarto de estar. Subieron las escaleras. Laura cogió un cuaderno de su mesa y se lo entregó a Janet. Nos quedamos, allí, indecisas, prontas a reír o llorar; Janet miró el manuscrito, levantó la vista hacia Laura, volvió a bajarla.

—No puedo leerlo —dijo.

Laura alzó las cejas con severidad.

—Conozco el idioma, pero no el contexto —dijo Janet—. No puedo juzgar esto, hija.

Laura frunció el ceño. Yo pensé que quizá se retorciere las manos, pero no hubo suerte. Volvió a su mesa y cogió otra cosa, que le dio a Janet. Yo sé lo bastante como para reconocer que se trataba de matemáticas, nada más. Miró a Janet fijamente, intentando obligarla a bajar los ojos. Janet leyó unas cuantas líneas, sonrió pensativa y se detuvo. Había algún error.

—Tu profesor... —empezó Janet.

—No tengo profesor —dijo la perspicaz Laura—; lo hago yo sola, con el libro.

—Entonces el libro está equivocado —dijo Janet—; mira.

Y empezó a garabatear en el margen. ¡Qué extraordinario fenómeno son los símbolos matemáticos! Yo volé a las cortinas, cortinas que la señora Wilding había lavado y planchado con sus propias manos. No, las llevó a la tintorería. Y leyó a Freud en el tiempo que hubiera tardado en lavar y planchar las cortinas. No eran elección de Laur. Las hubiera arrancado con sus propias manos. Lloró. Suplicó. Se desmayó. Etc.

Se inclinaron juntas sobre el libro.

—Caray —dijo Janet, sorprendida y encantada.

—¡Sabes matemáticas! —Esa fue Laur.

—No, no, soy sólo una aficionada, una aficionada —dijo Janet, que nadaba como un pez en el mar de los números.

—La vida es tan corta, tan largo aprender el oficio —citó Laur, poniéndose como la grana. El final es: *de amar*

—¿Qué? —dijo Janet, absorta.

—Estoy enamorada de alguien del instituto —dijo Laur—. Un hombre.

Una expresión realmente extraordinaria, lo que se entiende cuando se dice que la cara de una persona es un *estudio* —ella no puede saber que yo sé que ella no sabe que yo sé— cruzó el rostro de Janet, y dijo: «Oh, claro», de lo cual se deduce que no creía una palabra. No dijo: «Eres demasiado joven». (No para él, sino para ella, boba.)

—Por supuesto —añadió.

XI

Soy víctima de la envidia del pene (dijo Laura), así que no podré ser feliz nunca ni llevar una vida normal. Mi madre trabajaba de bibliotecaria cuando yo era pequeña, y eso no es femenino. Ella cree que eso me ha deformado. El otro día se me acercó un hombre en el autobús y me llamó cielo y dijo: «¿Por qué no sonrías? ¡Dios te ama!» Yo me quedé mirándole. Pero él no estaba dispuesto a irse hasta que yo sonriera, así que finalmente lo hice. Todo el mundo se rió. Lo intenté una vez, sabes, fui a un baile, muy vestida, pero me sentía absurda. Todos hacían comentarios halagadores acerca de mi aspecto, como si temieran que yo volviese a cruzar la línea; yo estaba *intentándolo*, comprendes, estaba demostrando que su manera de vivir era la adecuada, y les aterraba que me volviera atrás. Cuando tenía cinco años dije: «No soy una niña, soy un genio», pero eso no sirve, posiblemente porque los demás no aceptan esa resolución. El año pasado, finalmente, renuncié y le dije a mi madre que

no quería ser una chica, pero ella contestó: «Oh, no, ser una chica es maravilloso.» ¿Por qué? Porque puedes llevar vestidos bonitos y no tienes que hacer nada; los hombres lo harán por ti. Dijo que en lugar de conquistar el Everest podría conquistar al conquistador del Everest, y mientras él tenía que escalar la montaña, yo podría quedarme en casa cómodamente, oyendo la radio y comiendo bombones. Supongo que ella se disgustó, pero le dije que no puedes absorber el éxito de otro por acostarte con él. Entonces ella dijo que además de eso (los vestidos bonitos y toda esa historia) hay una mística realización en el matrimonio y los hijos que nadie que no lo haya vivido puede conocer. «Seguro, fregar el suelo», dije. «Te tengo a *ti*», dijo, con aire misterioso. Como si mi padre no me tuviese también. Que mi nacimiento fue una experiencia muy hermosa, y que si patatín que si patatán, lo cual no encaja demasiado bien con la secular versión que da siempre cuando está hablando con sus amigas acerca de sus males. Cuando yo era pequeña pensaba que las mujeres estaban siempre enfermas. Mi padre decía: «¿De qué rayos se está quejando esta vez?» Todas esas canciones, como se llamen, me alegra ser una chica, estoy encantada de ser hembra, voy muy bien arreglada, el Amor me compensará de todo, tra-la-la-rá. ¿Por qué no hay canciones sobre lo contento que estoy de ser un chico? Encontrar Al Hombre. Conservar Al Hombre. No Asustar Al Hombre, animar al Hombre, complacer al Hombre, interesar al Hombre, aplacar al Hombre, mostrar deferencia al Hombre, cambiar tus opiniones por el Hombre, cambiar tus decisiones por el Hombre, encerrar los suelos por el Hombre, estar perpetuamente consciente de tu aspecto por el Hombre, ser romántica para el Hombre, insinuarle al Hombre, perderte en el Hombre. «No he tenido nunca un pensamiento que no te perteneciera.» Sollozo, sollozo. Siempre que actúo como un ser humano, me dicen: «Pero ¿por qué estás disgustada?» Dicen: desde luego que te casarás. Dicen: claro que vales. Dicen: por supuesto que obtendrás un título y lo sacrificarás para tener niños. Dicen: de lo contrario, serás tú la que tendrás dos trabajos y puedes lograrlo si eres excepcional, cosa que muy pocas mujeres son, y *si encuentras a un hombre muy comprensivo*. Siempre y cuando no ganes más que él. ¿Cómo pueden esperar que yo viva esta vida de mierda? Fui a un campamento socialista —no verdaderamente socialista, como comprenderás— dos veranos; mis padres dicen que debe de haber sido allí donde me metieron estas ideas disparatadas. Y un cuerno. Cuando tenía trece años, mi tío quiso besarme, y cuando yo intenté escapar, todos se rieron. Me sujetó por los brazos y me besó en la mejilla; luego dijo: «Ajá, ya conseguí un beso. ¡Conseguí un beso!», y todo el mundo consideró que aquello tenía una gracia loca. Naturalmente me criticaron: no tiene importancia, dijeron, eres una niña, él se está ocupando de ti, deberías agradecerse. Todo va bien siempre que no te viole. Las mujeres no tienen más que sentimientos; los hombres tienen un *ego*. El psicólogo del instituto me dijo que quizá no me diera cuenta, pero que llevaba una forma de vida muy peligrosa que, con el tiempo, podría

conducirme al lesbianismo (¡ja, ja!) y que debería tratar de parecer y actuar de un modo más femenino. Me reí hasta llorar. Entonces dijo que debía comprender que la femineidad es Algo Bueno, y que aunque las funciones del hombre y de la mujer en la sociedad son diferentes, tienen la misma dignidad. Separados pero iguales, ¿de acuerdo? Los hombres toman las decisiones y las mujeres preparan la cena. Yo esperaba que empezara con esa chorrada de la mística-y-maravillosa-experiencia-que-ningún-hombre-puede-conocer. En lugar de eso me llevó a la ventana y me enseñó la *boutique* de lujo que hay enfrente. Luego dijo: «¿Ves?, ése es el mundo de la mujer, después de todo.» Ya estábamos otra vez con lo de los vestidos bonitos. Creí que me iba a ocurrir algo espantoso allí mismo sobre su alfombra. No podía hablar. No podía moverme. Tenía ganas de vomitar. Él esperaba realmente que yo viviera así; eso es lo único que veía en mí, después de once meses. Esperaba que me pusiera a cantar *Estoy Tan Contenta De Ser Una Chica*. Allí mismo, en su condenado despacho. Y que diera algunos pasos de baile.

—¿Le gustaría a usted vivir así? —pregunté.

—Eso no hace al caso, porque yo soy un hombre —dijo él.

No tengo las aficiones convenientes, ¿comprendes? Mi afición son las matemáticas, no los chicos. Y ser joven, también eso es un defecto. Tienes que soportar toda clase de latazos.

A los chicos no les gustan las chicas inteligentes. A los chicos no les gustan las chicas agresivas. A menos que quieran sentarse en su regazo, claro. Nunca he conocido un hombre a quien le apeteciera hacerlo con una Gengis Khan femenina. O bien intentan dominarte, lo cual es repugnante, o se convierten en críos. Más valdría olvidarlo. Tuve una psiquiatra que me dijo que se trataba de un problema mío, porque era yo la que quería mandar el barco y *no puedes esperar que cambien*. Por lo tanto, supongo que soy yo quien tiene que cambiar. Que es lo que dice mi mejor amiga. «Hay que transigir», dice, contestando al teléfono por decimonovena vez en la tarde. «Piensa en el poder que obtienes sobre ellos.»

¡Ellos! Siempre Ellos, Ellos, Ellos. No puedo pensar simplemente en mí misma. Mi madre cree que *no me gustan los chicos*, aunque trato de decirle: Míralo desde este punto de vista, nunca perderé la virginidad. Soy una Mujer-que-odia-a-los-hombres y la gente sale de la habitación al entrar yo. ¿Hacen lo mismo por un Hombre-que-odia-a-las-mujeres? No seas boba.

Nunca sabrá —ni lo creería si lo supiera— que a veces los hombres me parecen muy hermosos. Desde las profundidades, mirando hacia arriba.

Hubo un chico muy simpático que me dijo una vez: «No te preocupes, Laura. Yo sé que en el fondo eres dulce y tierna.» Y otro: «Eres fuerte como la madre tierra.» Y un tercero: «Estás tan guapa cuando te enfadas.» A la mierda con Estás tan guapa cuando te enfadas. *Yo quiero que me reconozcan*.

Nunca me he acostado con una chica. No podría. No querría hacerlo. Eso es anormal, y yo no lo soy, aunque no puedes ser normal a menos que hagas lo que deseas y no puedes ser normal a menos que ames a los hombres. Hacer lo que quisiera sería normal, a menos que quisiera algo anormal, en cuyo caso sería anormal satisfacer mi deseo y normal hacer lo que no quisiera hacer, lo cual no es normal.

Así que ya lo ves.

XII

Dunyasha Bernadetteson (la mente más brillante del mundo desde 344 hasta 426 d.C.) oyó hablar de esta desdichada joven e inmediatamente pronunció el siguiente *schchasniy*, o dicho críptico de una sola palabra:

«¡Poder!»

XIII

Perseveramos, leyendo revistas y observando las actividades de los vecinos lo más discretamente posible, y Janet —que no nos consideraba plenamente humanos— guardó sus afectos para sí misma. Se acostumbró a que Laur se quedase junto a la puerta, cada vez que salíamos de noche, con una expresión obstinada en el rostro, como si estuviese a punto de ponerse delante de la puerta con los brazos abiertos, estilo película. Pero Laura se controlaba. Janet tuvo unas cuantas citas, previamente acordadas, con hombres del lugar, pero el pánico les silenciaba; no aprendió nada de cómo se desarrollan estas cosas corrientemente. Fue a un partido de baloncesto de un instituto (para chicos) y a un desfile de modas (para chicas). Hubo una Feria de las Ciencias, cuyos fallos disfrutó tremendamente. Como el aceite alrededor del agua, la comunidad se apartaba para dejarnos pasar.

Laura Rose se acercó a Janet una noche cuando ésta estaba leyendo sola en el cuarto de estar; era el mes de febrero y la blanda nieve se adhería a la ventana. Las ventanas de Anytown no evaporan la nieve en el invierno como las de Whileaway. Laur nos observó manteniendo las distancias, durante un rato, luego entró en el círculo de luz y fantasía. Se quedó de pie, dando vueltas a su anillo.

—¿Qué has aprendido de tanta lectura? —preguntó luego.

—Nada —contestó Janet.

El silencioso golpeteo de los copos en el cristal. Laur se sentó a los pies de Janet (¿Quieres que te cuente una cosa?) y nos contó una vieja fantasía suya, con nieve y bosques y caballeros y doncellas con mal de amores. Dijo que a cualquiera que

estuviese enamorado la casa le parecería instantáneamente submarina, no una casa en la Tierra, sino una casa en Titán bajo la nieve amoniacal.

—Estoy enamorada —dijo, reviviendo la historia sobre el mítico hombre del instituto—. Cuéntame cosas de Whileaway —añadió.

Janet dejó su revista. Las indirectas resultan tan nuevas para ella que por un momento no entendió que lo que Laur había dicho era: *Cuéntame cómo es tu mujer*. Janet estaba complacida. Había interpretado la indirecta de Laur no como doblez sino como una especie de frivolidad; ahora se quedó callada. La muchacha se sentó estilo árabe sobre la alfombra del cuarto de estar, mirándonos.

—Bueno, dime —insistió Laura.

Sus facciones son delicadas, no muy definidas; tiene una piel lechosa y muchas pecas. Los nudillos huesudos.

—Se llama Vittoria —dijo Janet.

¡Qué crudo, una vez dicho! Y algo se desata en el corazón de Laura Rose, como el golpeteo de algo ligero pero perpetuamente escandaloso: ¡Oh, oh, oh! Se ruborizó y dijo algo muy débilmente, algo que leí en sus labios pero que no oí. Luego puso su mano sobre la rodilla de Janet, una mano caliente y húmeda, de dedos cuadrados y uñas cortas, una mano con una tremenda presencia juvenil, y dijo algo más, también inaudible.

¡Vete! (le dije a mi compatriota).

Primero, porque está mal.

Segundo, porque está mal.

Tercero, porque está mal.

—Dios mío —dijo Janet lentamente, como hace a menudo, ya que ésta es su frase favorita después de «Me estás tomando el pelo».

(Realizando el difícil truco mental de adoptar los tabúes de otro.)

—Bueno, bueno, bueno —dijo Janet.

La muchacha la miró. Le está ocurriendo algo terriblemente alarmante, algo que le hará retorcerse las manos, que le hará llorar. Como un gran setter irlandés se metió una vez en mi cuarto y se pasó medio día golpeando inconscientemente un mueble con la cola, así algo espantoso ha entrado en Laura Rose y su corazón está recibiendo sacudidas eléctricas, ramalazos aterradores. Janet la cogió por los hombros y aún fue peor. Existe el problema del narcisismo del amor, la curva de la cuarta dimensión que te hace salir de ti y entrar en la otra que es el mundo entero, lo cual es en realidad una vuelta a ti misma, sólo que una misma diferente. Laur está llorando de desaliento. Janet la levantó y la sentó en su regazo, como si fuera un bebé; *todo el mundo sabe* que si las inicias cuando son jóvenes las pervertirás para siempre y *todo el mundo sabe* que nada es peor que hacer el amor con alguien una generación más joven que tú. Pobre Laura, derrotada por nosotras dos, con la espalda doblada, paralizada y

estupefacta bajo el peso de un doble tabú.

No, Janet.

No, Janet.

No la explotes. La siniestra sabiduría de esa chiquilla.

La nieve seguía cayendo oblicuamente en el exterior; las paredes se estremecían sordamente, azotadas por el viento. Algo se estropeó en el televisor o en el mando a distancia, o quizá algún aparato defectuoso en algún lugar de las afueras de Anytown enviaba señales incontroladas que ningún televisor podría resistir; el caso es que se encendió solo y nos dio una ensalada televisiva: Maureen O'Hara intentando sin éxito abofetear a John Wayne, una chica mona, con voz ahogada, sosteniendo un frasco de desodorante vaginal, una casa derrumbándose por una montaña. Laur gimió y ocultó la cara en el hombro de Janet. Janet —yo— la abracé, su olor inundando mi piel, mujer fría, sonriendo forzosamente ante mi propio deseo porque todavía estamos tratando de ser buenas. A las whileawayanas, como queda dicho, les gustan los culos grandes. «Te quiero, te quiero», dijo Laur, y Janet la meció, y Laur —que no quiere que la tomen por una niña— echó la cabeza de Janet hacia atrás violentamente y la besó en la boca. Oh, Dios mío.

Janet se ha librado de mí. Yo me aparté de un salto y me colgué de la cortina con una garra. Janet cogió a Laur y la depositó en el suelo, abrazándola firmemente durante su ataque de histeria; rozó con la nariz la oreja de Laur y se quitó los zapatos. Laur se recobró y arrojó el mando a distancia contra el televisor porque la actriz había estado aconsejándonos que nos desinfectáramos «la parte más femenina», y el actor se quedó mudo.

—Nunca... no..., no puedo. ¡Déjame! —aulló Laura.

Mejor llorar. La eficaz Janet le desabrochó la camisa, el cinturón y los vaqueros, y la agarró por las caderas, considerando que nada calma tan rápidamente la histeria.

—¡Oh! —dijo Laur, atónita.

Este era el momento justo para que cambiara de idea. Su respiración se hizo más tranquila. Serenamente, rodeó a Janet con sus brazos y se apoyó en ella. Suspiró.

—Quiero quitarme mis condenadas ropas —dijo Janet, y su voz se quebró inexplicablemente en medio de la frase.

—¿Me quieres?

Mi vida, no puedo, porque eres demasiado joven, y algún día, pronto, me mirarás y mi piel estará muerta y seca, y siendo más romántica que una whileawayana, me encontrarás desagradable; pero hasta entonces haré todo lo posible por ocultarte todo el cariño que te tengo. También hay lujuria y espero que comprendas si te digo que me siento morir; creo que deberíamos irnos a un lugar más seguro donde podamos morirnos a gusto, por ejemplo, a mi cuarto, que tiene cerradura, porque no quisiera estar jadeando sobre la alfombra cuando lleguen tus padres. En Whileaway

no importaría, y no tendrías padres a tu edad, pero aquí —según creo— las cosas son de otro modo.

—Que extraña y maravillosa manera de plantearlo —dijo Laur.

Subieron las escaleras, Laura un poco preocupada porque se le iban cayendo los pantalones. Se inclinó (enmarcada en la puerta) para frotarse un tobillo. Se va a echar a reír de un momento a otro y nos mirará por entre sus piernas. Se enderezó, sonriendo tímidamente.

—Dime una cosa —dijo en un susurro ronco y difícil apartando la vista.

—¿Sí, chiquilla? ¿Sí, querida?

—¿Qué hacemos ahora?

XIV

Se desnudaron en la habitación de Janet, en medio de pilas de libros, revistas, fuentes estadísticas, biografías y periódicos. Los fantasmas reflejados en la ventana se desnudaron al mismo tiempo que ellas, porque nadie podía mirar hacia el interior desde la parte de atrás de la casa. Sus tenues y hermosos reflejos, Janet bajó las persianas, deteniéndose en cada ventana para atisbar la oscuridad —la escandalosa combinación de una cara familiar y amistosa y un desnudo espantoso— mientras Laur se metía en la cama. La colcha tenía agujeros en los puntos donde el raso rosa se había gastado. Cerró los ojos.

—Apaga la luz.

—Oh, no, por favor —dijo Janet, haciendo crujir la cama al meterse en ella.

Le tendió los brazos a la muchacha; luego la besó en el hombro, estilo ruso. (La forma de su cuerpo no es la adecuada.) «No quiero luz», dijo Laur y saltó de la cama para apagarla, pero el aire te da en la piel desnuda antes de llegar al interruptor y te aturde; así que se detuvo, como vino al mundo, con las corrientes de aire investigando entre sus piernas. «¡Qué hermosa!», dijo Janet. La habitación está despiadadamente bien iluminada. Laur volvió a la cama —«Hazme sitio»— con esa terrible sensación de que no vas a disfrutarlo después de todo. «Tienes unas rodillas preciosas y un trasero muy bonito», dijo Janet suavemente, y durante un momento la sensación de absurdo embargó a Laura; no podía haber sexualidad en aquello; finalmente, apagó la luz del techo y se metió de nuevo en la cama. Janet había encendido una lámpara de noche con pantalla rosa. Luego emergió de la colcha de raso, una estatua antigua de cintura para arriba con unos ojos extraordinariamente vivos. «Mira, somos semejantes, ¿verdad?», dijo bajito, indicando sus senos redondos idealizados por la tenue iluminación. «He tenido dos hijas», añadió perversamente, y Laur se sintió enrojecer de pies a cabeza, tan desagradable le resultaba la imagen de

Yuriko Janetson mamando de uno de esos senos; Laur se la imaginaba no como un bebé mofletudo de ojos brillantes, sino como una especie de adulta en miniatura, subida en una escalerilla, quizá. Laur se tumbó rígida y cerró los ojos, irradiando rechazo.

Janet apagó la luz de la mesilla.

Entonces se subió el embozo hasta arriba, suspiró con paciencia, y le dijo a Laur que se diese la vuelta.

—Lo menos que puedes sacar de esto es un masaje de espalda.

—¡Uf! —dijo sinceramente al tocar los músculos de la nuca de Laur—. ¡Qué horror!

Laura intentó reír. La voz de Janet siguió hablando en la oscuridad: sobre las últimas semanas, sobre examinar los estanques de agua potable en Whileaway; una voz dura, delgada, asexuada, que al final traicionó a Laura, cuando Janet dijo, con una extraña risita: «¿Lo intentamos?»

—Te quiero —dijo Laur, a punto de llorar.

Hemos absorbido mucha propaganda y yo le repetí a Janet una vez más que lo que iba a hacer era un grave delito.

Dios te castigará, le dije.

Se supone que debes hacerlas reír, pero Janet recordaba cómo era ella a los doce años, y parecía algo tan serio. Besó a Laura en los labios levemente una vez y otra hasta que Laura le cogió la cabeza entre las manos; a oscuras la cosa no iba tan mal realmente, y Laura podía figurarse que Janet no era nadie, o que ella misma no era nadie, o que eran todo imaginaciones suyas. Es agradable acariciar desde el cuello a la rabadilla, deja el cuerpo dúctil y los músculos cosquillean. Sin darse cuenta, Laur estaba ya lanzada. Había aprendido de un muchacho a besar en la boca, pero ahora había mucho tiempo y muchos otros lugares. «*Es estupendo*», dijo Laur sorprendida. «*¡Es estupendo!*», y el sonido de su propia voz aumentó su excitación. Janet encontró ese trocito de carne que las whileawayanas llaman La Clave —*Ahora debes hacer un esfuerzo*, dijo— y con la sensación de trabajar intensamente, Laur se precipitó, al fin, por el acantilado. Fue incompleto y terriblemente insuficiente, pero fue el primer placer sexual pleno que le había proporcionado otro ser humano en toda su vida.

—¡Maldita sea, *no puedo!* —gritó.

Así que yo huí chillando. No hay ninguna excusa para meter la nariz entre los muslos de otra persona; imagíneme como si estuviera lavándome las mejillas y las sienes para librarme de esa fresca suavidad (fresca por la grasa que aísla los miembros; casi puedes palpar los largos huesos, la arquitectura, la exquisita habilidad técnica). Me senté en la ventana del vestíbulo y aullé.

Como se puede suponer, Janet ha estado practicando el más estricto control personal.

¿Qué otra cosa podía hacer?

—Ahora haz esto y esto —le susurra a Laura Rose con premura, riendo entrecortadamente—. Ahora eso y aquello. ¡Ah!

Janet utiliza la ignorante mano de la muchacha, porque Laura Rose no sabe hacerlo.

—Déjala quieta —dijo en una curiosa parodia de confesión íntima. La inexperiencia de la chica no facilitaba las cosas. Sin embargo, una encuentra su propio ritmo. En el último cajón del escritorio del cuarto de huéspedes de los Wilding había un exótico artefacto whileawayano (con un mango) que hará que Laura Rose se sienta violenta cuando lo vea a la mañana siguiente; Janet lo sacó, tambaleándose como si estuviera borracha.

—¿Llegaste? —preguntó Laura ansiosamente, inclinándose sobre el borde de la cama.

—Sí.

Por tanto, era fácil. Iluminada por una rara inspiración, Laura abrazó a la entrometida, asustada, impresionada, algo dominante. Meses de castidad se evaporaron como el humo: una descarga eléctrica, una ondulación interna, un placer lacerante.

—No, no, todavía no —dijo Janet Evason Belin—. Quédate quieta. Déjame descansar.

—Ahora. Otra vez.

XV

Una docena de hermosas «chicas», cada una «cepillando» y «peinando» su largo y sedoso «cabello», cada una «ansiendo cazar a un hombre».

XVI

Me enamoré a los veintidós años.

Una terrible intromisión, una enfermedad. Vittoria, a quien ni siquiera conocía. Los árboles, los arbustos, el cielo, todos estaban enfermos de amor. Lo peor (dijo Janet) es la intensa familiaridad, la convicción de sonámbula de haber entrado en una erupción de nuestra propia vida interior, el polen amarillo de las siemprevivas pegajoso por mi propio buen humor, los copos de mí misma cayendo invisibles desde el cielo para derretirse en mi cara.

En vuestros términos, yo estaba perdidamente enamorada. Las whileawayanas

explican estos casos aludiendo a la relación madre-hija. Había una explicación que lo relacionaba con nuestros defectos, pero los defectos humanos corrientes pueden utilizarse para explicar cualquier cosa, así que eso no sirve de nada. Hay una analogía matemática, una curva de cuatro dimensiones, de la cual recuerdo que me reía. Oh, yo me moría desangrada.

El amor... trabajar como una esclava, trabajar como un perro. La misma exaltada y febril atención fija en todas las cosas. No le hice ninguna indicación porque ella no me hizo ninguna indicación a mí; me limité a controlarme y a mantenerme alejada de la gente. Esa espantosa timidez. Estaba siempre detrás de ella, en una nerviosa parodia de amistad. No se puede esperar que a nadie le guste esa ansiedad. En el salón de nuestra familia, como en el hogar vikingo donde el pájaro entra desde la oscuridad y vuelve a salir a la oscuridad, bajo la hinchada presión de la cúpula, con el aroma de las rosas penetrando por los ventiladores, sentí que mi propia alma volaba directamente hasta el techo. Solíamos sentarnos, sin encender las lámparas, en la prolongada media luz primaveral; una tropa de niñas había pasado por allí la semana anterior vendiendo velas, que una u otra de las mujeres traía y encendía. La gente salía y entraba, levantando la cortina de seda que daba entrada a la cúpula. La gente come a distintas horas, comprendes. Cuando Vitti salía, yo la seguía. Nosotras no tenemos césped como aquí, pero alrededor de nuestras viviendas plantamos una especie de tréboles que impiden que crezca otra cosa; las niñas pequeñas siempre creen que está allí por razones mágicas. Es muy blando. Ya estaba oscureciendo. Hay una plantación cerca de nuestra granja y fuimos hacia ella; Vitti caminaba perezosamente y sin decir nada.

—Me marcharé dentro de seis meses —dije—. Me iré a New City a trabajar en las plantas de energía.

Silencio. Yo era penosamente consciente de que Vittoria iba a marcharse a algún sitio y tenía que averiguar adónde porque alguien me lo había dicho, pero no podía acordarme.

—Pensé que te apetecería tener compañía —dije.

No hubo respuesta. Ella había cogido un palo y golpeaba las hierbas con él. Era uno de los puntales del poste receptor de la computadora, clavado al suelo por un extremo y al poste por el otro. Tenía que ignorar que ella estaba allí o no hubiera podido seguir andando. Delante se veían los árboles de la granja, penetrando en los campos en el borroso horizonte como un promontorio o una nube.

—Ha salido la luna —dije.

Mira la luna. Envenenada de flechas y de rosas, Eros radiante que viene hacia ti desde la oscuridad. El aire es tan suave que podrías bañarte en él. Me han dicho que mi primera frase, siendo niña, fue Mira la luna, con lo que supongo que quería decir: grato dolor, veneno balsámico, protectora hiel, asfixiante dulzura. Imaginé a Vittoria

abriéndose paso en la noche con ese palo, ondeándolo sobre su cabeza, dejando heridas en la tierra, arrancando las hierbas, destrozando las rosas que trepaban por los postes de la computadora. No había una parte de mi mente libre del pensamiento: si ella se agita en esta muerte mercurial, me matará.

Llegamos a los árboles. (Ahora recuerdo, se va a Lode-Pigro a levantar edificios. Además, aquí hará más calor en julio. Hará un calor intenso, probablemente insoportable.) El terreno estaba alfombrado de agujas, salpicado de luz de luna. Nos disolvimos fantásticamente en ese medio extraordinario, como sirenas, como cuentos vivientes; yo no veía nada. Se percibía el olor almizclado de las agujas muertas, aunque el polen en sí era inodoro. Si yo le hubiera dicho: «Vittoria, te quiero mucho», o «Vittoria, estoy enamorada de ti», ella podía haber contestado: «Tú también eres estupenda, amiga», o «Sí, de acuerdo, vamos a acostarnos», lo cual estropearía algo, aunque no sé bien qué, de un modo intolerable, y yo tendría que matarme. Yo tenía curiosos sentimientos respecto a la muerte en aquellos días extraños. Así que no dije una sola palabra ni hice un gesto, sino que seguí adentrándome más y más en aquel bosque fantástico, una alegoría encantada, y finalmente llegamos a un tronco caído y nos sentamos en él.

—Echarás de menos... —dijo Vitti.

—Vitti, quiero... —dije yo.

Ella miraba fijamente ante sí, como disgustada. El sexo no importa en estos casos, ni la edad, ni el tiempo, ni la sensatez, eso ya se sabe. De día se ve que los árboles están plantados en hileras, pero la luna lo confundía todo.

Hubo una larga pausa.

—No te conozco —dije al fin.

La verdad era que habíamos sido amigas durante mucho tiempo, buenas amigas. No sé por qué había olvidado eso completamente. Vitti era mi ancla en la vida del colegio, mi compañera; habíamos cotilleado juntas. Ahora no sabía nada de sus pensamientos y no puedo registrarlos aquí, sólo puedo relatar mis propios comentarios fatuos. ¡Oh, qué silencio mortal! Busqué su mano en la oscuridad, pero no pude encontrarla; me maldije y traté de dominarme bajo la terrible luz lunar; los estremecimientos recorrían mi cuerpo como una red y, sobre todo, el placer del dolor, el espantoso anhelo.

—Vitti, te quiero.

¡Vete! ¿Estaba retorciéndose las manos?

—¡Quiéreme!

¡No! Y levantó un brazo para taparse la cara. Me arrodillé, pero ella se apartó dando un chillido sibilante, parecido al sonido que emite un pavo enfurecido para avisarte y ser justo. Las dos temblábamos de pies a cabeza. Parecía natural que ella estuviera dispuesta a destrozarme. Yo he soñado que me miraba al espejo y veía a mi

alter ego que, por propia iniciativa, empezaba a decirme verdades insoportables y, para impedir que sucediera eso, me abracé a las rodillas de Vittoria, y ella hundió los dedos en mi pelo; así entrelazadas, nos deslizamos al suelo. Yo esperé que ella golpeará mi cabeza contra la tierra. Nos colocamos mejor y nos besamos, mientras yo temía que mi alma se escapara de mi cuerpo, lo que no ocurrió. Ella es intocable. ¿Qué puedo hacer con mi querida X, Y o Z, después de todo? Esta es Vitti, a quien conozco, a quien quiero; y el calor de ese afecto real me inspiró más amor, el amor más pasión, más desesperación, suficiente desilusión para toda una vida. Gemí, angustiada. Me hubiera dado lo mismo enamorarme de un árbol o una roca. Nadie puede hacer el amor en tal estado. Las uñas de Vitti marcaban pequeños óvalos de dolor en mis brazos; tenía esa expresión terca que yo conocía tan bien; yo sabía que iba a suceder algo. Me parecía que ambas éramos víctimas de la misma catástrofe y que debíamos reunirnos en algún lugar, en un árbol hueco o bajo un matorral, y discutir el asunto. Las mujeres mayores te dicen que pelees, pero que no uses los puños, porque puedes acabar con un ojo morado; Vitti, que tenía mis dedos entre sus manos, apretándolos febrilmente, me dobló el meñique hacia atrás. Eso fue una buena idea. Forcejamos como crías, haciéndome daño en la mano, y ella me mordió; nos empujamos y estrujamos mutuamente, y yo la sacudí hasta que ella cayó encima de mí y me dio un puñetazo en la cara, muy en serio. El único alivio son las lágrimas. Nos quedamos tumbadas, sollozando. Creo que ya sabes lo que hicimos después; sorbimos y suspiramos y nos compadecemos la una a la otra. Incluso nos hizo gracia. La sede del amor romántico es el plexo solar, mientras que la sede del amor físico está en otro sitio, lo cual dificulta el *hacer el amor* cuando estás al borde de la disolución, los brazos y las piernas penetrados por la luz de la luna, la cabeza separada del cuerpo y flotando libremente por su cuenta, como una especie de monstruo mutante. El amor es una enfermedad por radiaciones. A las *whileawayanas* no nos gustan las consecuencias personales que se derivan de la pasión romántica y hablamos de ella de un modo despectivo y burlón; por eso Vittoria y yo volvimos, caminando muy separadas, mortalmente asustadas de las muchas semanas que habrían de transcurrir hasta que pudiéramos superarlo. Lo mantuvimos en secreto. Sentí que se me había pasado dos meses y medio después, en un momento concreto: estaba metiéndome en la boca un puñado de trigo y chupándome el jugo de los dedos. Noté que el parásito había desaparecido. Tragué filosóficamente y se acabó. Ni siquiera tuve que decírselo.

Vitti y yo hemos permanecido juntas de un modo más vulgar desde entonces. De hecho, nos casamos. Ese abismo que se abre sobre la nada va y viene. Generalmente, yo huyo.

Vittoria estará puteando por todo el Continente Norte a estas alturas, supongo. A propósito, para nosotras eso no tiene el mismo sentido que le dais vosotros. Lo que

quiero decir es: hace bien.

A veces intento descifrar las distintas clases de amor, el amor amistoso, el amor operativo, pero qué más da.

Vamos a dormir.

XVII

Bajo la cordillera Mashopi hay una ciudad llamada Wounded Knee y más allá está la fértil llanura de Green Bay. Janet no podría decirte dónde están los equivalentes de esos puntos de referencia en el aquí-y-ahora de nuestro mundo, ni yo tampoco. En la gran convulsión terra-reformante de 400 a.C., hasta los nombres se desvanecieron en el caos general de la recristalización, así que a ninguna whileawayana le sería posible decirte (si se lo preguntaras) si Mashopi fue nunca una ciudad, o Wounded Knee una clase de arbusto, o si Green Bay fue realmente una bahía o no. Pero si te diriges al Sur desde el Altiplano, cruzando la cordillera Mashopi, y desde esa tierra de nieve, frío, aire puro, riesgos y glaciares, vas al centro de planeadores de Utica (desde donde podrías ver a los alpinistas escalando el Old Dirty-Skirts, que tiene 8.000 metros de altura) y de allí a la estación de monorraíl de Wounded Knee, y luego viajas mil kilómetros por Green Bay y te bajas en una estación que no mencionaré, estarás donde estaba Janet cuando acababa de cumplir los diecisiete años. Una whileawayana que viniese de la colonia de entrenamiento marciano del Altiplano, hubiera pensado que Green Bay era el paraíso; una caminante de New Forest hubiera detestado el lugar. Janet había llegado sola de una granja submarina en la plataforma continental al otro lado del Altiplano, donde había pasado cinco semanas horribles instalando maquinaria en hendiduras inaccesibles y chirriando cada vez que hablaba (a causa del helio). Había dejado allí a sus compañeras de colegio, ávida de espacio y altitud. No es corriente estar sola a esa edad. Había parado en el hostel de Wounded Knee, donde le dieron un viejo cubículo que no se usaba, desde el cual podría trabajar por inducción en la destilería de alcohol combustible. La gente era amable, pero fue una temporada aburrida y deprimente. Con o sin compañeras, nunca te sientes tan sola como en esa época. Ni tan torpe (Janet). Insistió oficialmente para que la trasladaran, el cambio de trabajo llegó por fin, adiós a todas. Había dejado un violín en Wounded Knee, a una amiga que solía descolgarse desde el tercer piso del hostel y tomarse bocadillos sobre la cabeza de una estatua pública. Janet cogió el monorraíl a las veintidós y se alejó camino de un mundo personal mejor. Había cuatro personas de Dignidad Tres-Cuartos en el mismo vagón, todas silenciosas, deprimidas y descontentas. Ella abrió su saco de dormir, se envolvió en él, y se durmió. Se despertó con luz artificial, y descubrió que habían

abierto las ventanillas para que entrara Abril: las magnolias florecían en Green Bay. Jugó al póquer lineal con una anciana del Altiplano que le ganó las tres veces. Al alba todo el mundo dormía y las luces se apagaron; ella despertó y observó los montes que se formaban y re-formaban bajo un cielo verde manzana que se volvía lentamente ante sus ojos de un amarillo sulfúrico. Llovió, pero pronto pasaron las nubes. En la estación —que no era más que un prado— cogió una bicicleta del aparcamiento y giró la palanca para indicar el sitio donde quería ir. Es una máquina sólida, con neumáticos anchos (comparados con los nuestros) y un receptor para captar las señales de radio. Se adentró en los restos de la noche que remoloneaban sobre la plantación de árboles perennes, y luego volvió a salir el amanecer. Había un potente piar y gorjear, resultado de un rayo de sol que se hacía visible en el horizonte. Vio la hinchada cúpula principal antes de llegar al segundo punto de bicicletas; alguien que se dirigiera al Oeste la cogería en su momento y la dejaría cerca del monorraíl. Imaginó a masas de muchachas: hurañas movilizadas para llevar bicicletas de costa a costa, desde las regiones donde hubiera un exceso de bicicletas a otras donde las necesitaran urgentemente. Yo también lo imaginé. Se oía el ruido de un todoterreno a la izquierda; Janet había crecido oyendo ese ruido. Su bicicleta cantaba con ese sonido musical que te hace sentir que estás en camino, un sonido maravilloso en los campos desiertos. «Chist», dijo al dejarla en el aparcamiento, y obedientemente se calló. Caminó (y yo también) hacia la cúpula principal de la casa y entró, sin saber si todas dormían hasta tarde o habían madrugado y salido. No le importaba. Encontramos el cuarto de huéspedes vacío, y nos comimos un meneo —que no es lo que tú crees, sino una clase de pan— que llevaba en la mochila, nos tumbamos en el suelo y nos dormimos.

XVIII

En *Whileaway* no existe eso de *acostarse demasiado tarde* o *levantarse demasiado temprano*, o *estar donde no debieras*, o *ir sin pareja*. No puedes escapar de la red familiar para convertirte en presa sexual de los extraños, porque no hay presa ni extraños; la red tiene una extensión mundial. En todo *Whileaway* no hay nadie que pueda impedirte ir adonde te dé la gana (aunque arriesgues la vida, si te apetece), nadie que te siga y te violente murmurando obscenidades en tu oído, nadie que intente violarte, nadie que te advierta de los peligros de la calle, nadie que se pare en una esquina, con expresión lasciva y viciosa, haciendo tintinear las monedas en el bolsillo del pantalón, completamente seguro de que eres una puta barata, salida y salvaje, que no sabe decir que no, que lo goza, que gana una fortuna con eso, que no le inspira más que asco y que quiere volverle loco.

En Whileaway las niñas de once años se desprenden de sus ropas y viven desnudas en la naturaleza por encima del paralelo cuarenta y siete, donde meditan, perfectamente desnudas o cubiertas con hojas, sin vello púbico, alimentándose de raíces y moras que sus mayores plantaron amablemente para ellas. Puedes dar la vuelta al ecuador whileawayano veinte veces (si la proeza se te antoja y vives lo suficiente) con una mano sobre el sexo y en la otra una esmeralda del tamaño de una uva. Lo más que puede ocurrirte es que se te canse la muñeca.

Mientras que aquí, donde vivimos nosotros...

QUINTA PARTE

I

Me encontré atrapada por Jeannine. No sé cómo. Además, todo el mundo en el maldito vagón del Metro tenía la vista fija en mis piernas. Creo que pensaban que era una *majorette*. Arriba, en el Bronx, habíamos tenido que esperar el expreso cuarenta y cinco minutos, al aire libre, contemplando los manojos de hierba crecida entre los raíles, igual que en mi infancia, hierbas alrededor de los vagones del Metro en desuso, la luz del sol y la sombra de las nubes persiguiéndose sobre la plataforma elevada de madera. Me puse el impermeable sobre las rodillas; las faldas se llevan largas en 1969, tiempo de Jeannine. Jeannine va muy cuidada, supongo, pero a mí me parece que se desborda por todas partes: pendientes largos, eslabones de metal en el cinturón, el pelo escapándose de una redecilla, volantes en las mangas; y sobre ese tipo de abrigo suelto con manga raglan que siempre parece que se va a escurrir de los hombros de su portadora, un broche en forma de media luna con tres estrellas colgando de tres cadenitas separadas. Su abrigo y su bolso de bandolera se derraman sobre el regazo de sus vecinos.

Yo recuerdo las enaguas de can-can de mi adolescencia, que se escapaban de las manos cada vez que querías enrollarlas o doblarlas. Una en cada cajón. El tren gruñó y se detuvo chirriando en algún lugar entre la Calle 118 y la 168. Más allá de la llanura del Bronx, que está cubierta de casas, podemos ver algo cerca del río, a lo lejos: un nuevo estadio, creo.

Enaguas, corpiños, sostenes rígidos, sin tirantes, con torturantes costuras donde empiezan y acaban las ballenas, zapatos con tacón de aguja, faldas de vuelo, fieltro adornado con sequíes, ajorcas que siempre se caen, abrigos de invierno sin botones, broches de diamantes falsos con monturas que se enganchan en todo. Horribles obsesiones. El Hogar, por ejemplo. Miramos los edificios, el puente lejano, el campo de deportes. Había parques en las islas del río donde yo no recordaba que hubiera nada semejante. Jeannine me estaba poniendo carne de gallina, venga de murmurar en mi cuello (sobre la casera de alguien que estaba al otro lado del vagón), incapaz de estarse quieta, volviéndose constantemente para mirar algo, sin parar de colocarse la ropa, decidiendo de pronto que tiene que mirar por la ventanilla. Nos cambiamos de sitio para que la barra que separa las ventanillas no cortara su campo visual. El sol brillaba como en la Ciudad Perfecta de mis sueños de los doce años, la clase de cosa que se ve en un cartel de Pittston, Futura Joya de los Lagos, las rampas, los hermosos

paseos, las cintas transportadoras entre los edificios de cien pisos, los cuadrados verdes que se supone que son parques, y sobre todo ello, en el moderno cielo despejado, un único, estilizado y futurista Avión.

II

JEANNINE: Cal no pasa. No sé si debería dejarle o no. Es tremendamente cariñoso, pero es un crío. Y al gato no le cae bien, ¿sabes? No me lleva a ningún sitio. Ya sé que no gana mucho, pero podía intentarlo, ¿no? Lo único que quiere es sentarse allí y mirarme y luego, cuando nos acostamos, no hace nada durante mucho rato; eso no puede estar bien. Todo lo que hace es acariciarme y dice que eso es lo que le gusta. Dice que es como flotar. Luego, cuando lo hace, ya me entiendes, a veces grita. Nunca he oído de ningún hombre que hiciera eso.

YO: Nada.

JEANNINE: Creo que le ocurre algo. Creo que está traumatizado por ser tan bajo. Quiere que nos casemos y tengamos hijos... ¡con su sueldo! Cuando nos cruzamos con un bebé en su cochecito, corremos a verlo. Tampoco es capaz de tomar una decisión. Nunca he oído de un hombre así. El otoño pasado íbamos a ir a un restaurante ruso y a mí me apetecía, así que él dijo que de acuerdo, luego yo cambié de opinión y quise ir a otro sitio, y él dijo bueno, vale, pero resultó que estaba cerrado. ¿Qué podíamos hacer? *Él* no lo sabía. Y yo me enfadé.

YO: Nada, nada, nada.

ELLA: No hay quien le aguante. ¿Crees que debería romper con él?

YO (negué con la cabeza).

ELLA (confidencialmente): Bueno, la verdad es que *tiene* gracia, a veces.

(Se inclinó para quitarse una mota de la blusa, y momentáneamente le salió papada. Abultó los labios, se irguió, y bajó los párpados con una expresión de mujer experimentada.)

Algunas veces —*algunas veces*— le gusta *disfrazarse*. Se pone las cortinas como un *sarong* y se cuelga todos mis collares, y se queda allí con la barra de cortina como lanza. Quiere ser actor, ¿sabes? Pero yo creo que le ocurre algo raro. ¿Es eso lo que llaman travestismo?

JOANNA: No, Jeannine.

JEANNINE: Yo creo que podría serlo. Creo que voy a dejarle. No me gusta que nadie insulte a mi gato, «Mr. Frosty». Cal le llama Gato Flaco Manchado. Y no lo es. Además, voy a llamar a mi hermano la semana que viene y me iré a pasar las vacaciones con él, me dan tres semanas. Al final resulta bastante aburrido —mi hermano veranea en un pueblo de los Pocones, sabes—, pero la última vez que estuve

allí, hubo un baile y una cena y conocí a un hombre guapísimo. Se nota cuando le gustas a alguien, ¿verdad? Yo le gustaba. Es ayudante del carnicero y va a heredar el negocio; tiene mucho porvenir. Yo iba mucho por allí; yo noto la forma en que alguien me mira. Señora de Robert Poirier. Jeannine Dadier de Poirier. ¡Ja, ja! Es guapo. Cal... *Cal* es... Sin embargo, Cal es un cielo. Pobre, pero un cielo. No dejaría a Cal por nada. Me gusta ser chica, ¿a ti no? No quisiera ser hombre por nada del mundo; creo que lo pasan fatal. Me gusta que me admiren, me gusta ser una chica. No quisiera ser hombre por nada. Por *nada*.

YO: ¿Te ha propuesto alguien esa elección últimamente?

JEANNINE: No quiero ser hombre.

YO: Nadie te obliga.

III

Vomitó en el Metro. En realidad no llegó a eso, pero le faltó poco. Indicó por señas que iba a vomitar, o que acababa de vomitar, o que tenía miedo de vomitar.

Me cogió la mano.

IV

Nos bajamos en la Calle 42; y así es como suceden las cosas realmente, a plena luz del día, públicamente, invisiblemente; paseamos mirando escaparates. Jeannine vio un par de medias que se empeñó en comprar. Entramos en el almacén y el dueño nos amedrentó. Cuando salimos con las medias (que no eran de su talla) dijo: «¡Pero si no las quería!» Eran de malla roja y nunca se atrevería a llevarlas. En el escaparate había un maniquí con cara de payaso que despertó en mí un odio activo: pintado hacía mucho tiempo, ahora estaba polvoriento y cubierto de finas grietas, el pequeño ahorro de un tendero. «¡Ah!», dijo Jeannine, apenada, mirando de nuevo la malla roja por el borde del paquete. Los maniqués siempre están bailando, con esa absurda postura de la cabeza hacia atrás y los brazos y piernas extrañamente doblados. Disfrutan siendo maniqués. (Pero no quiero ser crítica.) No diré que el cielo se abrió de arriba abajo, ni de un lado a otro, que desde las nubes descendieron siete ángeles con siete trompetas sobre la Quinta Avenida, que las redomas de la ira se derramaron sobre el tiempo de Jeannine y que el Ángel de la Pestilencia sumió Manhattan en la profundidad del océano. Janet, nuestra única salvadora, volvió la esquina, vestida con un traje de chaqueta de franela gris que le llegaba a las rodillas. Eso era un compromiso entre dos mundos. Parecía saber adónde iba. Muy tostada por

el sol, con más pecas que nunca sobre su chata nariz, Janet se detuvo en medio de la calle, se rascó la cabeza concienzudamente, bostezó y entró en el *drugstore*. La seguimos.

—Lo siento, pero no he oído nunca ese nombre —dijo el hombre que estaba detrás del mostrador.

—Oh, Dios mío, ¿de veras? —dijo Janet.

Se guardó un pedazo de papel, en el que había escrito lo-que-fuera, y se dirigió al Otro lado del local, donde pidió una soda.

—Necesitaré receta —dijo el hombre que estaba detrás del mostrador.

—Oh, Dios mío —dijo Janet.

No sirvió de nada que tuviera la soda en la mano. La dejó sobre el mostrador de plástico y se reunió con nosotras en la puerta, donde Jeannine estaba intentando —discreta pero decididamente— escapar.

Quería volver a la libertad de la Quinta Avenida, donde había tantos fallos: muchos más Se Alquila, Todo mucho más barato, mucho más viejo de lo que yo recordaba.

Jeannine miró al cielo, poniendo a los ángeles invisibles y al Dios de la Ira por testigos y dijo en tono gruñón:

—No puedo *imaginar* qué estabas tratando de comprar.

No quería admitir que Janet existía. Janet enarcó las cejas y me lanzó una mirada, pero yo no sabía. Yo nunca sé nada.

—Tengo pie de atleta —dijo Janet.

Jeannine se estremeció. (¡Sería capaz de quitarse los zapatos en público!)

—Creí que te había perdido.

—Pues no —dijo Janet, tolerante—, ¿estáis listas?

—No —dijo Jeannine.

Pero no lo repitió. No estoy segura de estar lista. Janet nos condujo a la calle y nos hizo pararnos, muy juntas, todas en un cuadrado de acera. Miró su reloj. Las antenas whileawayanas vinieron a captarnos, a través de los tiempos, como los bigotes de un gato. Hubiera sido mejor partir desde un lugar menos público, pero a ellas no les preocupan esas cosas; Janet saludó con la mano a los transeúntes, y yo tomé conciencia de haber tomado conciencia de que recordaba ser consciente de que había una pared curva a cuarenta centímetros de mi cara. El borde de la acera, donde el tráfico. Había estado.

Ahora sé cómo llegué a Whileaway, pero ¿cómo me encontraba atrapada por Jeannine? Y ¿por qué entró Janet en ese mundo y no en el mío? ¿Quién hizo eso? Cuando esta pregunta se traduce al whileawayano, querida lectora, verás que las técnicas de Whileaway retroceden involuntariamente; verás palidecer a la intrépida Janet Evason; verás a la jefa del establecimiento científico de Whileaway, dueña de

diez mil esclavos y portadora del peto de bronce, dirigir severas preguntas a derecha e izquierda, frunciendo el ceño. Etcétera.

Oh, oh, oh, oh, decía Jeannine por lo bajo, desesperada. *Yo no quiero estar aquí. Me obligaron. Quiero irme a casa. Este es un sitio espantoso.*

—¿Que quién hizo eso? —dijo Janet Evason—. Yo no. Mi gente no.

V

Alabado sea Dios, cuya imagen pusimos en la plaza para diversión de las niñas de once años. Ella me ha traído a casa.

VI

Cava. Ya llega el invierno. Cuando yo —no la «yo» de arriba, sino la «yo» de aquí abajo, naturalmente; la de allí arriba es Janet—. Cuando «yo» sueño con Whileaway, con lo primero que sueño es con las granjas, y aunque las palabras resultan inadecuadas para este gran tema, mientras viva debo contaros que las granjas son la única unidad familiar de Whileaway, no porque las whileawayanas piensen que la vida campesina es la mejor para las niñas (no lo piensan), sino porque el trabajo agrícola es más difícil de programar y exige más continuidad diaria que ningún otro. La agricultura en Whileaway consiste principalmente en vigilar y en reparar maquinaria; lo que le proporciona su encanto es la seguridad emocional de la vida familiar. No lo sé por observación; lo sé por conocimiento; nunca he visitado Whileaway en persona, y cuando Janet, Jeannine y Joanna salieron de la esfera de acero inoxidable que las había transportado desde donde diantres estuvieran, lo hicieron solas. Yo estaba presente únicamente en la medida en que el espíritu o el alma de una experiencia está siempre presente.

Amazonas gigantescas, la Guardia Pretoriana Whileawayana, arrojaron dagas en todas direcciones (Norte, Sur, Este y Oeste).

Janet, Jeannine y Joanna aterrizaron en medio de un campo, al final de una anticuada pista que se extendía como un empalme de la pista de aerodeslizadores. No se percibía el invierno, había pocos tejados. Vittoria y Janet se abrazaron y permanecieron inmóviles, como describe Aristófanes. No gritaron, ni se palmearon las espaldas, ni se besaron, ni dieron brincos, ni dijeron «¡Qué tal!», ni se contaron las noticias, ni se contemplaron a la distancia del brazo para luego lanzar un chillido y volver a estrujarse. Teniendo mejor vista que Jeannine o Janet, puedo ver más allá de la cordillera que se levanta en el horizonte, más allá del Altiplano, hasta los

balleneros y las pesquerías subterráneas del otro lado del mundo; puedo ver jardines en el desierto y reservas zoológicas; puedo ver tormentas que se preparan. Jeannine tragó saliva. *¿Tiene que hacer eso en público?* Hay algunas leves nubes de verano sobre Green Bay, cada una sostenida por su propia cola de aire caliente; el polvo se asienta a ambos lados de la autopista cuando pasa rugiendo un aerocoche. Vittoria es demasiado maciza para el gusto de Jeannine; al menos podía ser guapa. Caminamos lentamente por el empalme hacia la carretera que conduce a la pista de aerodeslizadores, sin que nadie no observara, completamente solas, excepto que yo vi un satélite atmosférico que nos observaba. Jeannine va detrás de Vittoria, mirando con censura y horror su largo pelo negro.

—Si saben que estamos aquí —dice Jeannine, sintiendo que el mundo se le viene encima—, ¿por qué no han enviado alguien a recibirnos? Quiero decir, alguien más.

—¿Por qué iban a hacerlo? —replica Janet.

VII

JEANNINE: Pero podríamos perdernos.

JANET: No. Yo estoy aquí y sé el camino.

JEANNINE: Supón que no estuvieras. Supón que te hubiéramos matado.

JANET: Entonces ciertamente sería preferible que os perdierais.

JEANNINE: Pero supón que te retuviéramos como rehén. Supón que estuvieras viva pero *amenazáramos* con matarte.

JANET: Cuanto más tardásemos en llegar a algún sitio, más tiempo tendría yo para buscar una solución. Probablemente pueda soportar la sed mejor que vosotras. Y, por supuesto, como no tenéis un mapa, puedo confundiros y no deciros la verdad respecto al camino.

JEANNINE: Pero finalmente llegaríamos, ¿no?

JANET: Sí. Así que, como ves, da lo mismo.

JEANNINE: Pero, supón que te *matamos*.

JANET: Me hubierais matado antes de llegar aquí, en cuyo caso estoy muerta, o bien me matáis al llegar aquí, en cuyo caso estoy muerta. No me importa dónde muera.

JEANNINE: Pero supón que trajésemos un... cañón, o una bomba o algo, supón que te engañásemos y *tomáramos* el Gobierno y amenazáramos con volar todo.

JANET: Para continuar con la hipótesis, supongámoslo. Primero, aquí no hay gobierno en el sentido en que tú lo entiendes. Segundo, no hay ningún sitio desde el cual se pueda controlar toda la actividad de Whileaway, o sea, la economía. Por lo tanto, tu bomba no es suficiente, aun en el caso de que pudieses matar a nuestro

comité de bienvenida. Introducir todo un ejército o un arsenal entero por el punto único requeriría una tecnología muy avanzada —que no tenéis— o una ingente cantidad de tiempo. Si os tomara una cantidad ingente de tiempo, eso no sería un problema para nosotras; si penetrarais súbitamente, tendríais que venir preparados o no. Si vinierais preparados, el hecho de no esperaros sólo serviría para que os extendierais, agotarais vuestras provisiones y adquirieseis una falsa impresión de confianza; si vinierais no preparados y tuvierais que perder tiempo organizando las cosas, sería señal de que vuestra tecnología no era tan avanzada y por lo tanto no representaríais una amenaza, de un modo u otro.

JEANNINE (controlándose): ¡Hum!

JANET: Verás, los conflictos entre Estados no son idénticos a los conflictos entre personas. Vosotros exageráis con eso del factor sorpresa. Confiar en la ventaja de unas cuantas horas no es una manera muy segura de proceder, ¿verdad? Una forma de vida tan vulnerable no valdría la pena conservarla.

JEANNINE: Espero... no lo espero realmente, porque sería espantoso, pero sólo por daros vuestro merecido, espero... bueno, espero que algún enemigo con una tecnología fantásticamente avanzada envíe expertos a través de como-se-llame y espero que congelen a todo el mundo en cien kilómetros con rayos verdes... y luego espero que conviertan ese como-se-llame en un *permanente* como-se-llame para que puedan traer *cualquier cosa* que quieran a *donde* quieran y ¡*mataros a todas!*

JANET: Ves, ése es un ejemplo que vale la pena discutir. Primero, si tuvieran una tecnología tan avanzada podrían abrir sus propios puntos de acceso y, claro está, no podemos estar vigilando todo el tiempo en todas partes. Convertiría la vida en una obsesión. Pero supongamos que tienen que utilizar este punto único. Ningún comité de recepción —ni siquiera un ejército defensivo— podría resistir esos rayos verdes con un alcance de cien kilómetros, ¿verdad? Quedarían congeladas o muertas. Sin embargo, sospecho que el empleo de tal rayo verde produciría toda clase de fenómenos fácilmente observables —es decir, sería evidente instantáneamente que algo o alguien estaba paralizando todo en un radio de cien kilómetros— y si esta gente tecnológicamente avanzada pero poco amistosa fuera tan amable como para anunciarse de ese modo, apenas tendríamos necesidad de descubrir su existencia enviándoles a alguien en persona, ¿no?

(Un largo silencio. Jeannine está tratando de pensar en algo verdaderamente aplastante. Sus zapatos de cuña no están hechos para andar y le duelen los pies.)

JANET: Además, estas cosas nunca ocurren al primer contacto. Te enseñaré la teoría algún día.

Algún día (piensa Jeannine) alguien te aplastará a pesar de todo ese racionalismo. Todo ese racionalismo saltará por los aires. No es preciso que os invadan; pueden volaros desde el espacio exterior; pueden infectaros con una plaga; o infiltraros, o

formar una quinta columna. Pueden corromperos. Hay toda clase de horrores. Tú crees que la vida es segura, pero no lo es, no lo es en absoluto. No es más que horrores. ¡Horrores!

JANET (leyendo en su cara, levanta el pulgar con el puño cerrado, en un gesto religioso whileawayano): Hágase la voluntad de Dios.

VIII

Estúpida e inactiva. Patética. Inanición cognitiva. A Jeannine le encanta entrelazarse con el alma de los muebles de mi apartamento, introduciéndose suavemente para caber en ellos, deslizando un miembro después de otro en las agarrotadas formas de mis mesas y sillas. La dríada de mi cuarto de estar. Donde quiera que mire, al estante de la enciclopedia, a las lámparas baratas, al hogareño y cómodo sofá marrón, siempre es Jeannine quien me devuelve la mirada. A mí me resulta molesto, pero para ella es un alivio. Ese cuerpo joven, largo y hermoso disfruta cuando se sientan sobre él, y creo que si Jeannine conociera alguna vez a un satanista, se encontraría perfectamente a gusto sirviéndole de altar en una Misa Negra, liberada de identidad al fin y para siempre.

IX

Existe la jovialidad, la autocomplacencia, la forzada sinceridad, las benévolas burlas, las constantes exigencias de alabanzas y seguridad. Esto es lo que los etólogos llaman conducta dominante.

ESTUDIANTE MASCULINO DE 18 AÑOS (sentando cátedra en una fiesta): Si Marlowe hubiera vivido habría escrito dramas *mucho mejores* que los de Shakespeare.

YO, PROFESORA DE LITERATURA DE 35 AÑOS (muerta de aburrimiento): Qué inteligencia la tuya, para saber de cosas que nunca sucedieron.

EL ESTUDIANTE (desconcertado): ¿Eh?

O BIEN

CHICA DE 18 AÑOS EN UNA FIESTA: Los hombres no entienden nada de maquinaria. El chisme va en el eso y el rataplán hace contacto con la horca al menos en el setenta por ciento de los casos.

PROFESOR DE INGENIERÍA DE 35 AÑOS (horrorizado): Ya. (Yo creo que aquí hay algo que no encaja.)

O BIEN

«Hombre» es una convención retórica para «humano». «Hombre» incluye

«mujeres». Por tanto:

1. El Eterno Femenino nos eleva y nos estimula. (Adivina quién es «nos».)
2. El último hombre sobre la Tierra pasará la última hora antes del holocausto buscando a su esposa y a su hijo. (Crítica de «El Segundo Sexo» por el primer sexo.)
3. Todos tenemos el impulso, a veces, de deshacernos de nuestras esposas. (Irving Howe, introducción a Hardy, hablando de su mujer.)
4. Los grandes científicos eligen sus problemas como eligen a sus mujeres. (A. H. Maslow, que debería pensar lo que dice.)
5. El hombre es un cazador que compite por la mejor presa y la mejor hembra. (Todos.)

O BIEN

Se trata de un juego de dominación llamado Tengo que Impresionar a Esta Mujer. El fracaso impulsa al jugador activo a jugar más fuerte. Si tienes una joroba o un brazo inútil, comprobarás la invisibilidad del jugador pasivo. A mí nunca me impresionan —ni a ninguna mujer—; es simplemente una señal de que te gusto y se supone que a mí me agrada eso. Si realmente te gusto, quizá consiga que lo dejes. Déjalo; ¡quiero hablarte! Déjalo; ¡quiero verte! Déjalo; ¡me estoy muriendo y desvaneciéndome!

ELLA: ¿No es sólo un juego?

ÉL: Sí, claro.

ELLA: Y si lo juegas es porque te gusto, ¿no?

ÉL: Naturalmente.

ELLA: Entonces, si es sólo un juego y yo te gusto, puedes dejar de jugar. Por favor, déjalo.

ÉL: No.

ELLA: Entonces la que no juega soy yo.

ÉL: ¡Putas! Quieres destruirme. Yo te enseñaré. (Juega más fuerte.)

ELLA: De acuerdo. Estoy impresionada.

ÉL: Eres verdaderamente dulce y cariñosa, después de todo. Has conservado tu feminidad. No eres una de esas zorras feministas histéricas que quiere ser un hombre y tener un pene. *Eres una mujer.*

ELLA: Sí. (Se suicida.)

X

Este libro está escrito con sangre.

¿Está escrito solamente con sangre?

No, en parte está escrito con lágrimas.

¿Son exclusivamente mías la sangre y las lágrimas?

Sí, en el pasado lo han sido. Pero el futuro es otra cosa. Como juró la osa en *Pogo* después de haber soportado que le encasquetaran un cacharro en la cabeza, que la pusieran cabeza abajo, que discutieran si era comestible, que le afeitaran el trasero y que le metieran un puñado de pimienta molida en el hocico; entonces hizo un decisivo juramento sobre las cenizas de sus madres (sus antepasadas), sombría pero serenamente, mientras las manzanas del manzano sacudido caían sobre su cabeza:

A ALGUIEN, ADEMÁS DE A MI, LE VA A PESAR ESTE DÍA.

XI

Estudio el cabello de Vittoria, de un negro azulado, y sus aterciopelados ojos castaños, su fuerte y obstinada barbilla. Su talle demasiado largo (como el de una flexible sirena), sus firmes muslos y sus nalgas sorprendentemente poderosas. Vittoria recibe muchos piropos en *Whileaway* por su gran trasero. Es modestamente interesante, como todo lo demás en este mundo formado por el largo conocimiento y la visión cercana; trabajan al aire libre vestidas con pijamas rosas o grises y en los interiores, desnudas, hasta que llegas a conocer cada arruga y cada pliegue de carne, hasta que tu cuerpo vive con el de ellas en un medio común y no se inventan imágenes de nada ni de nadie; todo se traduce instantáneamente a su propia interioridad. *Whileaway* es el interior de todo lo demás. Yo dormí en el cuarto común de las *Belin* durante tres semanas, rodeada en mis idas y venidas de personas con nombres como *Nofretari Ylayeson* y *Nguna Twason* (es traducción libre; son nombres chinos, africanos, rusos, europeos. A las *whileawayanas* también les encanta usar nombres antiguos que encuentran en los diccionarios). Una niña decidió que yo necesitaba una protectora y se me pegó, tratando de aprender inglés. En el invierno siempre hay calor en las cocinas para aquellas que les guste cocinar como *hobby*, y hay cascos inductores para las pequeñas (para mantener el calor a distancia). La cocina de las *Belin* se convirtió en un lugar de narraciones.

Quiero decir, naturalmente, que ella me contaba cuentos a mí.

Vittoria traduce, hablando con lentitud y precisión:

«Érase una vez, hace muchísimo tiempo, una niña que fue criada por los osos. Su madre fue al bosque cuando estaba embarazada (porque entonces había muchos más bosques que ahora) y dio a luz allí porque había cometido un error en los cálculos. Además, se había perdido. Por qué fue al bosque no importa. No es pertinente a la historia.

»Bueno, si quieres saberlo, la madre fue al bosque a cazar osos para un zoo. Había capturado tres y había disparado a dieciocho, pero se le estaba acabando el

tiempo; y cuando se puso de parto, soltó a los tres osos, porque no sabía cuánto duraría el parto, y no había nadie para alimentar a los osos. Ellos conferenciaron y se quedaron por allí, sin embargo, porque nunca habían visto nacer a un ser humano y les interesaba. Todo fue bien hasta que salió la cabeza del bebé, y entonces el Espíritu del Bosque, que es muy travieso y muy listo, decidió divertirse. Así que nada más salir la niña, tiró una roca por la ladera de la montaña y la roca cortó el cordón umbilical y empujó a la madre a un lado. Entonces causó un terremoto que separó a la madre y a la hija kilómetros y kilómetros, como el Gran Cañón en el Continente Sur.»

—¿No será eso mucho problema? —dije yo.

—¿Quieres oír esta historia o no? (Tradujo Vittoria.) Yo digo que quedaron separadas por kilómetros y kilómetros. Cuando la madre lo vio dijo «Maldita sea». Luego volvió a la civilización a reunir un equipo de rescate, pero ya los osos habían decidido adoptar a la niña y estaban todos escondidos por encima del paralelo cuarenta y ocho, que es una zona muy rocosa y salvaje. Así que la niña creció entre los osos.

»Cuando tuvo diez años, empezaron las dificultades. Ya tenía algunos amigos osos, aunque no le gustaba andar a cuatro patas como hacen ellos, y eso les parecía mal a los osos, porque son muy conservadores. Ella argumentaba que andar a cuatro patas no le iba a su esqueleto. Los osos decían: “Oh, pero nosotros siempre hemos andado así.” Eran bastante tontos. Pero simpáticos, eso sí. De todas formas, ella andaba derecha, que es como resulta cómodo, pero cuando se trataba del coito, ése era otro problema. No había nadie con quien copular. La niña quiso intentarlo con su mejor amigo-oso (porque los animales no viven como las personas, ¿sabes?), pero el oso no quería intentarlo siquiera. Dijo: “Es lamentable (de eso puedes deducir que era mucho más elegante que los otros osos, ja, ja), pero temo hacerte daño con mis garras porque tú no tienes tanto pelo como las osas. Además, te resulta difícil adoptar la postura adecuada, porque tus patas traseras son demasiado largas. Y además de eso, no hueles como una osa y temo que mi madre diría que era bestialismo.” Es una broma. En realidad, era un prejuicio racial. La niña se sentía sola y aburrida. Finalmente, después de mucho tiempo, logró que su madre-osa le contara su origen, y decidió ir a buscar gente que no fueran osos. Pensó que quizá se viviera mejor con ellas. Se despidió de sus amigos-osos y partió hacia el Sur, y todos lloraron y agitaron sus pañuelos. La niña era muy fuerte y conocía bien el bosque, puesto que la habían educado los osos. Viajaba todo el día y dormía toda la noche. Finalmente llegó a una colonia de personas, como ésta, y ellos la acogieron. Naturalmente, ella no hablaba habla-humana (me lanzó una astuta mirada) y ellas no hablaban osuno. Esto era un gran problema. Por fin ella aprendió su idioma y pudo charlar con ellos y cuando ellos descubrieron que se había criado con los osos, le indicaron que fuera al Parlamento Regional Geddes, donde pasó mucho tiempo hablando osuno con los

estudiosos. Allí hizo amigos y tenía mucha gente con quien copular, pero en las noches de luna anhelaba volver con los osos, porque quería bailar la gran danza que bailan los osos en la luna llena. Así que por fin volvió al Norte. Pero resultó que los osos eran unos pelmas. Así que decidió encontrar a su madre humana. En las llanuras de Isla Conejos encontró una estatua con una inscripción que decía “Ve por ahí” y eso hizo. A la salida del puente que va al Continente Norte encontró una flecha indicadora dada la vuelta, así que siguió en la nueva dirección que señalaba. El Espíritu del Azar estaba siguiendo sus pasos. A la entrada de Green Bay encontró una enorme pecera cerrando su camino, la cual se convirtió en el Espíritu del Azar, que era una mujer viejísima, con unas piernecitas secas, sentada sobre un muro. El muro se extendía a *todo* lo largo del paralelo cuarenta y ocho.

»—Juega a las cartas conmigo —dijo el Espíritu del Azar.

»—Ni lo sueñes —dijo la niña, que no era ninguna tonta.

»Entonces el Espíritu del Azar guiñó un ojo y dijo: “Anda, vamos a jugar”, y la niña pensó que podía ser divertido. Estaba a punto de coger sus cartas cuando vio que el Espíritu del Azar llevaba un casco inductor con un cable que se perdía en la distancia.

»¡Estaba conectado a una computadora!

»—¡Eso es trampa! —gritó la niña.

»Corrió hacia el muro y tuvieron una pelea espantosa, pero al final todo se desintegró dejando un puñado de piedras y arena, que también se desintegraron después. La niña caminó de día y durmió de noche, preguntándose si le gustaría su propia madre. No sabía si querría quedarse con su verdadera madre. Pero cuando llegaron a conocerse, decidieron que no. La madre era una señora muy guapa y elegante, con el pelo negro encrespado, peinado de punta, como si estuviese electrizado. Pero tenía que ir a construir un puente (con muchas prisas) porque la gente no podía ir de un sitio a otro sin el puente. Así que la niña se fue al colegio y tuvo muchas amantes y amigas, y practicó el tiro con arco, y entró en una familia y tuvo muchas aventuras, y salvó a todo el mundo de un volcán bombardeándolo desde el aire en un planeador, y alcanzó la Revelación.

»Luego, una mañana, alguien vino a decirle que un oso la estaba buscando...

—Un momento —dije yo—. Esta historia no se acaba nunca. Sigue y sigue. ¿Qué me dices del volcán? ¿Y de las aventuras? ¿Y de lograr la Revelación? Todo eso lleva tiempo, ¿no?

—Yo cuento las cosas como pasaron —dijo mi digna amiguita (por medio de Vittoria).

Y metiendo la cabeza bajo el casco inductor sin más comentario, volvió a remover sus natillas con el índice. Dijo algo en un tono casual, por encima del hombro, y Vittoria tradujo:

—Cualquiera que viva en dos mundos, forzosamente tendrá una vida complicada. (Supe más tarde que ella había pasado tres días inventando la historia. Naturalmente, trataba de mí.)

XII

Algunos hogares son espuma inflada: blancas cuevas con velos de diamantes, jardines interiores, techos que lloran. Hay lugares en el Ártico para sentarse y meditar, muros invisibles que encierran el mismo hielo de fuera, las mismas nubes. Hay un bosque de lluvia, hay un mar poco profundo, hay una cadena de montañas, hay un desierto. Guaridas humanas dormidas bajo el mar, donde las whileawayanas, a su manera perezosa, están creando una nueva economía y una nueva raza. Balsas ancladas en el ojo azul de un volcán muerto. Nidos de águilas que no están contruidos para nadie en particular, y cuyos huéspedes llegan en planeador. Hay muchos más refugios que hogares, muchos más hogares que personas; como dice el refrán, «Mi hogar está en mis zapatos». Todo está eternamente en tránsito (y ellas lo saben). Todo señala a la muerte. Los radares están a la escucha de murmullos provenientes del Exterior. No hay guijarro ni loseta, ni excremento que no sea Tao: Whileaway está habitado por el corrosivo espíritu de la infrapoblación, y sola, a media luz, en la ciudad permanentemente desierta que no es más que una jungla de formas esculpidas colocada sobre el Altiplano, oyendo el sonido de nuestro propio aliento en la máscara respiratoria...

Me jugué las tareas y el desayuno con una mujer viejísima, en mitad de la noche a la luz de una lámpara de alcohol, en algún punto de las carreteras vecinales que cruzan los pantanos y los pinares del Continente Sur. Observando las sombras que danzaban sobre su cara arrugada, comprendí por qué otras mujeres hablaban con terror de haber visto las marchitas piernas balanceándose desde la concha de la computadora: Humpty Dumpty^[2] camino de la última interioridad de las cosas.

(Perdí. Llevé su equipaje e hice sus tareas por un día.)

Una estatua antigua frente a la destilería de alcohol de Ciudad Sierra representa a un hombre sentado sobre una piedra, las rodillas separadas, ambas manos oprimiendo el estómago, una expresión de ciego dolor, el rostro difuminado por el tiempo. Alguna guasona ha grabado sobre la base el ocho horizontal que simboliza el infinito, y añadido una línea recta que desciende desde el centro; éste es tanto el esquema whileawayano de los genitales masculinos como el símbolo matemático de la autocontradicción.

Si eres tan tonta como para pedirle a una niña whileawayana que sea una niña buena y te haga alguna cosa:

—¿Qué tiene que ver ser buena con hacerle recados a la gente?

—¿Por qué no lo haces tú?

—¿Estás inválida?

(El doble par de ojos infantiles, duros y oscuros, están en todas partes, como los de los gatos emparejados.)

XIII

Una tranquila noche campesina. Las colinas al Este de Green Bay, el húmedo calor de agosto durante el día. Una mujer lee; otra cose; otra fuma. Alguien coge de la pared una especie de silbato, y toca en él las cuatro notas del acorde mayor. Esto se repite una y otra vez. Mantenemos estas cuatro notas el mayor tiempo posible; luego cambiamos una nota; volvemos a repetir esas cuatro notas. Lentamente algo se desprende de esta no-melodía. Las distancias entre las armonías se ensanchan cada vez más. Nadie baila esta noche. ¡Cómo se abren las líneas! Tres notas ahora. El jugueteo y el terror de la música escrita en el aire. Aunque la intérprete está empleando casi la misma dinámica todo el tiempo, los sonidos se han hecho dolorosamente altos; al pequeño instrumento se le salen las entrañas. Demasiado que escuchar, con su boca tan cerca de mi oído. Creo que para el alba parará, para el alba habremos tenido seis o siete cambios de notas, quizá dos por hora.

Para el alba sabremos algo de la tríada mayor. Habremos celebrado algo.

XIV

COMO CELEBRAN LAS WHILEAWAYANAS

Dorothy Chiliason en un claro del bosque, con su pijama verde luna, sus ojos grandes, sus hombros anchos, sus anchos labios y sus grandes senos de pezones prominentes, su aureola de cabello crespo anaranjado. Se pone en pie de un salto y escucha. Una mano levantada en el aire, pensando. Luego, ambas manos. Sacude la cabeza. Da un paso, arrastrando un pie. Otro. Y otro. Acumula energía y corre un pequeño trecho. Se para. Piensa un poco. Las danzas de celebración whileawayanas no son como las danzas orientales con sus movimientos voluptuosos, sus cojines de aire caliente exhalado por el danzarín, sus adornos por medio de ángulos contradictorios (pierna hacia arriba, rodilla hacia abajo, pie hacia arriba; un brazo doblado hacia arriba, el otro hacia abajo). Tampoco es como el anhelo de volar del

ballet occidental, los miembros disparados en curvas que aspiran al cielo, el torso en punto matemático. Si la danza india dice: Yo Soy, si el *ballet* dice: Yo Deseo, ¿qué dice la danza de Whileaway?

Dice: Yo Adivino. (¡El intelectualismo de este imposible asunto!)

XV

QUE CELEBRAN LAS WHILEAWAYANAS

La luna llena.

El solsticio de invierno. (Tú no has vivido si no nos has visto correr por ahí, golpeando cacharros y gritando «¡Vuelve, sol! ¡Maldita sea, vuelve! ¡Vuelve!»)

El solsticio de verano (bastante distinto).

El equinoccio otoñal.

El equinoccio primaveral.

El florecimiento de los árboles.

El florecimiento de los arbustos.

Plantar semillas.

La cópula feliz.

La cópula infeliz.

La añoranza.

Las bromas.

La caída de la hoja (donde es decidua).

La compra de zapatos nuevos.

El estreno de éstos.

Los nacimientos.

La contemplación de obras de arte.

Los matrimonios.

Los deportes.

Los divorcios.

Cualquier cosa.

Nada.

Las grandes ideas.

La muerte.

XVI

Hay una estatua de Dios en Isla Conejos, de mármol blanco sin pulir, completamente sola en un campo de hierbas y nieve. Está sentada, desnuda de cintura para arriba, una figura femenina, de tamaño superior al humano, tan aterradora como Zeus, sus ojos muertos miran fijamente a la nada. A primera vista Ella resulta majestuosa; luego observé que Sus pómulos eran demasiado anchos, que Sus ojos estaban esculpidos a distinto nivel, que toda Su figura era una mezcolanza de planos discordantes, una masa de contradicciones inhumanas. Tiene un claro parecido con Dunyasha Bernadettson (344-426 d. C.), conocida como la Filósofa Juguetona, aunque Dios es más vieja que Bernadettson y es posible que la cirujana genética de Dunyasha la modelara a imagen de Dios y no al revés. Las personas que miran a la estatua más tiempo que yo, informan que no se la puede definir en absoluto, que es una contradicción constantemente cambiante, que Ella se vuelve sucesivamente tierna, terrible, odiosa, amante, «estúpida» (o «muerta») y finalmente, indescriptible.

Se sabe que las personas que la miran aún más tiempo, desaparecen de la faz del mundo.

XVII

Yo nunca he estado en Whileaway.

Las whileawayanas desarrollan una inmunidad a las caparrilas, los mosquitos y otros insectos parasitarios. Yo no la tengo. Y la entrada a Whileaway no está cerrada por el tiempo, ni la distancia, ni por un ángel con una espada flamígera, sino por una nube o muchedumbre de cínifes.

Cínifes parlantes.

SEXTA PARTE

I

Jeannine se despierta de un sueño sobre Whileaway. Tiene que ir a casa de su hermano esta mañana. Todo le sugiere algo que ha perdido, aunque ella no se lo plantea así; lo que comprende es que todo en el mundo lleva una fina capa de nostalgia, la hace llorar, parece decirle «No puedes». A ella le gusta no poder hacer cosas; de alguna forma eso le da derecho a algo. Se le llenan los ojos de lágrimas. Todo es una estafa. Si se levanta ahora mismo, podrá coger el primer autobús; además quiere escapar del sueño que aún remolonea entre los pliegues de sus ropas de cama, en el olor estival de sus viejas sábanas, el olor de sí misma que a Jeannine le gusta aunque no lo admitirá ante nadie. La cama está llena de huecos soñadores y sospechosos. Jeannine bosteza, por sentido del deber. Se levanta y hace la cama, luego recoge del suelo unos libros de bolsillo (novelas policíacas) y los pone en la librería. Tiene ropa que lavar antes de irse, ropa que guardar, medias que emparejar y meter en los cajones. Envuelve la basura en papel de periódico y baja tres pisos para dejarla en el cubo de la basura. Saca los calcetines de Cal de detrás de la cama y los sacude, dejándolos sobre la mesa de la cocina. Hay trapos que lavar, hollín en el alféizar de las ventanas, cacerolas en remojo por fregar, hay que poner un plato bajo el radiador por si funciona durante la semana (se sale). Oh. Aj. Que se queden las ventanas como están, aunque a Cal no le gusta verlas sucias. Esa espantosa tarea de restregar el retrete, pasarle el plumero a los muebles. Ropa para planchar. Siempre se caen cosas cuando recoges otras. Se agacha una y otra vez. La harina y el azúcar se derraman sobre los estantes que hay encima de la pila y tiene que pasar un paño; hay manchas y salpicaduras, hojas de rábano podridas, incrustaciones de hielo dentro de la vieja nevera (hay que mantener la puerta abierta con una silla, para que se descongele). Pedazos de papel, caramelos, cigarrillos y ceniza por toda la habitación. Tiene que quitarle el polvo a todo. Decide limpiar las ventanas a pesar de todo, porque quedan más bonitas. Estarán asquerosas después de una semana. Por supuesto, nadie la ayuda. Nada tiene la altura adecuada. Añade los calcetines de Cal a la ropa de ambos que tiene que llevar a la lavandería de autoservicio, hace un montón separado con la ropa de él que tiene que coser, y pone la mesa para sí misma. Raspa los restos de comida del plato del gato, y le pone agua limpia y leche. «Mr. Frosty» no parece andar por allí. Debajo de la pila encuentra un paño de cocina, lo recoge y lo cuelga sobre la pila, se recuerda a sí misma que tiene que limpiar allí abajo más tarde,

y se sirve cereales, té, tostadas y zumo de naranja. (El zumo de naranja es un paquete del gobierno de naranja y pomelo en polvo y sabe a demonios.) Se levanta de un salto para buscar la fregona debajo de la pila, y el cubo, que también debe estar por allí. Es hora de fregar el suelo del cuarto de baño y el cuadrado de linóleo que hay delante de la pila y la cocina. Primero termina el té, deja la mitad del zumo de naranja y pomelo (haciendo una mueca) y algo del cereal. La leche vuelve a la nevera —no, espera un momento, títala—, se sienta un minuto a escribir una lista de comestibles para comprarlos en el camino del autobús a casa, cuando vuelva dentro de una semana. Llena el cubo, encuentra el jabón, lo deja, friega sólo con agua. Lo guarda todo. Lava los platos del desayuno. Coge una novela policíaca y la hojea, sentada en el sofá. Se levanta, limpia la mesa, recoge la sal que ha caído en la alfombra y la barre. ¿Eso es todo? No, hay que arreglar la ropa de Cal y la suya. Oh, déjalo. Tiene que hacer la maleta y preparar la comida de Cal y la suya (aunque él no se marcha con ella). Eso significa volver a sacar las cosas de la nevera y volver a limpiar la mesa, dejar pisadas en el linóleo otra vez. Bueno, no importa. Lava el plato y el cuchillo. Ya está. Decide ir por la caja de costura para arreglar la ropa de él, cambia de opinión. Coge la novela policíaca. *Cal dirá: «No has cosido mi ropa».* Va a coger la caja de costura del fondo del armario, pisando maletas, cajas, la tabla de plancha, su abrigo y ropa de invierno. Pequeñas manos salen de la espalda de Jeannine y recogen lo que ella tira. Se sienta en el sofá y arregla el desgarrón de la chaqueta de verano de él, cortando el hilo con los dientes. *Vas a estropearle el esmalte.* Botones. Zurce tres calcetines. (Los otros están bien.) Se frota los riñones. Cose el forro de una falda que está descosido. Limpia zapatos. Hace una pausa y mira sin ver. Luego reacciona y con aire de extraordinaria energía saca la maleta mediana del armario y empieza a meter su ropa para la semana. *Cal no me deja fumar. Se preocupa de mí, realmente.* Una vez todo limpio y recogido, se sienta y mira la habitación. El *Post* dice que se deben quitar las telarañas del techo con una bayeta atada al extremo de un cepillo. *Bueno, yo no veo ninguna.* Jeannine desea por la no-sé-cuántas vez tener un verdadero apartamento con más de una habitación, aunque decorarlo bien costaría más de lo que podría permitirse. Hay una pila de revistas de decoración en el fondo del armario, aunque aquello fue algo temporal solamente; la idea ya no le viene muchas veces. Cal no entiende esas cosas. *Alto, moreno y guapo... Ella rechazó a su amante... es más noble... mimosa y jazmín...* Piensa en cómo sería ser sirena y decorar una casa de sirenas con algas y perlas. *La Compañera de la Sirena. La Revista del Hogar de la Sirena.* Se ríe. Termina de hacer la maleta, saca un par de zapatos para limpiarlos con crema neutra, porque hay que tener cuidado con los colores claros. Tan pronto como se sequen, los volverá a meter en la maleta. El problema es que la maldita maleta se está abriendo por las costuras. Cuando llegue Cal la encontrará leyendo *Mademoiselle Sirena*, sobre el nuevo maquillaje para ojos estilo escama de pez.

¿Por qué sueña tantas veces con Whileaway?

Mientras... Lejos. Pasar. Un. Camino. Pasar El Rato^[3]. Eso significa que es sólo un pasatiempo. Si le cuenta esto a Cal, dirá que ella está desbarrando otra vez; peor aún, sonaría bastante idiota; no puedes esperar que un hombre escuche todo (como dice la madre de todo el mundo). Jeannine se viste con una blusa, un jersey y una falda para ir a casa de su hermano, y en la maleta pone: un par de pantalones para ir a coger moras, otra blusa, un pañuelo de cabeza, ropa interior, medias, una chaqueta (*No, la llevaré al brazo*), el cepillo del pelo, maquillaje, crema para la cara, compresas, un impermeable, bisutería para el vestido bueno, horquillas, rulos, el traje de baño y un vestido ligero de diario. ¡Uf, demasiado pesada! Se sienta de nuevo, desalentada. Las pequeñas cosas ponen triste a Jeannine. ¿De qué sirve limpiar una habitación una y otra vez si no puedes sacarle partido? El ailanto la saluda desde fuera de la ventana. (¿Y por qué no la protege Cal de nada? Ella merece protección.) Quizá conozca a alguien. Nadie sabe —Oh, realmente nadie sabe— lo que hay en el corazón de Jeannine (piensa ella). Pero alguien lo verá. Alguien comprenderá. Recuerda las horas en California, bajo la higuera, ella con su impecable vestido plisado, el otoño insinuándose en el aire, la neblina azulada sobre las colinas como si fuese humo. Levanta la maleta de nuevo, preguntándose con desesperación qué es lo que otras mujeres saben y hacen que ella no sabe o no hace, mujeres en la calle, en las revistas, en los anuncios, mujeres casadas. Por qué la vida no es como los cuentos. *Tengo que casarme.* (¡Pero no con Cal!) Conocerá a alguien en el autobús; se sentará junto a alguien. ¿Quién sabe por qué ocurren las cosas? Jeannine, que a veces cree en la astrología, en las cartas y en los juegos ocultos, que sabe que ciertas cosas están escritas o no lo están, sabe que los hombres —a pesar de todo— no tocan ni comprenden el interior de las cosas. Ese es un territorio que les está vedado. La magia de las mujeres, la intuición de las mujeres rige aquí, la sutil destreza inaccesible al sexo más torpe. Sin tener que reflexionar sobre ello, sin tener que trabajar en ello, aportan a la vida humana el aliento de la magia y el deseo. Ellas simplemente encarnan. «Mr. Frosty», sabiendo que le van a dejar con una vecina durante una semana, ha estado escondiéndose detrás del sofá; ahora aparece con una mota de polvo pegada encima de un ojo, y un aire de sentirse desdichado. Jeannine no tiene idea de qué le ha impulsado a salir. «¡Eres un gato malo!» *Había algo en ella.* Observa que el gato-flaco-manchado (como le llama Cal) se acerca subrepticamente a su plato de leche, y mientras «Mr. Frosty» está bebiendo, Jeannine lo agarra. Le pone el collar mientras él se resiste, indignado, y luego sujeta la correa. Dentro de unos minutos olvidará que está atado. Se acostumbrará al collar y empezará a soñar con suntuosos ratones. *Había algo inolvidable en ella...* Le ata a la pata de la cama y se detiene al verse reflejada en el espejo: sonrojada, los ojos brillantes, el pelo retirado de la cara, como por un fuerte viento, la cara radiante. Las líneas de su

cuerpo son perfectas, pero ¿quién va a utilizar tanta belleza, quién va a reconocerla, hacerla pública, hacerla disponible? Jeannine no está disponible para Jeannine. Se echa la chaqueta al brazo, más deprimida que otra cosa. Ojalá tuviera dinero... «No te preocupes —le dice al gato—. Te van a venir a buscar.» Coge la chaqueta, la maleta y el bolso, apaga la luz y sale, cerrando la puerta tras de sí. *Si él llegara y me descubriera a mí misma* (piensa).

Llevo tanto tiempo esperándote. ¿Cuánto más he de esperar?

Noches y noches a solas. («No puedes», dice la escalera. «No puedes», dice la calle.) Un fragmento de una canción antigua pasa por su cabeza y queda flotando tras ella en la escalera, sus pensamientos también permanecen allí, deseando que ella fuese una sirena y nadase en vez de andar, deseando ser otra persona para poder verse bajando las escaleras, la bella muchacha que da armonía a cuanto la rodea:

Alguien adorable acaba de pasar.

II

Vivo entre dos mundos. La mitad del tiempo me gusta hacer las labores domésticas, me importa mucho mi aspecto, me interesan mucho los hombres y coqueteo maravillosamente (quiero decir que realmente les admiro, aunque me moriría antes de tomar la iniciativa; eso es cosa de hombres), nunca defiendo mi opinión en las conversaciones, y me gusta cocinar. Me gusta hacer cosas por los demás, sobre todo por los hombres. Duermo bien, me despierto a la hora en punto y no sueño. Solamente tengo un defecto:

Soy frígida.

En mi otra encarnación vivo tal cúmulo de conflictos que te parecería imposible que sobreviva, pero sí sobrevivo; me despierto enfurecida, me acuesto paralizada por el desánimo, me enfrento con lo que sé perfectamente que es condescendencia y desprecio abstracto, me peleo, grito, me enojo con personas que ni siquiera conozco, vivo como si fuera la única mujer del mundo que está intentando conseguirlo todo, trabajo como una loca, lleno todo mi apartamento de notas, artículos, manuscritos y libros, me cabreo, no me importa, me pongo estridentemente pendenciera, a veces río y lloro en el espacio de cinco minutos de pura frustración. Tardo dos horas en dormirme y una en despertarme. Sueño ante mi mesa de despacho. Sueño en todos sitios. Voy muy mal vestida.

Pero ¡oh, cómo gozo la comida! Y ¡oh, cómo jodo!

III

Jeannine tiene un hermano mayor que es profesor de matemáticas en un instituto de Nueva York. Su madre pasa las vacaciones con él; se quedó viuda cuando Jeannine tenía cuatro años. Cuando era pequeña, Jeannine practicaba el hablar; se iba sola a un rincón y repetía las palabras una vez y otra hasta decirlas bien. Su primera frase fue: «Mira la luna.» Metía flores silvestres entre las páginas de un libro y escribía poemas cuando iba a la escuela elemental. El hermano de Jeannine, su cuñada, los dos niños y su madre viven durante el verano en dos chalets cerca de un lago. Jeannine se quedará con su madre en el más pequeño. Ella baja las escaleras, seguida de mí, y encuentra a la señora Dadier arreglando flores en un frasco de pepinillos sobre la mesa de la cocinita. Yo estoy detrás de Jeannine, pero ella no me ve, por supuesto.

—Todo el mundo pregunta por ti —dice la señora Dadier, rozando la mejilla de su hija.

—Mm —dice Jeannine, todavía adormilada.

Yo me agacho detrás de la librería que separa el cuarto de estar de la cocinita.

—Pensamos que quizá traerías otra vez a esa joven tan agradable —dice la señora Dadier, poniendo el cereal y la leche delante de su hija. Jeannine se refugia en una impasibilidad arisca. Yo pongo mala cara, pero naturalmente nadie me ve.

—Hemos terminado —dice Jeannine, mintiendo.

—¿Por qué? —pregunta la señora Dadier, abriendo mucho los ojos azules—. ¿Qué tenía de malo?

Era impotente, mamá. ¿Cómo le iba a decir tal cosa a una señora tan simpática? No lo hice.

—Nada —dice Jeannine—. ¿Dónde está mi hermano?

—Pescando —dice la señora Dadier.

El hermano sale a menudo por la mañana temprano y medita con una caña de pescar. Las damas, no. La señora Dadier temía resbalar, caer sobre una roca y abrirse la cabeza. A Jeannine no le gusta pescar.

—Vamos a tener un día estupendo —dice la señora Dadier—. Hay una obra de teatro esta noche y un baile. Hay muchísima gente joven, Jeannine.

Con su sonrisa eternamente fresca, la señora Dadier recoge la mesa donde su nuera y los dos niños han desayunado antes; Eileen tiene suficiente con los críos.

—No, mamá —dice Jeannine, sin mirarla.

—No me importa —dice la señora Dadier—. Lo he hecho tantas veces.

La inquieta Jeannine aparta su silla de la mesa.

—No has terminado —observa la señora Dadier, levemente sorprendida.

Tenemos que salir de aquí.

—Bueno, no tengo... Quiero ir a buscar a Bud —dice Jeannine, dirigiéndose a la puerta—. Te veré luego.

La señora Dadier no sonríe cuando est  sola. La madre y la hija tienen la misma expresión en esa circunstancia: tranquila y mortalmente cansada. Jeannine arranca distraídamente las hierbas que crecen al lado del sendero, con una crueldad abstracta enteramente desconectada de lo que pasa por su cabeza. La señora Dadier termina de fregar los platos y suspira. Hecho. Para volver a hacerlo perpetuamente. Jeannine llega a la vereda que bordea el lago, el gran centro de atracción de la comunidad, y empieza a rodearlo, pero no parece haber nadie en las proximidades. Había esperado encontrar a su hermano, que siempre fue su favorito. («Mi hermano mayor.») Se sienta en una pe a junto a la vereda, Jeannine niña. En el lago hay una sola canoa con dos personas dentro; la mirada de Jeannine, vagamente rencorosa, se detiene en ella un momento y luego se aparta. Su cuñada est  muy preocupada por uno de los niños; uno de los niños siempre tiene algo. Jeannine da golpes con los nudillos en la pe a. Está demasiado agriada para una ensoñación romántica y pronto se levanta y sigue su camino. De todas formas,  qu n viene al lago? Puede que Bud est  ya en casa. Vuelve sobre sus pasos y toma una bifurcación del sendero, hasta que el lago, con su borde de árboles y arbustos, desaparece a su espalda. La pequeña Eileen Dadier se asoma a la ventana de arriba por un momento y luego se esfuma. Bud est  detrás del chalet, limpiando pescado, con un delantal de goma sobre su ropa deportiva.

—Dame un beso,  s ? —dijo Jeannine.

Se inclinó, con los brazos hacia atrás para evitar mancharse de escamas, y le ofreció la mejilla. Eileen da la vuelta a la esquina de la casa, llevando al chico.

—Dale un beso a la tía —dice—. Me alegro mucho de verte, Jeannie.

—Jeannine —dice Jeannine, automáticamente.

—Imagínate, Bud —dice Eileen—. Debe de haber llegado anoche.  Llegaste anoche?

Jeannine asiente. El sobrino de Jeannine, que no quiere a nadie más que a su padre, tira furiosamente de la mano de su madre, tratando de soltarse. Bud termina de limpiar el pescado. Se seca las manos metódicamente en una toalla, que Eileen tendr  que lavar a mano para no contaminar toda la colada, se quita la chaqueta y lleva el cuchillo y el destal a la casa, desde donde les llega el ruido del agua corriendo. Sale de nuevo, secándose las manos.

—Oh, nene —dice Eileen en tono de reproche a su hijo—, s  bueno con la tía.

El hermano de Jeannine coge de la mano al niño, y éste deja de debatirse inmediatamente.

—Jeannine —dice Bud—, me alegro de verte.

— Cu ndo has llegado?

— Cu ndo te casas?

IV

Encontré a Jeannine en el porche del club esa noche, mirando a la luna. Había huido de su familia.

—Sólo quieren lo mejor para ti —dije.

Hizo una mueca.

—Te quieren —dije.

Un sonido bajo, ahogado. Estaba pasando un dedo por la barandilla.

—Creo que deberías reunirte con ellos, Jeannine —dije—. Tu madre es una mujer maravillosa que nunca ha levantado la voz desde que la conoces. Os ha criado a todos y os ha mandado al instituto, aunque ella tenía que trabajar. Tu hermano es un hombre fuerte y equilibrado que mantiene desahogadamente a su mujer y a sus hijos, y Eileen no desea otra cosa en el mundo que a su marido y a sus niños. Deberías estimarlos más, Jeannine.

—Lo sé —dijo Jeannine con suavidad y precisión. O quizá dijo: *Oh, no*^[4].

—Jeannine, nunca conseguirás un buen puesto —dije—. Ahora no los hay y, aunque los hubiera, jamás se lo darían a una mujer, y menos a una niña grande como tú. ¿Crees que podrías conservar un puesto verdaderamente bueno, aunque lo consiguieras? Además, son todos aburridos, duros y aburridos. Tú no querrás ser una seca solterona a los cuarenta años, pero eso es lo que serás si sigues así. Tienes veintinueve años. Estás envejeciendo. Tienes que casarte con alguien que te cuide, Jeannine.

—No importa —dijo ella. ¿O dijo *No es justo*^[5]?

—Cásate con alguien que te cuide —continué, por su propio bien—. Eso es lo mejor; eres una chica. Encuentra a alguien como Bud que tenga un buen puesto, alguien a quien puedas respetar, y casarte con él. No hay otra vida para la mujer, Jeannine. ¿Es que no quieres tener hijos? ¿No quieres tener un marido? ¿No quieres tener tu propia casa?

(Breve imagen de suelos encerados, esposa con delantal de organdí y una sonrisa posesiva, marido con ramo de rosas. La imagen es de ella, no mía.)

—Con Cal, no. *Ah, demonios*.

—Vamos a ver, ¿a qué estás esperando? (Yo me impacientaba.) Ahí tienes a Eileen casada, ahí tienes a tu madre con dos hijos, y a todas tus compañeras de colegio, y suficientes matrimonios en los alrededores del lago como para llenarlo si se metieran todos al mismo tiempo. ¿Te crees diferente? ¡La extraordinaria Jeannine! ¡La refinada Jeannine! ¿A qué crees que esperas?

—A un hombre —dijo Jeannine. *A un plan*. Mi impresión de que alguien le había estado haciendo eco fue confirmada por una tos a mi espalda después de estas palabras. Resultó ser Bud, que había salido a buscar a su hermana. La cogió del brazo

y tiró de ella hacia la puerta.

—Ven, Jeannine. Vamos a presentarte a alguien.

Pero la mujer que reveló la luz no era Jeannine. Alguien que pasaba por dentro del club vio la sustitución a través de la puerta y se quedó con la boca abierta. Nadie más pareció notarla. Jeannine sigue meditando junto a la barandilla: médico, abogado, jefe indio, hombre rico, hombre pobre; quizá sea alto; quizá gane veinte mil dólares al año; puede que hable tres idiomas y sea realmente sofisticado. El señor Destino. Janet, que no tiene ni idea de que una adecuada expresión digna y señorial reduce al peor de los canallas a la avergonzada conciencia de haber ofendido a Una Dama (al menos, ésa es la opinión general), se ha librado de la presa de Bud Dadier retorciéndole el pulgar. Es víctima de una natural aunque ignorante e injustificada alarma; piensa que ser agarrada por un brazo no es simplemente un gesto, sino algo completamente inadmisibles. Janet está dispuesta a todo.

—Eh —dice Bud. Está a punto de reconvenirla—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Quién es usted?

Si me vuelve a poner la mano encima, le rompo los dientes.

A pesar de la mala luz, se ve a Bud enrojecer. Eso es lo que pasa cuando hay un malentendido.

—¡Controle su lengua, joven!

Janet ríe con desdén.

—Es usted... —empieza a decir Bud Dadier, pero Janet se le adelanta, desvaneciéndose como una pompa de jabón.

¿Qué crees que significa Bud? ¿Diminutivo de Buddington o de Budworthy? ¿O simplemente «amiguete»? Él se pasa la mano por la cara; el único rastro de Janet es un ronco grito de triunfo que nadie oye (excepto nosotros dos). La mujer que está frente a la puerta es Jeannine. Bud, aterrorizado, y quién no lo estaría, aferra su brazo.

—¡Oh, Bud! —dice Jeannine con reproche, frotándose la parte lastimada.

—No deberías estar aquí fuera tú sola —dice él—. Da la impresión de que no lo estás pasando bien. Mamá se tomó muchas molestias para conseguirte una entrada, ¿sabes?

—Lo siento —dice Jeannine, sintiéndose culpable—. Sólo quería ver la luna.

—Bueno, pues ya la has visto —dice su hermano—. Llevas aquí un cuarto de hora. Tengo que decirte, Jeannine, que Eileen, mamá y yo hemos estado hablando de ti y todos hemos pensado que tienes que hacer algo con tu vida. No puedes seguir así. Ya no tienes veinte años.

—Oh, Bud... —dice Jeannine en tono desdichado.

¿Por qué serán las mujeres tan poco razonables?

—Naturalmente que quiero pasarlo bien —dice ella.

—Entonces, entra y diviértete. (Se arregla el cuello de la camisa.) Puede que

conozcas a alguien, si eso te apetece y, según dices, sí te apetece.

—Desde luego —dice Jeannine. ¿También tú?

—Entonces, demuéstralo, por Dios Santo. Si no lo haces pronto, quizá no tengas otra oportunidad. Ahora, vamos.

Hay chicas que tienen hermanos simpáticos y chicas que tienen hermanos antipáticos; había una amiga mía que tenía un hermano mayor impresionantemente guapo, el cual podía levantar una butaca por una sola pata. Yo salí una vez con ellos dos y otro chico, y el hermano de mi amiga señaló los chalets donde vivían las consejeras del campus y dijo:

—¿Sabéis cómo se llama eso? ¡El patio de la Menopausia!

Todos nos reímos. A mí no me hizo gracia, pero no por ser una broma de mal gusto. Como probablemente has deducido a estas alturas (correctamente) yo no tengo gusto; es decir, no sé en qué consiste el buen gusto o el mal gusto. Me reí porque sabía que, de lo contrario, tendría una discusión tremenda. Si estas cosas no te divierten, eres una ñoña. A rastras, como una esclava, Jeannine siguió a Bud al salón. ¡Ojalá se pudiera reglamentar a los hermanos mayores de alguna forma, para saber a qué atenerse! Ojalá todos los hermanos mayores fueran hermanos menores.

—Bueno, ¿con quién tengo que casarme? —dijo Jeannine, tratando de echarlo a broma, al entrar en el salón.

Él contestó, con toda seriedad:

—Con cualquiera.

V

EL CONCURSO DE LA GRAN FELICIDAD

(esto pasa mucho)

MUJER PRIMERA: Soy perfectamente feliz. Quiero a mi marido y tenemos dos niños encantadores. Yo, ciertamente, no pido ningún cambio en mi suerte.

MUJER SEGUNDA: Yo soy aún más feliz que tú. Mi marido friega los platos todos los miércoles y tenemos tres niños encantadores, a cuál mejor. Soy tremendamente feliz.

MUJER TERCERA: Ninguna de vosotras es tan feliz como yo. Soy fantásticamente feliz. Mi marido no ha mirado a ninguna otra mujer en los quince años que llevamos casados, me ayuda en la casa siempre que se lo pido, y no le importaría en lo más mínimo que yo saliera a trabajar. Pero me siento más feliz cumpliendo mis obligaciones para con él y los niños. Tenemos cuatro hijos.

MUJER CUARTA: Nosotros tenemos seis hijos. (Esto es demasiado. Hay un largo

silencio.) Yo tengo un puesto de media jornada en una oficina para pagar las lecciones de esquí de los niños, pero realmente me siento más realizada cuando preparo unas natillas o un merengue o cuando decoro el sótano.

YO: Miserables cretinas, yo tengo un Premio Nobel de la Paz, catorce novelas publicadas, seis amantes, una casa en la ciudad, un palco en la Ópera; piloto un avión, arreglo mi propio coche y hago dieciocho flexiones antes de desayunar, puesto que os interesan los números.

TODAS LAS MUJERES: Muera, muera, muera, muera, muera.

O BIEN, PARA PRINCIPIANTES

ÉL: No soporto a las mujeres estúpidas y vulgares que leen fotonovelas y no tienen inquietudes intelectuales.

YO: Oh, claro, yo tampoco.

ÉL: Admiro realmente a las mujeres atractivas, cultas y refinadas que tienen una profesión.

YO: Oh, sí, yo también.

ÉL: ¿Por qué crees tú que esas mujeres estúpidas, vulgares y rutinarias se vuelven tan espantosas?

YO: Bueno, probablemente, sin ánimo de ofender a nadie y tras cuidadosa consideración y todo eso, y sólo como hipótesis, en la esperanza de que no me estrangules... creo que, por lo menos en parte, es culpa vuestra.

(Un largo silencio.)

ÉL: Sabes, pensándolo bien, creo que las mujeres neuróticas, castrantes, venenosas y feas son aún peor. Además, se te notan los años. Y estás perdiendo la línea.

O

ÉL: Cariño, ¿por qué tienes que trabajar media jornada como vendedora de alfombras?

ELLA: Porque quiero entrar en el mercado de trabajo y demostrar que a pesar de mi sexo puedo desempeñar un papel constructivo en la vida de la comunidad, y ganar lo que nuestra cultura propone como signo y símbolo de la independencia adulta: es decir, el dinero.

ÉL: Pero, cariño, si deducimos de tu sueldo lo que nos cuesta la niñera y el jardín de infancia, el aumento de los impuestos y tu bocadillo, resulta que en realidad nos cuesta dinero que trabajes. Así que, como ves, no estás ganando ningún dinero. No puedes ganar dinero. Solamente puedo ganarlo yo. Deja de trabajar.

ELLA: Me niego. Y te odio.

ÉL: Pero, cariño, ¿por qué ser irracional? No importa que no puedas ganar dinero, porque yo sí puedo. Y después de ganarlo, te lo doy a ti, porque te quiero. Por lo tanto, tú no *tienes* que trabajar. ¿No estás contenta?

ELLA: No. ¿Por qué no puedes quedarte tú en casa y cuidar al niño? ¿Por qué no deducimos todo eso de tu sueldo? ¿Por qué debería estar contenta de no poder ganar un sueldo? ¿Por qué...?

ÉL (con dignidad): Esta discusión está degenerando y es ridícula. Te dejaré sola hasta que la soledad y dependencia y la conciencia de que estoy muy disgustado, te conviertan de nuevo en la chica dulce con la que me casé. Es inútil discutir con una mujer.

O, POR ÚLTIMO

ÉL: ¿Tu perro está bebiendo *agua fría de la fuente*?

ELLA: Eso parece.

ÉL: Si tu perro bebe agua fría, le dará un cólico.

ELLA: Es perra. Y no me preocupa el cólico. Sabes, lo que realmente me preocupa es sacarla de paseo cuando está en celo, como ahora. No temo al cólico, sino a que se quede embarazada.

ÉL: Viene a ser lo mismo, ¿no? Ja, ja, ja.

ELLA: Puede que para tu madre si.

(En este momento, Joanna la Grande desciende en picado con las alas de un murciélago, le derriba a Él de un poderoso golpe, y transporta a Ella y a la Perra a la constelación de Victoria Femina, donde brillarán eternamente.)

Ya sé que en alguna parte, sólo para desmentirme, vive una mujer hermosa (tiene que ser hermosa), intelectual, culta, amable y encantadora, que tiene ocho hijos, hace pan, pasteles y tartas, cuida de su casa y desempeña un difícil puesto de trabajo de nueve a cinco al máximo nivel decisorio en un campo exclusivamente masculino, cuyo marido, igualmente triunfante, la adora, porque aunque ella es un ejecutivo emprendedor y agresivo, con ojos de águila, corazón de león, lengua de víbora y músculos de gorila (ella se parece muchísimo a Kirk Douglas), al llegar a casa se pone un camisón transparente y una peluca, y se convierte instantáneamente en una imbécil del *Playboy*, desmintiendo así, alegremente, el bulo de que no se puede ser ocho personas al mismo tiempo con dos tablas de valores distintas. *Ella no ha perdido su femineidad.*

Y yo soy María de Rumanía.

VI

Jeannine se va a meter en el papel de su madre. Esa cuidadora de niños y compañera femenina de hombres la espera al final del camino que todas tenemos que recorrer. Nadó, dio paseos, fue a bailes, tuvo una merienda campestre con otra chica; compró libros en el pueblo, periódicos para su hermano, novelas policíacas para la

señora Dadier, y nada para ella. A los veintinueve años no puedes perder el tiempo leyendo. Son demasiado jóvenes, o están casados, o son feos, o tienen algo espantoso. Son los rechazados. Jeannine salió un par de veces con el hijo de una amiga de su madre e intentó hacer conversación; decidió que después de todo no era tan feo, sólo con que hablase un poco más... Un día fueron en canoa al centro del lago y él dijo:

—Tengo que decirte algo, Jeannine.

Ella pensó: *Ya está*, y se le hizo un nudo en el estómago.

—Estoy casado —dijo, quitándose las gafas—, pero mi mujer y yo estamos separados. Ella vive con su madre en California. Está emocionalmente perturbada.

—Oh —dijo Jeannine, sin saber qué decir.

No le gustaba especialmente, pero la desilusión fue grande. Existe una barrera entre Jeannine y la vida real que sólo podrá ser levantada por un hombre o por el matrimonio; de algún modo Jeannine no está en contacto con lo que todo el mundo conoce como la vida real. Él parpadeó con sus ojos desnudos y, Dios mío, era gordo y feo; pero Jeannine logró sonreír. No quería herir sus sentimientos.

—Sabía que lo comprenderías —dijo él con voz ahogada, casi llorando, y apretó la mano de ella—. Sabía que lo comprenderías, Jeannie.

Empezó a considerarle nuevamente, con ese rápido cálculo que ya se había hecho automático: el aspecto, el trabajo, si era «romántico», ¿leía poesía?, si se podría conseguir que vistiera mejor, o que hiciera régimen, o que engordara (según los casos), si se podría cortar el pelo de otra manera. Podía lograr sentir algo por él, sí. Podía confiar en él. Después de todo, quizá su mujer le concediese el divorcio. Era inteligente. Era inteligente.

—Comprendo —dijo, en contra de su impulso.

Después de todo, no tenía ningún defecto grave; desde la orilla debía de parecer una escena preciosa, la canoa, la chica bonita, las tenues nubes de verano, la sombrilla de Jeannine (que le había prestado la chica con quien fue de merienda). No podía haber nada que fallara realmente. Sonrió levemente. La contribución de él es *Dame confianza*; la de ella *Dame existencia*. El sol salió sobre el agua y quedaba ideal. Y había este doloroso sentimiento dentro de ella, esta terrible ternura o necesidad, así que quizá estaba empezando a quererle, a su modo.

—¿Tienes algo que hacer esta noche?

Pobre hombre. Ella se mojó los labios, pero no contestó, sintiendo que el sol le daba por todos lados, deliciosamente consciente de sus brazos y su cuello desnudos, de la imagen que ofrecía.

—¿Mm? —dijo.

—Pensé..., pensé que a lo mejor querías venir al teatro.

Sacó el pañuelo y se lo pasó por la cara. Volvió a ponerse las gafas.

—Deberías llevar gafas de sol —dijo Jeannine, imaginando cómo le sentarían—.

Sí, Bud y Eileen piensan ir. ¿Quieres venir con nosotros?

La asombrada gratitud de un hombre amnistiado. *Me gusta de verdad*. Él se inclinó hacia ella, lo cual la alarmó por la canoa, además de repugnarle (Freud dice que la repugnancia es una destacada manifestación de la vida sexual en los pueblos civilizados), y gritó:

—¡No! ¡Vas a volcar la canoa!

Él se enderezó. *Por grados. Tienes que llegar a conocer a la gente*. Estaba casi asustada del brote de vida que le llegaba proveniente de él, asustada de la riqueza de la escena, de lo mucho que sentía sin sentirlo por él, aterrada de que el sol se ocultara detrás de una nube y la privara de todo nuevamente.

—¿A qué hora quieres que te recoja? —preguntó él.

VII

Esa noche Jeannine se enamoró de un actor. El teatro era un edificio bajo y chato, pintado de estuco rosa como el palacio de una película cursi, y construido en medio de un pinar. El público se sentó en sillas de madera para ver a un grupo universitario haciendo *La tía de Charlie*. Jeannine no se levantó ni salió en el entreacto, se quedó allí sentada, idiotizada, abanicándose con el programa y deseando tener el valor de cambiar su vida. No podía apartar los ojos del escenario. La presencia de su hermano y su cuñada la enervaba insoportablemente y cada vez que notaba a su pareja junto a ella, ansiaba volverse hacia dentro y desaparecer, o salir corriendo y gritar. No importa de qué actor o qué personaje se enamorase; hasta Jeannine lo sabía; era la irrealidad de la escena que se desarrollaba en el escenario lo que la hacía anhelar estar en ella, o en una doble dimensión, cualquier cosa que calmara su desequilibrado corazón; *no estoy capacitada para vivir*, se dijo. Había más dolor que placer; aquello había ido empeorando en los últimos años, hasta que Jeannine lo temía; *no puedo remediarlo*, se dijo. Y añadió, *no estoy capacitada para existir*.

Mañana me sentiré mejor. La idea de Bud llevando a su niña de pesca (era lo que había sucedido esta mañana, pese a las protestas de Eileen) le llenó los ojos de lágrimas. Qué dolor. Qué doloroso placer. Veía, a través de una neblina de angustia, a la única figura del escenario que le importaba. Toda su voluntad se concentraba en ella. Rosa y éxtasis en la oscuridad. Le aterraba el momento en que caería el telón: *en-amorada* significa *en* la pena, *en* la tristeza, *en* la preocupación. Si fuera posible permanecer medio muerta. Finalmente bajó el telón (de terciopelo gris, muy gastado) y volvió a subir para que la compañía saludase; Jeannine masculló algo sobre el calor y salió corriendo, temblando de terror; ¿quién soy, qué soy, qué quiero, adónde voy, qué mundo es éste? Un niño del vecindario estaba vendiendo limonada, con una mesa

y unas sillas colocadas sobre la alfombra de agujas de pino, bajo los árboles. Jeannine compró un vaso para dar sabor a su soledad; yo también bebí un poco, y estaba malísima. (*Si alguien me encuentra, diré que hacía demasiado calor y yo quería beber algo.*) Entró ciegamente en el pinar y se paró a cierta distancia del teatro, con la frente apoyada en un tronco. Yo dije, Jeannine, ¿por qué eres desgraciada?

No soy desgraciada.

Lo tienes todo (dije). ¿Qué es lo que deseas y no tienes?

Deseo morirme.

¿Quieres ser un piloto comercial? ¿Es eso? ¿Y no te dejan? ¿Tenías talento para las matemáticas y ellos lo anularon? ¿Se negaron a permitir que fueras camionero? ¿Qué te pasa?

Quiero vivir.

Te dejaré con tus penas imaginarias (dije) y me iré a charlar con alguien que tenga sentido común; realmente, cualquiera diría que te han privado de alguna necesidad vital. ¿El dinero? Tienes un trabajo. ¿El amor? Estás saliendo con chicos desde los trece años.

Lo sé.

No puedes esperar que el romanticismo dure toda la vida, Jeannine: las cenas con velas y los bailes y los vestidos bonitos son cosas agradables, pero no son la vida entera. Llega un momento en que hay que vivir el lado vulgar de la vida, en el cual el romanticismo tiene muy poco papel. Por muy grato que resulte que te llamen y te cortejen, finalmente dices «Sí, quiero», y se acabó. Puede que sea una gran aventura, pero después quedan cincuenta o sesenta años que llenar. Eso no se logra sólo con romanticismo. Piénsalo, Jeannine, ¡cincuenta o sesenta años!

Ya lo sé.

¿Entonces?

(Silencio.)

Entonces, ¿qué quieres?

(No contesta.)

Estoy tratando de hablarte con sensatez, Jeannine. Dices que no quieres una profesión y que no quieres un hombre —de hecho, acabas de enamorarte, pero consideras que eso es una idiotez—, por lo tanto, ¿qué es lo que quieres?

Nada.

Eso no es verdad, querida. Dime qué quieres. Anda.

Quiero amor. (Deja caer el vaso de papel de la limonada y se cubre la cara con las manos.)

Adelante. El mundo está lleno de gente.

No puedo.

¿No puedes? ¿Por qué no? Tienes una pareja esta noche, ¿no? Hasta ahora nunca

te ha sido difícil atraer el interés de los hombres. Así que ponte a ello.

De ese modo, no.

—¿De qué modo? (dije yo).

Del modo verdadero, no.

—¡Qué! (dije yo).

Lo que yo quiero es otra cosa, repitió, otra cosa.

—Bueno, Jeannine —dije—, si no te gusta la realidad ni la naturaleza humana, no sé qué otra cosa *puedes* encontrar.

Y la dejé allí, de pie sobre las agujas de pino, a la sombra de los árboles, lejos del gentío y de los focos colocados en la fachada del teatro. Jeannine es muy romántica. Está construyendo toda una filosofía a partir del canto de los grillos y la angustia de su corazón. Pero eso no durará. Lentamente volverá a la normalidad. Se reunirá con Bud y Eileen y reanudará su tarea de fascinar al último X. Jeannine, de regreso al teatro, se miró en el espejo que había sobre la taquilla para que las espectadoras pudieran repasar su maquillaje, y dio un salto.

—¿Quién es ésa?

—Basta, Jeannine —dijo Bud—. ¿Qué te pasa?

Todos la miramos, y desde luego era Jeannine en persona, la misma graciosa inclinación del cuerpo y la misma esbelta figura, su mirada nerviosa y oblicua.

—Eres tú, querida —dijo Eileen, riendo.

El susto había desvanecido las penas de Jeannine. Se volvió a su cuñada y dijo entre dientes, con inusitada energía:

—¿Qué deseas de la vida, Eileen? ¡Dime!

—Pero, cielo —dijo Eileen—, ¿qué iba a desear? Deseo exactamente lo que tengo.

X salió del lavabo de caballeros. Pobre hombre. Pobre figura ignorante.

—Jeannine quiere saber qué sentido tiene la vida —dijo Bud—. ¿Tú qué crees, Frank? ¿Tienes algunos sabios consejos para nosotros?

—Os encuentro a todos espantosos —dijo Jeannine, con vehemencia.

X rió nerviosamente.

—Pues, la verdad, no sé —dijo.

Ese es también mi problema. Me han arrebatado mi conocimiento.

(Ella se acordó del actor de la obra y se le oprimió la garganta. Dolía, dolía. Nadie lo notó, sin embargo.)

—¿Crees —dijo muy bajo a X— que podrías saber lo que querías, aunque luego... quiero decir, no es ésa su intención, pero la vida..., la gente..., la gente lo confundiera todo?

—Yo sé lo que quiero —dijo Eileen alegremente—. Quiero irme a casa y librar a mamá de los críos. ¿De acuerdo, querido?

—No quiero decir... —empezó Jeannine.

—¡Oh, Jeannie! —dijo Eileen afectuosamente, quizá más a beneficio de X que de su cuñada—. ¡Oh, Jeannie! —y la besó. Bud le dio una palmadita en la mejilla.

¡No me toques!

—¿Quieres una copa? —dijo X, cuando se fueron Eileen y Bud.

—Quiero saber —dijo Jeannine, casi en un susurro— qué esperas de la vida y no me moveré hasta que me lo digas.

Él se quedó mirándola.

—Venga, di —dijo.

Él sonrió nerviosamente.

—Bueno, voy a ir a la escuela nocturna. Voy a terminar el bachillerato este invierno.

(Va a ir a la escuela nocturna. Va a terminar su bachillerato. Qué barbaridad. No me impresiona.)

—¿De veras? —dijo Jeannine, realmente espantada.

—De veras —dijo él.

Primer tanto. Esa radiante mirada de gratitud. Puede que ella reaccione igual cuando le diga que sé esquiar. En esta encantadora y clara interacción social, ella le admira, a él le satisface su admiración, esta admiración le presta calor y animación, le relaja, le gusta Jeannine de verdad; Jeannine lo advierte y esto despierta algo en ella, la esperanza renace. ¿Es éste El Hombre? ¿Puede cambiar Su Vida? (¿Sabes lo que quieres? No. Entonces no te quejes.) Huyendo de sus indescriptibles deseos —porque ¿qué pasa cuando descubres que deseas algo inexistente?—, Jeannine cae en el regazo de lo posible. Como se está ahogando, se agarrará a las manos que le tiende X; puede ser que quiera casarse, puede que haya esperado demasiado tiempo. *Hay* amor; *hay* alegría en el matrimonio, y se deben aprovechar las oportunidades que se presentan. Dicen que la vida sin amor produce extraños efectos; quizá se empieza a dudar de que el amor exista.

Le grité y le di golpes en la espalda y en la cabeza; yo era un espíritu maligno y enfurecido en el vestíbulo del teatro, pero ella continuó estrechando las manos del pobre X, que no tenía la menor idea de las esperanzas puestas en él mientras ella continuaba (como digo) reteniendo sus manos y mirándole a los ojos. Ella no tenía la menor idea de que él era un habitante de las aguas y la ahogaría. Ni la menor idea de que él llevaba en la espalda una máquina de ahogar que le había sido entregada en la adolescencia junto con su pipa, su traje de mezclilla, su ambición, su profesión y los gestos de su padre. En algún lugar está El Hombre. La solución. La realización. Las mujeres realizadas. Llenas hasta arriba. Mi Príncipe Azul. Ven. Aléjate, Muerte. Se mete en el papel de su madre, se pone sus zapatos, como una niña que juega a las mamás. Yo podría darle de patadas. Y X piensa, pobre hijo de puta engañado, que es

un tributo a él, precisamente a él... ¡Como si él tuviera algo que ver en el asunto!
(Aún no sé a quién vio ella, o creyó ver, en el espejo. ¿A Janet? ¿A mí?)

Quiero casarme.

VIII

Los hombres triunfan. Las mujeres se casan.

Los hombres fracasan. Las mujeres se casan.

Los hombres entran en un monasterio. Las mujeres se casan.

Los hombres declaran guerras. Las mujeres se casan.

Los hombres declaran la paz. Las mujeres se casan.

¡Qué pesadez! (Ver abajo.)

IX

Jeannine fue a casa de su hermano a la mañana siguiente, sólo por distraerse. Se había marcado el pelo y llevaba un pañuelo sobre los rulos. Tanto la señora Dadier como Jeannine saben que no hay nada en la mesa del desayuno que la haga intrínsecamente interesante, durante treinta años; sin embargo, Jeannine ríe y da vueltas a la paja del vaso de cacao juguetonamente. Es el tipo de paja que tiene en el centro un pliegue como los de un acordeón.

—Siempre me gustaban cuando era pequeña —dice Jeannine.

—Sí, ya lo creo —dice la señora Dadier, que está tomando la segunda taza de café antes de meterse con los platos.

Jeannine se entrega a un ataque de histeria.

—¿Te acuerdas...? —grita—. ¿Y recuerdas...?

—Dios mío, claro —dice la señora Dadier—. Desde luego que sí.

Se quedan sentadas, sin decir nada.

—¿Te llamó Frank? —La señora Dadier mantiene su voz cuidadosamente neutra porque sabe que Jeannine detesta cualquier intromisión en sus asuntos.

Jeannine hace un gesto y se ríe nuevamente.

—Dale tiempo, mamá. Son solamente las diez —dice percibiendo el lado divertido del asunto más que su madre.

—Bud se levantó a las cinco —dice la señora Dadier—, y Eileen y yo a las ocho. Ya sé que estás de vacaciones, pero en el campo...

—Yo me levanté a las ocho —dice Jeannine, ofendida (está mintiendo)—. Di un paseo alrededor del lago. No sé por qué te empeñas en decir que me levanto tarde;

puede que fuera cierto hace mucho tiempo, pero ahora no lo es, y me molesta que lo digas.

El sol se ha ido. Cuando Bud no está, hay que estar pendiente de Jeannine; la señora Dadier trata de anticiparse a sus deseos y no molestarla.

—Se me olvida siempre. Tu madre está atontada. Bud dice que me olvidaría la cabeza si no la tuviera sujeta sobre los hombros.

No da resultado. Jeannine, algo mohína, hinca el diente a una tostada con mermelada, metiéndose un trozo por un lado de la boca. La mermelada escurre sobre la mesa. Jeannine, implacablemente acusada de levantarse tarde, la está pagando con el mantel. Levantarse tarde es refocilarse en el pecado. Es imperdonable. Es incorrecto. La señora Dadier, con el inútil valor de los condenados, decide ignorar las manchas de mermelada y pasa al punto verdaderamente importante, o sea, si Jeannine va a tener una cocinita propia (que en realidad pertenecería a otra persona) y si la van a obligar a levantarse temprano, o sea, si va a casarse. La señora Dadier dice en un tono cuidadoso y conciliatorio:

—Querida, ¿has pensado alguna vez en...?

Pero esta mañana, en lugar de montar en cólera, su hija la besa en la cabeza y anuncia:

—Voy a fregar los platos.

—Oh, no —dice la señora Dadier, implorante—. No, por favor. A mí no me importa.

Jeannine le guiña un ojo. Se siente virtuosa (por lo de los platos) y audaz (por otros motivos).

—Voy a llamar por teléfono —dice, y pasa al cuarto de estar.

Sin fregar los platos. Se sienta en la silla de rejilla y da vueltas al lápiz que su madre tiene junto al bloc del teléfono. Dibuja flores y perfiles de chicas cuyos ojos están de frente. ¿Debería llamar a X? ¿Debería esperar a que la llamase él? Cuando él llame, ¿debería mostrarse efusiva o reservada? ¿Amistosa o distante? ¿Debería hablarle a X de Cal? Si él la invita a salir esta noche, ¿debería rechazar la invitación? ¿Adónde iría, en ese caso? No puede llamarle, naturalmente. Pero ¿y si llamara a la amiga de la señora Dadier para darle un recado? *Mi madre me ha pedido que le diga...* Ya tiene la mano sobre el teléfono cuando se da cuenta de que esa mano está temblando: la ansiedad de la cazadora al iniciarse la caza. Ríe bajito. Coge el teléfono, temblando de excitación, y marca el número de X; la cosa está en marcha, al fin. Todo va bien. Jeannine ya casi tiene en el dedo el anillo que le dará derecho a todo lo que vale la pena en esta vida. Es sólo cuestión de tiempo que X se decida; ella puede tenerle a raya hasta entonces, mantenerle fascinado; el juego de querrá-ella-no-querrá puede ocuparle tanto tiempo que prácticamente no hay que hacer nada más. Siente algo por él, de verdad que sí. Se pregunta cuándo empezará a estar segura de

ello. Allá en la tierra de nuncajamás del teléfono alguien coge el auricular, interrumpiendo el último timbrazo, se oyen pasos que se acercan y se alejan, alguien se aclara la garganta.

—¿Diga? —Es su madre.

Jeannine repite locuazmente el falso mensaje que ha estado ensayando. La madre de X dice:

—Aquí está Frank. Frank, es Jeannine Dadier.

Horror. Más pisadas.

—¿Sí? —dice X.

—Oh, eres tú. No sabía que estabas ahí.

—¡Vaya! —dice X, complacido. Esto es más de lo que ella podía esperar, según las reglas.

—Llamaba sólo para decirle una cosa a tu madre —dice Jeannine, dibujando nerviosas líneas dentadas sobre sus garabatos en el bloc del teléfono.

Se esfuerza por pensar en la noche anterior, pero no puede recordar más que a Bud jugando con su hija pequeña, la única vez que ha visto a su hermano hacer el tonto. Hace saltar a la niña sobre sus rodillas, y se sofoca al balancearla sobre su cabeza mientras la cría chilla gozosa: «¡La tonta de Tota fue a la ciudad! ¡La tonta de Tota volóooo!» Eileen suele rescatar a la chiquilla afirmando que se excita demasiado. Por alguna razón, este recuerdo le causa a Jeannine mucha pena y casi no logra concentrarse en lo que está hablando.

—Pensé que te habrías ido ya —se apresura a decir.

El habla y habla sobre esto o aquello, lo que cuesta alquilar un bote en el lago, o si a ella la apetecería jugar al tenis.

—Oh, me encanta el tenis —dice Jeannine, que ni siquiera tiene raqueta.

¿Le gustaría ir esta tarde?

Ella se aparta del teléfono para consultar en una agenda imaginaria sus imaginarios compromisos; concede titubeando que sí, que puede que tenga un rato libre. Sería muy divertido refrescar su tenis. Aunque no es muy buena, añade apresuradamente. X se ríe. Bueno, ya veremos. Unos cuantos lugares comunes más y ella cuelga, bañada en sudor y a punto de llorar. *¿Qué me pasa?* Debería estar contenta, o al menos halagada, y está experimentando la más aguda pena. ¿Por qué diablos? Clava el lápiz vengativamente en el bloc, como si éste tuviera la culpa. *Maldita sea.* Perversamente, le vienen a la mente imágenes del idiota de Cal, y ni siquiera son imágenes agradables. Tiene que volver a llamarle, después de comprobar una imaginaria cita con un imaginario conocido, para decirle sí o no; así que Jeannine se arregla el pañuelo sobre los rulos, juguetea con un botón de su blusa, contempla sus zapatos tristemente, se pasa las manos por las rodillas y se decide. Nerviosa. Masoquista. Vuelve la vieja historia de no valer lo bastante como para tener buena

suerte. Es una tontería y ella lo sabe. Coge el teléfono, sonriendo: Tenis, copas, cena, una vez en la ciudad algunas salidas más, en las cuales él le contará cosas de su colegio, y luego, una noche (abrazándola un poco más fuerte): «Jeannine, voy a obtener el divorcio.» *Me llamo Jeannine*. Será divertido ir de compras. *Tengo veintinueve años, después de todo*. Marca con una sensación de intenso alivio; empieza la nueva vida. Ella también puede hacerlo. Ella es normal. Vale tanto como cualquiera otra chica. Se pone a canturrear. El teléfono suena en Telefonolandia y alguien acude a contestarlo, ella oye todos los curiosos ruidos de fondo de los relés, una voz muy débil y lejana. Ella habla rápida y nítidamente, ya sin la menor vacilación, al recordar todas esas noches sin amor, con las rodillas levantadas en el aire, sintiéndose incómoda y casi sofocada, los músculos de las piernas doloridos y sin poder tocar la sábana con los pies. El matrimonio curaría todo eso. El restregar el viejo linóleo imposible de limpiar, el limpiar el polvo de las mismas cosas espantosas, semana tras semana. Pero él llegaría. Dijo con audacia y decisión:

—Cal, ven a buscarme.

Asustada de su propia traición, se echa a llorar. Oye a Cal decir: «De acuerdo, nena», y en qué autobús llegará.

—¡Cal! —añade, sin aliento—. ¿Te acuerdas de esa pregunta que me has hecho tantas veces, vida mía? Bueno, pues la respuesta es sí.

Cuelga, muy apaciguada. Será mucho mejor cuando ya esté hecho. La tonta de Jeannine, haber esperado otra cosa. El matrimonio es un terreno inexplorado. Se seca los ojos con el dorso de la mano; X puede irse a la mierda. Hacer conversación cuesta trabajo. Va a la cocinita, donde no hay nadie; la señora Dadier está fuera, arrancando las hierbas de un trocito de jardín que comparten todos los Dadier; Jeannine abre la ventana y se asoma.

—¡Mamá! —grita, con una súbita oleada de felicidad y excitación, porque la importancia de lo que acaba de hacer se le ha revelado de pronto—. ¡Mamá! —agitando los brazos como una loca—. ¡Adivina!

La señora Dadier, que está arrodillada junto a las zanahorias, levanta la cabeza, haciéndose sombra con la mano.

—¿Qué pasa, cielo?

—Mamá, ¡voy a casarme!

Lo que viene a continuación será muy emocionante, una especie de representación teatral, porque Jeannine tendrá una gran boda. La señora Dadier deja caer la paleta de puro asombro. Entrará corriendo, y una tremenda euforia se apoderará de las dos mujeres; de hecho, se abrazarán y besarán y Jeannine bailará por la cocina.

—¡Ya verás cuando Bud se entere de esto! —exclamará Jeannine.

Ambas llorarán. Es la primera vez en su vida que Jeannine ha logrado hacer algo

perfectamente adecuado. Y tampoco demasiado tarde. Piensa que quizá la tardanza en su matrimonio se verá compensada por una dulzura especial; debe de haber, después de todo, alguna razón para tanta experimentación, tanta resistencia. Imagina el día en que podrá participar una noticia todavía mejor: «Mamá, voy a tener un hijo.» Cal apenas figura en todo esto, porque Jeannine ha olvidado su laconismo, su pasividad, su extraña melancolía desconectada de cualquier emoción definida, su brusquedad, lo difícil que resulta hacerle hablar. Ella se rodea con los brazos, jadeante de alegría, esperando a que entre la señora Dadier; «¡Hijita mía!», dirá ésta con emoción, abrazando a Jeannine. A Jeannine le parece que nunca ha conocido nada tan sólido y hermoso como esa cocina iluminada por el sol de la mañana, con las paredes brillantes y todo delicadamente perfilado por la luz, tan fresco y real. Jeannine, que casi ha sido asesinada por una implacable y drástica disciplina no elegida por ella, que ha sido mutilada casi hasta la muerte por una vigilante autorrepresión completamente independiente de cualquier cosa que hubiese deseado o querido, encuentra aquí su recompensa. Esto demuestra que va bien. Todo es indiscutiblemente bueno e indiscutiblemente real. Ella se ama, y si yo estoy como Atropos en el rincón, rodeando con mi brazo la sombra de su yo muerto, si la otra Jeannine (que está desesperadamente cansada y sabe que no hay libertad para ella a este lado de la tumba) intenta tocarla cuando ella gira alegremente, Jeannine no la ve ni la oye. De un tajo ha amputado su pasado. Va a realizarse. Se abraza a si misma y espera. Eso es todo lo que tienes que hacer si eres una verdadera Bella Durmiente de primera clase. Ella lo sabe.

Soy tan feliz.

Y allá, por la gracia de Dios, voy yo.

SÉPTIMA PARTE

I

Te contaré cómo me convertí en hombre.

Primero tuve que convertirme en mujer.

Durante mucho tiempo yo había sido neutra, no era en absoluto una mujer, sino Uno De Los Chicos, porque si entras en una reunión de hombres, profesional o no, es como si llevaras un letrero diciendo: ¡MIRA! ¡TENGO TETAS!, siempre se producen esas risitas y esos murmullos y esos rubores y ese retorcerse en el asiento y ese colocarse la corbata y ese abrocharse los botones y las alusiones y cortesías y la azarada galantería combinada con las insinuantes insistencias respecto a mi físico; toda esta siniestra estupidez para agradarme. Si logras ser Uno De Los Chicos esto desaparece. Naturalmente, implica cierta despersonalización, pero el letrero desaparece; yo daba palmadas en las espaldas y me reía de los chistes verdes, sobre todo de los hostiles. Por debajo una sigue diciendo cortés pero firmemente no, no, no, no, no. Pero es necesario para mi trabajo y me gusta mi trabajo. Supongo que decidieron que mis tetas no eran de la mejor calidad, o que no eran reales, o que pertenecían a otra (mi hermana gemela), así que contaron conmigo sólo del cuello para arriba; como digo, exige cierta despersonalización. Pensé que, con toda seguridad, cuando hubiese obtenido el doctorado, la cátedra, la medalla de tenis, el contrato como ingeniera, los diez mil dólares anuales, una criada interna, una reputación, el respeto de mis colegas, cuando me hubiese vuelto alta, fuerte y guapa, cuando mis *tests* de inteligencia dieran una puntuación superior a doscientos, cuando fuera un genio, *entonces* podría desprenderme del letrero. Dejé en casa mis sonrisas y mi alegre risa. No soy una mujer; soy un hombre. Soy un hombre con cara de mujer. Soy una mujer con mente de hombre. Todo el mundo lo dice. En mi orgullo intelectual, entré en una librería y compré un libro; ya no tenía que aplacar al Hombre; por Dios, creo que voy a conseguirlo. Compré un ejemplar de *La sumisión de la mujer*, de John Stuart Mill; ¿quién puede poner objeciones a John Stuart Mill? Ha muerto. Pero el dependiente las puso. Con la habitual picardía me llamó con un dedo y me chistó; la agitación y el alboroto comenzó de nuevo, como le divertía encontrar a alguien que no estuviera automáticamente por encima de todo reproche, y supe sin sombra de esperanza que el destino de toda mujer es ser espejo y cebo, sirviente y juez, la terrible Radamanta para la cual él ha de actuar, pero cuyo juicio no es humano, la vagina dentada y el osito de peluche que ganará si pasa la prueba. Esto

hasta los cuarenta y cinco años, señoras, luego te desvaneces en el aire como una pompa de jabón, dejando tras de ti tan sólo una desagradable ordinariez y un sutil veneno que infecta automáticamente a todos los hombres menores de veintiún años. Nada puede ponerte por encima de ello, ni por debajo, ni más allá, ni fuera de ello, nada, nada, nada en absoluto, ni tus músculos ni tu cerebro, ni ser uno de los chicos ni ser una de las chicas, ni escribir libros o cartas, ni gritar ni retorcerte las manos, ni guisar, ni ser demasiado alta o demasiado baja, ni viajar ni quedarte en casa, ni la fealdad ni el acné, ni la presunción ni la cobardía, ni el perpetuo encogerte ni la vejez. En los últimos casos estás doblemente condenada. Me marché —«siempre femenina», como dicen los hombres— y lloré mientras conducía, y lloré a un lado de la carretera (porque no veía y podía estrellarme) y aullé y me retorcí como sólo se hace en los romances medievales, porque el coche cerrado de una mujer americana es el único sitio donde puede estar sola (si no es casada) y el aullido de una loba se extiende por el mundo, y el mundo lo encuentra cómico. La intimidad para los coches y los cuartos de baño, ¡a ver qué te has creído! Si vuelven a hablarme de vestidos bonitos, me suicido.

Yo tenía un yo de cinco años que decía: *Papá no me querrá.*

Yo tenía un yo de diez años que decía: *Los niños no jugarán conmigo.*

Yo tenía un yo de quince años que decía: *Nadie se casará conmigo.*

Yo tenía un yo de veinte años que decía: *No puedo realizarme sin tener un niño.* (Ese fue un año en el que tuve repetidas pesadillas sobre un cáncer abdominal que nadie quería extirpar.)

Soy una mujer enferma, una loca, una castrada, una comedora-de-hombres; no consumo a los hombres graciosamente por mi llamarada de pelo rojo o mis besos envenenados; quiebro sus articulaciones con mis asquerosas garras de vampira y, apoyada en un pie como un gato al que han arrancado las uñas, os clavo mi espolón, anulando vuestros débiles esfuerzos por salvaros; mi cabello enredado, mi repulsiva piel, mis grandes dientes verdosos y encías sanguinolentas. No creo que mi cuerpo sirviera para vender nada. No creo que mi cuerpo sea grato a la vista. De todas las enfermedades, el odio a sí mismo es la peor, y no quiero decir para quien la padece.

¿Sabéis que me habéis estado aleccionando todo el tiempo?

Me dijisteis que incluso la madre de Grendel estaba movida por el amor maternal.

Me dijisteis que los vampiros eran machos.

Rodan es macho... y un asno.

King Kong es macho.

Yo podía haber sido bruja, pero el Demonio es macho.

Fausto es macho.

El hombre que arrojó la bomba sobre Hiroshima era macho.

Yo nunca estuve en la Luna.

Además están los pájaros, con la conmovedora poesía (que Shaw describe tan noblemente) de su amor y sus nidos, en los cuales los machos cantan de un modo tan bello mientras las hembras incuban, y los babuinos, que se despedazan los unos (machos) a los otros (hembras), y los chimpancés, con su jerarquía (masculina) estudiada por los profesores (machos) con *su* jerarquía, que aceptan el punto de vista (masculino) de (hembra) (macho). Ya ves lo que pasa. En el fondo debo ser tierna, porque nunca pensé en la mantis ni en la avispa; pero supongo que soy leal a mi tribu, simplemente. Lo mismo daría soñar con un roble. O un castaño, hermafrodita, de grandes raíces. No te contaré qué poetas y profetas ocupan mi mente (Débora, que dijo: «Yo también, bonita, ¿sí?», y se puso leprosa), o a Quién rezo (despertando mi propia y violenta hilaridad) o a quién evitaba en la calle (machos), o a quién veía en la televisión (machos), salvando de mi odio solamente —que yo recuerde— a Buster Crabbe, que es el anterior Flash Gordon y un instructor de natación (creo) en la vida real, y en cuyo viejo rostro desconcertado, amable y humanamente hermoso yo tenía la absurda pero conmovedora sensación de ver un reflejo de mi propia perplejidad ante nuestra mutua prisión. Desde luego no le conozco y nadie es responsable de su sombra en la pantalla o de lo que las locas puedan ver en ella; me tumbaba en la cama (que no es masculina), hecha en una fábrica por un (macho), diseñada por un (macho) y vendida por un (machito) extraordinariamente mal educado. Quiero decir, peor educado de lo normal.

Ya ves *qué distinto* es todo de como solía ser en los malos tiempos pasados, digamos, hace cinco años. Las neoyorquinas tienen derecho a abortar desde hace ya un año, si consigues convencer a la administración del hospital de que mereces una cama y no te importa que las enfermeras te llamen Asesina de Niños; las ciudadanas de Toronto, Canadá, pueden obtener anticonceptivos enteramente gratuitos si están dispuestas a viajar 150 kilómetros para cruzar la frontera; yo podría fumar mi propio cigarrillo si fumase (y provocarme mi propio cáncer de pulmón). ¡Adelante, eternamente adelante! Algunas de mis mejores amigas son... iba a decir que algunas de mis mejores amigas son... mis amigas...

Mis amigas están muertas.

¿Quién ha visto que las *mujeres* asusten a nadie? (Esto fue cuando creía que era importante asustar a la gente.) No puedes decir, parafraseando a una vieja amiga, que ahí están las obras de Shakespeare y Shakespeare fue mujer, o que Colón atravesó el Atlántico y que Colón era mujer, o que Alger Hiss fue juzgado por traición y que Alger Hiss fue mujer. (Mata Hari no fue una espía; fue una puta.) De cualquiera manera, todo chico (perdón)^[6], todo el mundo sabe que aquello que todas las mujeres han realizado de verdadera importancia, no es constituir una gran mano de obra barata que se puede sacar cuando hay guerra y volver a guardar cuando se acaba, sino Ser Madres, producir la próxima generación, darla a luz, cuidarla, fregar el suelo para

ella, cambiarle los pañales, recoger lo que tira, y principalmente sacrificarse por ella. Este es el trabajo más importante del mundo. Por eso no está remunerado.

Lloré, y luego dejé de llorar porque de lo contrario no hubiera dejado nunca. De ese modo las cosas llegan a un espantoso punto muerto. Habrás notado que incluso mi estilo se está haciendo más femenino, revelando así mi verdadera naturaleza; ya no digo «Maldita sea», ni «Mierda»; pongo muchos calificativos y adverbios como «bastante», escribo con esas frases hechas femeninas, se arrojó sobre el lecho, no tengo carácter (pensó), mis pensamientos fluyen sin forma como el flujo menstrual, todo muy femenino y profundo y lleno de esencias, muy primitivo y lleno de «y», se llaman «frases continuas».

Mi mente está encenagada. Putrefacta. Soy una mujer. Soy una mujer con mente de mujer. Soy una mujer con una enfermedad de mujer. Soy una mujer sin envolturas, calva como una bola de billar. Dios nos ayude a mí y a ti.

II

Entonces me convertí en un hombre.

Esto resultó más lento y más dramático.

Creo que tuvo algo que ver con el conocimiento que sufres cuando eres una marginada: quiero decir *sufres*; no quiero decir *soportas*, ni *empleas*, ni *toleras*, ni *usas*, ni *disfrutas*, ni *catalogas*, ni *archivas*, ni *entretienes*, ni *posees*, ni *tienes*.

Ese conocimiento es, por supuesto, la percepción de toda experiencia a través de dos pares de ojos, dos sistemas de valores, dos hábitos de expectativas, casi dos mentes. Se supone que esto constituye una receta infalible para volverte imbécil. Perseguir a la libre Reconciliación con los galgos de la Persistencia... ahí lo tienes, ¿ves? Yo no soy Sir Thomas Nasshe (ni Lady Nasshe tampoco, aunque la pobre nunca escribió una línea). En cuanto empiezas algo, cae el rastrillo de la fortaleza. Plaf. Para volver a lo del conocimiento, creo que fue el ver a los señores de la tierra comiendo en la cafetería de la empresa lo que finalmente me remató; como dijo una vez otra amiga mía, los trajes de hombre están concebidos para inspirar confianza, aunque los hombres no lo logren. ¡Pero sus *zapatos!*... Dios mío. ¡Y sus *orejas!*... Jesús. La inocencia, la fresca ingenuidad del poder. La infantil sencillez con la cual confían sus vidas a los Negros que cocinan para ellos y su autoestima y su vanidad y sus pequeños caracoleos ante mí, que haría todo por ellos. Su ignorancia, su total y feliz ignorancia. Esa era la virgen que sacrificábamos en el jardín de la empresa cuando había luna llena. (Tú creías que una virgen era una chica, ¿a que sí?) Ahí estaban Nuestras reflexiones sobre el trabajo doméstico, Dios mío, estudios académicos sobre el trabajo doméstico, ¡hay algo más absurdo! Y Nuestras fiestas en

las que nos pellizcábamos y perseguíamos. Nuestras comparaciones entre los precios de los vestidos de mujer y los trajes de hombre. Nuestros achuchones. Nuestros llantos en compañía mutua. Nuestro cotilleo. Nuestra trivialidad. Todo trivialidades, indignas de que un ser racional les conceda un instante de atención. Si Nos ves ocultándonos entre los arbustos al salir la luna, no mires. Y no te quedes por allí. Contempla la pared, querida, será mejor. Como ocurre con todo movimiento, yo no pude notarlo mientras continuó, pero he aquí lo que debes hacer:

Para resolver las discrepancias, reúnelas en tu propia persona.

Eso significa: con absoluta desesperanza, por terror a tu vida, sin futuro, en el pozo del peor desaliento que puedas soportar y que, sin embargo, te permita conservar la cordura necesaria para hacer una elección, coge con la mano derecha desnuda el extremo cortado de un cable de alta tensión. Coge el otro extremo con la mano izquierda. Ponte de pie en un charco. (No te preocupes por soltarlo; no podrás.) La electricidad favorece a las mentes preparadas, y si te interceptas en esta corriente por casualidad, caerás fulminada, te torrarás como una chuleta y tus ojos se convertirán en dos bolas de gelatina roja; pero si esos cables son tus propios cables, aguanta. Dios mantendrá tus ojos en tu cabeza y tus articulaciones firmemente sujetas entre sí. Cuando Ella envía sólo el alto voltaje, bueno, todas hemos experimentado esas pequeñas descargas —pasan a través de ti y no te hacen nada—, pero cuando Ella se introduce en el alto voltaje y alto amperaje, busca tus tuétanos; te conviertes en conducto del santo terror y el éxtasis del Infierno. Pero solamente así pueden los cables cicatrizarte. Solamente así pueden cicatrizarte. Las mujeres no están acostumbradas al poder; esa avalancha de tremenda tensión agarrotará tus músculos y tus dientes en la actitud de un conejo electrocutado, pero tú eres una mujer fuerte, eres la favorita de Dios, y puedes soportarlo; si puedes decir «sí, de acuerdo, adelante» —después de todo, ¿dónde podrías ir?, ¿qué podrías hacer?—, si te dejas ir a través de ti, dentro de ti y fuera de ti, si te vuelves del revés, si te das el beso de la reconciliación, si te casas contigo misma, si te amas...

Bueno, me convertí en hombre.

Amamos, dice Platón, aquello que nos falta; cuando vemos nuestro mágico Yo en el espejo de otro, lo perseguimos con gritos desesperados —*¡Espera! ¡Tengo que poseerte!*—, pero si obedientemente se detiene y da la vuelta, ¿cómo rayos puede una poseerlo? Joder, si me permitís el retruécano, es un anticlímax. Y te quedas tan pobre como antes. Durante años anduve en el desierto gritando: *¿Por qué me atormentas así? y ¿Por qué me odias así? y ¿Por qué me aplastas así? y Me rebajaré ante ti y Te complaceré y ¿Por qué, oh, por qué me has abandonado?* Esto es muy femenino. Lo que aprendí tarde en la vida bajo mi lluvia de lava, bajo mi a-vida-o-muerte, desdichadamente, lentamente, tenazmente y con verdadero dolor, fue que hay una y sólo una manera de poseer aquello que nos falta, por tanto, aquello que necesitamos,

por tanto, aquello que queremos.

Convertirse en ello.

(El Hombre, se supone, es el verdadero representante de la Humanidad. Hace años todos éramos Hombres de las cavernas. Además tenemos el Hombre de Java, el futuro del Hombre, los valores del Hombre occidental, el Hombre existencial, el Hombre económico, el Hombre freudiano, el Hombre en la Luna, el Hombre moderno, el Hombre del siglo dieciocho y demasiados Hombres que considerar o mirar o creer. Ahí está la Humanidad. Un aterrador matiz de risa corona estas paradojas. Durante años he estado diciendo: *Déjame entrar, Quiéreme, Acéptame, Defiéndeme, Regúlame, Valídame, Sosténme*. Ahora digo: *Hazme sitio*. Si todos somos la Humanidad, a mis brillantes, interesados y justos ojos la conclusión es que yo también soy un Hombre y en absoluto una Mujer, porque, francamente, ¿quién ha oído hablar de la Mujer de Java, la Mujer existencial, los valores de la Mujer occidental, la Mujer científica, la Mujer alienada del siglo diecinueve y todas esas monsergas anticuadas y deslucidas? De cualquier manera, todas las monsergas son Blancas. Creo que soy un Hombre; creo que más te vale llamarme Hombre; creo que escribirás sobre mí como Hombre a partir de ahora, y hablarás sobre mí como Hombre y me emplearás como Hombre y reconocerás que la crianza de los niños es asunto del Hombre; pensarás en mí como Hombre y me tratarás como Hombre hasta que te entre en tu confusa, aterrada, ridícula y estéril cabeza que *soy un hombre*. —Y tú eres una mujer—. Ese es todo el secreto. Deja de estrechar las tablas de Moisés contra tu pecho, cretino; te estás hundiendo. Dame tu manta de Linus, chiquillo. Escucha al hombre hembra.

De lo contrario, por Dios y todos los santos, *te romperé el cuello*.

III

Nos hubiera gustado escucharla (dicen) *si ella hubiese hablado como una dama*. Pero son mentirosos y la verdad no está en ellos.

Chillón... vituperante... sin preocupación por el futuro de la sociedad... rabietas de anticuado feminismo... una feminista egocéntrica... este libro deshilvanado... naturalmente, una discusión tranquila y objetiva está más allá de... retorcido, neurótico... algo de verdad oculta bajo un discurso fundamentalmente histérico... de interés muy limitado, diría yo... otra octavilla para la basura... quemó su sujetador y pensó que... sin caracteres, sin argumentos... los aspectos realmente importantes se descuidan, mientras que... críptica... la limitada experiencia femenina... otra de la vociferante hermandad... una agresividad poco atractiva... se podía haber hecho con ingenio si la autora... desflorar al varón pretencioso... un hombre daría su brazo

derecho por... cosa de chicas... un libro de mujer... otra desgarrada polémica que... un simple hombre como yo apenas puede... un estudio brillante, pero básicamente confuso, sobre la histeria femenina... falta de objetividad femenina... esta pretendida novela... que intenta escandalizar... los gastados trucos de los anti-novelistas... hasta cuándo tendrá el pobre crítico que... las habituales, aburridas y obligatorias referencias al lesbianismo... negación de la profunda polaridad sexual... una negativa demasiado femenina a enfrentarse a los hechos... brusquedad pseudo-masculina... a nivel de revista femenina... temas triviales, tales como el trabajo doméstico, y los esperados gritos de... aquellas que se regodearon con la castradora Kate... desafortunadamente asexuado en su enfoque... vaciedades... una rebuscada protesta contra... un violento aguijonazo... una impresionante autocompasión que mina cualquier posibilidad... deslavazada... incapacidad para asumir el papel femenino que... la predecible furia ante la anatomía se desplaza... carente de la dulzura y compasión que tenemos derecho a esperar de... la anatomía es el destino... el destino es la anatomía... aguda y divertida, pero sin verdadero peso ni nada que vaya más allá del tópico... puro y simple mal... nosotras «queridas señoras», a quien Russ descarta, por desgracia no sentimos... efímera basura, cohetes de la guerra de los sexos... una femenina falta de experiencia...

Q.E.D. *Quod erat demonstrandum*. Queda demostrado.

IV

Janet ha empezado a seguir a desconocidos por la calle; ¿qué va a ser de ella? Lo hace por curiosidad o por irritarme; siempre que ve a alguien que le interesa, hombre o mujer, da la vuelta automáticamente (tarareando una cancioncilla, da-din, da-ra) y sigue andando en dirección opuesta. Cuando la whileawayana 1 se encuentra con la whileawayana 2, la primera pronuncia una palabra compuesta que puede traducirse como «¿Hola-sí?», cuya respuesta puede ser la misma palabra repetida (sin entonación interrogante), «Hola-no», «Hola» solamente, silencio, o «¡No!» «Hola-sí» significa *Quiero iniciar una conversación*; «Hola» significa *No me importa que te quedes aquí, pero no quiero hablar*; «Hola-no» *Quédate si te apetece, pero no me molestes*; silencio, *te agradeceré que te marches*; *Estoy de pésimo humor*. El silencio acompañado de un rápido movimiento de cabeza, *No estoy de mal humor, pero tengo otros motivos para desear estar sola*. «¡No!» significa *Lárgate o te haré algo que no te va a gustar*. (En contraste con nuestras costumbres, la primera en llegar es quien tiene la iniciativa, puesto que la whileawayana 1 ya ha tenido algún alivio o placer disfrutando de un banco o unas flores o una montaña o lo que hubiera al alcance.) Cualquiera de estas respuestas sirve de saludo, naturalmente.

Le pregunté a Janet qué ocurriría si ambas whileawayanas dijeran «No.»

—Oh —dijo (aburrida)—, se pelean.

»Generalmente, una de las dos sale corriendo —añadió.

Janet está sentada junto a Laura Rose en mi sofá marrón, medio dormida, medio acostada en su amiga en una actitud confiada, la cabeza apoyada sobre el firme hombro de Laur. Una joven tigresa con su cachorro grande y tierno. En su somnolencia Janet se ha quitado diez años de ansiedad y diez kilos de intentar-impresionar-a-los-demás; debe parecer mucho más joven y tonta entre su gente; trabajando en el tomatal o atrapando vacas perdidas; cuál es la misión de las oficialas de Paz y Seguridad es algo que se me escapa. (Una vaca se coló en el salón de las montañas y obligó a una forastera a retroceder hasta atravesar la pared de espuma, al intentar entablar conversación con ella —las whileawayanas tienen la manía de mejorar las capacidades de los animales domésticos—; fue empujando a la visitante con el hocico y diciendo con un potente mugido: «¿Amigas? ¿Amigas?», como un monstruo de película, hasta que una montañesa la echó: *No quieres molestar, ¿verdad? Quieres que te ordeñen, ¿verdad? Anda, vamos*).

—Cuéntanos sobre la vaca —dice Laura Rose—, cuéntale a Jeannine —que está procurando en vano fundirse en la pared, Oh, espanto, esas dos mujeres están en contacto.

—No —farfulla Janet, adormilada.

—Entonces cuéntanos sobre las Zdubakov —dice Laur.

—¡Eres una pelmaza! —dice Janet, sentándose bien derecha.

—Venga, jirafa —dice Laur—. ¡Cuenta!

Ha bordado ramos de flores en su chaqueta de algodón y sus vaqueros, y una rosa roja en la bragueta, pero no lleva esta ropa en casa, sino solamente de visita.

—Eres una condenada bestia —dice Janet—. Te contaré algo para endulzar tu ánimo. ¿Quieres oír la historia de la cabra de tres patas que saltó sobre el polo norte?

—No —dice Laur.

Jeannine se extiende como una película de aceite; se esfuma en el interior de un armario, tapándose los oídos.

—¡Cuenta! —dice Laur, retorciéndome el meñique.

Hundió la cara en las manos. Ay, no. Ay, no. Laura debe oírlo. Me besa en el cuello y en la oreja en un arrebató por todas las cosas horrosas que hago como SP; me enderecé y me balanceé hacia delante y hacia atrás. Vuestro problema es que la muerte no os estimula. A mí me hace temblar de pies a cabeza. Alguien a quien no conocía me dejó una nota diciendo lo de siempre: *Me río de ti, no existes, me largo*, porque tenemos un espíritu de colaboración tan endiablado que nos sale una faceta solipsística, ¿comprendes? Así que me fui a la montaña y la encontré; conecté mi altavoz a trescientos metros de Elena Twason y dije:

—Vaya, vaya, Elena, no deberías tomarte unas vacaciones sin notificárselo a tus amigas.

—¿Vacaciones? —dijo ella—. ¿Amigas? No me cuentes historias, chica. Ya leíste mi carta.

Y entonces empecé a comprender que no tenía que haberse vuelto loca para hacer lo que había hecho, lo cual era terrible.

—¿Qué carta? —dije—. Nadie ha encontrado una carta.

—Se la comería la vaca. Pégame un tiro. Yo no creo que estés ahí, pero mi cuerpo sí lo cree; creo que mis tejidos creen en la bala, que tú no crees en ti misma, y que eso me matará.

—¿Vaca? —dije yo, ignorando lo demás—. ¿Qué vaca? Las Zdobakov no criáis vacas. Os dedicáis a las verduras y a las cabras, si no me equivoco. Deja de tomarme el pelo, Elena. Vuelve; saliste a estudiar botánica y te perdiste, eso es todo.

—Oh, *nena* —dijo de manera despreocupada y alegre—; oh, *pequeña*, no deformes la realidad. No te burles de las dos.

A pesar de sus insultos, continué intentándolo.

—Qué pena que estés perdiendo el oído a los sesenta años, Elena. O quizá soy yo quien no oye bien. Me pareció que habías dicho otra cosa. Pero el eco de este maldito valle lo hace todo ininteligible; juraría que te había propuesto una confabulación ilegal para una falsedad y que tú, como mujer cuerda y sensata, habías aceptado.

Veía su cabello blanco a través de los gemelos; podía haber sido mi madre. Perdón por el tópico, pero es verdad. A menudo las fugitivas intentan matarte, así que me puse lo más al descubierto que pude, pero ella no se movió. ¿Agotada? ¿Enferma? No ocurrió nada.

—¡Elena! —grité—. Por las entrañas de Dios, ¿quieres bajar, por favor?

Agité los brazos como un poste de señales. Pensé: *Esperaré hasta la mañana, por lo menos. Puedo hacer eso.* En mi mente ambas cambiamos de sitio varias veces, actuando las dos del modo más ilegal posible dentro de nuestras respectivas posiciones, pero yo seguramente podría inventar alguna historia. Mientras yo la observaba, empezó a descender la ladera, una mancha de cabello blanco asomando entre el follaje otoñal como la cola de un ciervo. Riendo por lo bajo, balanceando perezosamente un palo que había cogido: una ramita pequeña y débil, tan seca que se partiría en cuanto chocara con algo. Yo la seguí como un fantasma; las montañas están tan hermosas en esa época del año, todo arde sin calor. Creo que ella estaba gozando, habiéndose situado, como si dijéramos, fuera del alcance de las consecuencias; ella continuó su paseo hasta que estuvimos muy cerca, tanto que podíamos hablar cara a cara, quizá a la distancia que estamos tú y yo. Se había hecho una corona de hojas escarlatas y se la puso en la cabeza, algo ladeada porque era un poco demasiado grande. Me sonrió.

—Enfréntate con la realidad —dijo. Y luego, con una expresión de inefable alegría y arrogancia—: Mata, matadora.

Así que disparé.

Laur, que ha estado escuchando atentamente todo el rato, diablillo sanguinario, coge la cara de Janet entre sus manos.

—Oh, vamos. Le disparaste un narcótico, nada más. Me lo dijiste. Un dardo con un narcótico.

—No —dijo Janet—. Soy una mentirosa. La maté. Utilizamos balas explosivas porque ésa es la distancia a la que trabajamos casi siempre. Tengo un rifle del tipo que tú habrás visto a menudo.

—¡Aaaah! —es el irritado e incrédulo comentario de Laura Rose. Se acerca a mí—. ¿Tú lo crees?

(Tendré que arrancar a Jeannine de la carpintería con las dos manos.) Aún enfadada, Laur pasea por la habitación con los brazos en la espalda. Janet está dormida o finge estarlo. Me pregunto qué hacen Laur y Janet en la cama; ¿qué piensan las mujeres de las mujeres?

—No me importa lo que penséis de mí ninguna de vosotras —dice Laur—. ¡Me gusta! Dios, me gusta la idea de hacerle algo a alguien en vez de que me lo hagan a mí. ¿Por qué estás en Seguridad y Paz si no te agrada?

—Ya te lo dije —responde Janet suavemente.

—Ya sé, alguien tiene que hacerlo. ¿Por qué tú?

—Me nombraron.

—¿Por qué? ¡Porque eres mala! Eres dura.

(Sonríe ante su propia extravagancia. Janet se incorpora, tambaleándose un poco, y se golpea en la cabeza.)

—Cielo, yo no sirvo para mucho, compréndelo. Trabajo agrícola o forestal, ¿qué otra cosa? Tengo ciertas dotes para desenmarañar los asuntos humanos, pero no es exactamente inteligencia.

—¿Y ése es el motivo de que seas una emisaria? —dice Laur—. No esperarás que me lo crea.

Janet contempla mi alfombra. Bosteza, haciendo crujir su mandíbula. Entrelaza las manos sobre el regazo, recordando quizá lo que había sentido transportando el cadáver de una mujer de sesenta años montaña abajo: primero había sido algo muy triste, luego, horrible, después, solamente desagradable, y, por último, algo que había que hacer.

—Soy lo que tú llamas una emisaria —dijo despacio, volviendo la cabeza cortésmente hacia Jeannine y hacia mí— por la misma razón por la que fui una SP, porque estoy disponible, querida. Laura, la inteligencia whileawayana está restringida a un espectro mucho más limitado que el vuestro; no sólo somos mucho más listas

por término medio, sino que la extensión a ambos lados de esa media es mucho menor. Esto nos ayuda a convivir. También nos hace extremadamente intolerantes al trabajo rutinario. Sin embargo, hay alguna variación.

Se recuesta en el sofá, con los brazos detrás de la cabeza. Habló al techo. Soñando, quizá. ¿Con Vittoria?

—Oh, cariño —dijo—, estoy aquí porque pueden prescindir de mí. Fui una SP porque podían prescindir de mí. Hay un único motivo, Laur, y es bien sencillo.

«*Soy estúpida.*»

Janet se duerme o lo finge, Joanna hace calceta (ésa soy yo), Jeannine está en la cocina. Laura Rose, aún rencorosamente crispada, como un indomable Genghis Khan, coge un libro de mi estantería y se tumba boca abajo en la alfombra. Creo que está leyendo un libro de arte, algo que no le interesa. La casa parece dormida. En el desierto que hay entre nosotras tres, empieza a tomar forma la difunta Elena Twason Zdobakov; yo le confiero los ojos de Janet, algo de la impaciente fortaleza de Laura, aunque modificada por el leve temblor de la vejez: una piel apergaminada, una sonrisa, los músculos de sus gastados brazos como cuerdas, su blanca pelambreira escuetamente cortada. El vientre de Elena está blando a causa de la edad, su rostro arrugado, un rostro que nunca fue atractivo, semejante al de un caballo extraordinariamente inteligente y afectuoso: largo y jocoso. Las líneas que rodean su boca le dan un aspecto cómico. Lleva un absurdo conjunto de pantalón corto y camisa color kaki, que las whileawayanas no llevan nunca en realidad, pero yo se lo adjudico. Tiene agujeros en las orejas Su ramita se ha convertido en una pipa de jade grabado con escenas de viñedos, escenas de gente cruzando un puente, gente batiendo el lino, procesiones de cocineros y portadores de grano. Lleva un racimo de grosellas detrás de una oreja. Elena está a punto de hablar; emana una corriente de fuerza personal, una impresionante complejidad, una inteligencia tan poderosa que a pesar de mí misma le abro los brazos a ese cuerpo imposible, a esa alma que camina, a esta abuela de alguien que pudo decir a su asesina legal con tan tremendo empuje: «Enfréntate a la realidad, chiquilla.» Ningún hombre de nuestro mundo se atrevería a tocar a Elena. Con el pijama rojizo whileawayano, con un mono de seda plateado, con los metros de brocado lunar en que se envuelven las whileawayanas por gusto, resultaría una hermosa Elena. Elena Twason Zdobakov envuelta en una tira de brocado de seda, mordisqueando una punta de la tela. Sería delicioso practicar el juego erótico con Elena Twason; lo siento en mis labios y en mi lengua, en las palmas de las manos, en toda la piel. Lo siento abajo, en el sexo. ¿Debo reír o llorar? Está muerta, sin embargo —muerta asesinada—, así que las viejas piernas de Elena Twason nunca se entrelazarán con las mías, ni se balancearán saliendo de la concha de una computadora, entrecruzando los dedos de los pies, mientras ella y la computadora se cuentan chistes divertidísimos. Su muerte fue un chiste malo. Me

encantaría hacer el amor piel contra piel con Elena Twason, pero ella está muerta gracias al Dios masculino y Jeannine puede emerger de la carpintería, tiritando. Laur y Janet se han dormido juntas en el sofá, como si estuvieran en un dormitorio común whileawayano, que no se usa para orgías, como podrías pensar, sino para las personas que están solas, para las niñas y para aquellas que tienen pesadillas. Añoramos aquellos sueños abrazados a cuerpos cálidos y peludos que disfrutamos en el albor de los tiempos, antes de que a algún cretino progresista le diera por la gratificación diferida y la chispa de pedernal.

—¿Qué es esto? —murmuró Jeannine, mostrándome algo furtivamente, para que lo inspeccionara.

—No lo sé, ¿es una pistola? —dije (tenía un mango)—. ¿De quién es?

—Lo encontré sobre la cama de Janet —dijo Jeannine en un murmullo—. Estaba allí. Creo que lo sacó de la maleta. No puedo imaginar qué es. Lo sujetas por el mango y, si das a este botón, vibra por un extremo, aunque no veo para qué, y otro botón hace que esta pieza suba y baje. Pero esto parece un accesorio. No está tan usado como lo demás. El mango es fantástico, todo tallado y decorado.

—Déjalo en su sitio —dije.

—Pero ¿qué es? —insistió ella.

—Un aparato de comunicaciones whileawayano —contesté—. Devuélvelo, Jeannine.

—Oh —dijo.

Me miró, dudosa, y luego a las durmientes. Janet, Jeannine, Joanna. Cuantas jotas reunidas.

—¿Es peligroso? —preguntó.

Asentí enfáticamente.

—Infinitamente —dije—. Puede hacerte estallar.

—¿Toda entera? —dijo Jeannine, sosteniendo la cosa temerosamente con el brazo extendido.

—Lo que hace con tu cuerpo —dije, eligiendo las palabras cuidadosamente— no es nada comparado con lo que hace con tu mente. Destruiría tu mente. Estallaría en tu cerebro y te volvería loca. Nunca volverías a ser la misma. Estarías perdida para la respetabilidad y el decoro y la decencia y la dependencia y otras cosas normales y buenas que empiezan con D. Te mataría, Jeannine. Quedarías muerta, muerta, muerta.

»Ponlo en su sitio.

(En Whileaway estos encantadores chismes son bienes hereditarios. Se regalan cuando se presenta la primera menstruación, y se ofrecen después de soplar vidrio, modelar cerámica, pintar cuadros, bailar en corro y otras tonterías a las que se entregan las celebrantes en honor de la niña cuya fiesta se celebra. Hay muchos besos y mucho estrechar de manos. Esta es sólo la presentación formal, claro; existen

modelos baratos y vulgares, que nadie regalaría, a la disposición de cualquiera desde mucho antes. A menudo las whileawayanas les cogen cariño, como nos pasa a ti o a mí con un tocadiscos estéreo o un coche deportivo, pero a pesar de todo, una máquina no es más que una máquina. Janet se ofreció más tarde a prestarme la suya, puesto que Laur y ella ya no la necesitaban.)

Jeannine se quedó allí con expresión de extraordinaria desconfianza: Eva y el instinto hereditario que le dice que tenga cuidado con todas las manzanas. La cogí por los hombros, repitiéndole que se trataba de un aparato de radar. Que era extremadamente peligroso. Que estallaría si no tenía cuidado. Luego la empujé fuera de la habitación.

—*Ponlo en su sitio.*

V

Jeannine, Janet, Joanna. Va a suceder algo. Bajé las escaleras, en albornoz, a las tres de la madrugada, incapaz de dormir. Esta casa debería estar plagada de espías, vigilando a nuestra diplomática de las estrellas y a sus infernales y pervertidas amigas, pero no hay nadie. Me encontré a Jeannine en la cocina, en pijama, buscando el cacao. Janet, todavía vestida con un pantalón y un suéter, estaba leyendo sobre la mesa de la cocina, con los ojos hinchados por la falta de sueño. Tomaba notas de *An American Dilemma and Marital Patterns of Nebraska College Sophomores, 1938-1948*, de Gunnar Myrdal.

Jeannine dijo:

—Yo intento tomar las decisiones correctas, pero las cosas no me salen bien. No sé por qué. Otras mujeres son tan felices. Yo era muy buena estudiante de pequeña y me gustaba horrores el colegio, pero luego, a eso de los doce años, todo cambió. Ya sabes lo que pasa, otras cosas te parecen más importantes. No es que yo no sea atractiva; soy bastante guapa, quiero decir que estoy bien, no que sea una belleza. Pero con eso basta. Me encantan los libros, me encanta leer, y también pensar, pero Cal dice que eso no es más que soñar despierta; yo no sé. ¿Tú qué crees? También tengo a mi gato, «Mr. Frosty», ya le has visto, y le quiero muchísimo, todo lo que se puede querer a un animal, supongo; ¿pero se puede construir una vida a base de libros y un gato? Quiero casarme. Está ahí, sabes, a veces al salir del ballet o del teatro, casi lo siento, sé que si pudiera volverme en la dirección adecuada, lo alcanzaría con la mano y lo cogería. Las cosas mejorarán. Supongo que lo que me pasa es que estoy atrasada en mi desarrollo emocional. ¿Crees que si me casara me gustaría más hacer el amor? ¿Crees que hay algo de culpa inconsciente... porque Cal y yo no estamos casados? Yo no me siento culpable, pero si es inconsciente, no lo sientes, ¿verdad? A

veces me pongo realmente triste, realmente mal, pensando: ¿y si envejezco así? ¿Y si llego a los cincuenta o sesenta y todo sigue lo mismo? Es horrible... pero, claro, eso es imposible. Es ridículo. Tengo que ocuparme en algo. Cal dice que soy espantosamente perezosa. Vamos a casarnos —¡maravilloso!— y mi madre está encantada, porque ya tengo veintinueve años. En la cuerda floja, ya sabes, ¡juntos! A veces pienso en anotar en un cuaderno mis sueños porque son muy interesantes y complicados, pero aún no lo he hecho. Quizá no lo haga; es una estupidez. ¿No crees? Mi cuñada es feliz y sé que mi madre también lo es; y Cal tiene planeado un gran futuro. Y si yo fuera gato, sería mi gato, «Mr. Frosty», y estaría insoportablemente mimada (dice Cal). Lo tengo todo, pero no soy nada feliz. A veces deseo morirme.

Entonces Joanna dice:

—Cuando terminamos de hacer el amor, él se volvió hacia la pared y dijo: «Eres deliciosa. Eres sensual. Deberías llevar el pelo largo y mucho maquillaje en los ojos y ropa ajustada.» ¿Y eso qué tiene que ver con nada? Me quedé perpleja. Tengo un demonio del orgullo y un demonio del desaliento; a los diecisiete años solía irme a las colinas (esto es un eufemismo poético de un campo de golf en las afueras) y allí, de rodillas, lo juro, arrodillada, lloraba en alto, me retorció las manos y gritaba: ¡Soy poeta! ¡Soy Shelley! ¡Soy un genio! ¡Qué tiene esto que ver conmigo! La absoluta incoherencia. La inanidad de todo. Señora, se le ve la enagua. Cuando tenía once años, pasé delante de un chico de octavo, que murmuró entre dientes: «Menéalo, pero no lo rompas.» Mi carrera de objeto sexual asexuado había empezado. A los diecisiete, tuve una horrorosa conversación con mi madre y mi padre en la que me explicaron lo estupendo que era ser una chica: Los vestidos bonitos (¿por qué está la gente tan obsesionada con eso?) y no tener que escalar el Everest, sino quedarme escuchando la radio y comiendo bombones mientras mi Príncipe lo hacía. Cuando tenía cinco años, mi indulgente papá me dijo que él hacía salir el sol cada mañana y yo manifesté mi escepticismo. «Obsérvalo mañana y ya verás», dijo. Aprendí a observar su cara en busca de pistas respecto a lo que debía hacer o decir, o, incluso, ver. Durante quince años me enamoré de un hombre diferente cada primavera, como un reloj de cuco enloquecido. Amo mi cuerpo tiernamente, y, sin embargo, copularía con un rinoceronte si así pudiera dejar de ser mujer. Hay el entrenamiento de vanidad, el entrenamiento de obediencia, el entrenamiento de autonegación, el entrenamiento de deferencia, el entrenamiento de dependencia, el entrenamiento de pasividad, el entrenamiento de rivalidad, el entrenamiento de estupidez y el entrenamiento de pacificación. ¿Cómo voy a compaginar esto con mi vida intelectual, mi soledad, mi trascendencia, mi cerebro y mi temerosa ambición? Fracasé miserablemente y pensé que era culpa mía. No se puede conciliar el hecho de ser mujer con el hecho de ser humana como no se puede conciliar la materia con la antimateria; están concebidas

para ser inestables juntas y producen la misma tremenda explosión en la cabeza de la desgraciada chica que crea en ambas.

»¿Te gusta jugar con los críos ajenos... durante diez minutos? ¡Estupendo! Esto demuestra que tienes Instinto Maternal, y serás siempre desdichada si no tienes un hijo propio inmediatamente (o tres o cuatro) y cuidas de esa pobre víctima veinticuatro horas al día, siete días a la semana, cincuenta y dos semanas al año, durante dieciocho años, tú sola. (No esperes mucha ayuda.)

»¿Te sientes sola? ¡Magnífico! Esto prueba que eres una mujer Incompleta; cádate y sirve a tu marido, anímale cuando esté bajo de forma, enséñale técnicas sexuales (si él quiere), alaba la suya (si él lo prefiere), ten una familia si él lo desea, síguelo si cambia de ciudad, consigue un trabajo si él necesita que trabajes, y esto también siete días a la semana, cincuenta y dos semanas al año por los siglos de los siglos amén, a menos que te encuentres divorciada con (probablemente dos) niños pequeños. (Siendo una arpía también te perjudicas, ¿qué te has creído?)

»¿Te gusta el cuerpo de los hombres? ¡Estupendo! Esto está empezando a ser tan bueno como casarse. Quiere decir que posees verdadera femineidad, lo cual está muy bien, a menos que quieras hacerlo con él debajo y tú encima, o de cualquier forma que no sea la que a él le gusta, o que no llegues en dos minutos, o que no quieras hacerlo, o que cambies de opinión a medio camino, o que te pongas agresiva, o que manifiestes tu inteligencia, o que te quejes de que nunca te habla, o le pidas que te lleve a algún sitio, o dejes de ensalzarle, o te preocupes de que te respete, o te moleste que te describa como a una puta, o llegues a sentir afecto por él (ver mujer Incompleta, arriba) o protestes por la rapacidad a la que tienes que enfrentarte y de la has de defenderte tan implacablemente...

»Soy un poste telegráfico, un marciano, un parterre de rosas, un árbol, una lámpara de pie, una cámara, un espantapájaros. No soy una mujer.

»Bueno, no es culpa de nadie, ya lo sé (esto es lo que se supone que debería pensar). Conozco y apruebo plenamente y acato y admiro y obedezco absolutamente la doctrina de No Es Culpa De Nadie, la doctrina del Cambio Gradual, la doctrina de las Mujeres Tienen Más Capacidad De Amar Que Los Hombres, y por lo tanto, debemos ser santas (¿santas guerreras?), la doctrina de Es Un Problema Personal.

(Selah, selah, hay un solo Profeta Verdadero y eres Tú, no me mates, amo, yo ser ignorante.)

»Ves ante ti a una mujer en una trampa. Esos tacones de aguja que te rebanan el talón. La intensa necesidad de sonreír a todo el mundo. La servil (pero respetable) adoración: Si no me quieres me muero. Como la hija de mi amiga, de nueve años, grabó trabajosamente en su bloque de linóleum durante la clase de labores manuales: Soy como se espera que sea. De lo contrario me mataría. Rachel.

»¿Puedes creer —y oírlo sin reírte— que durante años mi secreta ambición de

adolescente, aún más importante que lavarme la cabeza, y que no le hubiese contado a *nadie*... era resistir indomable e insobornable como Juana de Arco o Galileo...?

»¿Y sufrir por la verdad?

Así que Janet dijo:

—La vida tiene que acabar. ¡Qué lástima! A veces, cuando una está sola, el universo se comprime en las propias manos: una plétora de alegría, una organizada plenitud. Los pliegues iridiscentes, verde pavo real, de las montañas del Continente Sur, el cielo azul cobalto, la blanca luz del sol que hace que todo parezca demasiado real para ser cierto. La existencia de la existencia siempre me asombra. Me decís que a los hombres les gusta el desafío, que es el riesgo lo que les hace verdaderamente hombres, pero si yo —una extraña— puedo aventurar una opinión, lo que nosotras sabemos más allá de toda duda es que el mundo es un baño; nos bañamos en el aire; como dijo Santa Teresa, el pez está en el mar y el mar está en el pez. Me figuro que las ventanas de vuestras iglesias antiguas pretendían mostrar los rostros de los fieles bañados en esa luminosidad emblemática. ¿De verdad queréis correr riesgos? Inocularos la peste bubónica. ¡Qué estupidez! Cuando ese sol intelectual se levanta, el césped puro se alarga bajo la montaña de cristal; bajo esa pura luz intelectual no hay ya ni pigmento material ni verdadera sombra. ¿Qué valor tiene el ego entonces?

»Me contáis que los sapos encantados se convierten en príncipes, que las ranas, bajo un encantamiento, se vuelven princesas. ¿Y eso qué? El romanticismo es malo para la mente. Os contaré una historia sobre la Vieja Filósofa Whileawayana; es un personaje de leyenda entre nosotras, graciosa de un modo raro, lo que nosotras llamamos “cosquillosa”. La Vieja Filósofa Whileawayana estaba sentada con las piernas dobladas rodeada de sus discípulas (como siempre) cuando, sin la menor explicación, se introdujo los dedos en la vagina, los sacó, y preguntó: “¿Qué tengo aquí?”

»Todas las discípulas reflexionaron profundamente.

»—La vida —dijo una joven.

»—El poder —dijo otra.

»—Las labores domésticas —dijo una tercera.

»—El paso del tiempo —dijo la cuarta— y la trágica irreversibilidad de la verdad orgánica.

»La Vieja Filósofa lanzó una carcajada. Le divertía enormemente esta pasión por fabricar mitos.

»—Ejercitad vuestra imaginación proyectiva con gente que no pueda responderos —dijo.

»Y abriendo la mano, les mostró que sus dedos estaban perfectamente limpios de sangre, en parte porque ella tenía ciento tres años y hacía mucho tiempo que había pasado la menopausia, y en parte porque había muerto esa mañana. Entonces golpeó

fuertemente a sus discípulas en la cabeza y en los hombros con su muleta, y se esfumó. Instantáneamente dos de las discípulas alcanzaron la Revelación, la tercera se enfureció violentamente por la impostura y se marchó a las montañas a vivir como una ermitaña, mientras que la cuarta —totalmente desilusionada de la filosofía, y concluyendo que era un juego de locos— dejó de filosofar para siempre y se dedicó al dragado de puertos. No se sabe qué fue del fantasma de la Vieja Filósofa. Pero la moraleja de esta historia es que todas las imágenes, ideales, figuras y representaciones fantásticas tienden a desvanecerse más pronto o más tarde, a menos que tengan la gran suerte de ser exudadas desde dentro, como las secreciones humanas o la pelusilla de las uvas. Y si crees que la pelusilla de las uvas es románticamente hermosa, deberías saber que en realidad se trata de una película de parásitos fermentarlos ensañándose con la fruta y devorando su azúcar, lo mismo que la piel humana (examinada con muchos aumentos, lo reconozco) resulta ser iridiscente por la multitud de plantillas, los enjambres de bichitos, y toda la escoria que dejan sus cadáveres. Y de acuerdo con los conceptos whileawayanos de lo correcto, así es como debe ser y es motivo de infinito regocijo.

»Después de todo, ¿por qué denigrar a los sapos? Los príncipes y princesas son imbéciles. En vuestros cuentos no hacen nada interesante. Ni siquiera son reales. Según vuestros libros de historia superasteis la etapa de organización feudal en Europa ya hace algún tiempo. Los sapos, en cambio, están cubiertos de mucosidad, que ellos encuentran deliciosa; sufren agonías de apasionado deseo durante las cuales se abrazan a un palo, a un dedo, si no encuentran nada mejor, y experimentan raptos de gozo metafísico (de naturaleza sáptica, por supuesto) que sé manifiestan abiertamente en sus bellos ojos crisoberilianos.

»¿Cuántos príncipes o princesas pueden decir otro tanto?

Joanna, Jeannine y Janet. Qué fiesta de Jotas. Alguien está coleccionando Jotas.

Estábamos en otro sitio. Quiero decir que ya no estábamos en la cocina. Janet seguía vestida con el pantalón y el suéter, yo, con mi albornoz, y Jeannine, con su pijama. Jeannine llevaba en la mano una taza de cacao medio vacía con una cuchara metida dentro.

Pero estábamos en otro sitio.

OCTAVA PARTE

I

¿Quién soy yo?

Yo sé quién soy, pero ¿cuál es mi marca de fábrica?

Yo, con una nueva cara, una máscara tumefacta. Colocada sobre la antigua en tiras de plástico que hacen daño al arrancarlas, una careta de vampiro rubio encima de un uniforme de las SS. Yo era delgada como un pato, exceptuando las manos, que habían recibido un tratamiento similar, y esa impresionante cara. Hice esto una vez por un asunto mío, del cual hablaré más tarde, y asusté a los idealistas chiquillos que vivían abajo. Sus delicadas pieles enrojecieron de indignado horror. Sus claras voces juveniles se elevaron en una canción (a las tres de la mañana).

No lo hago a menudo (digo yo, la vampira), pero es una espléndida técnica para el ascensor poner el índice contra la nuca de alguien al pasar por el cuarto piso, sabiendo que él nunca se enterará de que no estás por completo allí.

(Perdón. Pero cuidado.)

II

¿A quién crees que encontramos en aquella negrura matronil sino a La Mujer Que No Tiene Marca De Fábrica?

—Supongo que os estaréis preguntando —dijo (y yo gocé su gozo de mi gozo de su gozo de la frase hecha)— por qué os traje aquí.

Así era.

Nos preguntábamos por qué estábamos en el cuarto de estar de una buhardilla de paredes blancas, que daba sobre el East River, decorada con unos muebles ultramodernos y de ángulos tan agudos que podrían pincharte, con un bar que cubría toda una pared, con una segunda pared tapizada enteramente de terciopelo negro como si fuera un escenario, y la tercera, toda de cristal, a través del cual la ciudad parecía distinta de como yo la recordaba.

Resulta que J (así la llamaré) es verdaderamente aterradora, porque es invisible. Contra las cortinas negras su cabeza y sus manos flotan siniestramente desconectadas, como marionetas controladas por hilos separados. En el techo hay pequeños focos que iluminan en marcado claroscuro su cabello gris, su cara surcada y

su sonrisa algo macabra, porque sus dientes parecen una tira continua de acero. Se destacó contra la pared blanca como un agujero en forma de mujer, una silueta de cartón negro; con una encantadora sonrisa oblicua, se llevó una mano a la boca para sacar algo o para meterlo, ¿ves? Una dentadura auténtica. Esas manos incorpóreas, casi lisiadas, se entrelazan. Se sentó en el sofá de cuero negro y volvió a esfumarse; sonrió y al hacerlo se quitó quince años; tiene el pelo plateado, no gris, y no sé qué edad tiene. ¡Cómo nos quiere! Se inclina y nos habla con una voz ronca estilo Greta Garbo. Jeannine se ha hundido en unas planchas de cristal que pretenden ser una silla; su taza y su cuchara tintinean una charla sin sentido. Janet está erguida y dispuesta a todo.

—Me alegro mucho, muchísimo —dice J suavemente.

No le importa que Jeannine sea cobarde. Le dirige el calor de una sonrisa que ninguna de nosotras ha recibido nunca, una mirada acogedora y cariñosa, por obtener la cual Jeannine pasaría por sangre y por fuego, ese amor maternal cuya carencia cala hasta los huesos.

—Me llamo Alice Razonadora —dijo J—, bautizada como Alice-Jael; soy empleada del Departamento de Etnología Comparada. Mi nombre de guerra es Dulce Alice, ¿podéis creerlo? —(una risa suave y culta)—. Mirad a vuestro alrededor y daos la bienvenida; miradme y dadme la bienvenida; bien venida yo.

E inclinándose hacia delante, una figura recortada con un molde de galletas sobre el vacío, con placentera astucia y gesto sincero, Alice-Jael nos contó lo que sin duda habréis adivinado hace mucho, mucho tiempo.

III

(Su verdadera risa es el peor sonido humano que oí nunca: un alarido duro y chirriante que termina en jadeos y sollozos enmohecidos, como si un cuervo mecánico, sobre un gigantesco montón de basura en la superficie lunar, estuviese lanzando un graznido por la muerte de toda vida orgánica. No obstante, a J le gusta. Es su risa *íntima*. Alice está lisiada, además; se cogió las puntas de los dedos —dice— en una prensa y se le están poniendo cancerosos; es cierto que si los miras de muy cerca se ven unos pliegues de piel desprendida y muerta sobre el borde de las uñas. También tiene unas cicatrices en forma de horquilla detrás de las orejas.

IV

Con sus puntiagudas uñas, pintadas de plata para llamar la atención, Alice-Jael

juguetea con la falleba de la ventana; el East River se nubla para revelar — sucesivamente— una mañana desértica, una playa de lava negra y la superficie de la Luna. Está sentada, contemplando las imágenes que cambian, y golpeando levemente con sus tañas plateadas sobre el sofá. La viva imagen del aburrimiento. Si te acercas, verás que sus ojos son plateados, de lo más antinatural. Se me ocurrió que llevábamos media hora observando a esta mujer y sin pensar ni un segundo en lo que podía estar sucediendo a nuestro alrededor o a nosotras o detrás de nosotras. ¿El East River?

—Una concepción de artista —dijo.)

V

—Soy —dijo Jael Razonadora— empleada del Departamento de Etnología Comparada y especialista en disfraces. Se me ocurrió hace varios meses que podía encontrar a mis otros yo en la gran extensión gris del podía-haber-sido, así que me dediqué —por razones en parte personales y en parte políticas, de las cuales os hablaré luego— a atraparos a las tres. Fue un trabajo difícil. Yo soy una mujer de acción, no una teórica, pero debéis saber que cuanto más cerca de tu planeta viajes, más energía consumes, tanto para discriminar entre mínimos grados de diferencia como para transportar objetos de un universo de probabilidad a otro.

»Si admitimos entre los universos de probabilidad cualquiera en el cual las leyes de la realidad física sean diferentes de las nuestras, tendremos un número infinito de universos. Si nos limitamos a las leyes de la realidad física que conocemos, tendremos un número restringido. Nuestro universo es cuántico; por tanto las diferencias entre posibles universos (aunque muy pequeñas) deben ser cuánticas, y el número de tales universos finito (aunque grande). Considero que ha de ser posible distinguir las menores diferencias —por ejemplo, la de un cuántum de luz— porque de no ser así no podríamos encontrar el camino al mismo universo una y otra vez, ni podríamos regresar al propio. La teoría actual confirma que no podemos regresar a nuestro propio pasado, sino solamente al de otras personas; igualmente, no es posible viajar al propio futuro, sino sólo al de los demás, y en ningún caso se puede lograr que estos movimientos den como resultado un viaje en línea recta; *desde ningún punto de partida*. El único movimiento posible es el movimiento en diagonal. Como podéis ver, las clásicas paradojas del viaje en el tiempo no se aplican... no podemos matar a nuestra abuela y por tanto dejar de existir, ni viajar a nuestro futuro y vivirlo por anticipado, por ejemplo. Yo tampoco puedo, una vez que he tomado contacto con vuestro presente, viajar a vuestro pasado o vuestro futuro. Lo mejor que puedo hacer para encontrar mi futuro es estudiar uno muy próximo al mío, pero entonces el costo de energía resulta prohibitivo. Las investigaciones de mi Departamento, en

consecuencia, se realizan en regiones medianamente alejadas de nuestro mundo. Si vas demasiado lejos, te encuentras una Tierra demasiado próxima al Sol o demasiado distante o inexistente o carente de vida; si te quedas demasiado cerca cuesta excesivamente caro. Operamos en un área óptima relativamente pequeña. Además, yo estaba haciendo esto sola, por supuesto, lo cual significa que tengo que robar toda la condenada operación.

»Tú, Janet, eres casi imposible de encontrar. El universo en el cual existe tu Tierra ni siquiera lo registran nuestros instrumentos; tampoco aquellos que están en una considerable extensión a ambos lados de vosotras; llevamos años tratando de averiguar por qué. Además estáis demasiado cerca de nosotros para que resulte económicamente viable. Yo había localizado a Jeannine; a Joanna, no; tú, muy amablemente, diste un paso al frente y te hiciste tan visible como un faro; te he tenido fichada desde entonces. Os reunisteis las tres, y yo tiré de vosotras hacia mí. Miraos.

»Los modelos genéticos se repiten a veces de un posible universo presente a otro; éste es también uno de los elementos que pueden variar entre universos. Además, hay repetición de genotipos en el futuro lejano, a veces. Aquí está Janet, desde el futuro lejano, pero no vuestro futuro ni el mío; aquí estáis vosotras dos, que provenís casi del mismo momento en el tiempo (¡pero no como lo veis vosotras!), ambos momentos tan sólo un poco detrás del mío; sin embargo, yo no tendré lugar en el mundo de ninguna de las dos. Somos menos parecidas que los gemelos idénticos, ciertamente, pero mucho más parecidas de lo que tienen derecho a ser los extraños. Volved a miraros.

»Todas somos blancas, ¿no? Apuesto a que dos de vosotras ni habíais pensado en eso. Somos todas mujeres. Somos altas, con diferencias de pocos centímetros entre cada una. Dada una razonable variación, pertenecemos al mismo tipo racial, incluso al mismo tipo físico; ni cabellos rojos ni pieles oliváceas, ¿eh? No juzguéis por mí; ¡yo no soy natural! Miraos a la cara. Lo que veis es esencialmente el mismo genotipo, modificado por la edad, las circunstancias, la educación, la dieta, el aprendizaje, y Dios sabe qué. Aquí está Jeannine, la más joven de todas, con su cara tersa: alta, delgada, sedentaria, de hombros redondos y extremidades largas, un cuerpo hecho de arcilla y almáciga; está siempre cansada y probablemente le cuesta trabajo despertar por la mañana, ¿no? Y ahí está Joanna, mucho más activa, con un andar distinto, distintos gestos, rápida y brusca, no depresiva, se sienta con la columna como una regla. ¿Quién pensaría que es la misma mujer? Ahí tenemos a Janet, con su pelo decolorado por el sol y su musculatura, más resistente que vosotras dos juntas; se ha pasado la vida al aire libre, es una caminante y una campesina. ¿Empezáis a comprender? Ella tiene más años y eso enmascara mucho. Y desde luego, tiene todas las mejoras whileawayanas: no padece reumatismo, ni sinusitis, ni alergias, ni apendicitis, tiene buenos pies y buenos dientes, etc., etc. Ninguna de las

enfermedades que nosotras tres hemos de soportar. Y yo, que podría lanzaros a vosotras tres al otro lado de la habitación, aunque no lo parezca. Sin embargo, todas comenzamos igual. Es posible que, en términos biológicos, Jeannine sea la más inteligente, potencialmente, de todas vosotras; ¡intentad demostrarle eso a un extraño! Deberíamos ser igualmente longevas, pero no lo seremos. Deberíamos ser igualmente sanas, pero no lo somos. Sin tener en cuenta los úteros donde nos desarrollamos, nuestra nutrición prenatal y nuestros partos (que no difieren esencialmente) deberíamos haber empezado con el mismo sistema nervioso autónomo, las mismas glándulas suprarrenales, los mismos dientes, cabellos y ojos, el mismo sistema circulatorio y la misma inocencia. Deberíamos pensar igual, sentir igual y actuar igual, pero, naturalmente, no es así. ¡Tan flexible es la humanidad! ¿Recordáis la vieja historia de Doppelgänger? Es el doble al que reconocéis instantáneamente, con quien sentís una misteriosa afinidad. Una simpatía inmediata que te indica en seguida que el otro es realmente tu propio yo. La verdad es que la gente no se reconoce más que en los espejos, y a veces, ni siquiera en ellos. Entre nuestros vestidos, nuestras opiniones, nuestras costumbres, nuestras creencias, nuestros valores, nuestros gestos, nuestros modales, nuestras expresiones, nuestras edades y nuestras experiencias, yo misma apenas puedo creer que esté mirando a mis otros tres yos. Ningún lego en la materia pensaría ni por un momento que estaba contemplando cuatro versiones de la misma mujer. ¿Dije un momento? Ni en un siglo, especialmente si el lego fuera un hombre.

»Janet, ¿puedo preguntarte por qué vosotras y vuestros vecinos no aparecéis en nuestros instrumentos? Debéis de haber descubierto la teoría del viaje en la probabilidad hace tiempo (en vuestros términos), y sin embargo, tú eres la primera viajera. Deseáis visitar otros universos de probabilidad, pero impedís que nadie os encuentre, y no digamos que os visite.

»¿Por qué?

—Las personas agresivas y belicosas —dijo Janet con cuidado— siempre suponen que las personas pacíficas y tranquilas no saben protegerse.

—¿Por qué?

VI

Ante unas bandejas de filetes y pollo precocinados que hubieran desprestigiado a una aerolínea (de ahí provenían, según descubrí luego), Jael se sentó junto a Jeannine y se dedicó a hablarle al oído, mirándonos de vez en cuando para ver cómo lo tomábamos. Sus ojos destellaban con la alegría de la corrupción, el Diablo de la fábula tentando a la muchacha. Murmullos, murmullos, murmullos. Yo no podía oír

más que los sonidos sibilantes, cuando su lengua asomaba entre sus dientes. Jeannine miraba fijamente hacia delante y comía muy poco, iba palideciendo por minutos. Jael no comió nada. Como un vampiro, se alimentaba del oído de Jeannine. Más tarde bebió una especie de caldo que nadie pudo soportar, y nos habló a todas de la guerra. Finalmente, Jeannine preguntó abiertamente:

—¿Qué guerra?

—¿Importa? —dijo Jael irónicamente, levantando sus cejas plateadas—. Esta guerra, aquélla, ¿no hay una siempre?

—No —dijo Janet.

—Bueno, diantre —dijo Jael, con más sinceridad—, *la* guerra. Si no hay una ahora, acaba de haberla, y si no, la habrá pronto. ¿No? La guerra entre Nosotras y Ellos^[7]. Ahora mismo está bastante enfriada, porque no es fácil despertar entusiasmo por algo que dura cuarenta años.

—¿Nosotras y Ellos? —dije.

—Os contaré —dijo Dulce Alice, haciendo una mueca—. Después de la plaga (no os preocupéis; todo lo que comáis está repleto de antitoxinas y os descontaminaremos antes de que os vayáis; además, todo esto terminó hace más de setenta años), después de que las armas bacteriológicas fueran barridas de la biosfera (en la medida en que fue posible) y la mitad de la población enterrada (la mitad que estaba muerta, espero), la gente se volvió muy conservadora. Tienden a eso, ya sabéis. Luego, después de un tiempo se produce la reacción contra el conservadurismo, quiero decir el radicalismo. Ya antes de la guerra, la gente había empezado a constituir comunidades de afinidad ideológica: Tradicionalistas, Neo-Feudalistas, Patriarcalistas, Matriarcalistas, Separatistas (todos lo somos ahora), Fecundistas, Esterilistas y qué-sé-yo. Parecían ser más felices así. La Guerra Entre las Naciones había sido realmente una guerra bastante agradable, dentro de lo que cabe; borró de la faz de la tierra a las naciones pobres, poniendo así sus recursos a nuestra disposición sin tener que molestarnos por sus poblaciones; toda nuestra maquinaria quedó intacta; nos estábamos enriqueciendo cada vez más. Así que si no pertenecías al cincuenta por ciento que había muerto, lo estabas pasando estupendamente. Existía un creciente separatismo, una creciente irritabilidad, un creciente radicalismo; luego vino la Polarización; y después, la Escisión. El centro desaparece y te quedan los dos extremos, ¿eh? Por tanto cuando la gente empezó a hacer compras para una nueva guerra, ya sólo quedó una guerra. La única guerra que tiene sentido, si exceptuamos las relaciones entre niños y adultos, lo que es preciso hacer porque los niños crecen. Pero en la otra guerra los que son Ricos nunca dejan de serlo y los que son Pobres nunca dejan de serlo. Se ha enfriado ahora, desgraciadamente, pero no es de extrañar, lleva cuarenta años en marcha; estamos en tablas por ahogado, si me permitís el retruécano. En mi opinión, las cuestiones que se basan en algo real deben resolverse de un modo real, sin este maldito, perezoso y

miserable dejarse llevar. Soy una fanática. Quiero ver resuelto este asunto. Quiero verlo acabado. Concluido. Muerto.

»Oh, no os preocupéis —añadió—. No va a suceder nada espectacular. Todo lo que haré en tres días más o menos, será preguntaros sobre la industria turística en vuestros encantadores planetas. ¿Qué hay de malo en eso? Bien simple, ¿no?

»Pero despertará una reacción. Se reanudará la larga guerra. Estaremos en el centro de ella, y yo, que siempre he estado en su centro, obtendré al fin el adecuado apoyo de mi gente.

—¿Quién? —dijo Jeannine, enfadada—. ¡Quién, quién, por amor de Dios! ¿Quién es Nosotras, y quién es Ellos? ¡Esperas que lo averigüemos por telepatía!

—Perdonad —dijo Alice Razonadora, suavemente—. Creí que lo sabíais. No tenía intención de desconcertaros. Sois mis huéspedes. Cuando digo Nosotras y Ellos, me refiero, naturalmente, a los Pobres y los Ricos. Los dos lados, siempre hay dos lados, ¿no?

»Quiero decir las mujeres y los hombres.

Más tarde cogí a Jeannine en la puerta, cuando nos marchábamos.

—¿Qué te dijo? —le pregunté.

Algo había entrado en la mirada clara y dolorida de Jeannine; algo había enturbiado su timidez. ¿Qué puede hacer a Jeannine dueña de sí? ¿Qué puede hacerla tan serenamente terca? Jeannine contestó:

—Me preguntó si había matado a alguien.

VII

Nos hizo subir en el ascensor: La Joven, La Débil y La Fuerte, como nos llamaba mentalmente. Yo soy la autora y por eso lo sé. Miss Suecia (también llamaba a Janet así) pasó las manos por el panel y examinó los mandos, mientras nosotras dos nos quedábamos con la boca abierta. Sus ciudades subterráneas son laberintos de corredores, como hoteles sumergidos; pasamos puertas, barricadas, escaparates, ramales que conducían a soportales. ¿Qué significa esta pasión por vivir bajo tierra? En una barrera nos pusieron unos *purdah*, o sea, una especie de trajes de bombero de amianto que te protegen de los gérmenes de los demás y a ellos de los tuyos. Pero en este caso era un disfraz, que servía para ocultarnos.

—No puedo permitir que os vean —dijo Jael.

Se apartó con el guardabarrera e intercambiaron algunas palabras violentas en voz baja, hubo una riña y un levantar de rastrillos que un tercero resolvió con algunas bromas ásperas. No oí una palabra. Ella nos dijo honradamente que no se podía esperar que creyésemos lo que no hubiéramos visto con nuestros propios ojos. No

habría películas, ni demostraciones, ni estadísticas, a menos que las solicitásemos. Salimos del ascensor y nos metieron en un coche blindado que nos esperaba en un cobertizo, y nos llevó a través de una llanura sin pavimentar y salpicada de cráteres de bombas, en mitad de la noche. *¿Crece la hierba? ¿Se trata de una peste viral? ¿Está tomando el relevo la estirpe mutante?* No se veía más que grava, rocas, espacio y estrellas. Jael mostró fugazmente su pase a otro grupo de guardias y les dijo algo de nosotras, señalando con el pulgar hacia atrás, donde estábamos las tres: sucias, sucias, sucias. No había barreras, ni alambre de espino, ni focos; sólo las mujeres los tienen. Sólo los hombres hacen un deporte de la caza humana a través del desierto. Más abultadas que tres embarazadas, seguimos a nuestra anfitriona a otro coche, después de abandonar el primero, y cruzamos las minas y los cascotes de las afueras de una vieja ciudad, que había sido dejada tal y como quedó durante la plaga. Los profesores llevan allí a sus clases los domingos. Parece que se utiliza para prácticas de tiro, pues hay impactos por todas partes, y nuevas señales, como de mortero, en los escombros.

—Así es —dice Jael Razonadora.

Cada una de nosotras lleva una cruz luminosa, de un rosa chillón, en el pecho y en la espalda, para indicar lo mortíferas que somos. De ese modo los manlandeses^[8] (que van siempre armados) no nos dispararán. Hay luces en la distancia; no creáis que sé esto de oídas, soy el espíritu de la autora y lo sé todo. Cuando empecemos a pasar por delante de los cuarteles iluminados, en las afueras de la ciudad, lo sabré, y cuando veamos a lo lejos los hogares de los riquísimos, brillando desde las siete colinas sobre las que se eleva la ciudad; lo sabré cuando atravesemos un túnel de escombros elegantemente construido imitando las trincheras de la Primera Guerra Mundial, y salgamos, no a una guardería infantil (están mucho más en el interior de la ciudad verdadera o en el campo) ni a un burdel, sino a un centro de recreo llamado La Trinchera, o El Punzón, o La Bragueta, o La Navaja. Aún no he decidido el nombre. Los manlandeses sólo conservan a sus hijos con ellos cuando son muy ricos... pero ¿qué digo? Los manlandeses no tienen hijos. Los manlandeses les compran los niños a las womanlandesas^[9] y los crían en grupos, salvo los escasos ricos que pueden encargar niños engendrados con su propio semen; los mantienen en las guarderías de las ciudades hasta que tienen cinco años, luego los mandan al campo, a las colonias de entrenamiento. Allí, en esas ascéticas y saludables colonias, los chicos se hacen hombres... aunque algunos no lo logran; la cirugía del cambio de sexo comienza a los dieciséis años. Uno de cada siete fracasa pronto y realiza el cambio completo; uno de cada siete fracasa tarde y (rehusando someterse a la cirugía) se queda a medio camino: artistas, ilusionistas, impresionistas de la femineidad, que conservan sus genitales pero se vuelven esbeltos, lánguidos, emocionales y femeninos, por efecto del espíritu exclusivamente. Cinco de cada siete manlandeses lo logra; éstos son los «verdaderos-hombres». Los otros son «los cambiados» y los «semi-cambiados». A

todos los verdaderos-hombres les gustan los cambiados; a algunos verdaderos hombres les gustan los semi-cambiados; a ningún verdadero hombre le gustan los verdaderos-hombres, porque eso sería anormal. Nadie le pregunta a los cambiados o semi-cambiados qué les gusta *a ellos*.

Jael enseñó su pase civil al verdadero-hombre uniformado que estaba a la entrada de La Bragueta y entramos tras ella. Nuestras manos y pies me parecen muy pequeños, nuestros cuerpos, extraños y regordetes.

—¡Jael! —exclamé, una vez dentro—. Hay...

—Mira bien —dijo.

Mira los cuellos, mira las muñecas y los tobillos, traspasa los velos de pelo artificial y pestañas postizas para medir el tamaño relativo de los ojos y la estructura ósea. Los semi-cambiados se mueren de hambre para estar esbeltos, pero mira sus pantorrillas y la rigidez de sus brazos y rodillas. Si la mayoría de los plenamente cambiados viven en harenes y prostíbulos, y si el lenguaje coloquial está empezando a llamarles «coños», ¿en qué situación quedamos nosotras? ¿Cómo nos van a llamar?

—*El enemigo* —dijo Jael—. Sentaos.

Nos sentamos alrededor de una gran mesa en el rincón donde la luz era más tenue, arrimándonos a los paneles de roble falso. Uno de los guardianes, que nos había seguido, se acercó a Jael y la rodeó con un brazo gigantesco, estrujándola contra su costado en un abrazo como el de un oso; sus charreteras escarlata, sus botas doradas, su cabeza afeitada, su distintivo celeste, un teatral intento de comerse al mundo, de darle por culo al mundo entero. Ella parecía tan poca cosa a su lado. Estaba agobiada.

—Vaya, vaya —dijo él—. Así que has vuelto.

—Sí, claro, ¿por qué no? —dijo ella—. Tengo que ver a alguien. Tengo que hacer un trabajo.

—¡Trabajo! —dijo él, insinuante—. ¿No quieres algo del verdadero asunto? Anda, ¡el asunto es joder!

Ella sonrió amablemente, pero permaneció en modesto silencio.

Esto pareció agradaarle a él. La envolvió en sus brazos aún más, hasta que ella casi desapareció, y dijo en voz baja con una risita:

—¿No sueñas con ello? ¿No soñáis todas las chicas con nosotros?

—Ya sabes que sí, Lenny.

—Desde luego que lo sé —dijo él con entusiasmo—. Seguro. Lo veo en vuestras caras cuando venís aquí. Os excitáis sólo con mirarla. Como dicen los médicos, nosotros podemos hacerlo entre nosotros, pero vosotras no, porque no tenéis nada con que hacerlo, ¿verdad? Así que no jodéis nunca.

—Lenny... —empezó, agachándose para escapar de sus brazos—, nos has calado bien. Ahora tengo que hacer un trabajo.

—¡Venga! —dijo él (suplicante, creo yo).

—¡Eres un ladrillo! —gritó Jael, parapetándose detrás de la mesa—. De veras que sí. Eres tan fuerte que algún día nos vas a estrujar hasta matarnos.

Él rió en bajo profundo.

—Somos amigos —dijo, guiñando un ojo trabajosamente.

—Claro —dijo Jael secamente.

—Un día vas a entrar aquí y...

Y el pelmazo empezó de nuevo con la cantinela, pero no sé si advirtió que nosotras estábamos allí o vio a alguien u olió algo, porque de pronto se fue apresuradamente, sacando la porra del cinto, junto a la cartuchera. Los matones no usan la pistola en La Bragueta; hay demasiadas posibilidades de darle al que no es. Jael se puso a hablar con otro, un tipo borroso, de labios finos, que llevaba un traje verde de ingeniero.

—Claro que somos amigos —dijo Jael Razonadora pacientemente—. Por supuesto que sí. Por eso no quiero hablar contigo esta noche. Rayos, no quiero meterte en líos. ¿Ves esas cruces? Una puñalada, una heridita o un arañazo y esas chicas provocan una epidemia que no podréis detener en un mes. ¿Te apetece verte envuelto en eso? Bueno, ya sabéis que las mujeres estamos investigando sobre la plaga; pues éstos son algunos de los experimentos. Las llevo cruzando Manland a otra parte de nuestro territorio; es un atajo. Pero no las traería si no fuera porque tengo que hacer un trabajo aquí esta noche. Estamos desarrollando un proceso de inmunización más rápido. Yo en tu lugar, le diría a todos tus amigos que se mantuvieran alejados de esta mesa. No es que nosotras no sepamos defendernos solas, y a *mi* no me preocupa: estoy inmunizada contra este virus concreto, pero no quiero que luego cargues tú con las culpas. Te has portado muy bien conmigo en el pasado y te estoy agradecida. Muy agradecida. Te pueden meter un palo, ya sabes. Y además podrías coger la plaga, siempre hay ese peligro. ¿Comprendes?

¡Es asombroso que todos quieran que les confirme mi lealtad!, dice Jael Razonadora. Y aún más asombroso que me crean. No son muy espabilados, ¿verdad? Además, llevan tanto tiempo separados de las mujeres de verdad que no saben qué hacer con nosotras; dudo de que los propios cirujanos sexuales sepan cómo es una mujer auténtica. Las especificaciones que les mandamos todos los años son cada vez más disparatadas y no hay ni un murmullo de protesta. Creo que les gusta. Como las polillas acuden a la llama, así van los hombres a los patronos oficiales del Ejército, ese mundo sin mujeres perseguido por los fantasmas de millones de mujeres muertas, esa descarnada femineidad que gravita sobre todos y puede convertir al más duro de los verdaderos-hombres en una de Ellas, ¡esa oscura fuerza que sienten en el fondo de sus propias mentes! ¿Creéis que yo impondría la esclavitud y la deformidad a dos séptimas partes de mi propia especie? ¡Por supuesto que no! Creo que esos hombres

no son humanos. No, no, eso no es exacto, decidí hace mucho tiempo que no eran humanos. El trabajo da poder, sin embargo, ellos nos van cediendo todo sin la menor protesta... demonios, se están volviendo cada vez más perezosos. Nos dejan pensar por ellos. Hasta nos dejan sentir por ellos. Están tarados por la dualidad y el miedo a la dualidad. Y el miedo a sí mismos. Creo que lo llevan en la sangre. ¿Qué ser humano —sudando de miedo y rabia— trazaría dos senderos igualmente repulsivos y obligaría a sus semejantes a recorrer uno u otro?

¡Ah, las rivalidades de los machos cósmicos y los mundos que han de conquistar y los terrores a que han de enfrentarse y los rivales a quien tienen que desafiar y vencer!

—Eres un poco tópica —dice Janet desde el interior de su traje— y dudo que el poder de la sangre...

¡Chist! Aquí viene mi contacto.

Nuestro contacto era un semi-cambiado, porque los manlandeses consideran que el cuidado de los niños es asunto de mujeres; así que delegan en los cambiados y semi-cambiados la tarea de ocuparse de los bebés y criar a los niños durante esos trascendentales cinco primeros años: quieren determinar las preferencias sexuales de sus hijos desde el principio. Esto significa, en la práctica, que los niños se crían en burdeles. Hay algunos verdaderos-hombres a los que no les agrada la idea de que esto esté en manos de los feminizados y afeminados, pero no pueden evitarlo. (Ver Punto Uno sobre el cuidado de los niños, arriba); aunque los más masculinos sueñan con el día en que ningún manlandés deje de ingresar en las filas de los machos, y con una obstinación que yo considero perversa, se niegan a decir quiénes serían los objetos sexuales cuando no hubiera cambiados ni semi-cambiados. Quizá consideran que el sexo es algo por debajo de ellos. ¿O por encima de ellos? (Alrededor del altar de cada azafata, con túnica y diadema, de La Navaja hay por lo menos tres verdaderos hombres; ¿cuántos pueden pasar por una azafata cada noche?) Sospecho que nosotras las mujeres auténticas figuramos aún, por muy grotescamente que sea, en los sueños más íntimos de Manland; quizá en esa mañana de la Masculinidad Total invadirán Womanland, violarán a todas las que se encuentren (si aún se acuerdan de cómo hacerlo) y luego las matarán, tras de lo cual se suicidarán sobre una pirámide formada por las bragas de las víctimas. La ideología oficial afirma que las mujeres resultan pobres sustitutos de los cambiados. Eso espero, ciertamente. (Las niñas, saliendo al fin de sus cunas, tocan esos heroicos cadáveres con sus deditos curiosos. Los empujan con la punta de sus zapatos de cuero. Traen a sus hermanitos a una fiesta sobre el césped, con muchas flautas y dulzainas y alegría pastoril, hasta que la comida se acaba y las diminutas heroínas deben tomar una decisión: ¿A quién nos comemos? ¿Los ondulantes miembros de nuestras estrellas de mar, a nuestras madres muertas, o esos extraños y enormes cuerpos peludos que están empezando a

hincharse al sol?) Enseñé el maldito pase —¡una vez más!— a un semi-cambiado que llevaba una túnica de chifón rosa y guantes hasta el hombro, un monumento a la incongruencia sobre unos tacones altísimos, una chica bonita con demasiadas curvas, y un boa de plumas rosa inquieto e insinuante. ¿Dónde, oh, dónde está la tienda que hace esos largos pendientes de bisutería, objetos de fetichismo y nostalgia, que sólo llevan los semi-cambiados (y ni siquiera todos, sino únicamente los ricos), hechos a mano y copiados de los ejemplares de museo, sin utilidad ni interés para los seis séptimos de la raza humana adulta? En algún lugar, las piedras son montadas por los anticuarios, en algún lugar, el petróleo se transforma en tejidos que no se queman sin polucionar el aire, que no se degradan y que no se erosionan, hasta que aparecen fibras de plástico en el cuerpo de las diatomeas en el fondo del Pacífico: tal era el cuadro que él sugería, tantas cosas llevaba, tantos pliegues y volantes y cintas y botones y plumas, adornado como un árbol de Navidad. Como Greta Garbo interpretando a Anna Karenina, decorado de arriba abajo. Sus ojos verdes astutamente entrecerrados. Este tenía inteligencia. ¿O era el peso de sus pestañas postizas? ¿La carga de ser eternamente utilizado, de tener que desmayarse, que caerse, que soportar, que esperar, que sufrir, que aguardar, que ser simplemente? Debe de haber una secreta clandestinidad femenina que les enseña cómo comportarse; ante las burlas y el brutal desprecio de sus camaradas, ante la perspectiva de ser violado por una banda si les cogen solos en la calle después del toque de queda, ante la necesidad legal de pertenecer (cada uno de ellos) a un verdadero hombre, aprenden, sin embargo, el clásico estremecimiento, el guiño lento, el gesto de llevarse el puño a la boca. Esto también debe de estar en la sangre, creo. Pero ¿en la de quién? Mis tres amigas y él palidecemos ante tal magnificencia. Cuatro bultos informes, sin el menor interés para nadie en absoluto, en absoluto.

Anna, con un mecánico estremecimiento de deseo, dice que debemos ir con él.

—¿Con ella? —dice Jeannine confusa.

—¡Con él! —replica Anna con una forzada voz de contralto.

Los semi-cambiados son muy quisquillosos, unas veces respecto a la superioridad de los cambiados, y otras, respecto a sus propios órganos genitales. En cualquier caso es mejor llamarles El. Es extraordinariamente sensible, para ser un hombre, a la reticencia de Jeannine, y le molesta... ¿A quién no le molestaría? Yo, personalmente, respeto las vidas destrozadas y las elecciones forzadas. Una vez, en la calle, Anna no se defendió con suficiente energía de unos matones de catorce años que querían su culo de doce; no llegó al extremo de perder la cabeza, de considerar que su virilidad valía más que su vida, e impidió —rindiéndose— que le sacaran un ojo, que le castraran, que le cortaran el cuello con una botella rota, que le dejaran fuera de combate de una pedrada o un cadenazo. Yo sé mucho de la historia de los manlandeses. Anna encontró su *modus vivendi*, decidió que la vida valía la pena en

cualquier caso. Todo fue consecuencia de eso.

—Oh, eres encantador —dice Jeannine, sinceramente—. Hermanas en la desgracia. Esto agrada realmente a Anna. Nos muestra un salvoconducto que le ha dado su jefe —un verdadero-hombre, naturalmente— y guardándolo de nuevo en su bolso de brocado rosa, se envuelve en esa cosa de plumas falsas que flota y revolotea al menor soplo de aire. Hace una noche cálida. Para proteger a su empleado, el gran jefe (son Hombres, incluso en la crianza de niños) ha tenido que darle a Anna K. una pequeña cámara de televisión, que él lleva en la oreja; de no ser así, alguien le rompería sus tacones altos y le dejaría muerto o medio muerto en un callejón. Todo el mundo sabe que los semi-cambiados son débiles y no pueden protegerse; ¿qué te crees que significa la femineidad? Así y todo probablemente Anna tiene guardaespaldas esperándole a la entrada de La Navaja. Soy lo bastante cínica para preguntarme a veces si la mística de los manlandeses no será solamente una excusa para feminizar a cualquiera que tenga una cara bonita... Pero hay que tener en cuenta que ellos se la creen; mira bajo el relleno, la pintura, la peluca, la corsetería, las cremas y los magníficos vestidos, y no verás nada excepcional, sólo rostros y cuerpos como los de cualquier otro hombre. Anna parpadea y se humedece los labios en honor nuestro, confundiendo a las mujeres que están dentro de los trajes con verdaderos-hombres, tomándose por un verdadero-hombre (¿qué otra cosa puedo ser si no soy un cambiado?), creyendo que el mundo entero es —¿qué si no?— un Verdadero-Hombre dedicado a adorar el culo de Anna; el mundo existe para mirar a Anna; él —o ella— no es otra cosa que un verdadero-hombre vuelto al revés.

Un tímido compañerismo, una sonrisa a Jeannine. ¡Tanto narcisismo! Y un cerebro debajo, no obstante.

Recuerda dónde reside su lealtad.

(¿Tienen celos de nosotras? Yo pienso que no creen que somos mujeres.)

Se humedece los labios nuevamente, la indescriptible estupidez de ese absurdo mecanismo; practicado en todas partes, con las personas adecuadas y con las inadecuadas. Pero ¿qué otra cosa puede hacer? Al parecer, el jefe de Anna quiere conocerme. (Lo cual no me gusta.) Pero iremos; mantenemos nuestra obediencia externa hasta el final, hasta el hermoso y sangriento instante en que acribillemos a estos estranguladores, a estos asesinos, a estos inhumanos y atavísticos bastardos de la naturaleza, suprimiéndolos de la faz de la tierra.

—Querida hermana —dice Anna con voz suave y dulce—, ven conmigo.

VIII

Supongo que el jefe de Anna sólo quería ver a esa extraña *poontang*. Aún no sé

qué se propone, pero lo sabré. Su esposa entró con una bandeja de bebidas que tintineaba —unas mallas escarlata, nada de ropa interior, unas sandalias transparentes de tacón alto como las de Cenicienta—, nos dedicó una simpática y hogareña sonrisa (no lleva maquillaje y está cubierta de pecas) y se fue silenciosamente. Una conversación de hombres. Rara vez logran tener esposa antes de los cincuenta. Dicen que el Arte ha tenido un renacimiento entre los manlandeses ricos, pero éste no parece ser un mecenas: mandíbulas prominentes, barriga, el color encendido del atleta obligado a la vida sedentaria. ¿Su corazón? ¿Tensión alta? Pero todos ellos cultivan los músculos y dejan que su mente y su salud degeneren. Hay una moralidad bastante peculiar en la vida familiar del millonario manlandés; al jefe, por ejemplo, no se le ocurriría dejar que su esposa saliese sola —es decir, se expusiese a la anarquía de la calle— ni siquiera con guardaespaldas. El sabe el respeto que ella merece. Sus «mujeres», dicen, les civilizan. Para una relación afectiva, recurre a una mujer.

¿Quién soy yo?

Yo sé quién soy, pero ¿cuál es mi marca de fábrica?

Nos mira fijamente, incapaz de ocultarlo: *¿Qué son? ¿Qué hacen? ¿Joden unas con otras? ¿Qué sienten?* (¡Intenta explicárselo!) No les presta un segundo de atención a las cruces rosas sobre los *pardah*; de todas formas, son sólo mujeres (piensa); *yo soy el soldado, yo soy el enemigo, yo soy el otro, el espejo, el amo-esclavo, el rebelde, el herético, el misterio que se ha de descubrir a toda costa.* (Puede que él piense que las tres Jotas tienen lepra.) No me gusta nada todo esto. J-uno (Janet, a juzgar por su manera de andar) está examinando los cuadros que hay en la pared; J-dos y J-tres están de pie cogidas de la mano, como Niños Perdidos en el Bosque. El jefe termina su bebida, masticando algo que había en el fondo de un modo cómicamente deliberado: *chom, chom.* Señala ampulosamente las bebidas que hay en la bandeja que su esposa abandonó sobre lo que al mundo entero le parecería un piano esmaltado de blanco estilo Nueva Orleans (el barroco de prostíbulo está muy de moda ahora en Manland).

Negué con la cabeza.

—¿Tienes hijos? —preguntó él.

El embarazo les fascina. La masa ha olvidado qué es la menstruación; si lo recordasen, *eso* les fascinaría aún más. Nuevamente negué con la cabeza.

Su cara se ensombreció.

—Pensé —dije suavemente— que íbamos a tratar de negocios Me gustaría que nos limitáramos a eso. No quiero decir... bueno, no deseo parecer insociable, pero el tiempo pasa, y preferiría no discutir mi vida personal.

—Estás en mi terreno, hablarás de lo que a mí me dé la real gana.

Déjalo pasar. Contrólate. Entrégales la victoria en la Carrera de la Dominación y se olvidarán de lo que iban a hacer. Me lanzó miradas fulminantes y se quedó callado,

masticando patatas fritas, galletitas, palitos y demás. No sabe realmente lo que quiere. Esperé.

—¡Vida personal! —murmuró.

—En realidad no es muy interesante —dije.

—¿Vosotras, chicas, jodéis unas con otras?

No contesté nada. Él se inclinó hacia delante.

—No me interpretes mal. Yo creo que tenéis derecho a hacerlo. Yo nunca he creído esa historia de que las mujeres solas no tienen vida sexual. Eso no está en la naturaleza humana. ¿Lo hacéis?

—No —dije.

—De acuerdo, ocúltalo —rió—. Fíjate, no estoy criticándoos. Es lo natural, ¿no? Si hubiéramos mantenido juntos a los hombres y las mujeres, nada de esto hubiera ocurrido.

Adopté mi expresión dubitativa, levemente apenada, astuta y decidida de buenoya-sabes. Nunca he sabido qué significaba, pero ellos parecen saberlo. Él se rió fuerte. Se puso otra copa.

—Mira —dijo—, supongo que eres más inteligente que la mayoría de esas arpías, porque de no ser así no tendrías ese puesto. ¿Verdad? Es evidente para cualquiera que nos necesitamos mutuamente. Incluso en territorios separados tenemos que seguir comerciando, vosotras seguís teniendo los niños, las cosas no han cambiado tanto... Lo que tengo en mente ahora es un proyecto experimental, un proyecto piloto, diríamos, para intentar volver a reunir los dos lados. No de golpe...

—Yo... —dije. (No te oyen.)

—No de golpe —continuó, sordo como una tapia—, sino poco a poco. Tenemos que apresurarnos calmadamente. ¿De acuerdo?

Yo guardé silencio. Él se recostó en el asiento.

—Sabía que lo comprenderías —dijo. Y añadió un comentario personal—. ¿Has visto a mi mujer?

Yo asentí.

—Natalie es estupenda —dijo, cogiendo más patatas fritas—. Una chica estupenda. Estas las ha hecho ella. Bien fritas. (Una débil mujer manejando una sartén con aceite hirviendo.) Coge.

Para aplacarle cogí algunas y las sostuve en la mano. Estaban grasientas.

—Bueno —dijo—, te gusta la idea, ¿verdad?

—¿Qué?

—La terapia de adaptación, diantre, el grupo piloto. Relaciones sociales, volver a reunimos. Yo no soy como algunos carcas de aquí, sabes, no creo en esa historia de la inferioridad y la superioridad; yo creo en la igualdad. Si nos reunimos de nuevo, tiene que ser sobre esa base. Como iguales.

—Pero... —dije yo, sin ánimo de ofender.

—*¡Tiene que ser sobre una base de igualdad!* Estoy convencido de eso. Y no creas que no se puede convencer de ello al hombre de la calle, a pesar de la propaganda contraria. Nos educan en esta estupidez del lugar de la mujer y la naturaleza de la mujer cuando ni siquiera tenemos mujeres alrededor para estudiarlas. ¡Qué sabemos nosotros! Yo no soy menos masculino en absoluto por hacer un trabajo de mujer; ¿se requiere menos inteligencia para dirigir una operación como la de las guarderías y los campos de entrenamiento que para concebir la logística del Juego de la Guerra? ¡Demonios, no! No si lo haces de un modo racional y eficaz; el trabajo es el trabajo.

Déjalo correr. Quizá se coja los dedos, a veces pasa. Me quedé sentada, inmóvil y atenta, mientras él me dedicaba el más conmovedor alegato sobre mi propia eficacia, mi racionalidad y mi *status* como ser humano. Terminó preguntando ansiosamente:

—¿Crees que dará resultado?

—Bueno... —empecé.

—Claro, claro —me interrumpió este maldito imbécil una vez más—, tú no eres una diplomática, pero tenemos que trabajar con la gente que tenemos, ¿no? El hombre individual puede lograr objetivos en los que el hombre-masa fracasaría, ¿verdad?

Asentí, imaginándome como el Hombre Individual. Su «trabajo de mujer» lo explica todo, desde luego; le vuelve peligrosamente irritable. Había llegado al momento crítico, el misterioso y conmovedor relato de nuestros sufrimientos. Aquí es donde saltan las lágrimas. Ayuda a clasificar lo que se proponen, pero Dios, resulta deprimente de todas formas. Siempre lo mismo. Permanezco sentada, totalmente invisible, una silueta de mujer trazada con una tiza. Una idea. Un oído expectante.

—Lo que queremos —dice, lanzándose— es un mundo en el que todo el mundo pueda ser *él mismo*. No este disparatado forzar los temperamentos. Libertad. Libertad para todos. Yo os admiro. Sí, permite que te diga que os admiro de veras, sinceramente. Vosotras habéis superado todo eso. Naturalmente, la mayoría de las mujeres no podrían hacerlo... de hecho, la mayoría de las mujeres —si tuvieran esa elección— no elegirían abandonar la domesticidad por completo, ni siquiera (aquí sonrío) elegirían pasar buena parte de su vida en el comercio o en la fábrica. La mayoría seguiría escogiendo el tradicional cuidado de la infancia, la formación de hermosas relaciones humanas y la asistencia y servicio a los demás. Servidoras. De. La. Raza. ¿Por qué despreciar eso? Y si encontramos que hay ciertos rasgos conectados con el sexo, tales como la creación de un hogar, la capacidad de razonar, algunos factores temperamentales, y es seguro que los habrá, ¿por qué menospreciar a un sexo o al otro por esta causa? La gente (se apresta a la perorata), la gente es como es. Si...

Me puse de pie.

—Perdone —dije—, pero mi asunto...

—¡Al diablo tu asunto! —dijo acaloradamente este hombre confundido e irritable—. ¡Tu asunto no vale un pepino comparado con el tema de que te hablo!

—Claro que no, claro que no —dije para suavizarle.

—¡Faltaría más!

Paralizada, atontada por el aburrimiento. Invisible. Encadenada.

—Ese es el problema de las mujeres, ¡no tenéis capacidad de abstracción!

Quiere que le adule. Realmente, creo que es eso. No por el contenido de lo que yo pueda decir, sino que alimente incesantemente su vanidad, la frágil estructura de su yo. Les pasa incluso a los que son inteligentes.

—¿No valoras lo que estoy intentando hacer por vosotras?

Bésame-soy-un-buen-chico.

—¿No tienes idea de lo importante que es esto? Deslizándome por la escurridiza sima de la invisibilidad.

—¡Esto podría hacer historia!

Hasta yo, ¡a pesar de mi entrenamiento!

—Naturalmente, tenemos una tradición que mantener.

Será lento.

—... tendremos que ir despacio. Cada cosa a su tiempo.

Si resulta práctico.

—Tendremos que ver lo que resulta viable. Esto podría ser... ah... visionario. Podría adelantarse a su tiempo.

No podemos legislar la moral.

—No podemos obligar a la gente a ir en contra de sus inclinaciones, y hay que superar generaciones de condicionamiento. Quizá en una década...

Quizá nunca.

—Quizá nunca. Pero los hombres de buena voluntad...

¿Se da cuenta de lo que dice?

—... y las mujeres también, por supuesto, ya sabes que la palabra «hombres» incluye la palabra «mujeres»: no es más que una forma de hablar...

Todos deben abortar.

—... y no tiene importancia. Incluso se podría decir (se ríe) «todos con sus maridos», o «todos tendrán derecho al aborto» (ríe a carcajadas), pero quiero que al volver con tu gente les digas que...

Es extraoficial.

—... estamos dispuestos a negociar. Pero no puede ser oficial. Debes comprender que me enfrento a una considerable oposición. Y la mayoría de las mujeres... tú, no, claro, tú eres distinta... bueno, la mayoría de las mujeres no están acostumbradas a

analizar algo *a fondo*. No pueden pensar sistemáticamente. Oye, no te importa que diga esto respecto a «la mayoría de las mujeres», ¿verdad?

Sonrío, despersonalizada.

—Así me gusta, no te lo tomes como cosa personal. No te pongas femenina conmigo.

Y me guiña un ojo para demostrar que no tiene mala intención. Este es el momento en que yo debería marcharme, dejando atrás la mitad de mi vida, y promesas, promesas y más promesas; pero ¿sabes qué pasa? Que no puedo. Ha sucedido con demasiada frecuencia. No me quedan reservas. Sigo sentada, con una luminosa sonrisa, llena de interés, y el hombre corre su silla hacia mí. Parece inseguro y ansioso.

—¿Somos amigos? —pregunta.

—Claro —contesto, casi sin voz.

—¡Magnífico! —dice—. Dime, ¿te gusta mi casa?

—Oh, sí —digo.

—¿Habías visto nada semejante en tu vida?

—Oh, no. (Yo vivo en un corral y como mierda.)

Ríe encantado.

—Los cuadros son bastante buenos. Estamos teniendo una especie de Renacimiento últimamente. ¿Cómo va el arte entre las damas?

—Regular —dije, haciendo un gesto.

La habitación está empezando a dar vueltas, debido a la adrenalina que puedo bombear en mi corriente sanguínea cuando quiero; este proceso se llama fuerza histérica voluntaria y es muy, pero que muy útil, de veras. Primero viene la charla amistosa, luego el compulsivo abrazo, y entonces estalla el odio. Hay que estar preparada.

—Supongo —dijo— que tú debes de haber sido distinta desde el principio, desde pequeña, ¿no?, para poder hacer un trabajo como éste. Debes admitir que nosotros tenemos una ventaja sobre vosotras: no intentamos imponer a todo el mundo el mismo papel: Oh, no. No mantenemos a un hombre apartado de la cocina, si es ahí donde quiere estar en realidad.

—Oh, ciertamente —dije. (Esos castrados químico-quirúrgicos.)

—Pero vosotras, sí —dijo—. Sois más reaccionarias que nosotros. No *permitís* que las mujeres lleven una vida doméstica. Queréis hacer a todo el mundo igual.

Y se lanza a una larga y gozosa parrafada sobre la maternidad, las alegrías del útero. La naturaleza emocional de la Mujer. La habitación me da vueltas. Con la fuerza histérica te pones muy inquieta; las primeras semanas que la practiqué, me rompí varios huesos, pero ahora sé cómo hacerlo. Lo sé muy bien. Mis músculos no sirven para hacer daño a otros, sino para impedir que me dañe a mí misma. Una

tremenda concentración. Una febril animación. El Jefe Idiota no le ha hablado a nadie de su grandiosa idea; está todavía en la etapa del primer tópico y cualquier discusión en grupo, por muy deficiente que fuese, la habría privado de los peores. Su querida Natalie. Su dotada esposa. Pero, entiéndeme; él me quiere. Sí, de veras. No físicamente, desde luego. Oh, no. Cada oveja con su pareja. Su complemento. Estupideces románticas. Su otro yo. Su gozo. No quiere hablar de negocios esta noche. ¿Me pedirá que me quede a dormir?

—Oh, yo no podría —dice la otra Jael.

Él no lo oye; el Jefe tiene un aparato en el oído que intercepta las voces femeninas. Se ha acercado más, arrastrando la silla, murmurando alguna bobada sobre no poder hablar desde el otro extremo de la habitación. Intimidación espiritual. Sonriendo estúpidamente dice:

—Así que te gustó un poco, ¿eh?

Qué terrible, traición por lujuria. No, ignorancia. No... orgullo.

—Diablos, déjame —digo.

—¡Claro que sí!

Espera que yo actúe como su Natalie, a quien compró, que es de su propiedad. ¿Qué hacen las mujeres durante el día? ¿Qué hacen cuando están solas? La adrenalina tiene su precio; te descontrola.

—Lárgate —murmuro.

Él no me oye. Estos hombres juegan. Juegos de vanidad, silban, amenazan, yerguen la columna. A veces se tarda diez minutos en empezar una pelea. Yo, que no soy un reptil, sino sólo una asesina, nunca aviso. A ellos les preocupa el *juego limpio*, *las reglas del juego*, *el quedar bien*. Yo no juego. En casa soy inofensiva, pero aquí no. No tengo orgullo. No vacilo.

—Bésame, putita —dice con voz excitada, el dominio y el asco luchando en sus ojos.

El Jefe nunca ha visto un verdadero coño, quiero decir, como los hizo la naturaleza. Utilizará palabras que no se ha atrevido a usar desde que tenía dieciocho años y poseyó a su primer semi-cambiado en la calle, con una mezcla de dominio y de asco. Aquel forzado aprendizaje en los centros recreativos. ¿Cómo puedes amar a nadie que sea un Tú castrado? La verdadera homosexualidad volaría Manland en pedazos.

—Quítame tus asquerosas manos de encima —digo claramente, disfrutando de su placer ante mi placer por su placer ante tal tópico. ¿Ha olvidado a las tres leprosas?

—Que se vayan —farfulla, angustiado—, ¡que se vayan! Natalie los satisfará.

No sé si ha olvidado su sexo con la premura, o si realmente cree que son mis amantes. Las mujeres harán aquello que los hombres encuentran demasiado repugnante, demasiado difícil, demasiado degradante.

—Escucha —digo con una mueca de sonrisa que no puedo controlar—, quiero dejar esto perfectamente claro. No deseo tus repulsivas caricias. He venido para hablar de negocios y para transmitir a mis superiores cualquier mensaje razonable. No estoy aquí para practicar juegos eróticos. *Corta ya.*

¡Pero escuchan alguna vez!

—Eres una mujer —grita, cerrando los ojos—, eres una bella mujer. Tienes un agujero ahí abajo. Eres una bella mujer. Tienes verdaderos pezones redondos, y un hermoso culo. Me deseas. No importa lo que digas. Eres una mujer, ¿no? Este es el momento cumbre de tu vida. Dios te creó para esto. Voy a joderte. Voy a follarte hasta que no puedas más. Lo deseas. Deseas ser sometida. Natalie desea ser sometida. Todas las mujeres, todas sois mujeres, sois sirenas, sois bellas, estáis esperándome, esperando que te la meta, esperándome, a mí, a mí.

Y patatín y patatán; el estilo es un poquitín excesivamente familiar. Le dije que abriera los ojos, que no quería matarle con los ojos cerrados, por Dios Santo.

No me oyó.

—¡ABRE LOS OJOS! —rugí—. ¡ANTES DE QUE TE MATE!

Y el Jefe los abrió.

Dijo: *Tú me animaste.*

Dijo: *Tú eres una ñoña.*

Dijo: *Tú me engañaste.*

Dijo: *Tú eres una Mala Mujer.*

Esto tiene remedio, como se dice de la pulmonía. Pienso que las Jotas tendrán el sentido común de no meterse en esto. El Jefe farfullaba enfurecido algo sobre su erección, así que, algo más furiosa que él, saqué la mía: con esto quiero decir que los músculos injertados en mis dedos y manos tiraron de la piel suelta, con el característico cosquilleo, y desde luego eres lista; has adivinado que no tengo cáncer en los dedos sino Garras, garras como las de un gato, sólo que mayores, algo más romas que una espiga de madera, pero buenas para desgarrar. Y mis dientes son postizos y van sobre metal. ¿Por qué temen tanto los hombres las espantosas intimidades del odio? Recuerda, yo no amenazo. Yo no juego. Siempre llevo armas de fuego. Los verdaderamente violentos nunca van sin ellas. Podía haberlo agujereado entre los ojos, pero si hago eso, es como si dejara mi firma sobre él; es más divertido y morboso que parezca hecho por un lobo. Mejor que piensen que su Puli se volvió loco y le atacó. Le arañé alegremente en el cuello y la barbilla, y cuando me agarró con furia, le clavé las garras en la espalda. Hay que reforzar los dedos quirúrgicamente para que soporten el esfuerzo. Ciertamente reparo me impide utilizar los dientes cuando hay testigos, pero la mejor manera de callar a un enemigo es morderle en la laringe. ¡Perdón! Hundí la cutícula endurecida en su cuello, pero él se apartó de un salto; intentó darme una patada, pero falló (te dije que confiaban

demasiado en su fuerza); apresó mi brazo, mas yo me libré de su presa y le volteé, propinándole con mi elegante y pesado zapato un nuevo golpe en los riñones. ¡Ja, ja! Cayó sobre mí (en mi estado no se notan las heridas) y le alcancé detrás de la oreja, dejándole derrumbarse sobre la alfombra; se pondrá de pie tambaleándose y caerá, se vendrá al suelo; a sus pies se inclinó, cayó, yació; a sus pies se inclinó, cayó, yació muerto.

Jael. Limpia y satisfecha de pies a cabeza. El Jefe está dando sus últimas boqueadas sobre la alfombra. Todo está tranquilo y silencioso, extrañamente. Las tres Jotas están trastornadas, a juzgar por la forma en que se abrazan unas a otras. No puedo ver la expresión de sus caras ocultas. ¿Entrará Natalie? ¿Se desmayará? ¿Dirá: «Me alegro de verme libre de ese viejo cerdo»? ¿Quién será ahora su dueño? Te vuelves monomaniaca con la adrenalina. «¡Venga, venga!», les dije a las Jotas en un susurro, y las empujé hacia la puerta, zumbando y tarareando, porque la sustancia aún cantaba en mi sangre. La estupidez de aquello. El cretinismo. Me encanta, me encanta. «Venga», dije. A empujones las hice salir, recorrer el pasillo y entrar en el ascensor. Pasamos por la pared acuática, donde nadan los peces, la maligna y esbelta raya y las esarpinas de dos metros de largo. ¡Pobres peces! Hoy no he hecho ningún negocio, maldita sea, pero cuando se ponen así no hay modo de tratar con ellos; puesto que tienes que matarlos de todas formas, ¿por qué no divertirte un poco? No se puede soportar a esos no-humanos en absoluto, en absoluto. Jeannie está tranquila. Joanna se avergüenza de mí. Janet está llorando. Pero ¿cómo puedes esperar que yo aguante esto todo el mes? ¿Cómo puedes esperar que aguante esto todo el año? ¿Semana tras semana? ¿Durante veinte años? Una vocecita masculina dice: Fue A Causa De La Menstruación. ¡Una explicación perfecta! Desequilibrios hormonales que producen furios. La voz fantasmal: «Lo hiciste porque tenías el período. Chica mala.» Oh, cuidado con esos sucios receptáculos que tienen ese asqueroso período menstrual. Metí a las Jotas en el coche del Jefe —Anna había desaparecido—, saqué unas llaves maestras del invisible bolsillo de mi invisible traje y puse el coche en marcha. Pondré el automático tan pronto lleguemos a la autopista; el LD del Jefe nos llevará hasta la frontera. A partir de ahí, no hay problema.

—¿Estáis bien? —pregunté a las Jotas, riendo sin parar.

Todavía estoy borracha. Dijeron Sí en varios tonos. La voz de La Fuerte tiene un diapasón más alto que la de La Débil (aunque ella cree que no), y la de La Joven es la más alta de todas. Sí, sí, sí, dijeron asustadas. Sí, sí, sí.

—No conseguí firmar ese contrato —dije, poniéndome la dentadura postiza sobre los dientes de acero—. ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea!

(No conduzcas con adrenalina en la sangre; probablemente tendrás un accidente.)

—¿Cuánto tarda en pasar el efecto? —es La Fuerte, chica lista.

—Una hora, media —contesté—. Cuando lleguemos a casa.

—¿A casa? (La voz viene de atrás.)

—Sí. Mi casa.

Cada vez que hago esto quemo un poco de vida. Acorto mi tiempo. Ahora estoy en la etapa efusiva, y me muerdo el labio para callarme.

Tras un largo silencio...

—¿Era necesario? —pregunta La Débil.

Todavía duele, ¡todavía puedo sentirme herida! Asombroso. Pensarías que mi piel se endurecería, pero no. Aún estamos de espaldas en tierra. Con la bota sobre el cuello mientras despacio, muy despacio, reunimos las fuerzas y el dinero y los recursos en nuestras manos. Mientras ellos hacen sus juegos bélicos. Puse el automático y me recosté en el asiento, notando la reacción de frío. Los latidos de mi corazón se van calmando. La respiración se hace más lenta.

¿Era necesario? (Nadie dice esto.) Podías haberle parado los pies... quizá. Podías haberte quedado allí sentada toda la noche. Podías haber asentido en silencio y haberle adorado hasta la madrugada. Podías haberle dejado tener una pataleta; podías haberte tumbado debajo de él —¿a ti qué más te da?—, lo habrías olvidado a la mañana siguiente.

Podías incluso haber hecho feliz al pobre hombre.

En mi propio bando existe la ficción de que somos demasiado refinadas para que nos importe, demasiado compasivas para vengarnos; eso es pura mierda, les digo a las idealistas. «Estar con los hombres te ha cambiado», me dicen.

Comerlo un año sí y otro no.

—Escucha, ¿era necesario? —dice una de las Jotas, dirigiéndome el grave apremio de la eterna búsqueda femenina del amor, el esfuerzo secular para curar las heridas del alma enferma, la infinita y entrañable compasión de las santas.

¡Un estilo superconocido! Amanece sobre la tierra baldía, revelando las rocas, y los guijarros arrasados por las bombas hace mucho tiempo, el amanecer dora con sus pálidas posibilidades incluso a la Matriz Furiosa, a la Zorra Castrante, a la Asesina de las Garras y los Colmillos.

—Me importa un bledo que fuera necesario o no —respondí—. Lo disfruté.

IX

Se tardan cuatro horas en cruzar el Atlántico, tres en pasar como una flecha a otra latitud. Despertar en una mañana otoñal en Vermont, dentro de la cabina de cristal, mientras a nuestro alrededor surgían de entre la niebla los arces y los arces de azúcar. Solamente esta parte del mundo puede producir tal color. Atravesamos, tan despacio como si fuéramos andando, fuegos húmedos. Los vehículos eléctricos son también

silenciosos; oíamos el gotear del agua que escurría por las hojas. Cuando la casa nos vio, mi viejo chupa-chup redondo se iluminó desde el suelo hasta el tejado, y, al acercarnos, el segundo concierto de Brandenburgo se difundió por entre los negros y húmedos troncos y las llameantes hojas, una delicada atención que me dedico a mí misma y a mis invitados de vez en cuando. Atronando gloriosamente por entre los empapados bosques... prefiero la aterrenal pureza de la grabación electrónica. Se llega a la casa por un costado, desde donde la casa parece casi plana sobre su columna central —más bien algo convexa, en realidad—; no se agacha sobre sus patas retráctiles como la cabaña de Baba Yoga, sino que extiende desde arriba un largo sendero serpenteante de red metálica, como una lengua (ése es el efecto que produce; realmente no es otra cosa que una escalera de caracol). En el interior te encuentras en un pasillo que conduce a la habitación principal; es una tontería desperdiciar calor.

Allí estaba Davy. El hombre más hermoso del mundo. Mientras nos acercábamos le había dado tiempo de prepararnos unas bebidas —que las Jotas cogieron de la bandeja sin apartar sus ojos de él, pero él no se azaró— y luego se acurrucó a mis pies, abrazándose las rodillas, y se dedicó a reír en los momentos oportunos de la conversación (mi expresión le da la pista).

La habitación principal tiene las paredes de madera amarilla, una alfombra sobre la que se puede dormir (marrón) y un largo porche acristalado desde el cual vemos soplar la ventisca cinco meses al año. A mí me gustan los fenómenos atmosféricos puramente visuales. Dentro, la temperatura es lo bastante cálida como para que Davy se pasee desnudo casi todo el tiempo, mi muchacho de hielo envuelto en su nube de cabello dorado y desnudez, nunca tan parte de mi casa como cuando se sienta en la alfombra con la espalda apoyada contra una silla de tono rojizo (aquí copiamos al otoño), sus acuosos ojos azules fijos en el crepúsculo invernal, su cabello convertido en ceniza, los músculos de su espalda y sus muslos palpitando levemente. Del techo cuelgan objetos heterogéneos: cosas encontradas, móviles, bolas rojas, ramos de hierbas silvestres, y Davy juega con ellos.

Le enseñé la casa a las Jotas: los libros, el proyector de microfilmes conectado con la biblioteca regional que está a muchos kilómetros, los espacios de almacenaje en las paredes, las varias escaleras, los cuartos de baño moldeados en fibra de cristal y montados con dos piezas, el invernadero (situado cerca de la habitación central, para aprovechar el calor) donde entra Davy e imita los gestos de asombro, al contemplar mis orquídeas, mis palmeras, mis buganvillas y toda mi pequeña selva de plantas tropicales. Tengo hasta un espacio para cactus. Fuera hay plantaciones donde, en su estación, encuentras laurel de montaña, una maraña de rododendros, algunos iris que parecen un lujoso y antiguo cruce entre insectos y lencería; ahora están cubiertos por la nieve. Tengo incluso una cerca electrificada, heredada de mi

antepasada, que rodea toda la finca para impedir el paso a los ciervos, y que, ocasionalmente, mata algún árbol que quiere crecer animado por el clima templado que circunda la casa.

Dejé que las Jotas echaran una ojeada a la cocina, que consiste en un sillón frente a un panel de mandos como el de un 707, pero no les permití ver el lugar donde almaceno mis herramientas y desde el cual tengo acceso al núcleo central cuando la Casa se indigesta. Es un trabajo sucio y hay que saber hacerlo. Les mostré la Pantalla, a través de la cual estoy en contacto con mis vecinas, las más cercanas de las cuales están a quince kilómetros; el Teléfono, que es mi línea de larga distancia, y el Fonógrafo, donde almaceno mi música.

Jeannine dijo que no le gustaba su bebida; no estaba lo bastante dulce. Hice que Davy le marcara otra.

¿Quieres cenar? (Ella se ruborizó.)

El palacio y los jardines (dije) los adquirí bien avanzada mi vida, cuando me hice rica e influyente; hasta entonces vivía en una de las ciudades subterráneas, con la más endiablada pandilla de vecinas que puedas imaginarte, arcádicas comunas sentimentales... ¡subterráneas! Las voces ascendían por las cañerías en los momentos más inoportunos del día y de la noche, chillones sacrificios al amor y a la alegría cuando querías dormir; ostentosos estremecimientos siempre que yo aparecía en el corredor, retrocedían y entraban corriendo para apelotonarse como gatitas asustadas, conscientes de su propia inocencia, y elevar sus puras voces juveniles en bendita canción comunitaria. Ya sabéis de qué se trata: «Nosotras estábamos divirtiéndonos, *nada más*», en un tono suave, sorprendido, de fuerte reproche, mientras ella te cierra la puerta sobre el pulgar, amable pero firmemente. Pensaban que yo era la Esencia del Mal. Y me lo hacían saber. Son del tipo de mujeres que quieren ganar a los hombres por el Amor. Hay un juego que se llama Gatita que resulta muy divertido para la jugadora; es así: Miau, estoy muerta (tumbada boca arriba, agitando las patitas en el aire de un modo conmovedor, haciéndote la indefensa); hay otro llamado San Jorge y el Dragón, en el cual Ya Sabes Quién hace de Ya Sabes Qué; y cuando ya no puedes tolerar ninguno de los dos haces lo que yo: volver a casa con una careta aterradora, aullando y persiguiendo a las vecinas por el corredor mientras ellas chillan con auténtico espanto (bueno, más o menos).

Luego me mudé.

Ese fue mi primer trabajo, personificar a un policía de Manland (durante diez minutos). Al decir «trabajo» no me refiero a lo que me habían encargado hacer anoche, eso era legal y abierto, pero un «trabajo» es algo bajo cuerda. Tardé años en desprenderme de mis últimos resabios gatunos, en dejar de ser (aunque embrutecida) vestigialmente felina, pero al fin lo logré y ahora soy la sonrosada, saludable y obsesiva asesina que tenéis ante vosotras.

Voy y vengo adonde quiero. Hago sólo lo que me da la gana. He luchado por alcanzar una independencia mental que ha conducido a vuestra presencia aquí hoy. En suma, soy una mujer hecha y derecha.

Fui una niña de la vieja escuela, nacida hace cuarenta y dos años, pocos años antes de la guerra, en una de las escasas ciudades mixtas que aún quedaban. A veces me asombra pensar lo que hubiera sido mi vida de no ser por la guerra, pero el caso es que acabé en un campo de refugiados con mi madre. No hubo lesbianas enloquecidas que le apagarán cigarrillos en los pechos, aunque la propaganda diga lo contrario; de hecho, adquirió mucha más seguridad en sí misma, y me dio una paliza cuando hice pedazos (por pura curiosidad) un pañito de papel que decoraba la radio comunal; este cambio de actitud me satisfizo secretamente y decidí que me gustaba el lugar. Nos instalaron en otro sitio y me mandaron al colegio cuando la guerra se enfrió; en el 52 nuestros territorios habían quedado reducidos a lo que son ahora más o menos, y desde entonces nosotras nos hemos vuelto demasiado listas para creer que podemos ganar algo simplemente anexionando tierras. Me entrenaron durante años —¡a pesar de todo tenemos que emplear aquello que deploramos!— y comencé a apartarme lentamente de la comunidad, a causa de esa especialización que (según dicen) te aproxima a los primates, aunque yo no veo cómo una práctica tan artificial y extremadamente especializada puede ser otra cosa que quintaesencialmente humana.

A los doce años le dije estúpidamente a una de mis profesoras que me alegraba mucho de que me estuviesen formando para ser una mujer-hombre, y que despreciaba a las chicas a las que educaban sólo para ser mujeres-mujer. Nunca olvidaré su cara. Ella no me pegó, pero dejó que lo hiciera una chica-chica mayor... ya os dije que había sido de la vieja escuela. Este tipo de cosa desaparece gradualmente; no todo lo que tenga uñas y dientes es una Gatita. ¡Al contrario!

Mi primer trabajo (como os dije) fue personificar a un policía manlandés; el más reciente ha sido ocupar el lugar de un diplomático manlandés en un patriarcado primitivo de una Tierra alternativa, durante dieciocho meses. Ah, sí, los Hombres también practican el viaje en la probabilidad, o más bien, lo practican por medio de nosotras; nosotras les hacemos las operaciones de rutina. ¡Hasta ahí ha llegado la corrupción! Con mi pelo plateado, mis ojos plateados y mi piel artificialmente oscurecida para parecerles todavía más extraña a los salvajes, fui presentada como un Príncipe de País Imaginario, y como tal viví en un húmedo castillo de piedra, que tenía pésimas condiciones sanitarias y unas camas aún peores, durante año y medio. Un sitio que os pondría los pelos de punta. Jeannine debería dejar de mirarme con escepticismo... por favor, piensa que algunas sociedades estilizan los comportamientos adultos hasta tal punto que una jirafa podría hacerse pasar por un hombre, especialmente con setenta y siete capas de ropa, y una bárbara ñoñería que te impide quitártelas nunca. Eran una gente imposible. Yo solía inventarme historias

sobre las mujeres del País Imaginario; una vez maté a un hombre porque dijo algo obsceno sobre las mujeres del País Imaginario. ¡Figuraos! Imaginadme como un tranquilo y sereno Cristiano entre los paganos, el mago cortés entre los torpes guerreros, el supercivilizado extranjero (posiblemente un Demonio, porque se sabía que no tenía barba) que hablaba con suavidad y nunca aceptaba un reto, pero que no temía a nada en el mundo y tenía una garra de acero, etc., etc. ¡Oh, aquellos baños helados! Y las interminables bromas respecto a que *ellos* no eran maricas, ¡por Dios! Y su belicosidad, las continuas burlas que te arañan la piel como las espinas y te exasperan hasta el punto del asesinato, y el constante manoseo del tema del sexo y la mujer, con su trágica y penosa frustración y su aún peor jactancia; y por último, ese perpetuo perder la batalla con el miedo, ese descargar constante de sus angustiosas debilidades sobre los demás (y la consecuente furia), ¡como si el miedo y la debilidad no fuesen los mejores consejeros del ser humano! ¡Oh, fue fantástico! Cuando descubrieron que ni un solo caballero de la Casa de los Hombres podía ponerme la mano encima, me rogaron que les entrenara; tuve a la mitad de los guerreros haciendo los movimientos elementales del ballet bajo la falsa impresión de que estaban aprendiendo jiu-jitsu. Puede que los estén haciendo todavía. Sudaban bastante, y es mi firma, más clara que el agua, ante todo el maldito universo y ante cualquier manlandés que vuelva a aparecer por allí.

Una mujer bárbara se enamoró de mí. Es terrible ver esa sumisión en los ojos de otra persona, sentir ese halo que ella pone a tu alrededor, y conocer por ti misma la naturaleza de esa ansiosa deferencia que los hombres perciben tan a menudo como admiración. ¡*Valídame!*, gritaba. ¡*Justifícame!* ¡*Elévame!* ¡*Sálvame de los demás!* («Soy su mujer», dice, dándole vueltas al místico anillo alrededor de su dedo, «Soy su mujer».) Así que en alguna parte tengo una viuda. Yo le hablaba con sensatez, como ningún hombre lo había hecho antes, creo. Intenté traérmela conmigo, pero no pude conseguir autorización para ella. En algún lugar del espacio exterior hay una asesina tan sonrosada y obsesiva como yo, si pudiéramos llegar a ella.

¡Ojalá Ella nos salve a todas!

Salvé la vida del Rey una vez clavando contra la mesa del banquete real a una bonita hamadriada que alguien había importado de las tierras del Sur para asesinar a Su Majestad. Esto me ayudó mucho. Esos guerreros primitivos son valientes —es decir son esclavos del miedo al miedo—, pero consideran que hay algunas cosas de las cuales todo hombre tiene derecho a huir con el más abyecto terror, v. g., serpientes, terremotos, enfermedades, demonios, magia, partos, menstruaciones, brujas, efretis, íncubos, súcubos, eclipses solares, la lectura, la escritura, los buenos modales, el razonamiento silogístico, y lo que, en general, podríamos llamar los fenómenos menos fiables de la vida. El hecho de que yo no tuviera miedo de clavar a una serpiente venenosa contra una tabla de madera con un tenedor (una pieza de

artesanía que yo había traído conmigo para comer la carne), hizo subir mi prestigio enormemente. Oh, sí, si me hubiera mordido, yo hubiera muerto. Pero ellos no pensaron en eso. Imaginadme con enaguas y crinolinas —no como una dama victoriana, sino como un intérprete de Kabuki—, levantando en el aire a ese pobre animalito con la espina dorsal rota, entre un clamor de imaginadme a horcajadas de un corcel negrísimo, con mi capa negra y plata ondeando al viento, bajo un pendón heráldico compuesto por dos tenedores cruzados en campo de huevos de reptil. Imaginaos lo que queráis. Figuraos, si lo deseáis, lo difícil que resulta permanecer tranquila bajo constantes insultos, y el verdadero placer de torear a un rubio grande, guapo y desagradable, que se pone chulo siempre que tiene la oportunidad, y a quien puedes manejar como si conocieras todos sus resortes, porque de hecho los conoces. Figuraos lo que es aconsejar mal al Rey semana tras semana: modestamente, deliberadamente y con éxito. Pensad lo que es colocar tu señorial pie sobre el ancho cuello muerto de un dinosaurio humano que te ha molestado durante meses y que finalmente ha intentado matarte; ahí yace esa gran flor de carne arrancada al fin por el Caos y la Noche Antigua, rasgada y rota en el polvo, una límpida Nada, una cosa, un animal, una criatura derribada al fin de su orgullo, caída en la verdad de su ser orgánico... y lo hiciste tú.

Conservo un valioso recuerdo de esa época: la expresión de mi más leal partidario feudal cuando le revelé mi sexo. Era un hombre al cual yo casi había seducido sin que él se diera cuenta —pequeños roces en el brazo, en la rodilla, en el hombro, una actitud tranquila, una cierta mirada—, nada tan obvio que él pudiera pensar que era yo quien lo provocaba; él pensaba que era todo cosa suya. Eso me encantaba. Su primer impulso, por supuesto, fue odiarme, combatirme, alejarme..., pero yo no hacía nada, ¿verdad? Yo no me estaba insinuando, ¿verdad? ¿En qué condiciones se hallaba su mente? ¡En una lamentable confusión! Así que yo me puse cada vez más simpática. Y él cada vez más enloquecido y más culpable, naturalmente, no soportaba el verme porque le hacía dudar de su razón; finalmente me desafió y le convertí en un perrito fiel golpeándole hasta dejarle por los suelos, literalmente; pateé a aquel hombre tan fuerte, que yo misma no pude aguantarlo y tuve que explicarle que lo que él consideraba una lujuria antinatural era en realidad una especie de reverencia religiosa; simplemente deseaba yacer plácidamente en el suelo y besar mis botas.

El día en que me marchaba subí a las colinas con algunos amigos para la «ceremonia» del País Imaginario durante la cual me llevarían lejos, y cuando la gente del Departamento me dijo por radio que estaban preparados, les dije a los demás que se fueran, y le conté la verdad. Me quité mi atuendo de caballero (lo cual no es ninguna tontería, teniendo en cuenta lo que llevan esos idiotas) y le mostré los atributos de Eva; por un momento, vi cómo todo el mundo de aquel bastardo se venía abajo. Durante un momento, él *supo*. Luego, por Dios, sus ojos se humedecieron aún

más y su expresión se hizo todavía más servil, cayó de rodillas y, elevando la vista, exclamó en un raptó de entusiasmo feudal (la Humanidad reparando sus murallas):

Si las mujeres del País Imaginario son así, ¿cómo serán los HOMBRES!

Una de las bromas de Ella. Oh, Señor, una de Sus peores bromas.

Si quieres ser una asesina, recuerda que debes declinar todos los retos. Alardear no forma parte de tu oficio.

Si te insultan, sonríte mansamente. No te delates.

Ten miedo. Es información sobre el mundo.

Eres valiosa. Consérvate.

Elige la salida más fácil si es posible. Resiste la curiosidad, el orgullo y la tentación de desafiar las limitaciones. No eres dueña de ti misma y debes durar.

Entregarte al odio. La acción debe venir del corazón.

Reza a menudo. ¿Cómo podrías pelear con Dios, si no?

¿Os parece que todo esto es penosamente austero? Si no es así, sois como yo: podéis volveros del revés, podéis vivir días cabeza abajo, como la más dócil sirvienta de la Señora desde que los Hunos saquearon Roma, sólo por divertirse. Cualquier cosa llevada hasta su fin lógico es la revelación; como dice Blake, El Camino del Exceso conduce al Palacio de la Sabiduría, a ese lugar donde todas las cosas convergen, pero allá arriba, irresistiblemente en alto, ese triunfo mental que conduce a tu propio interior bajo el aspecto de eternidad, donde eres más flexible y agradable, donde actúas eternamente bajo el aspecto de Todo y donde —al hacer la Única Cosa Auténtica— no puedes hacer nada falsamente o a medias.

En pocas palabras: éstos son los momentos en que soy más yo misma.

A veces tengo un poco de remordimiento; me apena que el ejercicio de mi arte entrañe tan desagradables consecuencias para otras personas; pero, después de todo, el Odio es un material como cualquier otro. Si queréis que haga alguna otra cosa útil, más vale que me enseñéis de qué se trata. A veces me voy a una de nuestras ciudades y visito los museos; miro los cuadros, cojo una habitación en un hotel y me doy largos baños calientes, bebo mucha limonada. Pero la crónica de mi vida es la crónica de mi trabajo, un trabajo lento, firme y responsable. Sujeté a mi primera *sparring* con rabiosas llaves, como Brunilda ató a su esposo con su faja y le colgó de la pared; pero aparte de eso, nunca le he hecho daño a ninguna compatriota; cuando quería practicar estrategias mortales, lo hacía con el robot de la escuela. Tampoco tengo relaciones amorosas con otras mujeres; en algunas cosas, como os he dicho, soy muy anticuada.

El arte, comprendéis, está en la cabeza, pero hay que entrenar el cuerpo.

¿Qué significa todo esto? Que soy vuestra anfitriona, vuestra amiga, vuestra aliada. Que estamos en el mismo barco. Que soy la nieta de Madame Causa; mis tías-abuelas son la Sra. Hazloquetehagan y su hermana más lenta, la Sra. Teharanloquehiciste por lo que respecta a mi madre, fue una mujer comente —es

decir, muy inútil— y mi padre fue pura apariencia —por lo tanto, no fue nada—, así que no hay que preocuparse por él.

Todo lo que hago, lo hago por una *Causa*, es decir, Porque, es decir, por necesidad, quieras que no, ineluctablemente, debido al heredado *geas* de mi abuela Causalidad.

Y ahora —como la fuerza histórica me afecta del mismo modo que a vosotras la falta de sueño— me voy a dormir.

X

Mientras dormía tuve un sueño y este sueño era un sueño de culpabilidad. No era culpabilidad humana, sino esa especie de desaliento desesperado e impotente que sentiría una cajita de madera o un cubo geométrico, si tales objetos tuvieran conciencia; era la culpa de la pura existencia.

Era la secreta culpabilidad por la enfermedad, por el fracaso, por la fealdad (cosas mucho peores que el asesinato); era un atributo de mi ser como el verdor lo es de la hierba. Estaba *en* mí. Estaba *sobre* mí. Si hubiese sido el resultado de algo que yo había hecho, me hubiera sentido menos culpable.

En mi sueño tenía once años.

Pero en mis once años de vida convencional yo había aprendido muchas cosas, y una de ellas era lo que significa ser culpable de violación; no quiero decir para el hombre que violó, quiero decir para la mujer que fue violada. La violación es uno de los misterios cristianos, crea un bello y luminoso cuadro en las mentes de la gente; y cuando escuchaba furtivamente lo que nadie me hubiera permitido oír abiertamente, llegué a comprender que me enfrentaba a uno de esos oscuros desastres femeninos, como el embarazo, la enfermedad, la debilidad; ella no era sólo la víctima del acto sino de alguna forma extraña su perpetradora; de algún modo ella había atraído al rayo que le cayó de un cielo despejado. Una casualidad diabólica —*que no fue casualidad*— nos la había revelado como verdaderamente era, en su secreta incapacidad, en esa miserable culpa que había mantenido oculta durante diecisiete años, y que ahora, finalmente, se manifestaba ante todos. Su secreta culpa era ésta:

Era un Coño.

Había «perdido» algo.

El otro participante en el incidente también había manifestado su naturaleza esencial: era una Polla; pero ser una Polla no es malo. De hecho, se había «llevado» algo (posiblemente lo que ella había «perdido»).

Y allí estaba yo, a los once años, escuchando:

Ella estaba en una calle de noche.

Estaba en un barrio malo.

Llevaba una falda demasiado corta y eso le provocó.

A ella le gustó que le pusieran un ojo morado y le golpearan la cabeza contra la acera.

Yo comprendía esto perfectamente. (Reflexioné en mi sueño, en mi estado de ser un par de ojos dentro de una caja de madera, metidos para siempre en un plano geométrico gris; al menos eso creía yo.) Yo también había sido culpable de lo que me habían hecho, cuando volví a casa llorando porque me habían pegado en el parque unos niños mayores que eran unos matones.

Estaba sucia.

Lloraba.

Exigía consuelo.

Era un estorbo.

No me esfumaba.

Y si eso no es culpa, ¿qué es? Estaba muy lúcida en mi pesadilla. Sabía que no era malo ser chica porque mamá me lo decía; los coños estaban bien si se los neutralizaba, uno por uno, atándolos a un hombre, pero esta solución ortodoxa los redime sólo parcialmente, y toda poseedora biológica de uno conoce en sí misma esa radical inferioridad que no es más que otro nombre para el Pecado Original.

El embarazo, por ejemplo (dice la caja), examinemos el embarazo, es un desastre, pero somos demasiado civilizados para culpar a la mujer por su comportamiento, que es perfectamente natural, ¿verdad? Sólo hay que guardarlo en secreto y dejarlo continuar... y os doy tres intentos para adivinar cuál de los dos integrantes de la pareja soportará el embarazo.

Cuando te educan a la antigua siempre recuerdas el ambiente acogedor: papá se enfada mucho, pero mamá se limita a suspirar. Cuando papá dice: «Por Dios Santo, ¿es que las mujeres no podéis acordaros de nada?», no está haciendo una pregunta realmente, del mismo modo que no le haría una verdadera pregunta a una lámpara o a una papelera. Mis ojos plateados parpadearon dentro de la caja. Si tropiezas con una lámpara y la maldices y luego te das cuenta de que esa lámpara (o esa caja de madera o esa chica bonita o ese objeto cualquiera) tiene un par de ojos que te están observando y *ese par de ojos no expresa diversión...* ¿Qué pasa entonces?

Mamá nunca gritaba: «¡Te odio!» Se dominaba para evitar una escena. Esa era su obligación.

Yo lo he estado haciendo desde entonces.

Es probable que ahora el lector idiota se lance a la fascinante especulación (quizá un poco tarde) de que mi culpa es una culpa de sangre por haber matado a tantos hombres. Supongo que no hay nada que hacer al respecto. Cualquiera que piense que yo me siento culpable por los asesinatos que he cometido es un Maldito Imbécil en el

pleno sentido bíblico de esas dos palabras; lo mismo te daría matarte ahora mismo y me ahorrarías la molestia, especialmente si eres hombre. Yo no soy culpable porque he matado.

He matado porque era culpable.

El asesinato es mi única salida.

Por cada gota de sangre derramada hay una restitución; con cada reflejo de la verdad en los ojos de un moribundo recupero un poco de mi alma; con cada jadeo de horrorizada comprensión salgo un poco más a la luz. ¿Ves? ¡Soy yo!

Yo soy la fuerza que desgarras tus entrañas; yo, yo, yo, el odio que retuerce tu brazo; yo, yo, yo, la furia que te ha metido una bala en el costado. Soy yo quien causa ese dolor, no tú. Soy yo quien te lo hace, no tú. Soy yo quien estaré viva mañana, no tú. ¿Sabes? ¿Adivinas? ¿Captas? Soy yo, cuya existencia tú no admites.

¡Mira! ¿Me ves?

Yo, Yo, Yo. Repetirlo como la palabra mágica. Esa no soy yo. Yo no soy eso. Lutero gritando en el coro como un poseso: NON SUM, NON SUM, NON SUM!

Este es el lado subterráneo de mi trabajo.

Por supuesto que tú no quieres que yo sea estúpida, ¡Dios te bendiga!, tú solamente quieres asegurarte de que eres inteligente. No quieres que yo me suicide; sólo quieres que yo agradezca y sea consciente de mi dependencia. No deseas que yo me desprecie a mí misma; sólo deseas asegurarte la halagadora deferencia que consideras un tributo espontáneo a tus cualidades; No deseas que yo pierda mi alma; únicamente deseas lo que todo el mundo desea, salirte con la tuyas, deseáis una devota ayudante, una madre abnegada, una nena ardiente, una hija encantadora, mujeres a las que mirar, mujeres de las cuales reírse, mujeres que vengan a consolaros, mujeres que frieguen vuestros suelos y compren vuestros alimentos y cocinen vuestra comida y os quiten a vuestros hijos de encima, que trabajen cuando necesitéis el dinero y se queden en casa si no, mujeres que sean el enemigo cuando tengáis ganas de pelea, mujeres que sean sensuales cuando tengáis ganas de un buen polvo, mujeres que no se quejen, mujeres que no os regañen ni presionen, mujeres que no os odien realmente, mujeres que sepan su trabajo, y sobre todo... mujeres que sepan perder. Y encima quieres que yo sea feliz; te sorprendes ingenuamente de que yo sea tan desdichada y tan venenosa en el mejor de todos los mundos posibles. ¿Qué puede ocurrirme? Pero ese estilo está ya un poco gastado.

Como dijo mi madre una vez: Los chicos les tiran piedras a las ranas en broma.

Pero las ranas se mueren en serio.

XI

No me gustan las pesadillas didácticas. Me hacen sudar. Y tardo quince minutos en dejar de ser una caja de madera con alma y volver a ser yo misma en mi habitual envoltura humana.

Davy duerme cerca. Has oído hablar de rubios con ojos azules, ¿no? Pasé a su habitación y le observé dormir, acurrucado, inconsciente, el dorado velo de sus pestañas sombreando sus mejillas, un brazo extendido sobre la franja de luz que cae sobre él proveniente del vestíbulo. Cuesta mucho despertarle (casi puedes montar a Davy mientras duerme), pero yo estaba demasiado trastornada para empezar directamente y me quedé en cuclillas junto al colchón donde él duerme, siguiendo con las yemas de los dedos el dibujo del vello en su pecho: más ancho arriba, sobre los músculos, y estrechándose al descender hacia su delicado vientre (que subía y bajaba al ritmo de su respiración), una línea de vello bajo el ombligo, y luego el rígido florecer del vello púbico donde anidaban, relajados, sus genitales, como un capullo de rosa.

Ya dije que yo era una chica anticuada.

Acaricié la aterciopelada piel de su órgano flácido hasta que se removió en mi mano, entonces pasé mis uñas por su costado para despertarle; hice lo mismo — aunque más levemente— por la parte interna de sus brazos. Abrió los ojos y me dedicó una sonrisa radiante.

Es muy agradable seguir con la lengua la línea del pelo sobre el cuello de Davy o rozar con la nariz todos los huecos de su cuerpo de nadador, de largos músculos: el hueco del codo, las axilas, el lugar donde, la espalda se hunde bajo las costillas, la parte posterior de las rodillas. El cuerpo de un hombre desnudo es una cruz, y la juntura está elaborada en una carne vulnerable y delicada como la floración de un banano, ese punto que tanto placer me ha proporcionado.

Le di suavemente con el codo y él se estremeció un poco, juntando las piernas y extendiendo los brazos; con el índice tracé una línea blanca sobre su cuello. El Pequeño Davy estaba ya medio lleno, lo cual es señal de que Davy quiere que se arrodillen sobre él. Le complací, sentándome a horcajadas sobre sus muslos, e inclinándome sin tocar su cuerpo, le besé una y otra vez en la boca, en el cuello, en la cara, en los hombros. Es muy, muy excitante. Es muy hermoso, mi clásico monstruo mesofórmico domesticado. Pasando un brazo por debajo de sus hombros para levantarlo, rocé mis pezones contra su boca, primero uno y luego el otro, lo cual nos gusta a los dos, y mientras él se aferraba a mis antebrazos y echaba la cabeza atrás le atraje hacia mí, acariciando su espalda y sus nalgas, deslizándome con él sobre el colchón. El Pequeño Davy ya estaba completamente lleno.

Delicioso: Davy con la cabeza vuelta a un lado, los ojos cerrados, sus fuertes dedos abriéndose y cerrándose sobre mi cuerpo. Empezó a arquear la espalda, y como su somnolencia le hacía un poco demasiado rápido para mí, oprimí al Pequeño Davy

entre el índice y el pulgar justo lo suficiente para retardarle, y luego —cuando me apeteció— empecé a montarle juguetonamente, rozando su punta, mordisqueándole en el cuello. Su respiración en el oído, sus dedos convulsivamente entrelazados con los míos.

Jugué con él un poco más, atormentándole, luego me lo tragué entero como una pepita de melón —¡tan agradable dentro!— mientras Davy gemía, su lengua dentro de mi boca, su mirada azul perdida, todo su cuerpo incontrolablemente arqueado, todas sus sensaciones concentradas en el punto donde yo le tenía.

No hago esto a menudo, pero esa vez le hice, llegar introduciéndole un dedo por el ano: convulsiones, llamaradas, gritos sin palabras cuando le privé de la sensación. Si le hubiera permitido tardar más, yo hubiera alcanzado el clímax al mismo tiempo que él, pero permanece tieso durante bastante rato después de venir y yo lo prefiero así; me gustan los postemblores y la posdureza, más escurridizo y flexible que antes; Davy tiene una impresionante ductibilidad en esos momentos. Le abarqué eternamente, le aplasté bajo mi peso, disfrutando de un golpe de su musculosa garganta, del vello de sus axilas, de sus rodillas, de la fortaleza de espalda y sus nalgas, de su hermoso rostro, de la fina piel de sus ingles. Manoseado y dolorido, hipando por dentro bajo toda mi arquitectura: varita enterrada, labios hinchados, esfínter dilatado, la flexible media luna bajo la pelvis. Y todo lo que hay en los alrededores, sin duda. Le había poseído. Davy era mío. Gozosamente derrumbada sobre él —me había desahogado hasta la punta de los dedos, pero todavía palpitaba ligeramente—, aquello había estado realmente bien. Su cuerpo tan cálido y húmedo debajo de mí y dentro de mí.

XII

Levanté los ojos y vi...

XIII

... a las tres Jotas...

XIV

—¡Dios mío! ¿Eso es todo? —dijo Janet a Joanna.

XV

Algo perturba esta dulcísima soledad.

Me levanté, le hice cosquillas con una uña, y me reuní con ellas en la puerta. Cerrándola, dije: «Quédate, Davy.» Esta es una de las palabras clave que la casa «entiende»; el computador central transmitirá un programa de señales a los implantes en el cerebro de Davy y él se estirará obedientemente en su colchón cuando le digo al computador central: «Duerme» Davy duerme. Ya habéis visto qué otras cosas pueden suceder. Es un encantador apéndice de la casa. El germo-plasma original era de chimpancé, creo, pero ya nada de su comportamiento está orgánicamente determinado. Es cierto que hay algunas acciones mínimas que realiza sin recibir órdenes mías —come, elimina, duerme, y entra y sale de su caja de ejercicio—, pero incluso éstas están controladas por un programa del computador, y yo tengo prioridad, claro está. Es teóricamente posible que Davy tenga (oculta en algún rincón de su cerebro) alguna clase de conciencia que nunca llegue a afectar su vida activa... ¿es Davy un poeta a su propia manera peculiar? Yo prefiero creer que Su conciencia —tal y como es, y estoy dispuesta a concederlo para continuar el argumento— no es nada más que la permanente posibilidad de tener sensaciones, una mera abstracción intelectual, nada, una caprichosa utilización de las palabras. Experiencialmente está vacía, y, sobre todo, no es nada que deba preocuparnos ni a vosotras ni a mí. El alma de Davy se halla en otro sitio; es un alma externa. El alma de Davy está en la belleza de Davy; y la Belleza siempre es hueca, siempre es exterior. ¿No?

—Le hicieron una leucotomía —dije a las Jotas—. Una lobotomía. Fue raptado en su infancia. ¿Me creéis?

Me creían.

—Pues no me creáis —dije.

Jeannine no entiende de lo que estamos hablando; Joanna, sí, y está horrorizada; Janet está pensándolo. Las llevé a la habitación principal y les conté quién era él.

¡Vaya por Dios!, las que se habían escandalizado de que hiciera el amor con un hombre de esa manera, ahora se escandalizan de que haga el amor con una máquina; no hay modo de complacerlas.

—¿Bien? —dijo la señorita sueca.

—Bien —dije—, queremos lo siguiente. Queremos bases en vuestros mundos; queremos materias primas si las tenéis. Queremos lugares para recuperarnos y lugares para ocultar un ejército; queremos sitios para almacenar nuestra maquinaria. Sobre todo, necesitamos lugares desde los cuales movernos, bases que el otro lado no conozca. Janet actúa evidentemente como una embajadora extraoficial, así que puedo hablar con ella, por ahí no hay problema. Vosotras dos podéis objetar que sois personas sin importancia, pero ¿a quién iba a contactar? ¿A vuestros gobiernos?

Además, necesitamos alguien que pueda indicarnos los resortes convenientes. Me serviréis. Sois las autoridades, por lo que a mí respecta.

»¿Bien?

»¿Sí o no?

»¿Hacemos el negocio?

NOVENA PARTE

I

Este es el libro de Joanna.

II

Yo iba conduciendo por una autopista de cuatro carriles, en Norteamérica, con un conocido y su hijo de nueve años.

—¡Gánale! ¡Gánale! —gritó el niño, excitado, cuando pasé a otro coche para cambiar de carril. Me mantuve en el carril de la derecha durante un rato, admirando las flores que crecían junto a la carretera, y luego, para volver a cambiar de carril, me puse detrás de otro coche—. ¡Pásale! ¡Pásale! —gritó el trastornado niño, y luego, con lágrimas de rabia—: ¿Por qué no le *ganaste*?

—Vamos, vamos, hombre —dijo el indulgente papá—, Joanna conduce como una señora. Cuando seas mayor y tengas tu propio coche podrás pasar a todo el mundo.

Se volvió a mí y se lamentó:

—Joanna, realmente no conduces con suficiente agresividad.

Entrenamiento.

III

Existe la tara del conocimiento. Y la tara de la compasión. Ver demasiado claro lo que hay en sus ojos cuando te cogen las manos, gritando alegremente: «No te importa realmente que te diga eso, ¿verdad? ¡Sabía que no te importaría!» Los tambaleantes *egos* de los hombres apelan fuertemente a la *mater* dolorosa. A veces me invade un desesperado e impotente anhelo de amor y reconciliación, una espantosa ansia de ser comprendida, una lacrimosa pasión por exponernos nuestras debilidades mutuamente. Me parece intolerable pasar por la vida tan aislada, guardándomelo todo para mí misma. Así que intento explicarlo del modo más suave y menos acusador que puedo, pero, curiosamente, los hombres no actúan como lo hacen en el último programa de televisión, me refiero a esas grandes estrellas masculinas, en plena infancia, de las

antiguas películas de Jean Arthur o Mae West: Cándidos, de ojos claros, frescos, abiertamente encantados por la fortaleza de sus mujeres, y ellas, ingenuamente satisfechas de sus hermosos hombres con hermosos rostros y la alegría de los inocentes, John Smith o John Doe. Estos son los únicos hombres que dejaré entrar en Whileaway. Pero hemos perdido la dulzura de nuestros antepasados y su claridad de pensamiento para caer en prácticas corrompidas y degeneradas. Cuando hablo ahora, me dicen altiva o amablemente que no lo entiendo, que, en realidad, las mujeres son felices así, que las mujeres podrían mejorar si quisieran, pero que, por algún motivo, simplemente no quieren, que debo estar bromeando, que no es posible que piense lo que digo, que soy demasiado inteligente para ser clasificada en la misma categoría que «las mujeres», que yo soy diferente, que hay una profunda diferencia espiritual entre los hombres y las mujeres cuya belleza yo no sé apreciar, que tengo un cerebro de hombre, que tengo la mentalidad de un hombre, que estoy hablando como un disco. Las mujeres no se lo toman así. Si les planteas el tema se echan a temblar de terror, turbación y alarma; sonrían con una sonrisa de horrenda y afectada turbación, una sonrisa mágica con la que quisieran desaparecer de la faz de la tierra, volverse invisibles... ¡Oh, no, no, no, no, no creas que yo acepto nada de eso, no creas que yo necesito nada de eso! Considera:

Deberías interesarte por la política.

La política es el béisbol. La política es el fútbol La política es que X «gane» e Y «pierda». Los hombres discuten de política en sus cuartos de estar del mismo modo en que el Aficionado a la Opera Uno se pelea con el Aficionado a la Ópera Dos respecto a Victoria de los Angeles.

Ninguna disputa entre la Liga Republicana y la Liga Demócrata cambiará nunca tu vida. Disimular tu ansiedad cuando Él te llama por teléfono; ésa es tu política.

Sin embargo, *deberías interesarte por la política.* ¿Por qué no te interesa?

A causa de tu incapacidad femenina.

Se puede continuar.

IV

Ayer cometí mi primer acto revolucionario. Le cerré la puerta a un hombre sobre el pulgar. Lo hice sin el menor motivo y sin avisarle; simplemente cerré de un portazo en un raptó de odio e imaginé un hueso rompiéndose y la piel reventando. Él corrió escaleras abajo, y el teléfono estuvo sonando durante una hora, mientras yo estaba sentada, escuchándolo, con el corazón palpitando alocadamente y la cabeza llena de locas ideas. Horrible. Horrible y loco. Tengo que encontrar a Jael.

Las mujeres son tan mezquinas (traducción: operamos en una escala demasiado

pequeña).

Ahora bien, yo soy aún peor; tampoco me importan un bledo la humanidad o la sociedad. Es muy desagradable pensar que las mujeres sólo constituyen una décima parte de la sociedad, pero es la verdad. Por ejemplo:

Mi médico es macho.

Mi abogado es macho.

Mi contable es macho.

El dueño de la tienda de comestibles (de la esquina) es macho.

El portero de mi edificio de apartamentos es macho.

El presidente de mi banco es macho.

El encargado del supermercado del barrio es macho.

Mi casero es macho.

La mayoría de los taxistas son machos.

Todos los polis son machos.

Todos los bomberos son machos.

Los diseñadores de mi coche son machos.

Los obreros que construyeron el coche eran machos.

El que me lo vendió era macho.

Casi todos mis colegas son machos.

La Armada está constituida por machos.

El Ejército está constituido por machos.

El gobierno está constituido por machos (mayoritariamente).

Creo que la mayor parte del mundo son machos.

Si bien es cierto que las camareras, las maestras, las secretarias, las enfermeras y las monjas son hembras, ¿cuántas monjas te encuentras en el curso de un día de trabajo? Y las secretarias son hembras hasta que se casan, después de lo cual cambian o algo, porque, generalmente, ya no vuelves a verlas. Yo creo que es una leyenda eso de que la mitad de la población del mundo es hembra; ¿dónde diablos las meten a todas? No, si sumas todas las categorías de mujeres arriba mencionadas, verás claramente y sin la menor sombra de duda que hay quizá 1-2 mujeres por cada 11 hombres o así, y eso no justifica el armar tanto jaleo. Lo que pasa, simplemente, es que yo soy una egoísta. Mi amiga Kate dice que a la mayoría de las mujeres las ponen en bancos de hembras cuando crecen y por eso no se las ve, pero yo no puedo creerlo.

(Además, ¿qué me dices de los niños? Las madres tienen que sacrificarse por sus hijos, tanto machos como hembras, para que los niños sean felices de mayores; aunque las propias madres hayan sido niñas y alguien se haya sacrificado por ellas con el fin de que crecieran y se sacrificaran por los demás; y cuando las hijas crezcan, serán madres *ellas* y *ellas* tendrán que sacrificarse por *sus* hijos, así que empiezas a

dudar de si todo ello no será un complot para que el mundo sea un lugar seguro para los niños —machos—. Pero la maternidad es sagrada y no se debe poner en discusión.)

Vaya por Dios, vaya por Dios.

Esto en los días malos, en los momentos siniestros.

A los trece años miraba la tele desesperadamente, con mis largas piernas encogidas sobre el asiento, leía libros desesperadamente, inexperta adolescente que era yo, intentando (desesperadamente) encontrar a alguien en los libros, en las películas, en la vida, en la historia, que me dijera que estaba bien ser ambiciosa, que estaba bien ser contestataria, que estaba bien ser Humphrey Bogart (astucia y rudeza), bien ser James Bond (arrogancia), bien ser Douglas Fairbanks (fanfarronería), bien ser Supermán (poder), que me dijera que el amor propio era bueno que me dijera que podía amar a Dios, al Arte y a Mí Misma más que a nada en el mundo y, sin embargo, tener orgasmos.

Me decían eso está bien «para ti, querida», pero no para las *mujeres*.

Me decían que yo era una mujer.

A los dieciséis, renuncié.

En la Universidad, las mujeres educadas (lo descubrí) eran frías; las mujeres activas (lo sabía) eran neuróticas; las mujeres (lo sabíamos todos) son tímidas, incapaces, dependientes, pasivas, intuitivas, emocionales, irracionales, obedientes y bellas. Siempre puedes ponerte guapa e irte a una fiesta. La Mujer es la puerta a otro mundo; la Mujer es la madre tierra; la Mujer es la eterna sirena; la Mujer es la pureza; la Mujer es la carne; la Mujer tiene intuición; la Mujer es la fuerza vital; la Mujer es el amor abnegado.

—Soy la puerta a otro mundo (decía yo, mirándome en el espejo); soy la madre tierra; soy la eterna sirena; soy la pureza (vaya, más espinillas); soy la carne; soy la intuición; soy la fuerza vital; soy el amor abnegado. (Por algún motivo, suena distinto en primera persona, ¿a que sí?)

Cielo (dijo el espejo, escandalizado), ¿has perdido la *cabeza*?

SOY MIEL.

SOY MERMELADA DE FRESA.

SOY UN BUEN POLVO.

SOY UNA BUENA NOVIA.

SOY UNA BUENA ESPOSA.

ME ESTOY VOLVIENDO LOCA.

Todo eran sermones y dulzuras.

(Cuando decidí que la palabra clave en toda esta mierda era *ab-negada*, y que si yo era realmente todas las cosas que los libros, los amigos, los padres, los profesores, los ligues, las películas, los parientes, los médicos, los periódicos y las revistas decían

que era, entonces si actuaba como me diera la gana, sin preocuparme de todas esas cosas, sería todas esas cosas a pesar de no intentar ser todas esas cosas. Por lo tanto...

—¡*Maldita sea, quieres dejar de actuar como un hombre!*

Lástima, nunca se pretendió que nosotras lo oyéramos. Nunca se pretendió que nosotras lo supiéramos. Nunca debieron enseñarnos a leer. Luchamos por abrirnos paso a través de un entorno masculino constantemente refractario; nos arrancan el alma con tal choque que ni siquiera sangramos. Recuerda: no quería y no quiero ser una versión «femenina», ni una versión diluida, ni una versión especial, ni una versión secundaria, ni una versión auxiliar, ni una versión adaptada de los héroes a quienes admiro. Quiero ser los propios héroes.

¿Qué futuro tiene una niña que aspira a ser Humphrey Bogart?

Laura Rose, de bebé, jugando con sus pies, es una nenita realmente encantadora, ¿verdad?

Azúcar y especias.

Y todo lo que es bueno...

¡De eso están hechas las niñas!

Pero su hermano es un pequeño púgil (dos idénticos pedazos de carne cálida y húmeda). A los tres años y medio, mezclé nata y cubos de hielo sobre el alféizar de la ventana para ver si se convertían en un *helado*; copié las palabras «fría» y «caliente» de los grifos. A los cuatro, me senté encima de un disco para ver si se rompía al aplicársele una presión uniforme por ambas caras... se rompió; en el jardín de infancia les enseñaba juegos a todos y los manejaba como quería; a los seis, le pegué a un niño que me cogió un caramelo del bolsillo del abrigo; tenía una buena opinión de mí misma.

V

Aprender a
despreciarse
una misma.

VI

Brunilda colgó a su marido de un clavo en la pared, envuelto en la faja de ella como en una bolsa de la compra, pero también ella perdió su fuerza cuando el mágico *shlong* entró en ella. No se puede evitar el pensar que la historia se ha distorsionado algo al pasar de boca en boca. Cuando yo tenía cinco años creía que el mundo era un

matriarcado.

Yo era una niña feliz.

No distinguía el «oro» de la «plata» ni un «camisón» de un «traje de noche», así que imaginaba a todas las señoras del vecindario reuniéndose en sus preciosos «camisones» —que eran un signo de distinción— y tomando todas las decisiones que afectaban a nuestras vidas. Ellas constituían el gobierno. Mi madre era la Presidenta porque era maestra y los vecinos la respetaban. Luego los hombres vendrían del «trabajo» (lo que fuese eso; yo pensaba que era como cazar) y pondrían «la comida» a los pies de las damas, para que hiciesen con ella lo que quisieran. Los hombres estaban empleados por las señoras para hacer eso. Laura Rose, que nunca ha buceado con gafas acuáticas durante un mes entero en un campamento de verano, ni ha dormido en la litera superior, imaginándose una Reina en su solitario esplendor o un grumete en un barco, no tiene tan gratos recuerdos. Ella es la chica que quería ser Genghis Khan. Cuando Laura trató de averiguar quién era ella, le dijeron que era «diferente», y ésa es una endiablada definición sobre la que basar tu vida; se queda en «Yo-no» o «conveniente-para-mí», y ¿qué se supone que puede una hacer con eso? ¿Qué voy a hacer yo? (dijo). ¿Qué voy a sentir? ¿«Suponer» es lo mismo que «esposar»? ¿«Diferente» es lo mismo que «deteriorado»? ¿Cómo puedo comer o dormir? ¿Cómo puedo ir a la Luna?

Conocí a Laur hace unos cuantos años, cuando yo era ya adulta. Canela y manzana, jengibre y vainilla, ésa es Laura. Tener fantasías bruníldicas respecto a ella no me preocupaba —tengo toda clase de fantasías extraordinarias que no tomo en serio—, pero llevar mis fantasías a la práctica me asustaba mucho. No es que fueran malas en sí, pero eran Irreales y por tanto culpables; intentar hacer Real lo que era Irreal significaba confundir la propia naturaleza de las cosas; era un pecado no contra la conciencia (que permaneció auténticamente indiferente a todo el asunto), sino contra la Realidad, y de los dos pecados el segundo es mucho más blasfemo. Es el crimen de crear la propia Realidad, de «preferirse una a sí misma», como dice una buena amiga mía. Yo sabía que era un proyecto imposible.

Ella estaba leyendo un libro, el pelo le caía sobre la cara. Estaba radiante de salud y vida, un estudio en vaqueros sucios. Me arrodillé junto a su silla y la besé en su suave, dorada, cálida nuca con un desesperanzado sentimiento de *ya lo he hecho...* pero pedir no es conseguir. Querer no es tener. Ella se negaría y el mundo volvería a ser el de siempre. Esperé confiadamente el rechazo, que el orden eterno se reafirmara... (como debe ser, claro), porque, de hecho, eso me libraría de una gran responsabilidad.

Pero ella me dejó hacer. Se ruborizó y fingió no notarlo. No puedo describir cómo la realidad se abrió para mí en ese momento. Ella seguía leyendo y yo avancé a paso de tortuga por su oreja y su mejilla hasta la comisura de su boca, mientras Laur

se iba poniendo cada vez más colorada y más caliente, como si tuviera vapor dentro. Es como caer por un acantilado, estar en el aire, atónita, mientras el horizonte huye de ti. Si esto es posible, todo es posible. Más tarde nos quedamos rígidas y azaradas, demasiado conscientes de nuestro amor, pero nada de lo que ocurrió luego fue tan importante para mí (de un modo no humano) como aquella primera, tremenda dislocación de la mente.

En un momento dado sentí el hueso de su cadera contra mi vientre, y estaba tan confusa y excitada que pensé: *Tiene una erección*. Espantoso. Una turbación espantosa. Una de las dos tenía que ser el hombre, y ciertamente no era yo. Me dicen que es porque soy lesbiana, quiero decir que ésa es la razón por la que estoy insatisfecha. No es verdad. No es porque sea lesbiana. Es porque soy una *lesbiana alta, rubia y de ojos azules*.

¿Cuenta que sea tu mejor amiga? ¿Cuenta que sea su mente lo que amas a través de su cuerpo? ¿Cuenta que ames los cuerpos de los hombres, pero odies las mentes de los hombres? ¿Cuenta que aún te ames a ti misma?

Después mejoramos.

VII

Jeannine va de escaparates. Tiene mis ojos, mis manos, mi absurdo encorvamiento; lleva mi impermeable de plástico azul y mi paraguas. Jeannine ha ido al centro un sábado por la tarde para decirle adiós, adiós, adiós a todo eso.

Adiós a los maniqués de los almacenes, que parecen comprensivos pero que son, en realidad, antipáticos conspiradores, adiós a odiar a mamá, adiós al Divino Psiquiatra, adiós a Las Chicas, adiós a la Normalidad, adiós a Casarse, adiós al Sobrenatural y Bendito Acontecimiento, adiós a ser Alguien, adiós a esperarle a Él (¡pobre hombre!), adiós a sentarse junto al teléfono, adiós a la debilidad, adiós a la adoración, adiós Política, hola política. Está asustada, pero eso es natural. Las calles están llenas de mujeres, y esto la aterra; ¿de dónde vienen todas ellas? ¿Adónde van? (Si no te molesta el simbolismo.) Ha parado de llover, pero del pavimento se desprende una neblina. Pasa por delante de una tienda de novias desde la cual el maniquí principal, una Visión en tul y encaje blancos, le saca la lengua a Jeannine. «¡No lo hiciste!», le grita el maniquí, recobrando su altanera pose y sosteniendo sobre su cabeza el velo de novia. Jeannine cierra el paraguas, lo abrocha y lo balancea enérgicamente.

Adiós. Adiós. Adiós a todo.

Nos reunimos en Schrafft's, nos sentamos, las cuatro en una mesa, y pedimos su cena de Acción de Gracias, aj, que es tan tradicional que no hay quien la aguante.

Gaj.

—¿Qué es el pudin indio? —pregunta Janet, desconcertada.

—No, más vale que no lo pidas —aconseja Joanna.

Masticamos en silencio, lentamente, como hacen las whileawayanas: masticar, masticar, tragar. Masticar. Tragar, tragar, tragar. Masticar. Reflexivamente. Comer es agradable. Janet frunce los ojos, bosteza y se estira atléticamente, apoyándose contra el respaldo de la silla, y echando los brazos primero a un lado y luego al otro. Termina dando golpes en la mesa y diciendo; «¡Mmm!»

—Dios mío, miradla —dice Jeannine, muy elegante y dueña de sí, con el tenedor a medio camino—. Creí que ibas a quitarle el sombrero a alguien.

Schrafft's está lleno de mujeres. A los hombres no les gustan estos sitios donde se lleva a cabo el secreto trabajo de mantenimiento de la femineidad, por el mismo motivo que se ponen verdes y dan un brinco cuando les dices que tu sistema génito-urinario tiene problemas médicos. A Jael se le ha metido algo entre sus dientes de acero y los postizos, y echando una ojeada a su alrededor se saca la dentadura y se hurga para quitar la pepita o lo que sea, exponiendo al mundo su acerada sonrisa de cocodrilo. Vuelve a metérselos. Los encaja. Ya está.

—Bueno —dice Jael—. ¿Hacemos el negocio?

Hay un largo e incómodo silencio. Yo miro a mi alrededor y me pregunto por qué las mujeres, incluso las más ricas, son tan tacañas; ¿por qué no hay un Maxim's, un Four Seasons o un Chambord para mujeres? Las mujeres son muy raras para el dinero, casi feudales: Dinero Real es lo que gastas en la casa y en ti misma (exceptuando tu apariencia); Dinero Mágico es lo que logras que los hombres gasten en ti. Hace falta un tremendo reajuste de prioridades mentales para que las mujeres coman bien, es decir, para que se gasten dinero en su interior y no en su exterior. La encargada de Schrafft's está de pie junto a la caja con su buen vestido negro y sus zapatos cómodos; las mujeres, cuando están solas, están feas, es decir, humanas, pero la Distinción se ha interferido en esto.

—Esta comida es horrorosa —dice Janet, que está acostumbrada a Whileaway.

—Esta comida es estupenda —dice Jael, que está acostumbrada a Manland y Womanland.

Las dos se echan a reír.

—¿Bien? —vuelve a decir Jael.

Otro silencio. Janet y yo nos sentimos muy violentas. Jeannine, con un carrillo hinchado como el de una ardilla, levanta la vista como sorprendida de que podamos vacilar respecto de hacer negocios con Womanland. Asiente brevemente, y vuelve a hacer montañitas de puré de boniatos con el tenedor.

—¿Jeannine? —dice Jael.

—Oh, seguro —dice Jeannine—. A *mi* no me importa. Podéis traer todos los

soldados que queráis. Podéis ocupar el mundo entero. Ojalá lo hagáis.

Jael dice ts, ts admirativamente y hace un gesto de pena que significa: amiga mía, ya estás en ello.

—Todo mi mundo me llama Jeannie —dice Jeannine con su voz aguda y dulce—. ¿Comprendes?

(Laur está fuera, esperando a Janet, y enseñándole los dientes a los hombres que pasan, probablemente.)

Jael le dice a Janet de repente:

—¿Tú no me aceptas?

—No —dice Janet—; no, lo siento.

Jael sonrío con una mueca. Dice:

—Desaprueba todo lo que quieras. ¡Pedante! Deja que te dé algo para que te lo lleves contigo, amiga: esa «plaga» de la que hablas es mentira. Lo sé. Las coordenadas del mundo que os rodean no son tan distintas de las mías o las de ellas, y no hay plaga en ninguna de ellas, en ninguna. La plaga de Whileaway es una gran mentira. Vuestras antepasadas mintieron. Soy yo quien os proporcionó vuestra «plaga», querida mía, con la que podéis moralizar ahora hasta hartaros; yo, yo, yo, yo soy la plaga, Janet Evason. Yo y mi guerra os construimos vuestro mundo, yo y quienes son como yo os dimos mil años de paz y amor y las flores de Whileaway se nutren de los huesos de los hombres que nosotras hemos matado.

—No —dijo Janet secamente—. No lo creo.

Ahora debes saber que Jeannine es Toda Mujer. Yo, aunque un poco desviada, soy también Toda Mujer. Toda mujer no es Jael —como diría el tío Jorge—, pero Jael es Toda Mujer. Todas miramos acusadoramente a Janet, pero ella no se conmovió. Laur entró por la puerta giratoria de Schrafft's, haciendo señas como una loca; Janet se levantó para marcharse.

—Piénsalo —dijo Alice Razonadora—. Vete a casa y averígualo.

Janet empezó a llorar con esas extrañas, desvergonzadas y fáciles lágrimas whileawayanas que se desbordan de los ojos sin descomponer la serena tristeza del rostro. Expresa el dolor causado por Alice Razonadora.

—Pienso —cuando me paro a pensarlo, lo cual no sucede a menudo— que Jael es la mejor de todas nosotras, que me gustaría ser Jael, retorcida como está en el potro de su propia, dura lógica, triunfante en su extremismo, el odioso héroe con el corazón roto, que es como ser el payaso con el corazón roto.

Jael vuelve la cara con una mueca de cadáver que es tan sólo un tic nervioso de Alice Razonadora, una expresión que comenzó, hace quizá veinte años, como un gesto de sabor agrio y se ha ido intensificando con el tiempo hasta convertirse en una pura expresión de ángel malo, luminosa de odio. Tiene cuerdas en el cuello. Podría sacar unas garras de felino y rasgar el mantel de Schrafft's en diez tiras paralelas

separadas. Y eso es sólo una milésima de lo que puede hacer. Jeannine está concentrada en un absorbente juego con los guisantes de su plato (no ha tomado postre). Jeannine está contenta.

Nos levantamos y pagamos nuestra quíntuple cuenta; luego salimos a la calle. Me despedí y me fui con Laur, yo, Janet; también las vi marchar, yo, Joanna; además me fui a enseñarle la ciudad a Jael, yo, Jeannine, yo Jael, yo misma.

Adiós, adiós, adiós.

Adiós a Alice Razonadora, que dice que la tragedia le da náuseas, que dice que no hay que rendirse nunca sino caer luchando, que dice llévatelos por delante, que dice muere si es preciso, pero estrangula con tus propios intestinos al enemigo estrangulados Adiós a todo. Adiós a Janet, en quien no creemos, de quien nos burlamos, pero que es quien secretamente nos salva de la desesperación total, quien aparece en nuestros sueños en las alturas celestiales, con una montaña debajo de cada brazo y el océano en el bolsillo. Janet, que viene de ese lugar donde los labios del cielo y el horizonte se besan, al cual las whileawayanas llaman La Puerta, sabiendo que todas las cosas legendarias vienen de ahí. Radiante como el día, el Puede ser de nuestros sueños, viviendo como vive en una bendición que ninguna de nosotras conocerá jamás, ella es, sin embargo, Toda Mujer. Adiós, Jeannine, adiós, pobre criatura, pobre chica, pobre lo-que-yo-fui. Adiós, adiós. Recordad: todas cambiaremos. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, todas seremos libres. Lo juro por mi propia cabeza. Lo juro por mis diez dedos. Seremos nosotras mismas. Hasta entonces me callo; no puedo más. Soy la máquina de escribir de Dios y la cinta se ha gastado.

Ve, librito, trota por Texas, y Vermont y Alaska y Maryland y Washington y Florida y Canadá e Inglaterra y Francia; haz una reverencia ante los altares de Friedan, Millet, Greer, Firestone y todas las demás; pórtate bien en los cuartos de estar de la gente, no parezcas ostentoso sobre la mesita, pero no dejes de persuadir debido a la torpeza de tu estilo; llama a la puerta con guirnalda navideña de la casa de mi marido en Nueva York y dile que lo quise de verdad y le quiero aún (pese a lo que cualquiera pueda pensar); y ocupa valientemente tu puesto en los expositores de libros de las estaciones y las terminales de autobuses. No grites si te ignoran, eso alarmaría a la gente, y no eches humo si te roba la gente que no quiere pagar, más bien regocíjate de tu popularidad. Vive alegremente, pequeña hija-libro, aunque yo no pueda y nosotras no podamos; recítale a todo el que quiera oírte; mantente esperanzado y sabio. Lávate la cara y, sin armar jaleo, ocupa tu puesto en la biblioteca del Congreso, porque todos los libros grandes o chicos, acaban allí. No te quejes cuando al fin te vuelvas raro y anticuado, cuando te quedes tan pasado como las crinolinias de hace una generación, y te clasifiquen con *Historias Picantes del Oeste*, *Elsie Dinsmore* y *el Hijo del Jeque*; no gruñas para ti mismo cuando la gente

joven te lea sólo para reírse, preguntándose de qué rayos tratas. No te apenes cuando ya no te entiendan, librito. No maldigas tu suerte. No te levantes del regazo de los lectores para darles un puñetazo en la nariz.

¡Regocíjate, librito!

Porque ese día seremos todos libres.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible. *To while away the time* significa “pasar el rato”, “matar el tiempo”. (N. del T.) <<

[2] Humpty Dumpty es un personaje de unas rimas y cuentos infantiles, que tiene forma de huevo, y que al caer de un muro se hace pedazos. (N. del T.) <<

[3] Juego de palabras intraducible, basado en descomponer la palabra Whileaway. En el original: *While-away. While. A. Way. To while away the time.* (N. del T.) <<

[4] En inglés, *I know* y *Oh, no*, que tienen un sonido muy similar. (N. del T.) <<

[5] En inglés, *Don't care* y *Not fair*, que también suenan de un modo parecido. (N. del T.) <<

[6] Juego de palabras intraducible. *Every boy* es “todos los chicos”; *everybody*, “todo el mundo”. (N. del T.) <<

[7] En inglés, *Us* y *Them* son ambivalentes, no indican género y, por tanto, permiten una ambigüedad imposible de conservar en castellano. (N. del T.) <<

[8] *Manlanders* serían los habitantes de Manland, Tierra de Hombres. (N. del T.) <<

[9] *Womanlanders* serían las ciudadanas de Womanland, Tierra de Mujeres. (N. del T.)

<<